

VALENTINA. O  
SIERRA

Destruyendo  
un  
Egolatna  
Editorial Naranja

# Destruyendo un ególatra

Valentina. O. Sierra

## DEDICACIÓN

Dedico las horas de escritura a este libro a mi familia entera, pero más que nada, a Enry, mi Padrino, con quién comparto mucho además que la pasión por la lectura.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a cada persona que me leyó e hizo esto posible, gracias por siempre creer en mí y apoyarme. Sobre todo, a mi novio, gracias por soportar mis charlas interminables sobre historias inexistentes y siempre empujarme a más, gracias.

—¡Elizabeth! —El terrible grito de mi hermano toma tales magnitudes como para atravesar la barrera de mis auriculares e inmediatamente me quedo inmóvil. De piernas cruzadas sobre las suaves colchas de mi cama, logro ver su alta figura por la periferia. Sin embargo, dejo mi vista clavada en las hojas.

Estoy como nunca luego de llegar del infernal instituto, mi piel cubierta por la tibia y caliente tela suave de mi pijama —que, bueno, en realidad no era necesariamente un pijama, yo dormía con cualquier prenda cómoda que entornaba en el fastidioso amasijo de ropa arrollada de mi armario. Vale, me quejaba, pero tampoco iba moverme demasiado para solucionarlo—. El día es perfecto. No perfecto para precipitarse a una caminata o, bueno, básicamente a cualquier actividad posible fuera de casa; pero, para alguien que es feliz con un buen libro y el tamborileo enfático de la lluvia, es un maldito día perfecto.

Había sido un día pesado, mi cuerpo y mente solo se disponen a leer hasta que el cansancio se apodere de mi cuerpo y levantarme mañana, un sábado, posiblemente a las dos de la tarde, tres si no me despertaba la hambruna. Ian continúa ahí de pie, y aquello solo hace que mi humor empeore. Yo tengo un libro en mis manos, es decir, ¿no me conocía lo suficiente como para saber que definitivamente no era un buen momento para interrumpirme? Estoy leyendo. Leyendo un libro, ¿su capacidad mental no alcanza a saber aquello? Cuando alguien está leyendo es como si estuviera transmitiendo metafóricamente un *Ey, aléjate, estoy en algo más importante que tú y tu existencia*.

Además, es absoluta y completamente necesario para mi existencia humana saber si la gata Nala de la protagonista se comerá o no su ración de comida, ¿qué tal si el pobre animalillo enfermaba? Por lo que, antes de mover algún músculo, me quedo donde estoy.

—¡Elizabeth! —Olvidemos las capacidades mentales de mi hermano, recordándolo, el pobre de seguro apenas y es capaz de diferenciar entre izquierda y derecha—. Oye, bicho, sé que me escuchas, y si no bajas, no te dejaré nada de pizza. Estás advertida.

Oh, pizza.

—A la orden, capitán. —Bueno, ¿qué se puede esperar?, la pizza normalmente es nuestro alimento predilecto dado a que ninguno de los dos es lo suficientemente diligente como para cocinar cuando nuestro padre no está. ¿Nos aburría por comer pizza al menos dos días a la semana?, absolutamente nunca, ¿moriríamos por comerla en esa cantidad?, probablemente, ¿a alguien le importaba?, definitivamente no.

Además, resultó que la estúpida gata Nala no quiso su ración de comida. Qué decepción.

—Papá se quedará en el trabajo hasta tarde. —Nuevamente. No me sorprende, pero no por eso significa que no me afecte.

Nuestro padre es un director de orquesta desde que tengo memoria, en los últimos años ha obtenido más atención y prestigio de lo normal. Nos enorgullecen terriblemente sus logros y felicidad, pero también provocaba cierta angustia verlo cada vez menos. Últimamente, era casi todos los días, bueno, siendo más exactos todos los días menos los jueves, se veía obligado a ensayar hasta tarde en su estudio.

Bajo las escaleras pesadamente, pero de dos en dos ya que jamás podré hacerlo como alguien

más o menos civilizado. Alzo mis brazos cuando llego al final y los estiro dejando que un pequeño bostezo se escape, sin embargo, cuando abro mis ojos y miro a la mesa, esperando contemplar la majestuosidad de nuestra pizza caliente y humeante, todo lo que veo es la majestuosidad de un idiota.

—Ya, suéltalo. No tienes casa propia, ¿verdad? —Al abrir la boca, casi por instinto, deslizo el ácido que me provoca su presencia, viéndolo con ojos entrecerrados, esperando que comprenda el mensaje y crispándome como lo haría un gato gruñendo al ver un gigantesco perro.

Su solemne rostro luce tan ambiguo como el color gris, siempre luce de esa forma. Incierto. Pacífico. Imperturbable. Y que, de alguna forma, la ligera tensión que habita en su mirada te hace saber que está al corriente de su alrededor. Siempre listo. Siempre al tanto y preparado.

Precipitadamente, me resigno a clavar mis ojos en él, su semblante de ángel destructor y exótico no logra engañarme. Nunca lo hizo. Sin embargo, estoy casi segura que era lo más cercano a la belleza masculina que conocería en mi vida. La pálida y frágil luz del día, la claridad del sol que no lograba atravesar las apelmazadas nubes, solo deja apreciar aún más la jugosa palidez de su aperlada piel, resaltando aún más sus ojos. La insensibilidad de su mirada era tan profunda, que llegaba a ser de alguna forma perturbadora. Nunca descubriría si eran o negros, o un café demasiado oscuro. Su cabello necesita urgentemente un corte, negro como el plumaje del cuervo maduro, parecía absorber toda la luz del lugar y las hebras negras de su flequillo se extendían en todas direcciones sobre su frente y se curvaban encantadoramente hasta un poco más abajo de su nuca y orejas. Si continuaba de esa forma, en menos de un mes su pelo sería una brillante melena negra ondulada, ¿pero a quién demonios le importaba?, le quedaría espectacular.

Mi rostro verdaderamente debió demostrar mi recelo, porque al oírme, su expresión, nunca atenuada por algún rastro de calor o amabilidad, cambió. Estirando los labios y sonriéndome de forma retorcida, divertida, casi perversa. Como alguien completamente entretenido por mi presencia. Su gran contextura física está floja, pero de alguna forma también firme sobre el sofá de la sala, con la espalda apoyada en el respaldar y de rodillas prolijamente cruzadas.

Estoy segura de que su nombre en alguna lengua muerta significa sufrimiento o molestia.

—Ah, no, ya sé —hablo nuevamente, haciendo una dramática pausa en mi caminar—, te confundieron con un vagabundo y te echaron, ¿verdad?, lamento comunicarte que aquí no hay comida... —Hice un pausa—, ni refugio. Papá no nos deja tener mascota.

Sonríe aún más, apoyando su recta y lineal mandíbula en su mano, de la cual el codo está sobre el posabrazos y posiciona de costado su cabeza, provocando que el pendiente de diamante en su oreja brillara de forma extraña.

—¿Alguna vez mencioné lo magnífico de tus modales? —Su voz es grave y ronca, aunque habla de forma relajada, se alza de forma brusca en el silencio de la habitación. Lo ignoro, comenzando a caminar sobre el sofá con languidez.

—¿Qué haces aquí? —reitero de forma efusiva. Yo era, mayoritariamente, muy educada en la vida general. Nuestro padre nos había adiestrado en el arte de la convivencia de una forma excepcional y, por suerte, nos era fácil; sin embargo, Christopher no me generaba buena espina, los únicos momentos donde sí lo hizo fue de niños, pero era un chico demasiado extraño. Nadie puede ser tan perfecto, nadie puede llevarse tan bien con todas las personas, pero él lo era. El niño prodigio del instituto y el barrio. Yo verdaderamente detestaba ver su rostro, y lo peor era que lo veía todos los días de mi vida.

Él mira a un costado sonriendo, y luego me mira directo a los ojos.

—Instalé GPS en el auto... —Enarco una ceja lentamente—, le dije que me llevara junto al ser más sedentario y fastidioso; aquí me ves. —Le entrecierro los ojos, llena de indignación, mientras

subo los pies al sofá frente a él y cruzo mis piernas estilo indio. Y luego sonrío de golpe, juntando mis manos como si estuviera rezando.

—¿Viniste hasta aquí solo por mí? —Sonrío con falsa dulzura, agitando mis pestañas—. Como recompensa, te dejaré beber el líquido que está en la esquina de la alacena. —Arruga ligeramente la nariz—. Es delicioso, un tarro de color verde divino. —Hago una pausa—. Y en la inscripción se lee “veneno para ratas”. ¿Qué te parece?

Percibo ruidos a mi costado, por lo que giro mi cabeza.

—Bueno, niños, aquí viene el tranquilizante. —Ian aparece por la entrada de la cocina y está sonriendo, probablemente ha escuchado nuestra terriblemente amistosa charla y quiere unirse.

—La próxima vez que intentes asesinar a mi mejor amigo —comenta, mientras yo estiro todo mi torso para agarrar un delicioso trozo de pizza— intenta que nadie lo sepa. —Él toma asiento junto a Christopher.

*O como yo le llamo desde pequeños, el simio alfa de la manada.*

—Ian, vamos —suelto con franqueza y estiro perezosamente mi cuerpo sobre los numerosos almohadones que papá nos había hecho comprar en una subasta el año pasado. Yo le había mencionado que probablemente existiera la posibilidad de que contengan mapaches muertos, Ian estuvo de acuerdo. Habría sido divertido ver a papá chillando por ver a los animales, en su lugar, quien chilló fue Ian al ver las cucarachas muertas dentro de ellos—. Si este idiota algún día aparece muerto... —Alzo hacia él mi pizza, observando su estúpida sonrisa—, todos sabrían que sería yo —comento, con una cara obvia—. No vale ensuciarme las manos.

—Te dije que es V. —Yo respiro hondo ante sus palabras, cerrando los ojos y viéndolo de forma intensa. ¿Qué le había pasado? ¿Hace cuánto se había puesto ese estúpido sobrenombre? Además, ¿Qué diablos se supone que significaba la palabra exactamente?, ¿vaselina?, ¿vegetariano?, ¿verdura?, ¿verg-...?

—Ian —suelto, intentando alejarme de mis pensamientos.

—V.

—Ian.

—¡V!

—Ian —canturreo de golpe al notar como aquello le molesta.

—Elizabeth. —La voz de Christopher se alza nuevamente—. Piensa rápido.

—¿Qué...?—Y, ¡cómo no!, una rodaja de tomate azota dramáticamente mi mejilla. Me veo obligada a cerrar los ojos debido a la incómoda sensación aceitosa y percibo cómo el trozo de comida cae justo encima de mi precioso pijama totalmente limpio. O, bueno, ya no.

Jesús, ¿qué te he hecho?

—Quien diría —gruñí—, ¿por qué las personas siempre te creen tan maduro? Si supieran que eres un maldito imbécil. —Si la gata Nala que no quiso comer su ración de comida me había puesto de mal humor, no quería medir mi estado en esta situación.

—Bueno, quizá, si tuvieras una vida social normal... lo sabrías. —Yo hice cara de asco. ¿Por qué últimamente las personas siempre me comentaban cosas como aquella?, ¿no notan lo bien que estoy siendo simplemente yo?, ya tengo una amiga y soy feliz con eso. No necesito más, gracias.

—Quizá podría saberlo, ¿pero para qué?, ¿a quién le importa?, es como pensar en, yo que sé, ¿tú sabes por qué Rose te engañó? —A medida que una de sus densas cejas se enarcaba y su mirada se intensificaba, yo sonreía abiertamente. Ian se posiciona simplemente allí, contemplando la charla como si fuera un juego de ping-pong.

Todas las relaciones —si de alguna forma, en algún lugar, de algún universo, podrían llegar a llamárseles de esa manera— de Christopher no duraban demasiado. Y hablábamos de semanas.

Literalmente, o más o menos es lo que tengo en claro desde que comenzaron el instituto. Pero no seamos tan duros. Con las chicas, claro. Yo no lo soporto ni tres horas en la misma habitación, no quiero imaginarme el terrible calvario de aquellas chicas. El infierno de Dante de seguro era más acogedor.

Rose había sido la única chica que lo había engañado, honestamente, dudaba que de alguna forma a él le doliera tal acontecimiento. Yo estaba presente el día donde un amigo se lo informó. Y no hubo llanto. Ni maldiciones. Ni muecas... ni nada. Absolutamente nada. No obstante, Christopher era alguien que necesitaba de la apología social, yo estaba enterada de aquello desde pequeños, cuando su padre le obligaba a sonreír en las reuniones. No sé por qué, tampoco cuál es la necesidad, pero cada quien en su mundo.

No obstante, lo sucedido con Rose fue algo que, definitivamente, todos recordaremos siempre. Habían sido infiel al maldito y gran Christopher, el chico que provocaba sacudidas en el cuerpo con solo una mirada, el chico sin ningún maldito error en el Instituto, el niño prodigio que tenía un buena relación con absolutamente todos y nadie se atrevía a fallarle.

Sin embargo, todo en su conducta es contradictorio. Porque él siempre se ve tan... solo. Y no solo de esa manera. Sino, simplemente solo. Su mirada no traducía nada, excepto soledad. Como esas personas que siempre están rodeadas por otras más, pero, de todas formas, al mirarlas, sabes que están completamente solas. De alguna forma, su mirada y conducta te lo especifican. Yo tengo bien claro que cada vez que él hace algo bueno, algún buen acto, lo hace por obligación más que por sí mismo. Desconfiaba totalmente de su falta de empatía. Su discernimiento moral contaba simplemente de, que si la ayuda no le convenía, entonces no lo hacía. ¿Únicamente yo pensaba que eso estaba jodidamente mal?, pues al parecer, sí. Además, su mirada, no eran solo sus ojos, sino *su forma* de mirarte. Parecía totalmente vacío, como si hace mucho se hubiera desvinculado con sus emociones. Y no se veía como si le importara encontrarlas nuevamente.

¿Por qué demonios todo el mundo confiaba en alguien así?

—¡Elizabeth! —Esta vez miro a Ian, quien me desconecta de mis pensamientos.

—¿Qué...? —Y, de nuevo, ¡cómo no, joder!, una rodaja de tomate estaba pegada sobre mi nariz.

Oh, va a ser un año difícil.



Como todos los sábados, Astrid y yo nos hallamos, nuevamente, atrapadas en la pista de atletismo. Aclaremos, no soy una persona madrugadora exactamente, mucho menos alguien atlética, si alguna vez en mi vida me veías correr, era porque sencillamente perdía el autobús o porque el baño se había quedado sin papel. El sol de las once y media de la mañana se fundía en mi rostro de una forma abrasadoramente mortal sentada en las gradas, y el suéter gris que me había colocado hoy a las siete, creyendo de una forma ingenua que el día continuaría frío, ahora estaba asfixiándome.

—Oh, mira. —Astrid señala con su dedo el momento en el que Ian, aparentemente aburrido de esperar al entrenador, hace una seña a uno de sus compañeros y el mismo se coloca en cuclillas, al parecer Ian iba a saltarlo. Enarco una ceja, ¿por qué, en la vida, alguien confiaría en las aptitudes atléticas de alguien de mi familia?, si somos un... ah, aguarden, esa simplemente era yo. Cierto.

—Una soda a que cae sobre él. —Las cejas de Astrid se arrugaron ante mis palabras, sin embargo, termina sonriendo y vuela su mirada a la pista.

—Una a que lo salta. —Ian toma una considerable distancia e inmediatamente se lanza corriendo al otro simio, digo, John, creo que ese era su maldito nombre, yo que sé. En el momento en que mi hermano está a punto de saltar, veo como Christopher hace un amague de correr hacia ellos, y entonces el cuerpo del tal John es arrastrado por el de mi hermano al césped que se encuentra alrededor de la pista. Inclino ligeramente la cabeza. Astrid chasquea su lengua.

—No te quejes, es la primera vez que el simio alfa me sirve de algo. —Oímos el ensordecedor silbato del profesor, que solo parece causarme un taque de aneurisma y nos disponemos a salir de las gradas.

Era sábado, y si la pregunta era qué demonios hacía yo un sábado a la mañana viendo a mi hermano entrenar cuando podía estar holgazaneando deliberadamente en mi casa, la respuesta era clara; mi hermano era mi chófer. Si en algún momento se piensa que yo estaba alentándolo, es erróneo; sin Ian, yo debía o esperar una hora por el autobús o hacer algo mucho más rápido, que era moverme por mí misma.

Y Zeus, ¿por qué debo caminar cuando mi hermano tiene un auto? La vida es injusta para muchos, eh.

Mis vaqueros eran holgados, casi provocaban que los pisara, es una talla más grande, por lo que estaba utilizando un cinturón negro para ajustarlo en mi cintura y casi oculta mis zapatillas blancas. Bueno, suponiendo que quede algo blanco en ellas ya que tampoco soy fan de lavarlas muy seguido. La punta de mis pies, que se asoman tímidamente debajo del vaquero, era lo único que se podía ver de ellas. Tengo una camiseta manga corta y el suéter gris de Ian por encima, era muy grande, me ocultaba las manos y se caía en mis hombros. Amaba los suéteres y sudaderas grandes. Puntos extra si era esponjoso.

Me lo había puesto a las corridas, no era exactamente una fan de la estética. Normalmente, soy partidaria de dormir unos minutos más y vestirme entre maldiciones y tropezones. Eso era básicamente un buen resumen entero de mi vida. Mi cabello estaba suelto, no lo había peinado, por lo que gracias a nuestro amigo el viento mi flequillo era un desastre y un montón de molestas hebras castañas se interponían en mi cara. Astrid luce tan fría y solemne como siempre, unas

zapatillas negras, la falda rosa recta que le llegaba por muy debajo de las rodillas y una camiseta blanca prendida hasta el cuello.

El entrenador nuevamente suena el silbato, provocando que soltara una maldición y ese fue el pie para que todos se dispersaran como simios buscando su banana, nunca le obedecen a la hora de irse. Yo lo sé más que nadie. Astrid se despide de mí, tiene misa en unas horas y le agradecí por esperarme.

Como siempre lo hacía. Era una buena amiga. No decía mucho, pero siempre estaba.

—Elizabeth, muévete, esta mierda es incómoda. —La brusquedad en la voz de Vicente hace que lo mire a los ojos indignada, sin embargo, al verle tironeándose la camiseta que traía pegada a su torso por el sudor, recordé lo probablemente muy cansado que debe estar y me encojo de hombros. Cuando todos caminan al aparcamiento, me coloco entre Vicente y Aron.

—Oh, chica. ¿Viste la increíble maniobra que hizo tu hermano?—La ironía de Aron me provoca sonrisas. Era esbelto y muy alto, y normalmente llamaba la atención de curiosos mirones por el mechón azulino que cruzaba en su flequillo.

—Una obra de arte. Gracias a eso me gané esto. —Alzo la lata de refresco en mi mano, provocando más risas. El aparcamiento estaba justo al lado de las pistas y tribunas, se parece más a un túnel gigante de salida y es un lugar que se exhibía terriblemente sombrío por las noches de invierno. Una gélida ráfaga cruza repentinamente por el lugar, provocando que me aferre a las mangas de mi suéter.

—¿Qué insinúas? —Ian aparece de golpe, entrecerrándome los ojos amenazadoramente.

—No insinúo nada. —Hinco mis hombros, restándole importancia—. Aposté a que te caerías y, obviamente, gané. —Las risas de los chicos retumbaron en las gigantescas paredes del lugar. Ian mueve la cabeza en forma desaprobatoria, mientras me dice que va al baño con los chicos y me río. El entrenador nuevamente no les permitió ir al baño. Antes de irse, presiona el pulsador de la alarma y las trancas del auto se abren. Amaba ese sonido, significaba regreso a casa.

Cuando estoy a punto de tomar la perilla de la puerta, advierto cómo una mano masculina, mucho más grande y pálida, de golpe, sujeta la mía. Echo el torso hacia atrás por instinto, percibiendo como las alarmas se accionan en mi sistema, sé a quién pertenece esa palidez, su presencia es exorbitantemente grande como para no notarlo junto a mí y su perfume masculino había golpeado todo a mi alrededor.

—Estoy segura de que tu cerebro tiene poco oxígeno, ¿pero hacer ejercicio te lo quitó por completo o algo así?

La sonrisa de Christopher es lánguida y silenciosa al ver mi reacción. No estoy enterada si lo hace a propósito, pero sus facciones realmente reflejan placer cuando me ve molesta. Tengo que alzar mucho la cabeza para verlo a los ojos, sobre todo si está cerca de mi cuerpo. Aunque tampoco es una muy buena idea verlo desde la cercanía, provocaba cierta incomodidad extraña.

—Los menores atrás —susurra sin borrar aquella maldita sonrisa. Yo agito mis pestañas con el desconcierto marcando mis facciones y muevo mis cejas.

—¿Disculpa? —Alzo aún más el mentón y doy un paso a él, sin soltar el pomo de la puerta. No sé si me veo amenazadora, estoy segura de que no, pero al menos lo intento. La calidez de mi mano, que he adquirido gracias a ocultarla debajo del suéter toda la mañana, se opone a la frialdad del suya, que es tan grande que envuelve la mía por naturaleza—. Estoy por la mitad de mis diecisiete. La flor de la edad —mascullo con impetuosidad—, la cumbre de la adolescencia, pero sin llegar a ser mayor de edad. Estoy justo en el medio —digo con histeria—. Estoy perfecta, en la cúspide del miserable ser humano. Tú ve atrás, viejo.

Sus hombros se relajan, y sé que está aguantando una risilla cuando sus húmedos labios se

presionan entre sí, viéndome. Mira por encima de mi cabeza, al costado, y soy verdaderamente incapaz de no echar una mirada al colgante en diamante de su oreja, en los bordes rizados de sus pestañas o a los esponjosos mechones que caían detrás de su oreja hasta deslizarse por su cuello, como el viento provoca sutiles movimientos en las ondas oscuras de su precioso pelo.

—No traje mi auto. —Pestañeo una vez, luego lo miro nuevamente a los ojos. Era verdaderamente peligroso tenerlo cerca.

—Bueno, sí, viniendo de ti, la estupidez ya no me sorprende. Quítate, vejstorio. —Sin ser capaz de adivinar sus siguientes movimientos, de golpe me veo obligada a encoger el cuello cuando él se inclina ligeramente a mi altura.

¿Qué hace?, ¿me va a pegar sus pulgas!

Su aliento golpeó ligeramente mi mejilla y la sensación se me hace insostenible. Inspiro fuertemente, viendo la ventana polarizada del auto y clavo los ojos en los suyos. Él inclina ligeramente la cabeza a un costado, sin borrar su sonrisa.

Quise patearle la cara.

Como no fui capaz de ver ninguna otra salida, y honestamente solo quería volver de una buena y maldita vez a mi casa, hice lo más lógico: huir, de cierta forma. Tiro bruscamente de la puerta, para abrirla y meterme finalmente dentro. Obviamente, ninguna de las imágenes que se había gestado en mi mente funcionó a la hora de ponerlas en práctica. Christopher simplemente apoyó su mano en la ventana, no sabía si ese era toda su fortaleza, pero hizo de mi autoestima y bravuconería cenizas; mientras yo intentaba utilizar toda mi fuerza para abrir la puerta, él simplemente estaba apoyado en ella.

Utilicé un plan B. Levanto uno de mis pies con torpeza, el cual, de golpe, y para mi afortunada sorpresa, logra golpear justo en su canilla. Cuando lo golpeo, arrastro mi pie hacia abajo, apoyándolo con fuerza. Escucho cómo él suelta una silenciosa maldición. Logro abrir la puerta entre murmullos, a pesar de aquello, evidentemente, no me lo deja tan fácil. Sujeta la puerta de forma brusca, haciendo que la mitad de su mano quedara adentro.

Su mano quedó dentro de la puerta, su muñeca en el borde de la puerta.

Hago una pausa, y luego esbozo una cínica sonrisa. Él me mira con confusión, haciendo una pausa. Luego a la puerta, y luego a mí.

Ejecuto una gran potencia con mis manos sobre la puerta, en el mismo instante, el más alto hace fuerza hacia el lado contrario.

—Eres cruel, enana. —Sonrió, sujetando con una de sus fuertes manos la puerta, evitando que la presionara con esta. Se genera un pequeño forcejeo, él trataba de abrir la puerta y quitar su mano, yo intentando de hacerla trizas con la puerta. Sé, de sobremanera, que lo hace a propósito, es un tipo grande y entrenado. Por supuesto que puede conmigo, estaba segura de que podría con cuatro más.

Entonces, cuando mis enclenques brazos comenzaron a lloriquear debido a que, obviamente, están cansados, noto algo. Rose. No sé por qué demonios está aquí, pero es lo último que me interesa. Algo que en cambio sí lo hace es que no nos ha visto, camina detrás de nosotros, y noto que está a unos pocos metros.

Mi rostro se ilumina, lleno de maldad, por supuesto. Le sonrío abiertamente al pelinegro, quien, al ver mi expresión, la confusión se adueña de sus facciones. Entonces, lo hago. Suelto la puerta de sopetón, provocando que Christopher salga disparado hacia atrás por la fuerza que estaba efectuando, y acaba, como lo había planeado, empujando fuertemente a Rose.

Fue cruel, pero no era justo que intentara hacerme ir atrás simplemente porque se le antojaba. Y sí, parecía una estupidez, sin embargo, no lo era. No cuando se trataba de él. Dejar pasar actitudes

de Christopher me dejaba en gran desventaja.

Diablos, ¿en qué momento me convertí en alguien tan intenso?

Intento aparentar absoluta inocencia, junto mis manos atrás de mis caderas y me balanceo sobre mis pies como un niño inquieto. No obstante, me fue imposible no reaccionar al ver la expresión de Rose. Sus esbeltas y negras cejas fruncidas, todo su rostro teñido en completa indignación y enfado. Los miro de reojo, cuando Christopher baja apenas la cabeza —aunque no tanto, pues Rose es mucho más alta que yo— y entonces, cuando nota quién es en realidad, veo cómo su mirada se oscurece progresivamente, furioso, y luego suelta un hondo resoplido, cerrando los ojos. Veo cómo ella inmediatamente comienza a chillar y gritar viéndolo a la cara, su voz se me hace realmente molesta.

Entonces, no puedo evitar reírme. Es algo sutil, algo que sale por sí solo por instinto y que, cuando sale al exterior, lo reprimo completamente. Pero, lamentablemente, ellos me escuchan. Ambos clavan su mirada en mí inmediatamente, yo presiono los labios y los dejo en una línea recta. O al menos eso intento, porque sé que mis ojos no transmiten ningún tipo de seriedad posible.

El plan en mi mente había funcionado perfectamente. ¿Por qué no podía funcionar de esa forma mi vida diaria?

Rose no quita sus ojos de mí, hasta un punto en donde me pongo incómoda.

—No te pongas así —digo, metiendo las manos en los bolsillos delanteros de mis vaqueros y me balanceo nuevamente—. La vida es triste, como... —pienso rápido, no se me ocurre nada y me pongo nerviosa al instante—, como una cebolla deprimida, cortándose a sí misma. —Ella inmediatamente arruga todo su entrecejo, no encuentro palabras para la forma en la que me mira. Desde los pies a la cabeza y nuevamente abajo.

—Bicho raro. —Yo sonrío abiertamente. Nunca antes había hablado con ella ¡es una total y completa dulzura! La castaña le echa unos insultos a Christopher justo antes de darse media vuelta y andar a paso firme y nervioso lejos de nosotros. El tacón de sus botas negras resuena y provoca vibraciones de sonido por todo el lugar.

—¡Ten cuidado! —Ella para en seco. Veo cómo su cuerpo sufre un pequeño respingo, para luego girarse con rostro de espanto hacia nosotros—. Ten cuidado, quizá hay un complot de antiguos novios para atropellarte. Creo que hasta tienen donde reunirse y todo. —Ella aprieta sus labios, su mirada dice que todo lo que tiene para decirme no es absolutamente ninguna palabra amable. Y cuando creo que explotará, ella se da media vuelta y sigue su camino.

Sé que lo hace por Ian. Distintivamente a lo que se refiere en mí, Ian era absolutamente sociable. Desde nuestra niñez, mientras Ian demostraba siempre seguir a sus compañeros de clase y jugar relacionándose con ellos, la pequeña y pecosa Elizabeth —no hay que preocuparse, las pecas ya desaparecieron— normalmente prefería quedarse leyendo algún cuento junto a la maestra. Desde cierto punto, hasta habían llegado a pensar que yo tenía algún grado de autismo. Nunca se mostró, y luego se enjuició que nunca lo tuve.

Supongo que, de alguna forma, simplemente era más calmada y prefería estar sola antes que con otros niños. Ian, por otro ángulo, era —continúa siéndolo— extremadamente energético y sociable. Con un su esponjoso cabello castaño, buenos modales y un par de ojos verdosos había llamado la atención de muchas chicas del instituto. Por lo que, de alguna forma, siempre me vi libre de algún acoso o molestia. Yo era como él, solo que en envase más pequeño, y no había ojos verdes para mí.

Fuera del tema, a decir verdad aún tengo la esperanza de hallar el zoológico del cual papá sacó a Ian, dudo si lo aceptarían de nuevo. Se vale soñar.

—Diablos —murmuro, con aires de tristeza—. ¿O sea que no podremos ser mejores amigas? —Pongo una mano en el brazo de Christopher para dejar caer mi peso en el suyo y chasqueo la lengua.

Entonces lo miro. Él continúa mirando a la nada, y cuando al fin mi racionalidad logra ser consciente de lo que acababa de provocar yo solita, él clava sus ojos en mí, sin mover su cabeza. No supe si fue su mirada, la intensidad que desprende o como la claridad del día, que proviene del frente, deja en la penumbra la mitad de su rostro, dejándole un aspecto terriblemente más perverso de lo que ya lo era. Siento una extraña sacudida en el cuerpo al sentir cómo la oscuridad de sus ojos me absorbe, y como sus hombros y básicamente todo su cuerpo se tensiona en gran medida. Su mirada parecía casi diabólica, como si algo oscuro la envolviera siniestramente, y pude jurar que estaba escondiendo un par de cuernos negros en su frente y garras demoníacas que luego se extenderían de sus dedos y dejarían en evidencia su verdadero ser.

Mientras lo miro a los ojos, recordando todo lo pasado hace cinco minutos y soy consciente de su cambio gracias a mis impulsos, sonrío lentamente de forma tensa. Oh, joder, iba a matarme.

—Si no corres, te tendré un poco de piedad, pequeña cosita bonita. —Ni siquiera movió la boca para hablar, parecía un perro rabioso al que le habían puesto un bocal a la fuerza. Su voz mucho más ronca y tensa de lo normal hace que tome una bocanada de aire y lo mire alarmada en silencio. Junto él. Apoyada en él.

—Quizá tú si puedes ser su mejor amigo, hombre... ¡adiós! —suelto la última palabra atropelladamente, quitando de un zape mi mano sobre él y me giro inmediatamente dispuesta a correr.

Él me atrapa tan solo estirando uno de sus largos brazos, su mano, de golpe, se entorna como una pinza de hierro alrededor de mi brazo y me lleva entre jalones a quién-sabe-dónde. Todo su cuerpo estaba envuelto por un fuerte aliento de agresividad, caminando en grandes zancadas y provocando muchas veces que casi caiga al piso.

—No me toques, ¡ugh! —El simio alfa no emitía palabra, solo me toma del brazo y camina a paso firme. Casi al final del aparcamiento, él para el paso brutaemente, provocado que mi cuerpo continuara de largo y mi rostro se encontrara de improvisto con su espalda—. Suéltame de una vez, que la estupidez puede ser contagio... —No pude terminar mi oración.

Christopher provoca que, de alguna forma, mi espalda termine apoyada en la gran pared de hormigón y, antes de poder escapar, una de sus manos, que cubre casi todo mi hombro, lo presiona ligeramente y me quedo donde estoy. No presiona hasta el dolor, pero me impide avanzar o retroceder, o en este caso, huir.

Me obligo a levantar el mentón, yo no iba a dejarme intimidar ni mucho menos por este animal idiota. De inmediato, descubro que mantener su mirada es escalofriantemente difícil, sus ojos negros me veían con una ferocidad tan vehementemente profunda que resulta perturbadora. Me cala hasta los huesos.

Demonios, ¿cuánto podía demorarse mi hermano en el maldito baño?

Mi mirada arde de alguna forma. Estamos solos, y no es bueno. La última vez que quedamos solos, terminé con una venda en la mano y Christopher con pegamento en todo su cabello. Bueno, tenía diez años.

No puedo dejar de verlo a los ojos, el particular halo de peligro que transmiten, me envuelve de una forma realmente extraña. Me pongo a divagar de golpe y me digo que, si esto fuera una especie de anime, Christopher tendría una aureola negra desplazándose de su cuerpo ahora, y así me lo imagino. Bueno, así lo parece.

Traga saliva y me señala con su mano libre.

—Realmente no tienes idea de lo que son los límites, ¿verdad? —sisea, observándome colérico. Su voz es rotunda, grave y tensa. Como el gruñido de una animal salvaje. Es muy interesante su tono de voz, como si estuviera reprimiéndose a sí mismo de hacer alguna cosa, sin embargo, yo sabía que él era incapaz de actuar de forma realmente agresiva, al menos, conmigo. Me confunde. Sus fosas nasales se encuentran más abiertas de lo normal, y me encojo apenas de hombros cuando sus dedos presionan un poco más mi hombro.

—Solo fue una broma. Dios, qué sensible eres. Solo te hice tropezar. Ni siquiera te caíste, ¿tienes alguna idea de cuántas veces me he caído? —El nerviosismo actúa por mí, hablo rápido y atropelladamente—. ¿En público? ¿En la entrada de casa? ¿En el estúpido tapete engomado del supermercado cuando llueve? ¿En el pasillo del instituto?, hasta en el maldito hospital cuando Ian se cayó de su moto. —Hago una pausa, sintiendo cómo de golpe parece haber una bola en mi estómago que se cerró fuertemente. Él no cambia el semblante ni las líneas tensas de su rostro, de hecho, se pone más serio, y eso solo hace que mis inquietudes se crispen aún más—. ¿Recuerdas cuando la puerta de ese casillero estaba abierta y yo estaba caminando viendo al piso y me la di de lleno en la cara? El pasillo estaba lleno. —Y el casillero era el suyo—. Aprende un poco de los que no tenemos dignidad.... —Mi voz se ve afectada cuando veo cómo su mano se acerca a mi rostro.

Trago saliva de una forma que estoy segura casi me lastima la garganta. Sigue de largo. Christopher apoya su mano repleta de anillos en mi cabeza, rozando mi flequillo y provocando que este se aplastara en mi frente y las puntas picaron en mis ojos. Él flexiona el brazo de esa mano, he inmediatamente mi columna se tensa y me encojo aún más de hombros al percibir como todo su robusto y gran cuerpo se acerca al mío de tal forma. El silencio ondea a nuestro alrededor y no se me ocurre hacer otra cosa que verlo a los ojos. ¿Qué demonios se supone que haga?, ¡parece que me arrancaría un brazo!

Su mirada últimamente era muy extraña, sé cómo son sus ojos cuando está furioso. Y no están así. Es decir, tiene la misma intensidad, la misma aura de impetuoso salvajismo, pero, de alguna forma, no era de enojo. Dios, era un tipo tan complicado. Su nivel de impenetrabilidad era fastidioso como el infierno. Tan raro, ¿por qué simplemente no decía lo que le sucedía y ya?

Alto, ¿qué demonios hacía yo intentando entenderlo? Continúo viéndolo, mi obsesivo cerebro y carácter son demasiado obstinados como para bajar la guardia y ceder. No voy a suplicar que me suelte. No me intimida —bueno, un poco, pero me dedico a que no lo note—, sin embargo, mi obstinado carácter no es tan ciegamente orgulloso como para no admitir que, desde cierto punto, su belleza resulta intimidante. Todo él lo es grande, fuerte y duro. Y sobre todo bellísimo. No era

fácil tener aquel par de preciosos y enigmáticos ojos tan cerca y no relacionar de ninguna forma posible. Es decir, es propio del maldito ser humano, por dios, ¡tampoco es mi culpa no ser un cacho de hielo, además la edad y las hormonas contribuyen en gran medida!

Él no dice nada. Yo menos. Dios mío, ¿por qué sus pestañas son tan largas?, estoy casi segura de que, si él cierra los ojos, las arqueadas, negras y densas pestañas rozan sus pómulos.

Yo tengo suerte si alguien llega a notar que tengo pestañas. La vida es injusta de muchas formas, eh.

Estoy en lo correcto al definir la belleza de Christopher como algo exótico. Sus pestañas son arqueadas; sus pómulos, llenos; y su nariz, ligeramente —muy ligeramente— pecosa y respingada. Sin embargo, a pesar de todos aquellos suaves atributos, sus facciones no dejan ni por un momento de ser duras. Sus densas y rectas cejas negras le dan cierto toque brusco a su rostro, su mirada sin rastros de amabilidad, su muy alto cuerpo y hombros anchos no ayudan a parecerlo más dócil. De hecho, si se lo mira a una cierta distancia, desde lejos, soltaba aquella aura de bestialidad y brutalidad que te provocan saber que, definitivamente, no es una buena idea meterte en su camino.

Él sonríe de golpe, y entonces me digo que tiene verdaderamente problemas psicológicos, porque es una sonrisa real. Está sonriendo, cuando hace tres segundos parecía querer arrancarme el esternón. Me pregunto qué demonios le parece tan gracioso justo ahora.

—Adelante, puedes mirar si quieres.

Pestaño.

—¿Qué? —La burlona y satírica sonrisa se dibuja suavemente en sus carnosos labios, sus ojos llenos de diversión. Y yo no sé a qué lado mirar.

Me iba a morir, también probablemente porque al tenerlo tan cerca ya, me había pegado alguna plaga de simio.

—Mirándome mucho, ¿no?, adelante, puedes hacerlo el tiempo que quieras. —Hecho la cabeza atrás. ¿Qué le pasaba?, que, bueno, no era mi culpa quedarme viendo su cabello, parecía resplandecer por sí mismo, era tan divino y suave que más de una vez me he reprimido en tocarlo. Estoy segura que la textura es esponjosa. Y es que, ¿es mi culpa acaso?, no, ya lo dije, son reacciones completamente normales de un humano.

Y yo lo soy. Hasta donde sé, claro.

—A ver, yo no te estaba viendo —explico, como si fuera terriblemente obvio. Evidentemente, nunca he sido rápida para el buen arte de las artimañas, porque ahora que lo pienso, pude haber dicho algo más coherente. Él tipo está casi sobre mí, ¿qué más iba a mirar?, no tiene sentido. Él enarca notoriamente una de sus cejas sonriendo y se humedece los labios.

—Acéptalo.

Río entre dientes.

—¿Qué te pasa, idiota? Supéralo. —Él no se mueve, y su cercanía ahora me ponía extrañamente nerviosa, siento cómo mi estómago se retuerce moleestamente—. ¿Me vas a soltar o qué? —Christopher no mueve su sonrisa de lugar, y de golpe, para mi sorpresa, da un paso a mí, colocando su pie entre mis zapatillas. Cruza una ráfaga de viento y un rebelde y brillante mechón negro cae justo sobre su ojo, cruzándolo y quedando hasta arriba de su mandíbula. Soy capaz de sentir su fragancia masculina llenar mis pulmones y, joder, ¿puede alguien oler tan divinamente? El simplemente sonríe, aún inclinado, moviendo ligeramente su mano y despeinando mi cabello. No me quejo, de todas formas nunca estuvo peinado.

Suspira.

—¿Qué haré contigo? —Quizá, para empezar, podrías dejarme el espacio suficiente como para respirar sin dificultades.

—Muévete. —No me gusta el tono tan bajo e intenso que utilizo para hablar, dejando en evidencia, de alguna forma, lo nerviosa que estoy. Se pudo apreciar el halo de alteración en mis palabras, y dejarse en evidencia es lo mismo que admitir algo. Como que, él tiene la razón. El más alto inclina la cabeza a un lado luego de mis palabras, y no supe interpretar el momento en el que las líneas de su rostro adquieren cierta seriedad, hecho que solo logra crisparme aún más. De golpe, soy consciente del momento en el que su mirada desciende lentamente a mis labios, y puedo sentir como el aire se ausenta en mis pulmones. Me confundo completamente—. ¿Qué...?

—¡Eh!, ¡oigan! —Christopher se voltea sin alejar nuestros cuerpos completamente, una voz mayor se oye a sus espaldas—. ¿¡Qué creen que hacen!?! —Es un anciano que está sobre las gradas del otro lado, atrás de nosotros, creo que era una especie de conserje. En el momento donde él estira su brazo, sin quitar la mano de mi cabeza pero alejando su rostro, es donde realmente doy un respiro.

Aprovecho inmediatamente el momento de distracción, calculo en un milisegundo la distancia de entre nuestros cuerpos y la punta de mi pie toca con bastante fuerza su canilla, nuevamente. Lo oigo soltar una maldición, soltándome al instante y caminando detrás de la pared, inclinándose y frotándose el lugar afectado. Está donde termina la pared del aparcamiento y comienza la parte interior de las gradas.

—¡Oigan! —El anciano está sobre las gradas, pero logra vernos por las pequeñas ranuras entre los asientos y, obviamente, hago lo más inteligente.

Correr.

—Elizabeth, voy a matarte. —El mayor no está gritando, pero su voz era tan profunda que lo oigo incluso corriendo a varios metros y sin detenerme.

Bueno, ahora podríamos agregar un “correr por mi vida del barbárico de Christopher”, además de correr por papel de baño y porque pierdo el autobús. Gracias al simio alfa, ahora estoy haciendo ejercicio; debería agradecerse cuando lo vea, si salgo viva, obviamente, porque me daría mucha flojera correr nuevamente y preferiría morir ahí mismo, para ser honesta.

Cruzo todo el aparcamiento entre risas y jadeos, sin dejar de correr en ningún momento. El cuerpo del más grande ha quedado detrás de la pared, por lo que, a menos que se recupere pronto de mi gran patada, no se ve por ninguna parte. Parece que simplemente ha desaparecido.

—¿Y Chris?

—Christopher —corrijo inmediatamente. Ian pone los ojos en blanco, abrochándose el cinturón y yo miro entre los asientos hacia atrás. No había rastro. Diablos, ¿lo pateé muy fuerte?

—¿Y dónde está?

—Mmm, no lo sé —murmuro nerviosa. Si mi hermano fuera un poco más avisado en la realidad, y no estuviera siempre en su mundo de las nubes, comprendería o hallaría extraña mi respiración agitada y actitud inquieta, sin embargo, simplemente murmuro algo de que vio a unos amigos y se fue con ellos. Y eso es suficiente para él y nos pone en marcha—. ¿Tan mal te pone estar lejos de tu prometida? —se ríe.

—Todavía no lo hicimos oficial —declara, provocando que yo también riera. Miro nuevamente atrás cuando doblamos, sin embargo, no hay absolutamente nada. Y Christopher no era exactamente alguien difícil de encontrar gracias a las dimensiones de su tamaño.

Me encojo de hombros, ¿a quién le importaba? Él había comenzado.

Luego de llegar a casa, nos disponemos a almorzar. Ninguno de los dos menciona algo sobre la nota de papá en el refrigerador, diciendo que no lo esperáramos para la comida. Veo cómo Ian finge que aquello no logra afectarle, y de alguna forma, sigo su ejemplo. Más que un ejemplo, odiábamos hablar de aquello, no es que simplemente actuamos como si no nos importara, es que,



también, ya lo habíamos hablado muchas veces como hermanos. Y el tema ya nos había aburrido, mismas emociones y mismas relaciones cuando papá no estaba, no era necesario hablarlo nuevamente, preferíamos siempre distendernos con otras cosas.

Vemos por unas horas la TV juntos, unas dos películas buenas que encontramos al azar, y nos molestamos y reímos por un buen rato. Las charlas con Ian siempre terminaban en carcajadas si no se trataba ningún tema importante. Bueno, a quién quería engañar, normalmente donde más nos reíamos era en los temas más serios.

Luego de darme una ducha y entonar cómodamente en mi pijama —el antiguo traje deportivo de Ian—, muevo las cortinas dispuesta a una gran siesta bien merecida. Ha sido un día tanto raro como cansador. Digo, hoy no planeaba correr y el simio alfa me obligó.

Siento una curiosa sacudida en el estómago cuando mi móvil suena y veo el remitente. No lo tengo agendado, pero tengo charlas viejas donde simplemente le había hablado preguntando por mi hermano.

*«Disfruta tus últimos segundos de vida, fresita». Fresita.* Solo existe una persona que es lo suficientemente imbécil como para haberme puesto tal estúpido apodo.

*«Y los pasaré durmiendo. Tírate ocho tiros, gracias y adiós.»*

*Fresita.* Por alguna razón, en un determinado momento de nuestra infancia, Christopher Cesare de Planchon, me había comenzado a llamar de esa forma. Nunca pregunté por qué, nunca quise saberlo. Pero es irremediamente estúpido y lo detesto. Tengo un maldito nombre y me gusta como es.

*«Me vi obligado a esperar hora y media por el autobús. Un niño vomitó en mi suéter. Una anciana me acosó. Literalmente, me acosó. Gracias a que, según Ian “me fui con unos amigos que vio Elizabeth».* Inflo mis mejillas y pecho de oxígeno para luego dejar salir una risa. Me pongo de costado en la cama, provocando que las frazadas subieran hasta arriba de mi cabeza y me oculten completamente.

*«Oh joder, Simio... ¡Qué amigos de mierda tienes!, ¿en serio te abandonaron?:( Pobrecito, dame nombres, me vengaré por ti:(((»*

*«Oh, por supuesto, tu bondad rebosa. Ya es hora de que conozcas los límites de las personas, Fresita.»*

Enarco una ceja ante la evidente advertencia. Si ha dado jodido miedo en el aparcamiento, no quiero ni imaginar su expresión de toro furioso ahora mismo. Pero como no lo tengo en frente, me dispongo a reír.

*«¡Diablos señorito! Para una buena venganza se necesita un buen cerebro. Dios, ¡dios!, ¡me quitas el sueño!».* ¿Venganza?, ¿qué diablos le pasa?, si estoy segura de que apenas y puede contar hasta diez.

*«En realidad, fresita, ya lo tengo (;»* Mis cejas se fruncen por inercia y me quedo unos segundos mirando la pantalla, ¿ya tenía su desquite preparado?

Vaya, por los clavos de Cristo, me abrumba el terror.

—¿Cómo está la situación? —Una hora después, mi mente no deja de sopesar la mirada furiosa mirada de Christopher y sus palabras en los mensajes, por lo que decido ponerme a jugar en línea con mi hermano y Vicente. Claro que estaba tranquila...

—Perdimos dos soldados.

—Diablos. —Echo otra maldición, disparándole justo al caso a quién sabe qué jugador en las trincheras, y escuchando un silbido de alabanza de Vicente por el intercomunicador.

—¿Lista? —Solíamos ser cinco, pero habíamos sobrevivido simplemente Ian, Vicente y yo—. ¿Listos? —Ese fue Ian.

—Ahora —chillo frente al ordenador, normalmente yo iba al medio, era muy buena pegándole a objetivos de frente y a mucha distancia, por lo que mis compañeros generalmente cubrían mis costados—. Joder, ¿dónde demonios está el paquete?, este maldito mapa es gigantesco. —Por suerte, no quedaban muchos jugadores online.

—¡Encárgate de los francotiradores! —Ian grita eufórico, llevamos ya unos treinta y tantos minutos en la partida.

—¡Eso hago, joder! —balbuceo inquieta igualmente, jugar online con ellos me ponía así, nunca podíamos jugar como gente civilizada. Probablemente ni lo somos. Si no gritaba, ellos no se encargaban de su deber en el equipo, bueno, y viceversa...

—¡A la cabaña! —Los tres, por inercia, obedecemos a Ian.

—No se queden, deben estar en constante movimiento.

—Cállate, John, tú ni vivo estás.

—¡Oye! Eso fue muy grosero, no faltes el respeto de un soldado.

—Hay que salir de aquí —finalizo, aunque John esté muerto y aún siga viendo cómo es que nos va, tiene razón, era algo obvio. No podemos quedarnos cubriéndonos por la cabaña, es un punto evidente, demasiado obvio, y aún quedan francotiradores online—. ¿Están sordos, que demonios?— Nosotros definitivamente no podemos jugar juntos sin maldecirnos o gritar.

—Estamos seguros por el momento —murmura mi hermano, la tensión sondeando en su voz. Mientras tanto, yo cubro a Vicente por la ventana, quién se está curando y se debe esperar. Le doy tres disparos con la mira de mi escopeta a un bastardo de baja por la montaña.

—¡Nos van a rodear! —chillo, los tiros a la distancia se escuchan en el juego y probablemente estamos llamando demasiado la atención.

—Claro que no.

—Ian.

—Tranquilízate.

—Te digo que...

—¡Un tanque! —La voz histérica de Vicente nos interrumpe.

—¿¡Qué!?! —gritamos al unísono. Nos giramos al punto rojo que se avecina en la brújula detrás y, en efecto, cuando me giro a la ventana un gigantesco tanque se avecinaba entre los escombros. Malditos suertudos, ¿dónde diablos estaba ese tanque?, jodido mapa, nosotros con suerte encontramos vendaje y armas decentes.

—¡Te dije, idiota, te dije! —Intentamos sobrevivir de alguna forma, saliendo de la casa, pero todo se volvió humo al instante.

—*Intentar misión de nuevo*—

—¡Te dije que nos íbamos a joder si nos quedábamos!

—¡No me chilles!

—¡No estoy chillando!

—¡Escucho tus gritos desde la habitación!

—¿¡Pero qué dices!?! —Giro mi silla giratoria a la pared donde está el cuarto de Ian—. ¿¡No escuchas lo malditamente calmada que estoy!?

—¡Me largo de aquí!

—¡Vete al infierno!

—¡Tú ni bautizada eres!

—Oigan... —La voz de John se alza con timidez desde los auriculares—. Deberían calma...

—¡Cállate, John! —chillamos a la vez. Es lo último que digo. Me digo que la comida me tranquilizará. Por lo que, a paso de tortuga mutada con una babosa, bajo con desgano las escaleras

y abro el refrigerador. Hoy era día de ir al mercado, así que no hay una gran variedad que elegir, tomo lo primero que veo y que no está verde o tiene vida propia.

Pincho con un tenedor la dura corteza de una mitad de una zanahoria y comencé a mordisquearla sentándome frente la TV. Veo que tengo mensajes de Astrid, y, justo antes de entrar al chat, la misma comienza a llamarme.

—No sabes la mañana que tuve. —Frunzo las cejas antes su voz soñadora y amigable. Su voz, a comparación de la mía, siempre está en ese leve tono. Realmente tienes que prestar atención si quieres escucharla, en cambio, yo podía hablar a tres cuerdas y tú entendías perfectamente lo que decía.

Era lamentable.

—Ey, ey, ey, ¿qué con ese tono?, ¿de qué me perdí?

—Estuve toda la mañana en una cita con Christopher. —El sólido trozo de zanahoria, al parecer, toma el camino incorrecto, porque al oír sus palabras, siento una gran molestia en la garganta y comienzo a toser con desesperación.

Era más del siete, sin embargo, aquello no impide que salga de mi cueva y me vistiera rápidamente para ir a la casa de mi amiga. Al tomar el autobús, previamente avisándole a Ian sobre mi paradero, un montón de incesantes pensamientos perforan empeñadamente mi cabeza, la cual ahora está hecha un lío. El padre de Astrid es un reverendo, me obligo a mantener la compostura ante la mirada juzgadora del hombre cuando me abre la puerta, y entonces, cuando aparentemente paso el examen, me dice que suba las escaleras hacia la habitación de mi amiga.

Astrid se sobresalta cuando entro de golpe a su habitación, hago que la puerta se golpee al abrirla de piernas ligeramente abiertas y brazos estirados a los costados, mi respiración era pesada. Parecía que más bien iba a atacarla.

—¿Qué demonios, As? —Ella está sentada en su cama, e inmediatamente sonrío viéndome a los ojos. Aquello no me gusta para nada. Estaba más que claro, para mí, que Christopher lo había hecho con intenciones que no eran para nada románticas ni sinceras. Cuando me quedo de pie frente a la cama, me digo que debería tranquilizarme un poco.

—Fue genial. Oh, Dios, ¿sabías lo extremadamente caballeroso que es? —La vi con el rostro ceñudo. No supe que decir. Claro que lo sé, él lo es... cuando le conviene, obviamente. La miro a los ojos, sintiendo como la boca de mi estómago quema ante su rostro soñador. Esto es... demonios, el simio definitivamente se había superado a si mismo esta vez. Agito la cabeza ligeramente, intentando no aparentar el lío que tengo en la mente y aclaro mi mente para poder hablar. Mi garganta de golpe está seca.

Bueno, quizá Christopher tuvo una especie de catarsis y en realidad no es lo que parece. Respiro hondo. ¿Soy demasiado ingenua si, al menos, intento verlo así?

—Sí... —Dios, ¿qué carajos se supone que debo decir?—. Él puede que... —Maldita sea, mátenme ya.

—Lo sé... —Si mi cabeza ya estaba hecha una maraña enredada, aquello solo logra que me confunda terriblemente más. ¿Cómo que lo sabe? ¿Qué es lo que sabe? Me quedo allí de pie, viendo con el corazón perturbado como su mirada se entristece de golpe y se mira las manos sobre el regazo—. ¿Lo hizo por lo que tú le hiciste, verdad?

—¿Qué...? —Siento una bola de fuego en el estómago al ver su estado tan... depresivo—. Espera, ¿él te mencionó...?

—No —dice—. No sé qué fue lo que hiciste. O con qué lo provocaste esta vez. —Mi espalda de yergue ante su voz aparentemente dura. No sabía que As era capaz de hablarle de esa forma a alguien. Mucho menos a mí. Una risa afligida de su parte interrumpe mis pensamientos,

simplemente se queda ahí, observando sus manos, realmente estaba mal. Me frustra no saber qué hacer—. Pero cuando me trajo a casa, él... —apretó sus labios—, él insinuó que debía decírtelo. —Frunzo las cejas—. No lo dijo realmente, pero lo entendí a la perfección. ¿Por qué luego de pasarla increíble toda la tarde, él te mencionaría, justo al final? —Sus ojos, de inmediato, se cristalizaron—. Él quería que tú lo supieras. Y lo entendí inmediatamente. —No sé qué era lo más extraño o doloroso. El hecho de que Astrid estuviera tan horriblemente afectada, o su semblante sombrío.

Ella nunca tuvo un semblante sombrío... no uno que yo conociera. Digo, todos lo tenemos, unos lo exteriorizamos más que otros, sin embargo, Astrid era demasiado conservadora, demasiado cerrada, y yo nunca le había obligado a hablar. El hecho de que explote por alguien como Christopher me deja pasmada. Además, nunca imaginé que podría afectarle tanto algo como esto, es decir, a pesar de todo, Astrid es mi amiga desde hace más de cuatro años, ella sabe perfectamente sobre mis peleas, insultos y todo lo que conlleva mi relación con el simio alfa. Por lo que, queriéndolo o no, ella sabe, de sobre manera, con todos estos años y acontecimientos, que Christopher nunca se tomaba las relaciones en serio. Digo, me da igual, no lo juzgo, en tanto no me fastidie, era libre de hacer lo que se le antojara. Además, ¿la hija del reverendo, que iba todos los sábados a misa, estaba interesada en el simio de Christopher? Bueno, a decir verdad, nadie es libre de admitir su belleza y caer en sus artimañas, todos éramos humanos. Menos él, obviamente. Pero esto es... maldita sea, él ha cruzado una línea que definitivamente no debía.

—Es que, ¿por qué él se fijaría en mí cuando estuvo con alguien como Rose?

—As, no es más que un imbécil —susurré; parecía que, si alzaba mucho la voz, ella explotaría en llanto. Me acerco a la cama en pasos suaves, hasta quedar de pie frente a ella. Y estiro mi mano a su hombro. Quedo severamente pasada cuando ella da una bofetada a mi mano de golpe, sin mirarme a los ojos.

—No me toques. —Alzo las cejas, sin entender qué diablos está pasando exactamente. Y me quedo únicamente viéndola, ahí, de pie. Sintiendo, de golpe, una sensación amarga por el tono de su voz.

—As, esto no es...

—Vete. —Su voz rotunda y grave, dejando en claro que no cambiaría de idea, hace que mi estómago se retuerza horriblemente. Quizá simplemente quiere estar sola y pensar. Sin embargo, en su voz no oía simplemente enojo y tristeza, sino que de alguna forma, soy capaz de distinguir... odio. Algo que me trastorna de golpe, tengo que saber más, al menos, comprender.

—Oye...

—¡Lárgate! —Cuando alza la cabeza de golpe y suelta el desgarrador grito, estoy tan confundida y dolida que inconscientemente doy unos topes pasos atrás, sintiendo cómo mi espalda se da contra la ventana—. No quiero volver a verte.

Yo. Simplemente. La. Miré.

—Todo esto es tu culpa. —No había lugar para la tristeza o sufrimiento ahora, sus almendrados ojos estaban ardiendo en furia. Odio. Hostilidad. Es todo lo que veo en su mirada, una mirada que nunca he visto en ella—. Hubiera funcionado de no ser por ti y tus estúpidas niñerías.

—¿Qué?

—Esta amistad ya no funciona. —No soy capaz de respirar de golpe, mi garganta se cierra y se seca, apretándose como si una mano invisible la estuviera presionando con fuerza. La frialdad con la que suelta aquello, mirándome directamente a los ojos, pareciera que provoca un bajón terrible en mi presión arterial.

Aquello no tiene ni pies ni cabeza.

—¿De qué demonios hablas? —Me negaba a que esta amistad terminara por un berrinche estúpido de Christopher, no tiene maldito sentido. ¿Astrid era capaz de lanzar nuestra amistad por un chico? ¿Qué demonios le pasaba?—. ¿Se supone que, porque Christopher te invitara a salir para fastidiarme, deberíamos dejar nuestra amistad?

Ella suelta un bufido, viendo atrás de mí, y luego clava su mirada en mí-

—¿Cuál amistad? Siempre esperé una señal de Christopher, y cuando lo hace, me entero a últimos momentos que es por tu niñería. Simplemente me caías bien, Elizabeth, pero ya no hay oportunidad con Christopher. —Mi obstinado orgullo no me permite utilizar más palabras ni más razonamientos, simplemente doy la espalda y salgo de su casa lo antes posible. Sintiendo como si mi corazón fuera una terrible bola negra y pesada que se cierra y se abre a cada segundo, provocando un dolor terrible allí.

Intento respirar hondo cuando estoy en las calles. Intentando, de alguna forma, asimilar lo que había ocurrido. Okey, Christopher quería vengarse. Salió con mi mejor amiga para fastidiarme. Resulta que Astrid estaba jodidamente interesada en él y me mandó a la mierda.

Hago una pausa y respiro hondo. Esto no es mi culpa. No sé si intento autoconvencerme, pero, es que, a ver, veamos, Christopher solo quería fastidiarme, pero en ningún momento yo había dado pie para aquello o lo he alentado a meterse con mi mejor ami... ex mejor amiga. O bueno, lo que diablos fuera o fue. Tampoco entiendo como tomármelo realmente, nunca había pasado esto o algo similar. Mi mente aún no comprende si era realmente en serio, no logra asimilarlo, o cómo terminaría, o si en dos días Astrid se tranquilizaría, me mandaría un mensaje y se disculparía. Sin embargo, su rostro definitivamente no demostraba arrepentimiento alguno ante todo lo que soltaba.

*“Simplemente me caías bien, Elizabeth”.*

El amargo sentimiento prospera en mi sistema y ahora arraiga todo mi interior. Pero, quién sabe, me digo a mi misma, intentando de alguna forma no explotar en llanto, quizá solo éramos mejores amigas en mi mente. Quizá esto no era culpa de Astrid, sino mía, por ver cosas que nunca estuvieron allí.

### 3

#### ***Christopher***

Cuando Ian desapareció por la puerta de su casa, me permito deslizar la cortina de bienestar en mi rostro y dejé caer pesadamente mi cuerpo en el sofá de la sala, generando que las viejas patas de madera gimieran en chirridos molestos. Suspiré, cerrando fuertemente los ojos.

¿En qué maldito lío me había metido, exactamente?

Es decir, cuando se me ocurrió salir con la mejor amiga de Fresita, simplemente quería fastidiarla. Estaba más que claro que yo nunca opté por las dobles intenciones con aquella conservadora chica. Aclaremos que, sí, mis intenciones eran provocar directamente a Elizabeth, y eso era obvio; pero nunca hubo otras intenciones. Según me había explicado Ian, su padre era un reverendo reconocido de alguna iglesia, y ella había sido educada y adiestrada con los pensamientos terriblemente conservadores de su familia. Yo simplemente quise una buena relación con ella.

Ese era el plan. Era muy sencillo. En el momento donde Elizabeth observara la amabilidad en nuestra relación, pondría el grito en el cielo. Yo comprendía perfectamente que ella no era tan inmadura o egoísta como para prohibirle a su amiga tener una buena relación conmigo. Ella no era así.

Sin embargo, los enemigos de tus amigos...

Nunca esperé aquél giro de acontecimientos. Era una de las primeras veces en mi vida donde no pude prevenir las circunstancias. Yo normalmente analizaba cada detalle de mis movimientos. La terriblemente reservada e introvertida chica con la cual nunca en mi vida había tenido alguna charla, ni siquiera las casuales, resultó hablarme golpeado con un humor picante, abanicándome las pestañas constantemente y dejando en claro sus intenciones conmigo. Abrazándome el brazo, apretando mis músculos o apoyando una de sus manos en mi muslo en cada maldito segundo. Era irónico hasta niveles supremos. Y yo no supe dónde diablos meterme. Yo no era nadie para malditamente juzgarla, pero, mierda, me tomó por sorpresa.

¿Qué demonios había pasado?, ¿ella simplemente aparentaba aquella timidez frente a los demás?, ¿cómo fue que nunca antes noté sus intenciones conmigo? Pero aquello no era lo más grave, yo ya había lidiado con locas psicóticas a lo largo de mi vida.

Elizabeth.

No sabía de qué forma esto afectaba su amistad o si ocurriría algo en el futuro. Según tenía entendido, ellas eran mejores amigas, y aquello era un gran problema. Elizabeth, desde pequeña, nunca había sido realmente sociable; Astrid, o cómo diablos sea el maldito nombre de esa chiflada, había sido la primera y única amiga de Fresita, por lo que, imaginaba, tenían una relación realmente estrecha. En cambio, luego de procesar el hecho de que Astrid, la hija del reverendo, me estaba manoseando bajo la mesa del café, luego, el momento donde yo había mencionado a la más pequeña frente a ella, su mirada había cambiado de una forma tan brusca que me heló la sangre. Aunque intentó enmascararlo, puedo notar el evidente disgusto en su voz al hablar sobre la más bajita, balbuceó alguna mierda como que no habláramos de ella en ese momento y volvió a presionar sus dedos sobre mi muslo.

Aquello me molestó de una manera tan malditamente infernal que solo fui capaz de ceder a su pedido, porque, si decía lo que pensaba, definitivamente la mandarí al demonio. ¿Quién diablos se creía para despreciar de esa forma a Elizabeth? No fueron solo sus palabras, sino la mueca de repugnancia que me dejó ver por un segundo.

En un momento, creí que solo estaba imaginándome cosas y simplemente era paranoia por su sorpresivo comportamiento, sin embargo, luego de pensarlo demasiado, puse a prueba la situación y mencioné las altas —muy altas— calificaciones en el curso de química de Elizabeth, ella volvió a tensarse.

*—Solo fue un pequeño concurso de Química, no es relevante para su vida. Además —rió—, dudo que vuelva a ganar.*

Mi mente, para ese punto, simplemente fue capaz de sonreír lentamente y asentir. Como una especie de muñeco que siguió órdenes del cerebro. Su burla me hizo sentir tan espantosamente incómodo y furioso que sentí como mis venas se electrificaron y casi me quemaron la piel. Miles de pensamientos —para nada agradables o amistosos— recorrieron insaciablemente mi cabeza en aquel segundo, lloriqueando entre gritos y quejidos querer salir.

Así que lo hice. Justo antes de que se bajara de mi auto, quería cuanto antes borrar su maldita sonrisa. Y lo dije. Y entonces me di cuenta de lo astuta que era. Fue lo suficientemente astuta como para comprender mi mensaje —“Salúdame a Elizabeth antes de dormir”—. Su rostro cambió abruptamente, a estas alturas, no me sorprendió. Sus labios quedaron planos, tensos, y su mirada

perdió todo color habido y por haber. Sin embargo, ¿qué demonios pasa en su amistad?, ¿Elizabeth está bien con todo aquello? Yo no podía dejar que alguien así se quedara junto a Fresita.

Apoyé uno de mis codos en el sofá y me agarré la frente, cerrando los ojos con un nivel de estrés impresionante y haciendo que mi cabeza trabajara nuevamente. ¿Quién diablos era yo para decidir aquello? Y por la mierda, ¿qué diablos me había pasado en el aparcamiento, con exactitud?

Quería besarla. Solté un gruñido y me deslicé abajo en el sofá. Demonios, claro que quería. Iba a hacerlo. ¿Cómo dejé que pasara aquello? Yo no puedo besar a Fresita, digo es... Fresita. Podría decir, fácilmente, que era alguien de instintos, y no pude evitarlo al tener toda su calidez cerca que, básicamente, fue lo que sucedió. Pero por todo el infierno, yo no era un maldito animal salvaje, era alguien de instintos, sí, pero, demonios, yo no podía hacerle eso a Elizabeth.

No a Fresita. ¿Qué me pasaba? Tenía un montón de números con chicas que definitivamente aceptarían cualquier término, ¿por qué, de golpe, sentí aquella asfixiante necesidad de besarla? Sus labios parecieron tan húmedos, tan preciosos, rosados y apetecibles que me costó la misma vida no hacerlo.

Y aquello estaba mal. Muy jodidamente mal.

Me sobresalté cuando alguien abrió de golpe la puerta, aunque más pareció que le dieron una patada, seguramente era Ian con las hamburguesas, por lo que me puse de pie dispuesto a ayudarlo en la entrada. Sin embargo, todo lo que soy capaz de sentir una vez que me pongo de pie es un fuerte ardor en mi mandíbula.

Hago una auténtica pausa. Y, una vez que soy consciente de mi alrededor, puedo vislumbrar con la mente llena de desconcierto el diminuto cuerpo que se encuentra justo frente a mí. Inmediatamente, quedo en blanco. Elizabeth tenía el puño cerrado y respiraba con dificultad, su mirada llena de furia encendida me deja completamente pasmado. Su mirada no dejaba otro pensamiento de que, de seguro, estaba replanteándose y debatiéndose si soltarme otro puñetazo o no.

Maldita sea, ¿qué pasó ahora?

El golpe había sido fuerte, y me enorgulleció saber lo bien que había aprendido a defenderse. Inmediatamente me reprendo, se supone que aquello no debía importarme. Sentía una gran molestia en toda la línea de mi mandíbula, no era un dolor agonizante, yo había recibido golpes muchísimos más fuertes y terriblemente dolorosos a lo largo de mi vida, pero molestaba.

Quise reírme de mí mismo justo allí. Evidentemente, Elizabeth tenía que ser el único ser humano de una cabeza menos que yo con las suficientes agallas como para golpearme sin recibir ningún escarmiento de mi parte.

Y aquello, nuevamente, estaba mal.

Yo no era alguien fácil de tratar, las personas lo entendían simplemente viendo mi expresión. Y tampoco era algo que verdaderamente me preocupara. Me gustaban las personas como me gustaba mi auto. Rápido y sin complicaciones. Incluso Ian. No me gustaba dejarle pasar de esa forma los abruptos que tenía Elizabeth conmigo, sin embargo, y sin entender por qué, me era realmente difícil enojarme verdaderamente con ella. ¿Cómo hacerlo? Ella incluso se veía más bonita cuando se enojaba, arrugaba la nariz como un gatito erizado y fruncía notoriamente las cejas; yo quería reírme cada vez que se enojaba, sus mejillas se abultaban y me parecía terriblemente adorable.

No podía enojarme viendo aquellos preciosos ojos castaños. Aunque nunca iba a admitirlo en voz alta, y mucho menos a mí mismo, la honestidad en la mirada de Elizabeth me conmovía en gran medida. Ella era terriblemente expresiva, la persona más legible que había conocido. Yo no

era bueno para eso. Bueno para expresarme. Particularidades que me habían inculcado desde pequeño.

Demonios, yo era una mierda para eso. Ver aquella mirada, que se derramaba casi de una forma artística al mundo, me gustaba. Me gustaba verla a los ojos. Con un historial tan problemático como el mío, un par de ojos honestos era todo lo que necesitaba para sentirme cómodo.

Me tranquilizaba. Me daba paz. Cuando aquel par de ojos cafés me atravesaba, todo lo que había en mi mente era Elizabeth y ese electrizante, casi ardiente bienestar de tener su compañía.

Y era un error. Uno muy grave. Aquello me hacía débil. Y el mundo terrenal era despiadado y cruel, muchísimo más para los que no sabían defenderse. Lo había aprendido de la forma más abominable y amarga, pero era la realidad en la que vivía. Y ponerme una venda en los ojos o aceptar cualquier tipo de debilidad en mí no estaba permitido. La vida no era justa. Lo había aprendido de mi padre. Yo no podía permitir ni dejar pasar todas sus acciones. Las de Elizabeth. O, bueno, eso intentaba...

—Eres un maldito imbécil. —Dejé de sobarme la mandíbula y clavé mi vista en sus ojos. Su mirada estaba ligeramente cristalizada y el extremo de su nariz se encontraba en un suave tono rosa, aunque no tan fuerte como el que siempre estaba en sus pómulos. Aquello no me agradó, para nada, y continué viéndola con seriedad.

Por todo el infierno, era evidente que algo había pasado, sin embargo, no dije absolutamente nada. No tenía que hacerlo. Eso no significaba que no quisiera, pero me gustaba mantener mi lugar. Su pecho se movía agitado y afligido por su acelerada respiración; su cabello, de un brillante castaño hasta los hombros, estaba despeinado y revuelto, como si hubiera estado corriendo. Y el fuego y la angustia en sus ojos reflejaban que, claramente, ella no iba a contarme lo sucedido de forma civilizada. Probablemente nunca lo haría.

Su estado obviamente no era nada bueno, y quise decir algo. Aunque no debía. No debía hacerlo. Además, ¿qué diablos sabía yo de confortar o consolar a alguien? Exacto, absolutamente nada. Yo no era bueno para eso. Para no decir absolutamente nada. Para no sentir nada. No entendía mi estado de inquietud a estas alturas. Mucho menos a mí mismo.

No pude continuar en mis pensamientos, porque otro golpe se avecinó a mi rostro. Esta vez me moví, muchísimo más rápido que ella, abracé su pequeña muñeca en toda mi mano y, empujándola a un costado, la hice girar sobre sus talones, haciendo que su espalda se pegara mi pecho y sosteniendo su antebrazo justo allí, a la altura de su cintura.

—Deberíamos calmarnos, Jet Lee. —Me quedé observando su suave cabellera y, debido a su altura poco agraciada, me vi obligado a casi pegar el mentón a mi cuello, el borde de su cabeza rozaba apenas mi mandíbula. Elizabeth tiró de su brazo intentado escapar, pero lo detuvo inmediatamente al instante, ya que, evidentemente, tener el brazo en su espalda y jalonearlo con fuerza dolía.

Recé para que Ian llegara de una buena vez, probablemente el maldito local esté lleno a estas horas.

—Suéltame ahora mismo. —El ambiente no lo ameritaba, sin embargo me fue imposible no sonreír por su tono de voz. Era una chica demasiado altanera y obstinada como para tener esa altura y tamaño. No la solté. Sus cabellos hicieron cosquillas en mi cuello.

—Lo siento, pequeña Bruce Lee, deberías intentar...

—¿Y encima me dices qué hacer? —Intentó escapar tan bruscamente de improviso, que supe que acabaría lastimándose el brazo, por lo que me moví inmediatamente. Deslicé su brazo abajo, dejándolo estirado, y lo apoyé sobre su estómago en unos segundos. Su cuerpo era muy manipulable para alguien con mi fuerza. Intentó darme un perspícaz codazo en el estómago con su



brazo libre, por lo cual sostuve rápidamente su otra muñeca y las alojé en su estómago. La quería tan lejos como sea posible de mi cuerpo y ahora la estaba abrazando por la espalda.

Me inquietó la sensación terriblemente agradable que sentí al percibir la suave calidez de su cuerpo en mi pecho, era pequeña y dulce. Bueno, está bien, no, no era dulce, pero para mí nunca había dejado de ser una cosa demasiado adorable, quizá era por su tamaño, la terrible sensibilidad ocultada por el fuerte carácter, no tenía idea, pero sabía que lo era.

—Demonio de chica, cálmate. —Oprimí aún más su estómago hacia mi abdomen, provocando que su pequeño cuerpo se pegara más al mío. Supe que fue una mala idea desde el comienzo, pero no vi otra salida. Sentí como me quedaba sin aire inmediatamente. Su cabello olía estupendamente bien, el olor a flores algo dulce me embriagó, y la sensación en mi estómago fue indefinible. Lo peor era que, de cierta forma, me gustaba tenerla así. Junto a mí.

Entre las densas hebras de cabello castaño fui capaz de ver una de las partes de su cuerpo que, sabía, le enorgullecía. Y no, no era por su piel o color o un cuerpo bien formado. Era una mancha de nacimiento de un color más pálido que su piel en su cuello y tenía forma de media luna. Elizabeth lo amaba. Bueno, en realidad, estaba un poco más arriba que su nuca, justo detrás de su oreja derecha y no era realmente visible. No me gustaron las sensaciones que despertó verlo. Quise inclinarme, solo para rozarlo con los labios.

Por todo el santo cielo, se me había zafado algún maldito tornillo.

Mis ojos se dirigieron instintivamente a esa jodidamente tierna lunita que los genes se habían encargado de tatuar en su cuello. La piel cremosa y suave parecía estar hecha de algún postre esponjoso y dulce. Yo no era de las cosas dulces, pero pensé que no estaba mal comenzar ahora. Las palmas me ardieron de golpe, rogando por al menos un roce. Me obligué a respirar, percibiendo como una bola de fuego se incrustaba en mi estómago.

Respiré hondo, ¿qué demonios me sucedía? Normalmente sabía ponerme un límite, controlarme y mantenerme al margen ante la belleza de Elizabeth. Esto era un maldito problema. Sacudí el rostro tratando de alejarlo de su nuca. A tan poca distancia, mirar su nuca era peligroso. Bastante peligroso.

—¿Me dirás qué sucede, Fresita? —Soltó un gruñido ahogado.

—¡Basta ya! —Se removió—. Ve a bailar por un par de bananas, simio, y déjame en paz. Además —murmuro, de forma inaudible—, seguro ya sabes la mierda que me sucede...

¿Por qué hablaba en aquel tono? ¡Fue su amiga quién casi me viola!

—Oh, ¿te refieres a la astuta promiscuidad escondida de tu amiga? —No recordaba su nombre. No medí mis palabras, pero antes de siquiera poder pensarlo, la castaña se zafó de mi agarre, maniobrando de una forma a la cual no presté atención y giró su cuerpo listo para propinarme otro golpe.

Todo pasó demasiado rápido, y yo estaba aún bajo el efecto de mis extrañas sensaciones al tenerla cerca. Lo único que pude atinar a hacer fue abalanzarme para que no llegara a golpearme.

Ella no podía volver a golpearme, no podía permitirme que dejara un moretón en este rostro esculpido por los ángeles. Seguramente era pecado divino.

Ambos caímos de forma brusca en el tapete azul y me dediqué a arrastrar sus antebrazos con fuerza, dejándolos de los lados de sus hombros sin darle tiempo de reaccionar. Fue lo único que pude hacer. Parecía un pequeño animal salvaje listo para arañarme todo el rostro.

—¡Qué bien que al fin haces sinapsis! —chilló, agitándose con fiereza, y me vi obligado a apretar sus caderas con mis rodillas; parecía lista para patearme sin parar—, porque como me sueltas y te...

—¿Mato? Renueva tu monólogo, Elizabeth. —Ella estiró sus labios de forma burlona,

intentando mover inútilmente sus brazos.

—¿*Monólogo*? No me digas —murmuró—. ¿Cuántas bananas te dieron para que aprendas la nueva palabra, eh? —sonreí mientras soltaba un suspiro y observé el techo, era imposible.

Cuando bajé la cabeza y la miré nuevamente, un mechón negro cayó en medio de mi frente molestamente. Me gustó la forma en la que ella se lo quedó viendo. Me fijé en sus ojos y no pude apartar la vista. Intenté que mi racionalidad se pusiera en movimiento nuevamente, pero no podía dejar de verla. Justo ahí, aferrada a mis manos, me animé a observar la imagen de reanimadora belleza. Su piel era pálida, y a pensar de sus constantes quejas sobre lo sensible que era al sol, no dejaba de tener aquella vitalidad preciosa, su cabello se había extendido en todas direcciones, era corto, pero aun así parecían finas y onduladas cintas de oro. Era precioso.

Me lleva el diablo, ella lo era.

Era terriblemente estúpido e incoherente que me atrajera, de golpe, la chica a quién le había enseñado a montar una bicicleta de pequeños. La niña a la que defendí de estúpidos bravucones, la niña... joder, debía dejar de pensar tanto.

—¡Eh, idiota! ¿Quieres quitarte? ¡Tú asqueroso cuerpo pesa toneladas! —Miré con fijeza su inquietante tono y no puedo evitar soltar una risa.

—¿En serio? —Mi voz sonó más grave, no supe por qué, pero pareció más un profundo gruñido que mi voz normal—. ¿Por qué no echas una ojeada de lo feo que es mi cuerpo, Fresita? —solté una lesiva sonrisa ante su mirada de desprecio y la repentina mueca de asco. Estaba tan cerca de su rostro, que la punta del mechón que había caído en mi frente ahora estaba apoyada junto a su labio. Me sorprendió lo mucho que me agradó saber lo nerviosa que estaba.

Aunque tampoco la culpaba, tener este rostro de ángeles tan cerca no debía ser fácil para nadie.

—¿Puede ser que Elizabeth esté nerviosa? —Ella aumentó su mirada de desprecio y se agitó nuevamente. Esta vez sí reí, aunque valoraba su perseverancia—. Oh, ¿te inquieta tenerme encima? Creí que daba asco.

—¡Eso es lo que siento! —Nuevamente me carcajeé. Debía parar y quitarme de una buena vez, sin embargo, no sabía exactamente qué sentía, pero sí sabía que no quería alejarme. Su cuerpo era suave y olía espectacularmente. Yo nunca había tenido nada suave. Nunca hubo nada lindo o cariñoso para Christopher Cesare de Planchon. Lo lindo corría para otro lado cuando me venía llegar.

Incliné mi cabeza y la observé, la diversión aleteando profundamente en mi mirada al notar como arrugaba su pequeña nariz. ¿Cómo iba a dejar de molestarla si ella no dejaba de verse tan bonita? Separé los labios para seguir hablando, sin embargo, algo me detuvo. De golpe, sus mejillas, sus orejas, incluso un fragmento de la piel de su cuello se tornó de un color más vivo... más coralino de lo normal. La observé con detalle, y quedé inmóvil inmediatamente, intentando mantener la calma que definitivamente no sentía. Fue hermoso, toda aquella secuencia lo fue. Se había ruborizado, se había ruborizado. Jódanme ya, ¿por qué tenía que ser tan preciosa? Me quedé viendo sus inocentes y grandes ojos por un momento. Intentó zafarse nuevamente, sin embargo, mientras me devolvía la mirada, noté que había empleado menos fuerza. Como si la hubiera perdido... casi como si...

Con la mente cargada en una brumosa nube, no supe lo que estaba haciendo hasta que incliné mi rostro sobre el suyo. No. Tampoco racionalicé. Mucho menos Elizabeth, ella, ella... maldita sea, ¿por qué no hablaba?

Sin previo aviso, vi una luz entrar por la ventana y me entumecí repentinamente al recordar el auto de Ian. Rápidamente me puse de pie, sintiendo como cada músculo de mi cuerpo chilló por querer la cercanía. Sintiendo los nervios martillarme el pecho, le extendí una mano a Fresita.

La quité de un zape, al notar que ella iba a patearla.

Con el corazón en la garganta y automaldiciéndome en más de un idioma, me quedo de pie junto a la biblioteca mirando una revista.

—¡Ey, bro! —Él entró destilando aquella aura de energía que siempre portaba. Luego vio a su hermana, era terriblemente despistado—. Eh, fetó. —Se inclinó a la más pequeña, sentada en el sofá reclinable y chocaron palmas de costado, sin embargo, ellos también chocaban sus puños, solo hacían aquello uno con el otro. Jerga de hermanos, yo qué diablos sé.

—Eh, desperdicio de cavidad craneana. —Ian nunca notó que ella estaba viendo la televisión apagada. Ni que yo estaba leyendo una revista al revés.

Ian sonrió con la bolsa de papel en manos y desapareció en la cocina. Percibí cómo el ambiente se tornaba espantosamente incómodo y asfixiante. Elizabeth se quedó simplemente allí, sentada. Por la mierda, lo había vuelto a hacer, ¿qué carajos estaba mal conmigo? Quise decir algo, pero no supe qué. Obviamente no sabía qué. Ella estaba ahí, su cabello dorado oscuro brillaba fuertemente y ni siquiera parecía estar respirando. De golpe, se puso rápidamente de pie, y la mire con sorpresa, intentando adivinar sus siguientes movimientos. Sosteniendo el borde de su sudadera con fuerza, como si temiera que volviera a abalanzarme sobre ella, pasó junto a mi hombro directo a las escaleras. Yo la seguí con la mirada. En el segundo escalón, paró en seco.

—Eres un animal, un bárbaro, ¡una bestia! —Su dedo acusador titubeó levemente, parecía chillar entre susurros mirando precipitadamente a donde Ian había desaparecido y volvió a verme.

Con la luz de la sala derramándose en su rostro, olvidé todos los problemas de mi vida y realmente fui consciente de su fuerte sonrojo. El color coral se extendía de tal forma que llegó a verse chistosa en sus mejillas, acentuándose fuertemente en el punto medio de sus suaves pómulos. Sus ojos cafés estaban más oscuros, y noté como su respiración era deliberadamente mucho más agitada. Apretó aquellos carnosos y rosados labios y me volvió a apuntar con su dedo.

—Como vuelvas a acercarte tanto, acabarás castrado. —El fuerte ceño fruncido y el rostro sonrosado, combinado con el hecho de que estaba a mi altura gracias al tercer escalón, no hizo más que causarme gracia. Intenté que no se reflejara tanto en mi rostro, aunque probablemente no lo hacía muy bien.

Guardé las manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón negro y caminé hacia ella, exactamente cuatro pasos. Lento. Suave. Sus ojos inseguros me recordaron a un indefenso corderito, y fui capaz de ver todo el torbellino de nerviosismo que estalló en su mirada. Era tan, tan expresiva. Una vez que mis botas negras rozaron el escalón, me incliné a ella apenas, dado a que ahora estaba casi a mi altura. Echó los hombros atrás inmediatamente.

Sonreí.

—Si lo que pretendes es verte amenazante, te recomendaría crecer un par de centímetros. — Sus ojos se obscurecieron de indignación. No pude dejar atrás mi fascinación por su novedoso sonrojo, pude apreciarlo mejor entonces. Ella no dejó de verme a los ojos, sabía que era demasiado obstinada como para echarse atrás, por lo que guardé mis manos. No la quería aún más nerviosa, parecía que estallaría en cualquier segundo.

Su pecho se elevó, dando un gran respiro.

—¿Te crees muy intimidante por tu altura y tamaño, eh? —Era imposible no reír con sus palabras. Y, de hecho, sí, sí lo hacía. Un metro ochenta y seis y un gran entrenamiento físico desde pequeño me permitían actuar de forma intimidante y ser tan malhumorado como se me antojara. Ella subió un escalón más, yo alcé un poco la mirada, sin moverme. Volvió a apuntarme con su diminuto dedo—. Espero y seas consciente de mis grandes ganas de golpearte.

—Espero y seas consciente de mis grandes ganas de besarte, también. —Oh, bien. Bueno, esto

no iba bien. Las palabras habían serpenteado fuera de mis labios antes de utilizar la cabeza. Suponía que a esto se refieren con que ser instintivo e impulsivo traía problemas consigo. Ella pareció tener un síncope, palideciendo brevemente y su dedo acusador se sacudió.

—No tienes remedio —balbuceó histéricamente, girándose y subiendo las escaleras de dos en dos. Estuvo a punto de caerse.

Cuando fui capaz de oír cómo la puerta se cerró de un fuerte golpazo, recordé como respirar y apoyé la espalda en la pared más cercana. ¿Qué diablos pasaba conmigo? Nunca antes una chica me había afectado de tal forma, nunca antes pensé sentir algo parecido. Me habían enseñado con amargura y palizas a esconder todo tipo de vulnerabilidad. La vulnerabilidad era debilidad. La vulnerabilidad se oponía a la fuerza. El mundo no era para los débiles.

Sin embargo, las reacciones que mi mente y cuerpo tomaban frente a Elizabeth eran completamente irreflexivas. Ella me hacía sentir cualquier tipo de emoción o sufrir cualquier tipo de impulso con tanta facilidad, que me perturbaba profundamente.

Giré la cabeza y miré la puerta, tranquilizándome. No sabía qué demonios me pasaba últimamente, pero, sin embargo, sabía que definitivamente la quería cerca.

**Elizabeth**

Solté un pesado suspiro, mientras plegaba mis piernas hasta que las rodillas me rozaran el pecho y apoyé mi hombro en el barandal de las gradas. Tenía mucho sueño, más del normal. Leon corrió energéticamente por todo el gimnasio, esquivando hábilmente a los otros jugadores y acabó encestando. Sabía que iba a hacerlo de todas formas.

Él se giró, buscando aparentemente a alguien entre el tumulto de chicos, y su mirada cayó en mí. El corazón casi me atraviesa el tórax cuando me sonrió ampliamente y agita una mano en mi dirección.

Dios, ¿por qué era tan precioso?

**Hace un año;**

—Escuchen todos. —La profesora lanzó una mirada desdeñosa y llena de recelo a la clase, como si fuéramos horribles espantosos empleados de una empresa. Empleados que, obviamente, no irían a pasar su prueba. Nuevamente estaba con esa mierda de la limpieza, ¿por qué nos hace limpiar todo? A veces, cuando intentaba ver más allá en ella, siempre llegaba a la misma conclusión. Parecía odiarnos. Además, Elizabeth y la palabra *orden* son completamente opuestas, una virtud de la cual carecía completamente. Yo en días realmente especiales con suerte tendía mi cama, y esta maldita anciana me obligaba a limpiar los bancos.

—Tú, Amoretti. —Obviamente iba a llamarme a mí. Siempre lo hacía, quizá porque mi actitud dejaba en claro que, en mi opinión, su clase era una auténtica mierda—. Llevarás los instrumentos de Química al laboratorio. —Cuando sostuve la caja, las burlas de los demás chicos no se hicieron esperar. Mi rostro debió dejar muy en claro lo mucho que pesaba—. Ten cuidado. —Solté un sonoro bufido intentando caminar y no tropezarme con nada. Como si le importara, probablemente querría que me mate yo sola.

A medida que trascurría por los pasillos, los codos comenzaron a arderme, ¡pesaba demasiado para mí! Yo no era tan agraciada con la maravilla de la musculatura y, además, está llena de tubos larguísimos que usamos en los prácticos, cosas de catón, un montón de calculadoras e instrumentos de gimotearía de hierro. Los largos tubos en mi cara no me dejaban mucha vista.

Dios mío, que les den a todos. Si esto continúa así, voy a terminar cayéndome. Sentí un golpe. Dejé de ver la caja y alcé la vista. Me topé con un par de ojos verdosos frente a mí y no supe qué decir. El chico dio un paso hacia atrás, ya que la caja había chocado en su abdomen. La caja se removió, y por lo tanto, yo igual. Antes de la pesada caída, un par de brazos se habían enredado a los costados de la caja.

Solté un suspiro.

—Eh, lo siento. Esta cosa pesa como la... —Sentí un tirón, y la caja no estaba en mis manos—. ¿Qué haces? —Al ver la dulce y amable expresión en su mirada, lo único que pude hacer fue sentir cómo mi corazón pareció atragantarse con mi sangre y se agitó histéricamente.

—Esto es demasiado pesado para ti sola. —Su sonrisa se curvó, yo me dije lo hermoso que era—. Me llaman Leon, ¿tú?

—Yo puedo con..

—¡Nada de eso! ¡Yo lo llevaré! —chilló energéticamente. Yo solo lo observé, ¿cómo era que estaba tan alegre si eran las siete de la maldita mañana?

Debía admitir que, cuando me inscribí en la planilla de ayudantes en el equipo, fui severamente influida por mis ganas de seguir manteniendo charlas amistosas con aquel extraño castaño. Era una impura con intenciones más impuras aún, pero aquello no hacía daño a nadie, y ganaba créditos extra por ayudar en el equipo.

Aunque no estaba tan feliz ahora que los chicos se habían inscrito en el equipo. Es decir, bien, tenía una terriblemente buena relación con todos, sin embargo, sentía que este era mi lugar. Ya no iba a poder actuar de ciertas formas por su presencia. Sacudí la cabeza, ¿qué me pasaba? Yo era yo, y no iba a dejar que la presencia de otros me obligara a reprimir o dejar de ser yo misma. Además, ellos ya me conocían.

Sí, así debía ser.

Miré nuevamente mi móvil, Astrid no había mandado ningún mensaje y sentí cómo la bilis se comenzaba a manifestar en mi garganta. Maldita sea, debía dejarlo ya, era lo mejor. Si ella había tomado una decisión de esas magnitudes, yo nada podía hacer.

Wayatt, Ian y Math estaban bailando, oh, sí, bailaban en la maldita práctica de baloncesto, pero luego yo era la grosera histórica que les insultaba. Aron y Vicente eran los más serios —dentro de lo que cabe—, practicaban juntos tiros y se movían terriblemente rápido. El entrador me llamó y discutimos las estrategias que habíamos hecho ambos.

Vi a Aron y Vicente jugar bastante bien. Quizá podríamos llegar a algo. Aron lanzó el balón a Vicente, sin embargo, Wayatt estaba justo detrás, sin ser detectado. Vicente no fue capaz de verlo, y se abalanzó sobre él de espaldas. Lo siguiente que oí solo fueron gemidos de dolor.

Joder, ¿nos iba a ir bien? Con esos retrasados adentro no le ganaremos ni al equipo de jubilados del asilo.

—¿Eres ayudante? —Instintivamente, al oír la voz de Christopher en mi oreja, literalmente, en mi oreja, doy un largo paso al costado, sin levantar la mirada de mi móvil. Escucho cómo se carcajea. Cuando lo quise mirar con fastidio, hago una pausa, viendo la manera en la que le queda la camiseta del equipo y reprimo una carcajada que, luego de unos segundos, me es imposible sostener. Él pone cara de fastidio, mirando a la cancha con un bufido.

—No había mi maldita talla —se excusó, pero yo continué riéndome. Christopher era realmente alto, y no contento con eso, también era ancho de hombros. Incluso a veces, aun cuando utilizaba sudaderas amplias, podías notar claramente que debajo de ellas había un gran porte y escondía un brutal cuerpo.

Me reí nuevamente. La camiseta sin mangas color bordó parecía amazacotar todos los músculos de su torso y me sorprendió que no se desmayara por asfixia. Claramente, eran tallas más pequeñas que su inmenso cuerpo, la sinuosa hendidura en la mitad exacta de su pecho se marcaba fácilmente en la apretada prenda y, en efecto, dejaba la piel de sus clavículas al descubierto y se ceñía terriblemente en sus hombros, dando la sensación de tener brazos y hombros más grandes, las marcadas y suaves venas ondulaban claramente como canales por sus brazos, directo a sus manos.

Aguanté otra carcajada.

—¿No crees que eres un tipo demasiado grande para estar en una camiseta tan pequeña? —Él puso los ojos en blanco y apoyó su hombro en la fría pared.

—No es mi culpa que el maldito equipo sea tan flaco como un junco.

—No les culpes por ser un mastodonte, hombre. —Volví a reírme por el comentario de Ian, el

borde de su cabello rizado se le pegaba a la nuca y a la frente debido al sudor, reparaba agitado cuando llegó junto a nosotros y pasó de largo a los baños. El más grande frunció sus densas cejas, cruzándose de brazo y la tela pareció explotar.

—Ya no hay respeto —murmuró. No supe identificarlo, pero en el momento donde continué riendo, él me miró y sonrió. No estuve segura si fue por mi risa; me confundí, ya que aquello no tenía demasiado sentido.

—¡Elizabeth! —Mi corazón comenzó a latir más rápido al escuchar su voz. Sostuve atropelladamente la planilla y la mire. Como siempre, intenté aparentar la calma que no sentía leyendo en la planilla.

—¿Qué es lo que mi ayudante hace? —Leon llegó cansado y respirando con dificultad. Se colocó detrás de mí; yo le llegaba un poco más arriba de la mitad de la cabeza, él no era realmente alto, por lo que se inclinó y fui capaz de sentir el calor corporal que emanaba. Las malditos pulsaciones no dejaban de matarme y pareció que me apuñalarían.

—Eh, ya sabes... —Dios mío, mátenme ya. Sentí que olvidaba lo que decía—, lo mismo de siempre. —Percibí su sonrisa junto a mi cara, literalmente junto a mi cara, y levantó un brazo del otro lado, apretándome un hombro con fervor. Sabía que estaba emocionado por el juego cuando me sonrió abiertamente.

Sabía que eso no significaba nada. En lo que había estado aquí, había descubierto que él era así de amable y apegado con todo el mundo. Lo cual, honestamente, me había desanimado. Su mano se puso sobre mi cabeza de golpe, provocando que todo mi interior estallara. Estaba caliente y algo sudada, por lo que despeinó suavemente mi cabello y dio un paso atrás.

—No lo hagas tan duro para ti, ¿bien? —Él me sonrió hasta mostrarme sus encías. Yo me pregunté si era posible que mi corazón se agitara tan fuertemente sin desmayarme.

Suspiré con pesadez, era tan bueno que nadie nunca lo notara, agradecía la falta de atención de todos los demás jugadores y el propio Leon. Nadie me ponía demasiada atención aquí, lo cual agradecía eternamente. Con normalidad, yo siempre estaba junto al entrenador, y la única charla que teníamos fuera del equipo y estrategias, era de su, según él, fastidiosa esposa. Una vez había comprado una camiseta nueva y no quería decirle, por lo que yo opté por decir que la escondiera, a lo que él respondió *“Ella lo sabe todo. Esa mujer es el diablo”*. Di por terminada la charla luego de eso.

Cuando alcé la vista para ver a los demás jugadores, noté la fuerte presencia de Christopher junto a mí. Era imposible no notarlo. Su pisada era imperantemente fuerte y apabullante, tenías que ser castrado de todas las facultades humanas para no notarlo. Yo alcé la cabeza para verlo a los ojos y lo que vi me consternó, su mirada estaba nuevamente seria, pero no sería en la manera normal, sino que parecía aletear un poco de hastío en ella.

—¿Qué? —solté frunciendo el ceño, no me gustaba que se pegara tanto a mi espacio personal. Él dio otro paso y me inclinó levemente, molestándome aún más. Entonces, sin previo aviso, una de sus manos agarró mi planilla y, antes de protestar, todo lo que hizo fue girarla hacia abajo. Miré la plantilla. Ahora estaba bien... oh, mierda, ¿la tenía al revés?

Lo miré, sorprendida. Él continuó mirándome, como si estuviera analizándome de cierta forma que, en un momento, llegó a ser terriblemente incómodo.

—¿Qué? —Pensé en algo—. Estaba dibujando. —Él sabía que yo odiaba dibujar. Mátenme ya. Su ronca voz liberó un cierto susurro, como un “ajá” breve, y lo miré con aún más hastío—. ¿Cuál es tu maldito problema ahora?

Él no respondió.

—¡*Woo woah woo woah woo!* —chillé a todo pulmón en el asiento delantero, moviendo mi cuerpo en los golpes de música. Había sido una buena semana, el equipo iba bien, había pasado tiempo con papá y, por alguna razón, Christopher se había alejado progresivamente de mí. Algo que no me molestaba en lo más mínimo, sin embargo, lo hallaba bastante extraño. Algo no cuadraba. Normalmente, él se me acercaba porque disfrutaba molestar me, pero ahora, cada vez que se veía a más de tres pasos de mí, se alejaba como si tuviera algún tipo de enfermedad mortal contagiosa.

No tuve noticias de Astrid en toda la semana. Era algo en lo que intentaba no pensar.

—*Love is nothing stronger!* —Escuché cómo Aron me hizo coro detrás.

—¡*Woo woah woo woah woo!* —Ir en el auto con Ian era una dictadura musical. Regida por mí, obviamente. Si yo iba al frente, entonces todos sabían que yo iba a elegir la música. Me hallaba acomodada con un pie sobre el asiento, agitándome ridículamente con los golpes musicales, mientras que Ian conducía, y Wayatt más el simio alfa estaban atrás.

—*Than a boy with...* —Wayatt movió sus manos. Tenía el cabello rubio rojizo, y en su rostro no había un lugar en donde no cupiera una peca más. Intentó hacer un movimiento sensual que salió bastante patético y escuché a Christopher gruñir.

—*Than a boy with love!* —grité más fuerte.

—*Oh my my my!*

—*Oh my my my!*

—¡Diablos! —Ian apagó al radio estresado—. Como continúen así, mi cabeza va a explotar.

—Su pobre cerebro —masculló Wayatt.

—Suponiendo que tenga uno —murmuré, soltando una carcajada dado al evidente fastidio de mi hermano. Tenías que ser muy molesto para hacer enojar o molestar al pacífico Ian.

Me di una rápida ducha cuando llegamos a casa. La relajante agua caliente desplazándose en mi espalda me dio tiempo de pensar. Desde ahora debía, obligatoriamente, cuidarme las espaldas con Leon. Es decir, para las personas, era normal que él actuara de esa forma conmigo, ya que era abiertamente cariñoso y amable con todos, sin embargo, yo no era de esa forma. Y, maldita sea, nadie podía saber lo que yo sentía. Me gustaba la intimidad, no consideraba necesariamente bueno o cómodo que todos supieran lo que sentía.

Me dejé el cabello suelto, mojado y alborotado, las hebras castañas se habían oscurecido bastante por lo húmedo que estaba. Me daba demasiada pereza secármelo, por lo que lo dejé como estaba y fui por el suéter más grueso que tenía. Es la cabeza de un gato. Literalmente, lo era. Ian me lo había regalado años atrás, alegando que, como yo no podía tener ningún gato gracias a su maldita alergia —algo que siempre iba a dolerme porque me gustaban mucho—, por lo menos iba a parecerme a uno. Además, según él y prácticamente todos los que me conocían, yo tenía las actitudes de un gato: era friolenta, me despertaba solo a comer y no me gusta que me toquen demasiado.

Al principio todos se rieron y me había ofendido en cierta manera, luego solo me quedó aceptar las críticas y ponérmelo. Descubrí que era irremediabilmente cómodo, de una tela negra



peluda y esponjosa del lado exterior, tenía un par de orejas de la misma tela en la capucha y una chistosa cola del mismo material del lado de atrás. Era largo, y me llegaba hasta más allá de la mitad de los muslos. Me puse unos pantalones finos de tela caída verde militar y, antes de leer el repartido de Física, decidí ir a por algo de merendar.

Al bajar las escaleras —nuevamente, de dos en dos—, sentí cómo la brisa fría me lamió los huesos, deslizándose levemente por mi cuello y provocándome un escalofrío. Me puse la capucha inmediatamente, escondiendo mis manos en las largas mangas, y caminé con pereza a la cocina. Todo mi cuerpo estaba aún manteniendo la tibieza de cuando salí del baño, me había bañado con agua muy caliente, por lo que sabía que mis mejillas aún tenían ese gran color rojo, y me había secado tan horriblemente el cabello con la toalla, que tenía mechones castaños pegados a mi mejilla por su humedad.

Mientras ponía a calentar la leche chocolatada, decidí colocarme los auriculares y comencé a moverme al ritmo de la música; no era buena bailando, mis pies aún no entendían lo que era la coordinación, pero, por suerte, aquello no me impedía moverme, ni siquiera saber que perdía la dignidad cuando bailaba.

—*Listen my-my baby I'm* —murmuré pesadamente las palabras en coreano que aún, y probablemente, nunca me saldrían, pero, bueno, no era mi culpa, la canción era de un álbum nuevo y no había prestado mucha atención—. *Yeah you makin' me boy with luv.* —Fui presa de un síncope al ver un cuerpo de pie apoyado en la pared de golpe. Al girarme a buscar cereales, el silencioso cuerpo de Christopher estaba allí en la puerta. Quieto. Como una estatua. Me sorprendió realmente su presencia y su mirada, clavada en mí, ya que últimamente no hacía más que evitarme. No sabía por qué. No quería saberlo. Tampoco me importaba.

—Joder, hombre, ¿qué haces ahí? —Jalé uno de mis auriculares, girándome nuevamente antes de dejar la caja de cereales sobre la mesada—. Maldito bastardo, casi haces que me muera del susto. —La corta pero despeinada y salvaje melena negra le enmarcaba todo el masculino rostro, y entonces, al ver mi reacción, sonrió dejando a la vista su hoyuelo. ¡Ah, su hoyuelo, cómo cambiaba toda su expresión! Le daba un toque más divertido y adorable que era capaz de esconder lo peligroso que sabía que era.

—¿Desde cuándo te interesa el básquetbol? —La sonrisa de Leon vino a mi mente y sacudí la cabeza, alejando el recuerdo. Lo miré confundida, ¿por qué de golpe preguntaba algo como eso? Bueno, mejor dicho, ¿de golpe me hablaba?

—¿No tienes algún árbol que trepar o sacarle los piojos a otro simio? —murmuré con tranquilidad, y sentí sus pasos acercarse. No me gustaba cuando caminaba así de lento, así de sigiloso, me crispaba los nervios. Me recordaba a los documentales que Ian me obligaba a ver del *Animal Planet*, donde la hostil pantera negra se agazapaba en silencio detrás de un árbol y luego caminaba de una forma inquietantemente tranquila a su presa. Él parecía hacer exactamente lo mismo. Llegó hasta quedar a tres pasos de mí, girándose y apoyando la cadera en donde yo estaba esperando a que la chocolatada se calentase.

—Ese suéter te hace ver como una niña. —No dije nada. Su tono calmado me enredó un poco, pero logró contagiarme, había hablado en un alarido ronco y bajo, casi pacífico. No supe por qué. No lo entendí muy bien, pero yo estaba demasiado cansada como para un contraataque, por lo que me dediqué a quitar la taza del microondas y revolverla con suavidad, el aroma a chocolate y la taza caliente en mis manos me tranquilizó un poco más.

—En serio, no tienes nada mejor que hacer, ¿verd...? —Sin darme mucho tiempo a reaccionar, una de sus manos se alzó y sus dedos alcanzaron mi mejilla. Mi mano medio se trancó en la taza, percibiendo la escalofriante frialdad de sus largos dedos, oponiéndose a la piel cálida de mi

mejilla. Sus dedos rozaron sutilmente, casi no me tocaba, pero aun así fueron capaces de apartar los mechones pegados en mi mejilla, y un escalofrío, rápido como un rayo, azotó en mi espalda al sentir sus helados dedos detrás de mí oreja, depositando ahí mi cabello.

Sentí cómo la sangre se me heló en las venas, mirando aún la taza. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Tu piel es verdaderamente sensible... —Fruncí el ceño sin dar crédito a las idioteces sin sentido que estaba diciendo, y pude sentir cómo todo el calor de mi cuerpo, de golpe, pareció clavarse en mis pómulos. Tuve esperanzas en que el color que ya tenían lo camuflara. ¿Qué le pasaba, exactamente? Hoy no estaba para sus bromas de mal gusto. Como lo que había dicho... como lo que había dicho en las escaleras. Sentí nuevamente ese poderoso halo que emanaba de su cuerpo, casi haciendo que me encogiera. ¿Por qué tenía que ser tan monstruosamente alto junto a mí? Aquello me dejaba en total desventaja.

Y no podía permitirme desventajas junto a él.

—¿Qué haces? —farfullé con voz titubeante e intenté mantener mi voz más o menos altanera y fuerte, aun sabiendo que no funcionó mucho. ¿Qué me pasaba a mí ahora? Yo ya no era aquella niña sensible y tímida de antes, no iba a dejar que me fastidiara de nuevo.

No lo entendía, yo parecía ser la propia peste negra en esta semana para él, ¿por qué ahora se me acercaba tan deliberadamente? Me obligué a mí misma a hacerle frente. Dando un muy inteligente paso atrás, dejé la taza sobre la encimera y me giré a su cuerpo. Inmediatamente me doy cuenta de lo mala idea que fue, tenía su grandísimo cuerpo cerca de mí, terriblemente cerca de mí. Sus ojos profundamente oscuros parecían hipnotizarme. Ardían con la intensidad que solo su mirada era capaz de demostrar, un pesado y ferviente resplandor que aseguraba transformarse en un rugiente infierno si se le nutría a la medida exacta. Un molesto y mucho más fuerte rubor bañó mi rostro y me obligué a mantenerme con la espalda recta y la cabeza alzada, viéndolo a los ojos e intentado no demostrar ningún tipo de reacción.

Estaba con un brazo apoyado en la mesada, para luego dejarlo caer con una sonrisa, y apoyó la cadera de costado en el mismo lugar. Y yo solamente soy capaz de mirarlo, abrumada por la semejante seguridad con la que siempre se desplazaba. Enfundado en un suéter negro que abrazaba su torso firme y de cuello alto, ocultando la nuez de Adán y realzando la palidez estructural de su piel, tenía los grandes brazos relajados y un cinturón negro que se ajustaba a los vaqueros que se ceñían a las largas piernas. Su cabello estaba ligeramente húmedo, ya que había decidido bañarse en el gimnasio y los mechones negros en su nuca perdían algunas gotas.

—¿Por qué entraste de ayudante? —Aquello me hizo fruncir el ceño de golpe, ¿por qué seguía con esa mierda? Movié sus labios haciendo una mueca, mirando a un lugar detrás de mí y luego volvió a verme—. No te gusta, de hecho, siempre que tienes la oportunidad, te quejas sobre cualquier tipo de deporte.

—Diablos, sí, Christopher, había olvidado que debo explicarte cada cosa que hago en mi vida, lo siento mucho, hombre. Se me olvidó. —Él sonrió nuevamente de costado, pero esta vez su adorable hoyuelo no ocultó la amenaza en su mirada. Lo siguiente, definitivamente, no lo vi venir.

—No sabía que estabas interesada en ese idiota, ¿cómo era? Ah, Lion.

Me sentí terriblemente perdida de golpe, sintiendo como el corazón de golpe dio un fuerte tirón y comenzó a golpear con una fuerza incesante mi tórax. ¿Cómo es que él...? Mi secreto. Era mío. Mis sentimientos. ¡Mío! De todo el mundo, de toda las personas que conozco, de todos aquellos seres tontos que me alegraban o fastidiaban el día. De todas esas personas que conozco.

*Christopher.*

Inspiré fuerte, dando un paso más lejos de toda su intimidante anatomía. Intentando calmar

todas las acciones de mi cuerpo. Nunca antes me había sentido una forma tan grande de desventaja junto a él.

—¿Te dieron en la cabeza con el balón, verdad? —No sabía, ¡no sabía cómo demonios responderle, yo no era buena en las charlas! Él me sonrió, de aquella forma casi diabólica y siniestra que estaba segura, solo él era capaz de esbozar—. ¿Qué estupideces estas diciendo? —Él solo se quedó viéndome. Y yo solo pude hacer lo mismo, observando aquella mirada herméticamente fría.

Me suelto maldición a mí misma. Él dio otro paso a mí y mis brazos y manos temblaron inevitablemente de los nervios, luego tomé una gran bocanada de aire y volví a mirarlo.

—Tengo hambre.

—Simplemente responde. —Él no se veía como alguien que simplemente podía ignorar. Digo, ¿quién podría ignorar a tremendo tipo? Y además, ¿por qué no zanjaba el maldito tema? Me estaba hartando.

—Su nombre es Leon —solté, viéndolo directo a los ojos, él alzó ambas cejas y, por un segundo, vi un extraño sentimiento liberado en sus ojos, pero fue minúsculo, ya que inmediatamente volvieron a refugiarse en aquella pared de acero que siempre se esforzaba en colocar sobre él. Me ardían los nervios, me sentí completamente desnuda a él, absolutamente nadie sabía acerca de esto. Respiré con dificultad bajo la penetrante mirada, y con un tono de desdén que definitivamente me costó la misma vida aparentar, solté—: ¿Y qué si él podría llegar a gustarme? —admití, sintiendo como la cara comenzaba a arderme de bochorno. Si él me gustaba, después de todo, no era la gran cosa. Sentí algo bastante misterioso de parte de él, como si su cuerpo se electrificara, sentí toda la terrible tensión insostenible que ondeaba a su alrededor—. ¿Qué harás? —me burlé— ¿Darme una charla contra las ETS? Eso solo se aplica para ti y las chicas con las que te ves.

Todo fue muy extraño en ese momento, la tensión de su cuerpo pareció insostenible, como si, luego de mis palabras, fuera aún peor. Pareció dar una gran bocanada de aire

—Bien. —Su voz fue terriblemente más brusca de lo normal, como si quisiera ocultar miles de cosas y realmente le estuviera costando a montones—. Te espero la próxima práctica con una toalla nueva, la que me dieron es una mierda.

¿Qué?

Mi cara debió reflejar el desconcierto que sufría, porque inmediatamente me miró y sonrió.

—¿Qué no eres la ayudante del equipo? Pues eso harás. —La especie de molestia reprimida en su voz hizo que lo mirara completamente desconcertada. Se me heló la sangre, olvidando como respirar. Él estaba ya en la salida de la cocina. Aún no comprendía como es que podía moverse tan rápidamente sin ser detectado, aún con ese gran cuerpo y porte. Aquello lo hacía terriblemente peligroso.

—¿Y eso qué? —Su felina sonrisa se ensanchó, dándome escozor.

—La pequeña Elizabeth está enamorada. —Yo no estaba enamorada, Leon simplemente me gustaba. Pero no quise decirlo. No le debía explicaciones a nadie, mucho menos a él—. La pequeña Elizabeth no quiere que nadie lo sepa. —Hizo una pausa, y juré que su mirada se volvió más oscura—. La pequeña Elizabeth será más amable con Christopher si quiere que él mantenga la boca cerrada. —Sentí náuseas por su forma tan enfermiza de hablar. Parecía un maldito psicótico. ¿Y qué mierda era eso de ser tan amable?

—¿Se supone que ahora tengo que ser más amable contigo? —bramé—. Eso es malvado hasta para mí —volví a burlarme. No fui consciente. No estaba en una posición donde pudiera burlarme. Christopher dejó caer el peso de su cuerpo apoyando el hombro en la salida de la

cocina y extendió lánguidamente su lengua hacia afuera, pasándola libremente por sus carnosos labios y sonriéndome al final, con aquel extraño brillo de maldad en sus ojos. Yo sentí escalofríos; pareció, por un momento, que su lengua se tornaría negra y fina como un lápiz, llena de veneno.

—Bueno, entonces —ladeó la cabeza, despacio, y por un instante pensé que la niña de *El exorcista* lo había poseído. Fruncí el ceño—, seré más malvado para ti, pequeña Elizabeth. —Me guiñó un ojo, y salió finalmente.

¿En qué demonios acaban de meterme?

—¡Quiero a mi mami! —Las lágrimas se tornaron insostenibles para Elizabeth en la primaria, el día de las madres había sido un desastre total. Mientras los niños hacían felizmente tarjetas para las suyas, la pequeña niña solo notaba la gran ausencia de la suya.

—Cállate ya. —Un niño regordete le chilló molesto por sus gritos. Estaban en el receso, las maestras toman un té en la cafetería mientras los niños se hallaban jugando en el patio. Ian iba a la escuela, sin embargo, al ser dos años mayor que ella, se hallaba en otro patio de juegos.

—¡Quiero a mi mami! —Los gritos histéricos de Elizabeth fueron incluso más chirriantes y fuertes. Estaba sentada en el pasto muerto del patio, las piernas plegadas hasta el pecho y los brazos sobre sus rodillas, escondiendo su rostro rojizo.

—¿¡Estás sorda, rarita!? ¡Ya es suficiente! —Los niños no eran realmente conscientes de lo crueles que podían llegar a ser a veces. La pequeña castaña levantó el mentón con orgullo, viéndolo con los ojos ceñudos.

—¡No! ¡Quiero a mami! —Estaba exasperada, apenas podía hablar, los sollozos le cortaban la respiración y estaba temblando. El niño respiró hondo, cansado de los gritos sin esperanza y levantó la mano en dirección a la pequeña.

Cristopher empujó al niño, dedicándole una mirada penetrante; estaba mirando la molesta escena desde el otro patio de los niños grandes y, en un principio, no iba a meterse. Pensó que sería bueno que alguien la reprendiera y golpeará por llorar.

Después de todo, eso era lo que hacía su padre cuando él lloraba.

*«No seas débil, pequeña mierda. Llorar en nada va a ayudarte».*

Sus hombros se habían tensado al escuchar la fría y ronca voz del Comandante de las Fuerzas Armadas en su mente. A ese tiempo, él tenía ocho años, mientras que Elizabeth tan solo seis. Sin embargo, a esa temprana edad, su padre ya le había quitado el don de llorar a fuerza de patadas y puñetazos. Y, en su mente, estaba en lo correcto. Ser débil no servía de nada, llorar tampoco. Lo que necesitaba Elizabeth era enfrentar a ese chico. Sin embargo, cuando se fijó nuevamente en su nueva vecina, no había nada fuerte ni grande en ella. Él sabía defenderse y escudarse porque ya estaba acostumbrado a las palizas que su padre le azotaba para que sea más fuerte, que no eran nada a comparación de un golpe de sus compañeros de curso. Pero el padre de Ian y Elizabeth no compartía los pensamientos del suyo, solo bastaba con verla.

El regordete se acobardó, todos menos la pequeña les temían a los grandes de otras clases, Elizabeth se llevaba muy bien con todos ellos ya que su hermano pertenecía allí y eran sus amigos, pero nunca solía hablar con el más alto y de cabello negro y largo. Siempre parecía no querer hablar con nadie y era bastante gruñón. A ella no le gustaba la gente gruñona, ¿por qué gruñía tanto?

El niño salió corriendo y, cuando Christopher estuvo dispuesto a irse nuevamente a su lugar, percibió, helado, como los pequeños brazos flacos de su nueva vecina lo envolvían por completo. Sintió lástima. Ella era muy débil y la iban a lastimar mucho si continuaba así.

No era su problema.

—Suél... —Su corazón comenzó a latir con fervor golpeteando su pecho sin parar de golpe y no pudo evitar pensar en cómo sería un abrazo. Ni la más mínima idea cruzaba por su mente.

Su padre nunca lo había abrazado o besado en la frente como el padre de esa niña lo hacía todos los días antes que el autobús los recogiera a la escuela. Algunas veces, cuando no quería llorar para evitar otra paliza, le gustaba pensar en que su madre lo habría amado mucho. Ella le habría cantado, y lo habría besado. No conocía a su madre.

«*Esa zorra nos abandonó*».

Volvió a pensar en la voz de su padre en la mente, no sabía porque le decía *zorra* a su madre. Los zorros le parecían animales muy bonitos, pero su madre lo había abandonado y su padre no lo quería más de lo que lo habría hecho esa mujer que le abandonó. No estaba acostumbrado al cariño. Nunca hubo nada lindo para él. Estaba acostumbrado al desprecio y la brutalidad de su padre que lo abordaba como si él fuera uno de sus cadetes en el ejército. Las emociones lo volvían vulnerable. Y él mismo y su padre no permitirían que lo fuera.

Sin embargo, allí, con la cara de su nueva vecina empapándole el abrigo, no le desagradó que lo abrazara. ¿Qué era aquella sensación? Quién sabe, pero decidió devolvérselo. No entendió por qué quería que se sintiera mejor, si su padre se enterara, le diría que era una vergüenza y le azotaría otra paliza, pero él acabó rodeándole la espalda, fuerte.

—Extraño a mi mami. —Su voz se oía a cosas rotas y dolorosas. Él la miró, ¿por qué la extrañaba? Él no tenía una mami, pero no lloraba por eso. Llorar estaba mal. Aunque, bueno, al principio sí lo hacía...

Había muchas miradas en ellos, y no quería llamar la atención. No le gustaba llamar la atención, para nada. De hecho, se podía decir que lo odiaba. Christopher se sentó debajo de un árbol, apoyando la espada en este, e hizo un intento de apartar a la niña. ¿Por qué lo había seguido? Sin embargo, ella se aferró aún más a su cintura nuevamente, escondiendo el rostro en su pecho y sentada junto a él.

—No deberías gritar así —dijo, mirándola. Le pareció muy bonita, tenía chistosas pecas y su cabello dorado estaba muy alborotado. Ella solo lo miró con los ojos cafés, como esperando a que él dijera algo. Él se puso muy nervioso por eso—. Tu mami debe estar mirándote desde el cielo, ¿no quieres que te vea así, verdad? —La pequeña escondió su rostro en su hombro. Christopher pensó que su cabello olía muy rico. Quería tocarlo, era dorado hasta su cintura y tenía bonitas ondulaciones, parecía una princesa de los libros que leía su maestra. El Comandante también había dicho que, como soldado, él había salvado a muchas niñas bonitas. ¿Ella era una de esas? ¿Entonces él tenía que cuidarla?

—Eso no es verdad —murmuró en voz casi quedada. Christopher quiso alejarse, pero ella abrazó su brazo y no lo dejó ir. Sus manos eran realmente chiquitas.

—¿Qué no es verdad? —preguntó. Tomó distraído uno de sus mechones y descubrió que, además de ser dorado como el de una princesa, era muy esponjoso y suave. Quería seguir tocándolo.

—Ella no está en el cielo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque dejaría que yo la viera. Es mami, ella siempre dejaría que... —Ella volvió a llorar muy fuerte, pero esta vez no le importó escucharla o verla. Christopher continuó jugueteando con sus mechones. Ella era muy pálida. Realmente parecía una princesa, y su padre decía que los soldados ayudaban y protegían a las princesas. ¿Entonces él tenía que ayudarla y cuidarla?

—Ella no se deja ver porque no eres fuerte. —Elizabeth quitó el rostro del escondite de su brazo, y lo miró confundida.

—¿Fuerte?

—Sí, ella quiere que tú seas fuerte. —En realidad, él no sabía por qué su madre la había

dejado. Sobre todo si ella era tan débil y pequeña. ¿Quién iba a enseñarle a ser fuerte si no? Su padre tenía razón, el mundo era muy injusto para los débiles—. Tienes que prometer que serás fuerte, entonces, cuando seas fuerte, tu madre estará tan orgullosa que vendrá por ti. —Tampoco sabía eso. De hecho, eso era lo que él esperaba que hiciera su madre. Mentir estaba mal, ¡él era un buen niño!, pero no le gustaba ver a su vecina llorar tanto. Cuando Elizabeth se corrió el cabello de la cara atropelladamente y lo miró a los ojos, Christopher se sintió extraño.

—Lo-lo prometo. —Hipó nuevamente arrastrando la manga de su suéter por los ojos. Vio cómo se secó las lágrimas de nuevo y respiró hondo, intentando mantenerlas atrás de sus ojos. Christopher ladeó la cabeza de una manera totalmente inexpresiva y luego le sonrió. Ella era bonita. Era como una princesa. ¿No tenía a nadie quien la cuidara?

—¿Me das un beso? —Él alzó las cejas por lo que acaba de decir él mismo. ¿En serio le acababa de decir eso? La pequeña lo vio a los ojos, y se sintió indefenso de golpe, nervioso y temeroso, pensando en la respuesta de ella. ¿Por qué le daba miedo eso? Padre decía que no tenía que tener miedo, pero padre nunca lo había abrazado ni besado. Ella sí lo había abrazado. Quizá también podría...

—¿Me amas?

—¿Qu... qué? —balbuceó el pequeño pelinegro.

—Mami decía que solo tienes que besar a quien amas. —Elizabeth pensó que su vecino era muy raro, pero nadie nunca en la escuela la había defendido. Él era muy fuerte, y lo admiró por eso.

Christopher se lo pensó, ¿qué era exactamente el amor? Su padre decía que el amor no existía. Que solo era algo que te hacía débil. Él no quería ser débil. Él no podía serlo o su padre lo golpearía nuevamente, pero él quería un beso en la frente como le daba el padre de la princesa llorona a su hermano y ella. Le gustó la sensación de su pelo y apretar su pequeña mano. ¿Qué tan difícil sería amarla?

Una vez, la maestra leyó un cuento donde un valiente caballero rescataba a una princesa, y su forma de demostrar el amor por ella era cuidándola y protegiéndola de terribles ogros, como él lo había hecho hoy con ella. Entonces eso significaba que sí la amaba.

Porque él quería cuidarla y protegerla.

—Sí —soltó atropelladamente—. Yo te amo. Y te voy a cuidar. —Elizabeth cerró los ojos, después de todo, él tenía razón. Christopher se quedó un momento viéndola con los ojos cerrados y luego se inclinó rápidamente, chocando momentáneamente sus labios con los de ella y luego se volvió nervioso a su lugar. Sus labios eran esponjosos y suaves. Y dulces como una fruta.

Definitivamente, lo decidió. Ella era una princesa que él debía cuidar como padre había dicho.

*Christopher*

El entrenamiento lo había dejado exhausto. Sentado en una de las gradas, o más bien echado sobre ella, su mente le había jugado una mala pasada viendo a Elizabeth, quién le daba órdenes a los chicos y les explicaba las jugadas. A los gritos. Y algún que otro insulto a la vez. Se rio de sí mismo, ¿qué hacía pensando en esos recuerdos sensibleros? De nada le servían, ¿para qué los quería? Solo lo hacía pensar pura mierda y hacerlo todo más difícil, pero debía destacar que era un gran chiste para sus vidas que su primer beso hubiera sido con la chica que prácticamente le echa una silla a la cara cada vez que lo ve. También, irónicamente, era la más pequeña y débil que conocía.

¿Será por eso que siempre intentó cuidarla? El mundo no perdonaba debilidades. Era cruel y espantoso.

Sacudió la cabeza, quitando el cabello de sus cejas e intentando quemar pensamientos

estúpidos. La razón por la cual nunca se habló de esto fue porque eran pequeños, cuando ella era realmente una llorona y se le pegaba a todos lados. Ahora había crecido, tenía un fuerte carácter y, a pesar de no saber de defensa personal como él, Elizabeth sabía ponerle un alto a cualquiera en cualquier situación.

Pero para él era adorable. Desearía tener algo de eso. Ser, al menos, mínimamente débil para dejar entrar las emociones...

En fin, Elizabeth ni siquiera lo tomaba como su primer beso, aunque lo era. Sabía que lo era. Ambos. Solo fue un momento lindo donde la ayudó, y también único. Al crecer, se convirtió en una inocente niña que no le gustaban los otros niños... o la gente en sí.

¿Tan importante eran sus libros? ¿La vida de Elizabeth se basaba en enamorarse de personajes ficticios! Era una locura.

Todo había sucedido tan rápido y de una forma tan extraña aquél día, sin embargo, quieran o no, esos eran los hechos, nadie podría cambiarlo. Elizabeth era una niña frágil y pequeña, estaba realmente harta de que todos la molestaran. Al verla, pequeña y chistosa, con esa fuerte máscara de frialdad disfrazando todos sus miedos, sus instintos le obligaban a protegerla. Siempre había sido así.

Nunca se habló más del tema, nadie nunca supo de eso, absolutamente nadie. Era un secreto que ambos mantenían en un cofre bajo siete llaves y no estaban dispuestos a abrirlo, ni siquiera para ellos mismos.

Pero algún día el cofre iba a abrirse. Él lo sabía perfectamente.

Por todo el infierno, ¿en serio nadie notaba lo nerviosa que se ponía cuando el tal Liam se le acercaba? ¿En serio? ¡A ella ni siquiera se le daba bien disimular! Y, en primer lugar, ¿por qué demonios Liam? Él era mucho mejor que ese idiota que parece que todos los días son los mejores de su vida, ¿por qué mierda sonreía tanto? Tomó un suspiro, intentando relajarse en el banco y sintiendo como perdía consecutivamente los estribos. ¿Pero qué mierda hacía, comparándose con el tal Liam? Él podía llamar a cualquier chica que se le antojara, tenía muchísima más experiencia y ese imbécil de Liam solo... solo había hecho que Elizabeth se enamorara de él...

No era nada. ¿Por qué, en nombre del Diablo, le afectaría?

¿Pero qué carajos hacía? Estaba celoso. No. Él nunca lo estuvo antes. Jamás, por nadie. Sin embargo, el incómodo sentimiento en la boca de su estómago cuando ese imbécil tocaba el esponjado cabello de Elizabeth era terriblemente perturbador. Maldita sea. Quería ir allí mismo y golpearlo. No. Él no iba a estar celoso.

Él nunca lo estaba.

Nunca.



Un terrible estruendo hizo que despertara de golpe, abriendo los ojos y, luego, tapándome con las colchas hasta la cabeza. Gruñí. Mi cabeza martilleó tremendamente al oír la fuerte música desde quién sabe dónde, identifiqué *Another One Bite The Dust* de *Queen* sonando abominablemente fuerte por toda la casa, las paredes de mi habitación parecían retumbar y las pulsaciones en mi cabeza iban a ritmo.

Maldita sea.

Bajé con tanta rapidez de mi cama, aún adormecida y atropellada, que acabo cayéndome. Ah, era como si mis jodidas rodillas tuvieran un jodido imán al piso o algo parecido. La suerte en la vida me ayuda, y me caigo justo donde la alfombra peluda había acabado. Y las heridas de mis rodillas que estaban cicatrizando...

—¡Baja la música, por los mil demonios de tu madre! —Ni siquiera teníamos madre. Sin embargo, cuando abro bruscamente la puerta de Ian, él estaba igual de dormido y perdido que yo, sentado en la cama con el cabello en todas direcciones, con la mirada perdida viendo una pantufla. ¿Qué...? Sonríe de golpe, rascándose el cabello y recordando quién de nuestra extraña familia era fanático de *Queen*.

Él me miró lentamente y frunció el ceño.

—¿Qué te pasó? —Miré, con la vista caída del sueño, mis rodillas.

—Me caí.

—¿De nuevo? —El estéreo de papá subió su volumen y los grados de irritabilidad subieron a niveles que estaba segura provocarían que mi cabeza explote.

—Uno de estos días prendo fuego el estéreo. —Ian sonrió con desgano y luego me metí en la cama con él. Me dolían las rodillas y me daba flojera volver a mi habitación. Él me gruñó, girándose y durmiendo de espaldas a mí, pero yo lo empujé y apoyé una de las almohadas en su espalda, abrazándola y sintiendo cómo la cabeza me martillaba.

Amaba a mi padre como nadie en el mundo, pero las ganas de ir a darle con una pala a su estéreo nunca nos faltaban. Pasó media hora y soltamos maldiciones a sabiendas que era imposible dormir con un rock tan malditamente fuerte llegando desde la ventana. Suspiré, jalando a Ian y resignándome a bajar las escaleras. Mi hermano caminaba con desgano detrás de mí.

Salí sin más al patio trasero con mi short pijama de tela fina tremendamente suave, y cuando cruzábamos la sala había agarrado una sudadera roja de Ian que estaba colgada en el perchero de la puerta, colocándomela por encima de mi cabeza. En la puerta del jardín trasero, mis pies descalzos se estremecieron por las baldosas frías. Ian llegó detrás de mí y apoyó su cuerpo en mi más pequeña espalda, provocando que soltara un gruñido. Puse el dorso de la mano en mi frente, intentando proteger mi vista del enceguedor sol y entrecierro los ojos, buscando a papá y su estéreo para molerlo a patadas.

—Parece que no es tu día. —Mi pecho se agitó violentamente y pego un patético saltito al oír aquella voz susurrante que casi parece un ronco ronroneo mañanero.

—Me despiertas un sábado a las malditas ocho y algo de la mañana, ¿cómo mierda esperas...? —Hago una pausa cuando me fijo en Christopher. Bajo el abrazador sol, lleva unos pantalones estilo militar y una musculosa blanca lisa y fina, pegada literalmente a su pecho. Está inclinado en

una mesa y apoya los brazos estirados en esta, viéndome con una sonrisa. En la cintura, tiene un cinturón de cuero marrón del cual le cuelgan herramientas como tenazas y llaves. La sudadera es blanca, y como al parecer ha estado trabajando en algo, el sudor se le nota en el estómago y el pecho, donde la camiseta se oscurece en manchas grises grandes y se pega a sus fornidos músculos, haciendo que la tela se vuelva casi traslúcida y pueda ver el cincelado contorno de su poderoso cuerpo.

Hago una pausa.

—¿Por qué te ves como Bob el constructor? —Su sonrisa desaparece levemente cuando me mira las rodillas de soslayo.

—¿Qué pasó?

—Me caí.

Él se inclina un poco atrás y me mira de pies a cabeza y de nuevo a los pies.

—¿De nuevo?

—¡Cariño, despertaron!

—De una forma increíble —murmuro con recelo a la increíblemente voz alegre de mi padre y oigo una risa por parte del simio alfa. Miró a papá, él está con una camisa a cuadros roja y con los puños plegados hasta los codos, unos viejos vaqueros rotos y su cabello dorado parecía resplandecer por el sol, dejando ver las canas, y estaba martillando una madera en el pasto.

—Dios mío, ¿te caíste de nuevo? —Puse los ojos en blanco—. Estamos arreglando el garaje. —Christopher levanta otro tablón de madera de aproximadamente cuatro metros con sus brazos como si estuviera sosteniendo un lápiz. Lo lleva hasta donde está papá y ambos comienzan a hacer algo que no presto atención. Miro a Ian, estaba en uno de los sofás del jardín, dormido y arrollado en este. ¿Cómo mierda logró dormirse con esta música?

Ver a Christopher me hace pensar en la fiesta de Halloween y suelto un gruñido, caminando y sentándome junto a Ian en el sofá grande. Me dedico a subir los pies a este y cruzarme de brazos, viendo como el simio alfa ayudaba a papá y entraba por sí mismo toda la madera dentro del garaje. Resulta que, al parecer, él me necesita como su especie de chaperona, últimamente no podía disfrutar de las fiestas institucionales por el constante acoso de las chicas y, según su argumento, si voy con él, “La hermana menor de Ian”, nadie iba a acercársele. La verdad no le creía una mierda. Es decir, ¿él, siendo acosado? Bueno, sí, lo era, había sido testigo de muchas veces cuando un grupo de chicas le hablaba y ni siquiera le dejaba cruzar el pasillo. Y ni siquiera lo escuchaba. Sin embargo, él no era un niño, solo faltaba que gruñera como lo hacía cuando se me acercaba y ellas saldrían corriendo.

O, bueno, les tirara con sus bananas.

Debía tomar una decisión, la fiesta era hoy y no tenía mucho tiempo. Yo sabía que, más que una invitación, era una advertencia. Llevaba escondiendo por todo el año mi gusto por Leon, no iba a dejar que todo mundo lo sepa así como así. Y ese *así como así* es Christopher, prefería mil veces ser yo quien lo diga.

Pero era una cobarde como para hacer aquello.

Me revolví frustrada en mi lugar, despertándome un poco más, y empujé a Ian hacia el otro lado. Su cuerpo laxo y dormido cayó sobre el posabrazos y yo ignoré su chillido de dolor, poniéndome de pie y entrando al garaje.

—Diablos —murmuré, abriendo los ojos y viendo a mi alrededor y los dos hombres dentro me miraron directamente.

Papá hizo una mueca.

—Sí... hay bastante por hacer. —Montículos y montículos de cajas por todas partes, un equipo

de la antigua batería de papá estaba en una esquina, oculto por una tela blanca que ahora era de un amarillento horroroso debido a los años y la humedad. Muchos muebles viejos, y ropa pequeña de nosotros lanzada sobre las cajas. Había una, en particular, que estaba rota abajo y parecía explotar de lo repleta que estaba. Era de mi altura.

—¿Qué clase de torbellino pasó por aquí? —Jalé un cuaderno que estaba debajo de una caja, la caja se cayó al piso, explotando a la vez y esparciendo encima de toda la mugre y polvo todo lo que contenía. Hice una mueca ante la mirada seria de los hombres a mi alrededor. Christopher me quita el cuaderno de las manos de un tirón, dándome una mirada penetrante.

—Solo necesita ordenarse —comenzó a juntar lo que yo había tirado—. Ayúdame con esto, Fresita.

—Parece que hacen una subasta de cosas feas y horribles —murmuré caminando por el lugar, evadiendo todo tipo de obstáculos y cajas que podían caérseme encima.

—Ayúdame con esto —reiteró.

—¿Cómo lo harán? Es decir, podría caérseme una caja encima, y solo descubrirían mi cuerpo cuando un vecino se queje por el olor. —Visualicé una sonrisa, pero no se rio, intentó ponerse serio y continuó juntado cosas. Mi padre sí se rio, moviendo las caderas al ritmo de *Queen*.

—Lo haré yo mismo, gracias.

—Estoy segura que el interior de mi cabeza se ve de esta forma. —Toqué una sábana vieja y podrida con la punta del dedo. Christopher sonrió.

—Se necesitaría más desastre y comida chatarra.

—Y gatos —afirmé, notando como papá se quejaba por algo y salió rápidamente al jardín.

—Gatos gordos —terminó él, y solo aquello me hizo sonreír.

—Lo haré —solté de golpe, con mi cuerpo entre unas cajas, y entonces él paró con lo que sea que estaba haciendo. Estaba a unos metros, giró lentamente su cabeza en mi dirección, su melena estaba más salvaje de lo normal, mechones más largos que otros se pegaban a su rostro por el sudor y la mirada que me dio me hizo sentir una sensación de claustrofobia de golpe—. Iré a esa mierda de baile —solté el veneno en mi boca, completamente histérica, molestándome el doble al notar la felina sonrisa que se formaba lentamente en sus labios.

—Lo agradezco, Fresita. —El alarido de satisfacción al decir la última palabra en su voz hizo que la sangre corriera más rápido en mis venas, enfureciéndome.

—Como si tuviera opción, idiota. —Sostuve una zapatilla vieja de Ian en mi mano, llena de polvo y de un color blanco oxidado, y se la lancé al rostro. Christopher solo tuvo que poner una mano como escudo y la atrapó en el aire, dándome una mirada penetrante. Solté otro gruñido.

Pasamos la tarde con papá, jugando juegos de mesa y viendo la tele. Él siempre disfrutaba de ocuparse de los asuntos de la casa cuando tenía días libres, como la limpieza o hacer la colada o, en el caso de este sábado, arreglar el garaje. Ahora había anochecido y papá estaba durmiendo. Mientras, yo intentaba leer inútilmente. Suspiré frustrada y lancé el libro sobre el sofá. No había nada que pudiera ocupar mi mente que no fuera la retorcida sonrisa de Christopher. Incluso Ian, que no estaba, iba a ir. Se había ido con sus amigos a colocarse sus dichosos disfraces para la maldita y estúpida fiesta del Instituto. Yo solo tenía que esperar a Christopher, y solo quería desaparecer.

Dios, ¿dónde estaban los psicópatas asesinos cuando se les necesitaba?

—¿Su refrigerador está andando? —Junté las cejas, y luego de reconocer esa molesta y masculina voz puse los ojos en blanco. Era ese chico. ¿Cómo era su nombre? Loid. Era un rubio alegre y aborrecedoramente molesto que me había tocado como compañero en Química.

—No.

—Ey, tienes que decir *sí*, ¿bien? —Puse los ojos en blanco y comencé a buscar inútilmente

algo en la TV.

—¿Cómo conseguiste mi número? —Me fijé en un programa de gastronomía y lo dejé a ver la increíble hamburguesa que estaban haciendo. No me culpen, tenía hambre.

—Ya sabes, tengo alma de espía.

—Adiós.

—¡Espera! Te contaré un chiste.

—Bye.

—¡Espera! —Solté un suspiro, viendo el techo de la habitación, me estaba irritando.

—Chico, ¿qué mierda quieres?

—¿Usted ordenó una pizza? —Dios mío, ¿qué le pasaba?

—Creo que eso se dice cuando estás en la puerta con la pizza —dudé, pensante—. Oh, mierda, Loid, si tu horrible culo gordo llega a estar en mi casa, te juro que...

—¡No estoy allí! —me cortó—. Jesús, mujer, cálmate.

—Yo era tan feliz —dramaticé. Loid ignoró mi comentario olímpicamente.

—Entra Jesús a un bar y todos comienzan a reír, ¿sabes por qué? —continuó hablando realmente animado y me vi obligada a no cortarle.

—¿Por qué...?

—¡Porque es la gracia del señor! —soltó una sonora carcajada, yo quiso tenerlo en frente para patear su pecosa cara.

—Joder, rubio, ¿no tienes otra miserable existencia a la cual joder? —solté un suspiro histérica y cambié el canal, me estaba dando más hambre ver aquello.

—Ah, ¿tan malo fue?

—No es como que esté acostumbrada a los chistes, pero, *jum*, probablemente la era Egiptia y sus sacrificios me dé más risa que ese maldito chiste —hice una pausa—. No eres para nada bueno, eh.

—Es que eres una amargada, a mí me lo contó mi hermano de ocho años y me dio risa. —Quise autogolpearme. De todas formas, si me pagaran por cada vez que me han dicho amargada, tendría todas las malditas oreos del mundo.

—En fin, *bye*.

—¡Oye, espera!, ¡no te atrev...! —Bueno, ahora solo me queda comer cereales. Espero que haya, porque ese maldito programa me dio mucha hambre. Entonces, cuando había metido un puñado de cereales en mi boca, el timbre de la puerta resonó. Hice puntillas para fijarme en la mira de la puerta, y mi estómago se agitó en disgusto al ver quién era. Esperaba encontrarme a Christopher con un disfraz, pero solo estaba en un pantalón de cuero que abrazaba sus largas piernas negro con un suéter blanco.

—Si no abres, lo haré yo. —Maldita sea, ¿cómo sabía que estaba detrás de la puerta?

—Eso es allanamiento de morada —contraataqué desde el otro lado.

—Oh, ¿cómo cuando tú la semana pasada te metiste por la ventana de mi habitación, robando un joystick de mi consola?

—¡Te lo pedí prestado!

—Oh, ¿en serio?, ¿me lo pediste telepáticamente o algo? —Puse los ojos en blanco, sin encontrar ningún argumento más o menos convincente a lo que hablábamos y abrí bruscamente la puerta. Lo primero que lo recibió fue mi mirada de recelo. Él sonrió.

Quise ver su cuerpo cayéndose por las escaleras.

—Tenemos una hora para prepararnos, mi querida *Fresita*. —Le solté un gruñido y me di media vuelta, dirigiéndome a la sala. El enojo fue momentáneo ya que divisé tres grandes cajas blancas

en sus grandes y pálidas manos y la curiosidad y pavor me invadieron

—. ¿Qué? Si no hay chocolate o el DVD de un anime allí, no pienso abrirlo —suelto con el nerviosismo punzándome y cruzando las piernas como indio sobre el sofá. Agarré la caja de cereales sobre la mesa frente a la TV y me metí bruscamente otro puñado de cereales a la boca. Christopher me hizo una mueca al verme y colocó las cajas sobre la mesa ratona en medio de los sofás. Se sentó frente a mí.

—Traje tu disfraz. —Intenté respirar hondo—. En realidad, escogí dos. La tercera caja es el mío. —Chasqueó la lengua y dejó que su espalda se dejara caer completamente en el respaldo del sofá, dedicándome una mirada con chispas divertidas. Su ojo izquierdo estaba oculto en una manta ondulada de cabello negro que cayó sobre él de golpe, y solo le dio un aspecto aún más siniestro.

Miré con inseguridad su maldita mirada oscura, sintiendo cómo un escalofrío me azotaba todas las vértebras. Allí, sentado de piernas cruzadas, relajado y con su grueso brazo alargado y apoyado sobre el respaldo del sofá, parecía la reencarnación de algún tipo de demonio que en sus tiempos había sido el más hermoso y deseado, el cual aún conservaba toda la distinguida y gregoriana belleza. La fuerte presencia y el elegante y masculino porte no ayudaban mucho a desmentirme. Debajo de la fuerte luz blanca de la sala, su ropa negra hacía resaltar la sublime piel pálida, y el terrible contraste con la ropa siempre oscura que llevaba lo hacía ver como un ser etéreo. Con aquella mandíbula angulosa, el cabello semilargo y los ojos profundamente oscuros.

Sintiendo cómo la curiosidad y miedo escarbaban terriblemente en mi interior, sujeté la caja, dejándola en mi regazo lentamente y sintiendo alfilerazos, percibiendo su mirada en mí. Le quité la tapa con la adrenalina y nervios picando en mis manos, y una tela blanca y negra acaparó mi campo de visión. La temperatura de todo mi cuerpo se alojó en mis mejillas y orejas de una forma inimaginablemente rápida. Era de una *maid*, con todo y los tirantes negros y la cofia.

Sentí que iba a morir.

—¿Me ves la cara, verdad? —espeté, lanzando la tela en mi regazo y viendo con incredulidad su rostro divertido. Yo no iba a ponerme este traje ni aunque mi vida dependiera de ello, ¡qué maldita vergüenza!

—Me gustaría ver más de lo normal —suelta un una sonrisa torcida. Le hice una mueca y simplemente me quedé viendo la tela en mi regazo. Lo miro con incredulidad, él últimamente soltaba comentarios como ese, dejándome completamente fuera de juego.

Como en las escaler... sacudí la cabeza, intentando apartar los pensamientos extraños de mi cabeza. Algo estaba claro, y era que no iba a utilizar esta mierda. La tela era tan escasa que posiblemente ni siquiera podía utilizarla para hacerme un par de guantes y bufanda.

—Bueno, a mí me gustaría verte con la garganta cortada, pero no todos tenemos lo que queremos. —Suelta una risa quedada, y es vidente cómo está disfrutando de esto.

—Puedes ver el otro —dice con lentitud, y su mirada me pone los nervios de punta. No sé lo que puede llegar a estar dentro de la otra caja y aquello me puso terriblemente nerviosa. Más de lo que ya lo estaba.

—¿En serio? —murmuré, viéndolo con una ceja enarcada.

—¿Qué? Me gusta *Alicia en el país de las maravillas*. —Y efectivamente, era el vestido celeste de esta. Su escote no era tan voluptuoso como el otro, las mangas cortas eran apenas abochornadas y también tenían encaje blanco sobre la falda, la espalda era normal, y sobre la tela había muchas tiras que se ataban. Un, finalmente, delantal blanco a cuadritos negros desde la cintura hacia abajo. Honestamente, me gustaba. Así como me gustaba el libro y la película.

—¿Y bien? No tenemos todo el día, Fresita. —Se quedó viendo cómo yo no movía ni un brazo—. Ve a ponértelo. —Suelto un pequeño gruñido—. Fresita... —murmuró en tono ronco, y yo le solté una patada al sofá antes de irme. Tenía que hacerlo si no quería que nadie supiera nada. Yo era demasiado cobarde como para confesarme a Leon, así como también me negaba profundamente a que se enterara por otra persona. No tenía otra salida, además, solo era una

estúpida fiesta, ¿qué podría pasar? Me di una ducha y, de la forma más lenta posible, me coloqué el vestido.

Me quedaba bien, y me pareció lo suficientemente perturbador que él supiera mi talla exacta, no me asfixiaba, pero tampoco me quedaba holgado. Me iba bien, en un principio, las tiras en mi espalda había sido lo suficientemente complicado. Admiraba mucho a las chicas que se colocaban esta clase de vestidos sin ningún tipo de problema. Yo, en cambio, a veces olvidaba quitarme los lentes de descanso al ponerme una sudadera y el cuello se enganchaba con mis lentes, provocándome un dolor y estrés bastante intensos. Debía admitir, que me incomodaba de cierta forma el vestido, yo simplemente tenía un cuerpo saludable, y de vez en cuando, papá me obligaba a salir a correr con él para no enfrentarme a ningún problema de salud por ser una floja y no moverme nunca.

Me mordí el labio y suspiré viéndome al espejo, el celeste era bonito, al menos. De un color pastel. Tomé las medias y las deslicé por mis tobillos, me llegaba tres dedos arriba de las rodillas y eran blancas a rayas negras. Para completar el atuendo, me acerqué al espejo y me coloqué la tiara de tela celeste, era muy simple, pero combinaba con el atuendo y era un toque bonito.

La puerta me sobresaltó.

—¿Por qué diablos te demoras tanto?

—Qué dulce, hombre. Me sorprende el por qué no tienes novia —me burlé, alisando la falda y mirándome al espejo.

—Como si tú supieras por qué no... —Hice un breve silencio—. ¿Terminaste o no? —La incertidumbre se apoderó de mí tan rápido que no la vi llegar. Yo no solía utilizar faldas o algo ajustado a la cintura, a menos que sea un vaquero, el cual me encargaba de ocultar debajo de suéteres grandes y esponjosos, es decir, no me importaba mucho qué cuerpo tenía, pero era algo que, simplemente, me incomodaba. Sentí como un calor sofocante se apoderaba de mis mejillas de golpe.

—No —murmuré quedadamente.

—Elizabeth, sal. —Noté, sorprendida, un toque de ansiedad en su voz. *Ajá*, como si él podría llegar a sentir algún tipo de afán por desear verme en este estúpido vestido... ¡Despierta, idiota! Él solo quería fastidiarme, era simple y llanamente eso.

—Sal o entro yo. —Apreté los labios y no dije nada, sintiendo, a los segundos, como la puerta se abría en un chirrido que me hizo crispas. Sentí lo mismo que sentiría al ver una escena de suspenso en una película de terror. La sensación me crispaba los nervios. El color subió a mis mejillas al voltearme y notar a Christopher en la puerta, escaneándome de arriba abajo, sin omitir detalle alguno.

—Te ves... —Frunzo el ceño y ladeo mi cabeza, lo miré confundida a través del espejo. Tenía un cierto deje de tartamudeo en su voz—. Pues... —Unas ganas enormes de que me tragara la tierra entraron de golpe, no dejaba de mirarme de los pies a la cabeza, nuevamente bajo la cabeza, con la mirada más oscura de lo normal.

—¿Me veo qué? —solté, arrugando el ceño.

—Pues...—Él me clava la mirada directo a los ojos molesto de golpe, como si mi pregunta le hubiera molestado y yo me confundo terriblemente—. Ven aquí —dice, y pareció que a él le fue costoso respirar.

—¿Qué? —Me giro y lo miro de la manera más cobarde mientras él se acerca. Era terriblemente intimidante, caminando lento y suave. Me hacía pensar que, a pesar de sus lentos pasos y si yo querría huir, él me alcanzaría inmediatamente. Y no le ponía duda.

No había nada en él que no fuera tosco o agresivo, nada que contradijera la imagen de él que se gestaba en mi mente, que era más como una terrible criatura agresiva e impulsiva que reprimía con demasiada fuerza su salvajismo interior. No existía otra palabra para describirlo. Desplazándose de aquella forma, como un tigre salvaje que se agazapada detrás de la hierba para comerse a su víctima.

Me dieron escalofríos.

—Elizabeth, preciosa, pareces asustada. —Lo miro con un terrible recelo y frunzo las cejas.

Él tenía unos ojos extraordinariamente oscuros, vacíos, sin nada, como dos esferas translúcidas que se negaban a demostrar lo que había dentro de su alma. Sus ojos. Tan serenos como el océano, pero, también, tan peligrosamente profundos como el mismo. Respiro hondo cuando se pone de pie frente a mí. Todo él. Cerca. Terriblemente cerca de mi cuerpo.

—La joya del estilo —soltó pausadamente y se inclina progresivamente a mí. ¿Él se acercaba tanto para intimidarme? Porque, con un dominio, funcionaba a la perfección. ¿Cómo no iba a darme miedo o a intimidarme!? ¡Se veía exactamente como una máquina demoledora que con un movimiento podría aplastarme! Pero, de todas formas, yo no iba a demostrar aquello.

La valentía no era para los que no sentían nada. Era para los que estaban realmente acobardados y, aun así, seguían adelante. Me obligué a respirar hondo y noté como extrajo de su bolsillo una cinta celeste, donde colgaba un dije de plata con una piedra azul incrustada en este. Mi corazón pega un agónico salto en el pecho cuando percibo sus dedos recorrer mi cuello para prenderme esa cinta en la nuca, mis pulmones se estancan e intento respirar mejor. No era bueno tenerlo tan cerca. Ladeó su cabeza de costado y acomodó la cinta en mi cuello, era escalofriante cómo sentía sus dedos en mi nuca. Parecía interminable.

—Listo. —Respiré hondo, dando un paso atrás, y él me sonrió. No dije nada, no sabía que decir y dudaba mucho que las palabras salieran de mi boca en un estado tan alterado como el de ahora. ¿Qué demonios había sido eso, Elizabeth? ¿Desde cuándo me agitaba tanto tenerlo cerca? ¿Será porque él nunca lo había hecho, quizá? Respiro profundo y camino al sofá, aún sintiendo mi corazón agitado. Intento relajarme un poco, obligándome a respirar con normalidad.

Él lo hacía a propósito, yo lo sabía. Todo lo que quería era que cayera en su estúpido juego, y eso era exactamente lo que no debía hacer.

Un celular comenzó a sonar, provocándome un respingo. No era el mío exactamente. Arrugué el ceño y sobre la mesa ratona, viendo que era el del simio alfa. *Jum*, a quién le importa. Pero, ¿y si es una llamada importante? Ah, mierda.

—Oye, corrupto de mente, esta mierda... —Abro desmesuradamente los ojos al abrir la puerta y me quedo helada. Oh, diantres, ¿por qué mierda no había tocado la puerta?

Él era demasiado grande, y tenía una espalda de hombros que le hacía justicia a su tamaño. Lo primero que veo es una pálida y grande espalda, con extrañas cicatrices ondeando en la suave piel de sus fuertes hombros también. Estaba de espaldas, con unos pantalones pinza negros y absolutamente nada más. Tenía músculos donde exactamente se debía tenerlos. Yo sabía que había entrenado mucho en su vida, y no hablaba de ejercicio. Según tenía entendido, su padre, que ahora era un empresario de casinos y había tenido suerte, había sido un militar o algo así en el pasado, y había entrenado a Christopher desde una muy temprana edad. Por eso, a pesar de sus genes, el entrenamiento de toda su vida había ayudado muchísimo en su gran crecimiento.

Nerviosamente, apreté el celular en mi mano y miré a otro lado cuando se giró en mi dirección, sintiendo literalmente como mis mejillas probablemente eran capaces de calentar todo el océano. En una forma desesperada de apartarme mi mirada de su precioso cuerpo, he intentado ordenar mis ideas, pero se dispersaron como cerillas desparramadas cuando noté que caminaba en



mi dirección.

Solté variadas maldiciones y hasta en otros idiomas cuando él se paró frente a mí. Lo primero que se me pasó por la cabeza al distinguir lo cerca que estaba, nuevamente, fue el halo de fuerza que lo rodeaba como un poderoso escudo. Me intimidé nuevamente, pero ese sentimiento ya no era nuevo, no cuando últimamente su entretenimiento era captar todo el aroma de mi espacio personal.

No supe qué hacer. Estaba demasiado nerviosa, mi cerebro no lograba funcionar con mi sistema nervioso fallando progresivamente. Tan solo fui capaz y horriblemente consciente de su desnudo torso. Y clavé mi vista en su estómago realmente trabajado. La cicatriz que cruzaba de una costilla hasta casi a su ombligo no me ayudó. De hecho, lo volvía incluso peor. No pude moverme, estaba tan cerca de mí, era capaz de sentir su aroma a algo muy rudo y crudo.

Pero aquello no me gustaba. Normalmente, él era buscado por las chicas debido a su altiva belleza y, sobre todo, su increíble cuerpo. A ellas les parecía realmente sexy, sin embargo, ellas no sabían nada. Yo sabía por qué era tan fuerte y fibroso, por un entrenamiento que casi lo lleva a la quiebra emocional de pequeño, si no es que ya lo hizo. Cuando miraba su cuerpo no me imaginaba besándolo y acariciándolo, me lo imaginaba soportando todo tipo de dolores. Se me hacía brutal por todo lo que había pasado para llegar a tenerlo así.

Pero era precioso, de alguna forma; además del miedo y escozor que generaban las cicatrices, yo lo respetaba mucho. Respetaba su fuerza y tranquilidad en todas las ocasiones. Y era por eso que me parecía precioso. Debía ser realmente una maldita tortura vivir con eso y que él continuara como si nada. Pero en fin, también soy una chica, una miserable humana común y normal de diecisiete años que obviamente pensaba que era sexy. Pero, definitivamente, aquello nunca saldría de mi boca.

Mi brazo salió disparado hasta que el celular golpeó en su abdomen y lo apreté a ese lugar, mirando sus pies descalzos.

—Estaba sonando —Tragué saliva—. Lo siento mucho, la próxima vez tocaré. —Con su penetrante mirada sobre mi cabeza, me sentí una niña que estaba siendo regañada.

—Está desalineado —murmura en voz ronca y dura.

Sus palabras me desconciertan y me toman por sorpresa.

—¿Eh? —Alcé la cabeza a él inmediatamente, y mi mueca de confusión quedó helada al recordar su estado. Ahora, mucho más cerca. Durante un segundo, todo a mi alrededor desapareció. Tan solo fui capaz y horriblemente consciente de ver aquellos ojos, aquella mirada esotéricamente fría y sin alma.

Un fuerte tirón en el pecho me avisa cuando él se acerca a mí. Yo me echo atrás rápidamente, sin embargo, él siempre iba a ser más rápido que yo. Desliza sus brazos por debajo de los míos, dirigiéndose a mi cintura en movimientos pausados, y ajustando, al parecer, las tiras de la espalda. Giro mi rostro con nerviosismo a la derecha, sintiendo como en cualquier momento comenzaría a sudar frío de los nervios e intenté no apretar con fuerza los puños, ya que sería demasiado evidente. Sintiéndome como un gato acorralado por un gigantesco tigre de bengala, y me crispa los nervios la cicatriz que cruza su hombro desnudo, el cual estaba casi rozando mi rostro.

¿Cuáles eran sus intenciones exactamente?, ¿matarme de la vergüenza? Porque, ciertamente, si ese era su objetivo, lo estaba logrando.

¡Pero no podía echarme atrás, me iba a pegar sus pulgas nuevamente!

—Vaya —murmura, alejándose y dando un paso atrás. Me frustró terriblemente la tranquilidad en su cuerpo y voz, mientras que en mí, mucho más emocional, podía notarse claramente lo avergonzada que estaba—. Te ves como si hubieras corrido un maratón. —A pesar del fuerte sonrojo que sentí y el desacierto por su acercamiento, lo miro molesta.

—Por supuesto —respondo, alejándome de forma muy inteligente al pasillo—. Ahora tendré que bañarme de nuevo porque probablemente me pegaste todos los piojos de simio. —Lo oí soltar una carcajada—. ¡Cáete por las escaleras y pártete el cuello, imbécil!

Oí otra fuerte carcajada.

—¿A qué apuestas? —Christopher alzó una mano a un grupo de personas también disfrazadas que lo saludaron cuando entramos al gimnasio del Instituto. Él bajó la mirada y me frunció el ceño.

—¿A qué?

—¿Apuestas que bailan o a que se aparean? —Fingí cara de duda—. Le voy a lo segundo — indague con una ceja alzada observando a los adolescentes de sexos opuestos fregándose unos contra otros. ¿Dónde diablos estaban los profesores?, ¿siquiera esto era legal? Me sentía completamente fuera de lugar. Él sonrió viéndome analizar el ambiente.

La ruidosa música electrónica estaba haciendo temblar el piso debajo de mis deportivas blancos. Me había negado a ponerme aquel par de tacones negros a lo que Christopher había insistido, diciendo que harían que mis piernas se vieran más estilizadas. Yo le dije que me importaba una mierda cómo se vean mis piernas y que, sobre todo, valoraba poder caminar y no partirme un tobillo. Él acabó aceptando sin mucho revuelo. Todo el gimnasio estaba decorado con los colores naranja y negro y luces de neón se arremolinaban sobre nosotros, mareándome y haciendo que entrecerrara los ojos por toda la oscuridad. Me crucé con una mujer maravilla que parecía haber salido de rehabilitación por drogas.

Todos los adolescentes a mi alrededor estaban tomando y saltando y gritando al ritmo de los golpes de la música electrónica. Todo es demasiado brillante, demasiado colorido, hace que me duela la cabeza inmediatamente y quiera largarme de aquí. Abro mucho los ojos, observando todo a mi alrededor y hago una mueca.

—¿Qué tal si abortamos misión? —Christopher puso los ojos en blanco, tomándome del codo y jalándome entre la multitud con una sonrisa. Una momia me pisa un pie y lo que parece ser una chica zombie me golpe las costillas con el codo, mientras que un tipo con cabeza de caballo empuja a otro chico y este se cae el piso.

Bueno, más que una fiesta de Halloween, esto parece una masacre.

Christopher era un vampiro. Y, joder, le iba espectacular, los pantalones negros le calzaban a la perfección, una camisa blanca ajustada con los tres primeros botones sin prender y una larga capa negra con el interior rojo que tenía el cuello levantado hasta más o menos sus orejas. El brillante cabello negro estaba echado atrás de su cabeza, provocando que sea incluso más fácil contemplar su pálida belleza. Sin embargo, en cuanto Wyatt se acercó a él para charlar y ambos me dieron la espalda, fue mi momento de largarme. Había estado casi media hora en esta locura y necesitaba respirar. Con cautela, me aparté de la mesa y me dirigí al baño inmediatamente. Solo para darme cuenta de que fue lo bastante estúpido, ya que los baños estaba cerrados por alguna razón y la decoración había hecho que me perdiera por completo.

Empezamos espectacularmente.

Abrí una puerta entre tantas, denotando la desesperación que aumentaba en mí por abandonar ese lugar lleno de gente y me adentré a esta sin importar a donde llevaba. Cuando entré a ese pasillo suelto doy una gran bocanada, sintiendo cómo mis oídos laten con fuerza dado a la música tan desquiciadamente fuerte y es un real respiro para mi cabeza.

—Joder —miro hacia el techo, soltando otro suspiro de frustración y sin poder creer que

estuviera perdida. Pero, en fin, estos pasillos eran de clases mayores y yo nunca los había usado —, puto lugar.

—¿Realmente no sabes seguir una orden o plan o lo que sea, verdad? —Doy un patético salto al oír la voz de Christopher a mis espaldas, ¿de dónde salió?

—¡Ay, qué horror! —Finjo un susto colocando las manos sobre mi pecho mientras me volteo hacia su gran figura—. Ah, espera, solo eres tú. —El pelinegro pone los ojos en blanco, dándome una gran sonrisa, dejando a la vista esa hilera de dientes blancos.

—¿Buscas el baño, no? —soltó, empujando la capa que llevaba hacia atrás y metiendo las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones negros. Un precioso mechón negro se cayó a un lado de su frente y me lo quedé viendo. Era majestuoso. Arrugo las cejas, y evaluó la situación en mi mente, ¿me estaba siguiendo?—. ¿Sí o no? —murmuró en voz quedada, aparentemente irritado por mi tardía respuesta. Yo lo miré desdeñosamente, maldito histérico de mierda.

—Llévame. —Me tragué el insulto que venía después de esa palabra. Me hace una seña con su mano derecha para que lo siguiera, y aunque no confío mucho, casi nada, okey, absolutamente nada, lo hago igualmente.

—Sígueme. —Acato sus órdenes unos pasos atrás, pensando en cómo rayos sabía dónde estaba. Me recordó una vez cuando éramos niños, que me perdí en unas vacaciones en el campo de la abuela y adivinen quién me encontró en pleno llanto perdida en el bosque.

Sí, su perro. Y luego él, pero de todas formas es lo mismo, ¿no? Digo, Christopher es un simio, el otro es un perro, ambos son animales, hay cierta similitud.

—Oye —bullí, en una mueca y conteniendo las efímeras ganas de golpearlo y estrangularlo al ver la puerta del baño—. Este es el baño de hombres.

—Pues, claro. —Hace una mueca—. ¿Por qué iba a saber dónde está el de mujeres? —explicó con las manos aún en los bolsillos delanteros de su pantalón y como si fuera completamente obvio—. Por supuesto que sé dónde está el de hombres.

—Oh, claro, había olvidado el pene que me salió ayer por la noche —solté frustrada y el ronco y bajo tono de su carcajada hizo que me sintiera extraña.

—Solo entra, haz tus necesidades. —Hago una pausa.

—¿Y por qué mierda el baño de chicos está lejos del de mujeres? ¿No se supone que deben estar juntos? —Él simplemente se encogió de hombros y yo fruncí el ceño—. Qué infraestructura de mierda. —Sonrió.

—Es lo mismo, Fresita. Y, además, no hay nadie alrededor. Te cuidaré las espaldas. —Intenté ignorar el tono con el que dijo las últimas palabras. Me reservé los comentarios sarcásticos y entré bruscamente, cerrando la puerta en su cara.

¿Qué diablos le pasaba a este imbécil? ¡Yo no le pedí que me acompañara! Además, su ayuda fue completamente insuficiente, es decir, sí, estoy en un baño, ¡pero no en el que debería! Y aquí estoy, en un baño de hombres viendo como las paredes están rayadas con números de chicas y penes gigantes dibujados. ¿La GotzillaPolla?, ¿es en serio?

Iugh. Hombres.

Lavé mis manos frente al gigantesco espejo que cubría todo la pared sobre el lavado y vi a Sr. Estupidez de brazos cruzados y con la espalda apoyada en la puerta. Así, se veía solemne, imperturbable. Y recordar el hecho de que no había nadie más alrededor no me tranquilizó precisamente.

—Son unos asquerosos —formulé, viendo condones tirados a un lado del lavado. Reitero, ¿dónde habrían quedado los profesores?, ¿fumando crack detrás de las gradas del gimnasio?

—Eso dices ahora. —Miré por el reflejo del espejo su sonrisa retorcida y arrugué mis cejas,

confundida.

—¿Cómo se supone que debo interpretarlo? —Él rodó los ojos viendo el techo con una sonrisa en sus labios y despegó su espalda de la pared. En ese tiempo, un chico entró, sorprendiéndome, y al vernos, abrió los ojos de par en par, miró los condones a un lado, en el piso, y luego a nosotros dos, exaltado nuevamente. Enarqué una ceja viéndolo, preguntándome si en serio era lo suficientemente idiota como para pensar lo que estaba pensando y le lancé una mirada ceñuda a Christopher de confusión, quién me dio una gran sonrisa divertida.

—Tranquilo, hombre —habló el simio despreocupado y el chico se giró a él aturdido—. No hubo sexo. —Casi me atraganto con mi saliva y el chico lo miró exactamente igual que yo. ¿¿Qué le pasa a este deficiente neurológico!? ¡Maldito simio idiota!

—¿Cuántos tipos de retrasos tienes exactamente? —hablé eufórica y avergonzada una vez que salimos del hermoso y limpio baño... *tos, sarcasmo, tos*. Él blanqueó los ojos nuevamente con diversión mientras caminábamos por el pasillo.

—¿Qué? —indagó, haciéndose el inocente.

—¿Era necesario eso, idiota? —chillé, gritando—. ¡Qué maldita vergüenza! —Pero mis gritos molestos solo provocaron que su sonrisa se agrandara.

—¿Quieres que vaya y le diga que lo hicimos? —Mi rostro enrojeció más.

—Eres un perver... —Se colocó frente a mí de golpe, tomándome en absoluta sorpresa y provocando que mi rostro chocara en su firme pecho. Di un paso hacia atrás, aturdida, intentado alejarme, y levanté la cabeza para verlo confundida a los ojos.

—¿Qué dijiste? —Se inclinó a mi altura de golpe, y la sangre se me heló. Su respiración golpeó sin piedad mi mejilla demasiado rápido como para asimilarlo. Oh, de nuevo, invadiendo mi espacio personal.

Me había caído una especie de maldición encima.

Él pareció molesto y divertido a la vez.

—Deberías agradecer mi maldito autocontrol —se mofó, dándome una mirada penetrante, y yo solo pude fruncir las cejas y verlo a la cara. ¿De qué demonios hablaba ahora?

—¿De qué mierda hablas ahora? —Él enarcó una ceja.

—Ten cuidado con el tono, enana. —Lo miré llena de indignación y hubiera reaccionado de no ser por la estridente voz que nos separó.

—¡Chris! —Oh, esa voz irritante y chillona me ha salvado la puta vida.

Ambos nos giramos y tres chicas que no tengo ni idea quién diablos eran me observan con seriedad. Están vestidas las tres como angelitos, y por la forma en la que miran al más alto, me digo con ironía que son todo menos eso. Si la mirada de la chica del medio hacia mí se hubiera materializado, mi cuerpo se habría evaporizado en un segundo—. ¿Quién eres tú? —soltó las palabras irritada.

Sabía que era un mal momento para burlarme, pero todo lo que pude procesar en mi mente en aquel segundo fue:

—I'm Batman. —Escuché una honda y profunda risa suave por parte de mi compañero. Christopher mira a un costado sonriendo y luego me mira a mí de la misma forma.

Miré nuevamente a la chica, quién me miró de pies a cabeza.

—¿Disculpa?

—Es una buena amiga. —El fuerte brazo de Christopher se lanza, enredándose como una serpiente mortal en mi cintura, y soy presa de un pequeño pánico cuando me empuja hasta apretarme a la mitad de su cuerpo. Quedo medio en puntillas debido a la diferencia de alturas y solo puedo ser consiente del terriblemente olor masculino que desprende todo su cuerpo y toda la

calidez que me rodea de golpe.

¿Qué estaba haciendo? Iba a morirme allí mismo.

—¿Amiga? —La chica me miró de arriba abajo y suspiró. De seguro porque yo no me veía tan mal que digamos, digo, ahora hasta estoy peinada y todas esas mierdas que nunca hacía porque me quedaba dormida. Ella estaba vestida de blanco, pero de todas formas se veía sexy y bonita.

Yo era tan sexy como una gelatina de limón... rancia y vieja.

—Claro que sí —afirmó el simio, apretando mi cintura a su torso, y me sentí terriblemente incómoda y nerviosa.

Bien, es hora de actuar.

—Oh, en realidad no —hablé con parsimonia, quitando su gigantesco y pesado brazo de mi cintura mientras él me hacía muecas molesto. Mi corazón comenzó a latir con fuerza y le dije que él no me haría nada...

Esperemos.

—Yo ni conozco a este, ¿cómo te llamas? —Fingí viéndolo a los ojos. Christopher se relamió los labios y me sonrió, aunque sus ojos dejaban muy en claro todas las torturas que quería practicar en mí. Me iba a matar. Me daba igual su puta amenaza.

Bueno, no, no me daba igual, me asustaba bastante, pero, en fin, quiero salir de aquí.

—¿Entonces, no se conocen? —Una de las chicas de atrás habló.

—Para nada —interrumpí al simio alfa, encogiéndome de hombros. El pecho de Christopher se infló mientras guardaba su respiración. Oh, estaba tan molesto.

—¿Estás segura?

—Lo esto...

—¿Lo conoces hace mucho? —Si me dejaras de interrumpir, quizá, te lo diría.

—¿Estás saliendo con él?

—¿Qué? —solté abruptamente.

—¿Él te gusta, verdad? —Otra chica de atrás insistió de una forma tan estridente que me molestó de la misma forma que las luces de neón en la sala de baile. No supe qué responder ante tantas preguntas en un tiempo tan mínimo.

—¡Soy lesbiana! —solté. Aguarden, ¿qué? Christopher abrió los ojos al borde de un colapso y romper todo molesto, las tres chicas a la misma vez dieron un paso hacia atrás y me miraron asustadas.

¿Me tiene miedo o...? Ah, claro, probablemente piensan que las violaré.

—Bueno, adiós, amigo —canturreé divertida mientras escapaba a la puerta con la vista puesta en el furioso y rojo Christopher.

Bien, tengo más o menos veinte minutos antes de que Christopher use sus habilidades extrañas de rastreo, me encuentre y me asesine. No podía pedirle a los chicos que me lleven porque sabían que se supone yo estaba allí para ayudar al simio alfa, si se los pedía iban a hacer preguntas y no estoy para eso. Camine por todo el gigantesco salón frustrada y con la música martilleando en mis oídos y sin una vía de escape.

Loid. A lo lejos, apoyado con la espalda el marco de la puerta, su cabellera rubia casi gris parecía reflejar todas las luces del salón, y vi mi solución en su infantil cara risueña.

—¡Eh, rubio! —chillé entre la multitud al verlo y corrí hacia él, levantó la mirada de su móvil y me vio a los ojos. Vi mucha confusión—. ¿Viniste en auto? —indagué y él hizo una mueca.

—¿Eh? Ah, sí.

—Llévame a casa. —Lo comencé a empujar efusivamente afuera del lugar.

—¿Qué?

—Que te calles —soltó una carcajada divertido y caminamos hacia su auto, era blanco y muy bonito, no tenía ni idea de la marca. Él era muy hablador, y todos sabíamos cómo me ponía cuando estaba nerviosa, por lo que, en fin de cuentas, acabé contándole todo en el camino, omitiendo meticulosamente que me gusta Leon, obviamente. Al llegar a casa, pude quitarme al fin el endemoniado vestido. Me coloqué una sudadera con el logo de *Venom* de color gris, un pantalón azul holgado lleno de patitos que utilizaba para dormir y me quedé en medias.

—¿Por qué no te fuiste aún? —pregunté, viendo al chico sentado cómodamente en mi sofá. Él me miró ceñido.

—Me trajiste aquí forzado, ¡dame un vaso de agua al menos, mujer! —gritó histérico. Estaba cansada y él tenía un muy buen punto. Mis oídos agradecieron por la paz y silencio de la casa.

—¡Oye, ven! —lo llamé desde la cocina, y escuché los pasos del rubio detrás de mí—. Ayúdame a preparar algo para comer...

—¡Elizabeth!

Loid abrió sus ojos desmesuradamente y me quedó viendo paralizado antes de entrar a la cocina, como si todo su cuerpo se hubiera electricado y algo le impidiese caminar, luego de escuchar un furioso grito que más bien resonó frente a la casa como un salvaje y feroz gruñido.

Oh, mierda.

## 10

—Bueno, fue un placer conocer tu rubio culo. —Mi respiración comenzó a entrecortarse mientras trataba de correr lo más sigilosamente posible a las escaleras.

Yo no merecía esta pesadilla, Jesús.

—¡Eh!

Sufro de un breve paro cardíaco antes de pasar por la puerta, escuché fuertes pisadas que inmediatamente me hicieron retroceder y entrar a mi habitación con Loid detrás de mí. Entré nuevamente al cuarto, encorvada y de puntillas. Las pálidas luces del atardecer se filtraban tenuemente por las ventanas abiertas de mi habitación, dejando el cuarto en un naranja oscuro.

—¿Ese es Christopher? —Casi doy un grito por la fuerza que Loid, de pronto, ejerce en mi brazo como un salvavidas. Giré a verlo entre la poca luz de la habitación y su mueca de pánico. Tragó saliva y me miró—. Digo, ¿qué pasará si nos encuentra? —Puse los ojos en blanco.

—Qué suerte que esté con alguien tan fuerte y valiente, de otro modo estaría realmente aterrada, ¿eh? —solté con mi ápice de ironía tratando de apartarme de su abrazo.

—¡Elizabeth! —Estaba lo suficiente enojado como para no llamarme por el estúpido apodo. Joder.

Loid y yo nos vimos el uno al otro, sobresaltados al instante. Comenzamos a ver hacia todas partes y a chocarnos entre sí como hámsteres de laboratorio retrasados murmurando maldiciones.

Sentía mi corazón en el medio de mi garganta. Sentimos sus pasos mucho más cerca. Oh, Dios, iba a morir. ¡Tan joven y sin haber logrado nada en la vida! Bueno, tampoco era como que lograría algo, pero, en fin.

—Aquí —susurré en apenas un hilo de voz mientras abría el armario color azul y jaloneaba progresivamente a Loid de por medio. Podía oír nuestras respiraciones agitadas allí adentro. Estábamos sentados sobre montones de ropa desordenada. Era mi armario, no esperaba más de él. Mi espalda se apoyaba en el extremo mientras que Loid estaba en la misma posición frente a mí. Los sentimientos anticipados y emociones me revolviéron el estómago fuertemente, mientras intentaba tranquilizarme al menos un poco. Puse los ojos nuevamente en blanco mientras sentía cómo con una de las manos del rubio oprimía nervioso y atemorizado mi tobillo.

Parecía estar más asustado que yo. Bueno, sí, lo estaba. Era como estar con una niña de tres años. No, una niña de tres años sería más valiente. Estaba segura. Y lo peor fue cuando su respiración agitada comenzó a hacerse cada vez más fuerte, por un momento temí que fuera a entrar en hiperventilación y terminé dándole un golpe en la nuca para que reaccionara y me mirara.

—¿Por qué corres de él? —preguntó en susurros cuando nos aseguramos de que el simio alfa ya no se encontraba en el segundo piso de mi casa. Lo miré con fastidio. Se supone que yo le había contado todo.

—Ya sabes la respuesta, y cállate. —Finos rayos de luz entraban por las ranuras de la puerta en el armario, me permitía divisar entre el revoltijo de ropa la silueta del chico frente a mí. Aún estábamos seguros de que Christopher seguía aquí, pero la casa parecía estar totalmente en silencio, y aquello no ayudaba para nada a mi ritmo cardíaco.

—¿No eres muy inteligente, verdad? —Mis labios quedaron entreabiertos luego de que mi mente procesara el comentario de Loid. ¿Pero qué demonios estaba diciendo? Yo soy bastante inteligente, y, además, ¿por qué rayos justo él decía eso? Loid. Que había casi hecho explotar la sala de Química y había liberado a los sapos.

—¿Qué? —Fue a lo único que llegué a decir.

—Es decir, tú querías escapar de él en la fiesta, y vienes a tu casa, ¿no te parece demasiado obvio? —Abro los labios para quejarme, luego los cierro abruptamente. Me quedé viéndolo a los ojos sin saber qué decir exactamente, pero, bueno, ¡yo qué sé, estaba nerviosa y no tenía ropa para cambiarme en ningún otro lado! Bien, bien, puede que sea la primera vez que el cerebro de rubio Loid generara un buen argumento, debería darle un premio como a los perros o algo así.

Mañana lo sacaré a pasear al parque. Es decir, estamos hablando de perros y de Loid, no hay demasiada diferencia.

Intenté mover mi pie, pero se vio inmovilizado por un suéter viejo de mi hermano, ¿qué rayos con todo este embrollo de ropa?, ¿cuándo fue la última vez que lo ordené?, ¿en la Segunda Guerra Mundial? De todas formas, solté un suspiro; había intentado ya muchas veces cambiar mi hábito y ser organizada hasta que, obviamente, descubrí que no funcionaba.

Ambos dejamos de mirar el revoltijo debajo de nosotros para vernos a los ojos de una forma enfermizamente asustada cuando fuimos capaces de oír la susurrante y cantarina voz de Christopher.

—Fresita, ya vi tu disfraz en la cama. —Oh, mierda, parecía un maldito psicópata. Loid se autogolpeó la frente. Yo le sonreí un poquito. Vi como el cuerpo del rubio se encogía un poco ante el grito del otro simio y bufé. Al menos se esmera en demostrar que no le avergüenza ser tan miedoso. Sin embargo, él lo conocía, Loid había quedado perplejo cuando me vio hablar con el simio alfa en el Instituto. Alegando que a él lo intimidada bastante.

Y lo entendía a la perfección.

Loid se retorció sobre sí mismo y pareció incómodo. Yo hice una pausa.



—Dime que no te dieron ganas de ir al baño, por favor —susurré, sin embargo, él no me hizo caso. Sino que metió la mano en la ropa enredada que había debajo de sus muslos y alzó la mano dejando ver esa prenda color negro que, al parecer, le molestaba. Pero no, no era ropa.

Cuando al fin vi lo que era, quise gritar de alegría.

—¡Tinky Wincky! —chillé en susurros, arrebatándole ágilmente el peluche de trapo de sus manos. Oh, joder, este es el día más feliz de mi vida.

Tinky Wincky era un conejo de trapo color negro bastante viejo en el cual los rayones de los pasos de los años se extendían por todo su cuerpo. Sus ojos eran dos botones rojos y le faltaba una orejita. Yo misma lo había diseñado a los cinco años cuando fuimos a una fiesta para niños en una casa de muñecos. Yo amaba ese peluche, era lo máspreciado que tenía en mi niñez, incluso más que Ian, lo adoraba. Y cuando tenía más o menos ocho años el conejo desapareció. Nunca lo volví a encontrar.

¡Y estaba aquí!, ¡entre la mugre de mi habitación! Aunque ahora tiene un poco de sentido que nunca le encontrara.

—¿Tinky Wincky...? —Él me miró con una media sonrisa, frunciendo un poco las cejas. Era increíble que estuviéramos teniendo una charla en estas circunstancias y con un tipo de un metro ochenta y algo buscando mi cuello para apretarlo hasta matarme.

—¿Qué? —le ladré silenciosamente—. Déjame, tenía cinco años.

—Da miedo. —Puse los ojos en blanco.

—A ti todo te asusta.

—Claro que n... —Frunció el ceño—. Espera, hay algo más... —Me incliné un poco sobre mi lugar expectante y, de pronto, un espantoso olor putrefacto inundó mis fosas nasales obligándome a tapar mi nariz con Tinky Wincky.

—Eso es... —Abrí los ojos desmesuradamente y arrugue el entrecejo—. Es...

—¡Es un trozo de pizza! —gritó espantosamente fuerte y abrí las puertas del armario para salir de aquel lugar, sintiendo cómo el aire puro entraba en mis pulmones una vez fuera. Dimos una fuerte bocanada de aire, Loid dramatizó agarrándose el cuello y tosiendo. No era para tanto. Caímos con los traseros en las frías baldosas del piso, viendo horrorizados por las puertas abiertas de par a par ese pedazo de pizza de color algo verde y miles de puntitos negros sobre este.

Uuuugh.

—Eres un asco —se quejó, viéndome receloso. Y me encogí de hombros.

—Una chica tiene que saber dónde esconder su comi... da. —Mi voz murió cuando un cuerpo grande y alto revestido de negro apareció repentinamente por la puerta y pasillos blancos de mi habitación. Tenía una mano apoyada en el marco de la puerta, dedicándome todo, menos una mirada amistosa.

Oh,oh.

Me quedé tendida en la misma nada observando cómo su eminente cuerpo se dirigía furiosamente a nosotros. Cuando estuve de pie, Loid se colocó detrás de mí. Christopher frunció sus densas cejas y se inclinó un poco, intentando ver al rostro del chico. Loid era exactamente de mi altura, ni un poco más ni un poco menos. Era muy bajito y me hacía sentir bien hablar con alguien de mi altura y no como lo eran mi hermano o todos —en serio, todos— sus amigos.

—¿Qué haces? —correteé con el nerviosismo saltando en mi interior, dándole un manotazo a su mano que intentó llegar a Loid. Él me encaró notoriamente una ceja, se lanzó el cabello hacia atrás con un resoplido y me miró. Se inclinó, intentando ver al chico con una mueca curiosa.

—Quítate, Elizabeth. —Yo alcé ambas cejas.

—Vaya, ¿qué vas a hacer? ¿Retarlo a un duelo con espadas en la arena de Esparta? —Ni siquiera sabía si en la historia había existido algo así. Sin embargo, su porte majestuoso y su ceño fruncido me hicieron recordar a los fuertes guerreros de la película.

—¿Por qué lo defiendes? —Loid apoyó sus manos en mis hombros y sentí como se encogía detrás de mí. Yo miré sus manos y luego le dediqué una cara obvia al más grande que supe, inmediatamente, le comprendió. Claro que lo comprendía. Loid no era el primero en actuar así frente a él—. Déjame hablar con él. —Le entrecerré los ojos—. De hombre a hombre. —Puse los ojos en blanco.

—Unga-unga —le espeté.

Pero el venenoso sarcasmo salió al exterior antes de poder hacer algo. Christopher me sonrió. De golpe. Y yo sentí náuseas y un mareo, ¿cómo podía cambiar de expresiones tan rápido? ¡Era un maldito psicótico! Porque, aunque estuviera sonriéndome de pronto, sentí como si mi comentario fuera la gota que derramó su paciencia. Como si la pólvora en sus feroces ojos se hubiera encendido con mi comentario. De golpe, sin siquiera ser capaz de dejar a mi consciente reaccionar o moverme, él se movió increíblemente ágil, danzando en movimientos rápidos, y sentí cómo, de improvisto, se había agachado frente a mí y, antes de poder soltar algún exabrupto, su hombro golpeó en mi estómago repentinamente, quitándome el poco aire que conservaba en los pulmones y sintiendo cómo sus grandes manos sujetaban mis piernas y todo se volvió de cabezas.

—¿¡Pero qué demonios haces!?! —grité, mareándome repentinamente y dando golpes en su espalda. Dudaba mucho que le doliesen. Pero era todo lo que podía hacer en ese instante.

—Ya estabas advertida sobre los límites. —Su voz sonó tranquila, imperturbable.

—¡Estas chiflado! —Christopher dio un ligero golpe en el hombro del rubio, como si estuviera saludándolo. Luego, por alguna razón, lo empujó mucho más fuerte y pude ver cómo Loid parecía más bien haber visto la muerte misma por su aparente parálisis cerebral y sus ojos casi en blanco. El mayor comenzó a bajar las escaleras conmigo en brazos y sentí cómo la gravedad comenzaba a joderme la cabeza.

—¿¡Qué te crees!?! ¿¡Que soy un saco de verdura!?! —Él abrió la puerta de la sala.

—Podría sacarle más provecho a las verduras y chillarían menos.

—¡Bájame, simio pulgoso! —Él abrió la puerta, sosteniéndome sin más que con un brazo y sentí cómo la brisa fría, más el estar de cabeza, comenzaba a mover mis cabellos. Un niño del

vecindario estaba jugueteando con un golden retriever en la calle, y sentí el ardiente bochorno en mi garganta cuando él abrió sus ojos y nos siguió con la mirada. Me puse histérica—. ¿¡Qué diantres ves, eh!?! —El pobre niño se movió rápidamente, sobresaltado, y luego entró a su casa, dejando nada más que el golpe de la puerta.

Me moví junto a los hombros de Christopher justo antes de que liberara una grave y fuerte carcajada que hizo que se me encogieran los órganos internos.

—Christopher.

—No voy a soltarte, iremos a mi auto.

—Me estoy mareando.

—Mientes. —Sí, lo estaba haciendo. Me molestó que lo supiera.

—¿A dónde rayos vamos, falta mucho? —De seguro apenas había deambulado tres pasos luego de aquel pobre niño, no obstante, sentir mi cabello rozando mis mejillas y la gravedad presionando en mi cabeza me jodía bastante—. ¿Ya llegamos?

—No.

—¿Ya llegamos?

—No.

—¿Ya llegamos?

—No.

—¿Ya?

—No.

—¿Ya lleg-...?

—Elizabeth. —Respiró hondo. Bufé, inflando mis mejillas, y decido callarme por el evidente tono de amenaza en su voz. Normalmente nunca hacía caso a sus tonos de voz, fuera cual fuera, pero ahora mismo él me está sosteniendo. Soy odiosa, pero no imbécil.

Apoyé mis manos en los lados de su cadera fuertemente y, con la limitada fuerza que atesoraba, me aferré a estas y alcé mi cabeza por tres segundos. Saqué la cabeza a un costado, retorciéndome como gusano y distinguí a la distancia su Jeep negro. No faltaba mucho, y yo estaba sin fuerzas, por lo que simplemente esperé.

Christopher movió sus hombros y se colocó nuevamente de cuclillas, haciendo que mis pies tocaran la tierra. Aferré las manos a sus grandes brazos, viendo al piso. Sentir la gravedad en mi cuerpo me afectó terriblemente, aunque no impidió que intentara escapar, fracasando de una forma mordaz. Forcejeé inútilmente cuando sus largos brazos me sentaron en el asiento de copiloto y me colocaba entre empujones el cinturón. Cuando cerró la puerta, intenté desabrocharlo, y cuando lo logré él ya se encontraba en el asiento de conductor, inclinándose velozmente para que no escapara. Aún estaba mareada, por lo que mi plan de escape no podía ser tan factible, teniendo en cuenta que escapaba de alguien como lo era él.

—Te odio —solté llena de rabia cuando mi cabeza ya no punzaba y me sentía mayoritariamente bien. Me escurrí como un niño haciendo berrinche en el asiento y subí los pies al salpicadero, provocando una resoplido furioso desde su garganta y, a continuación, propinó un manotazo a mis piernas para que las bajara. No entendía cómo me soportaba tanto. ¿Que no era mejor simplemente dejarme ir o... matarme?—. Además... —Me acomodé más arriba del asiento—, ¿a dónde diablos quieres ir? Estoy en pijama. —Me señalé con evidencia.

Él me sonrió.

—¿Recuerdas lo de los límites? —No me agradó el tono de su voz. Tragué saliva antes de susurrar un leve “sí”. Él sonrió de aquella forma perversa lánguidamente, provocando un ligero escalofrío en mi espalda, y apoyé la cabeza lentamente en la ventana, intentado alejarme.

Se rio de mi actitud.

—  
¿Quién dice que vamos a movernos de aquí? —Su voz sonó casi dura, como el alarido ronco de un animal.

—¿Qué? —Aún estaba mínimamente mareada, pero aquello no me impidió que notara que algo andaba mal con la situación.

—Tu padre nunca te enseñó a comportarte, ¿verdad? —Me tensé por alguna razón y sufrí un sobresalto cuando los candados de las puertas se cerraron abruptamente, dejando un eco en mi mente.

—¿Y a eso a ti qué?

—Nunca nadie te demostró lo que se le hace a los niños que no se comportan, ¿verdad? —Christopher comenzó a inclinarse pausadamente hacia mí y, como me fue posible, me pegué aún más a la ventana. Fue como si un gigantesco manto negro acaparara toda mi visión.

—¿Y saliste viva? —interrogó con una mueca confusa Loid mientras llevaba el sándwich a sus labios y le daba un ligero mordisco. Resistí la enorme tentación de estampar mi mochila en su cara. ¿Por qué demonios seguía preguntado aquello? Ya se lo había explicado unas treinta veces.

Y, además, ¿por qué diablos se había sentado conmigo? Él simplemente me vio en los pasillos, chillando mi nombre y, como consecuente, llegó a mí corriendo y curioseando sobre el sábado. Creí que estaría de alguna forma muy enojado conmigo, pero, sin embargo, tenía la misma maldita sonrisa de siempre. Era un lunes, ¡un lunes, por Dios! ¿Cuáles eran exactamente sus razones para sonreír?

—Loid, maldita sea —remarqué con fastidio—, le di un rodillazo en el estómago y escapé. ¿Qué diablos es lo que no entiendes?

—¿Y por qué hizo eso? —Arrastré las manos por toda mi cara. Él era realmente desesperante, ¡era como la sexta vez que le explicaba las cosas y aún preguntaba!

—Porque es un imbécil —espeté—. Fin.

El rubio separó sus labios para hablar, pero, antes de eso, ambos alzamos la cabeza a un costado, donde una mano se había apoyado en mi hombro.

—Necesito tu ayuda. —Me sobresalté ante el chillido de Aron, quien, a pesar de estar en la cafetería del instituto, traía en sus manos una pizza. Ladeé apenas la cabeza, viéndolo con una mueca de confusión transformando mis facciones.

—Dame —murmuré con los ojos clavados en la caja. Aron me miró, su mechón azul bailoteó por el viento que entraba por las ventanas y luego me palmeó la espalda.

—No, no, no. —Puso la caja con sumo cuidado sobre la mesa, como si temiera que se agrietara o algo por el estilo. Loid lo miró confuso—. Es una bomba, no una pizza. —sentenció. Instintivamente, al decir aquella palabra, el rubio y yo nos apartamos a un costado, viéndolo nerviosos. Debería decir que esto era algo común en Aron, formaba parte del club de Robótica desde la escuela y siempre ocurría cualquier tipo de atrocidad gracias a su cerebro. Una vez, había intentado hacer una vela que no se apagara fácilmente para el cumpleaños de mi padre que casi prende fuego la casa entera.

—¿Qué? —cuestioné luego de unos segundos. Loid parecía no comprender nada, pero nunca lo hacía en totalidad, así que a quién diablos le importa.

—Es una bomba —reiteró, como si fuera totalmente obvio. Yo separé los labios dispuesta obligarlo a alejarse lo más posible de mi cuerpo e integridad física, probablemente mental; sin embargo, antes de poder hablar, el chico abrió la tapa de la pizza y sí había una pizza, pero además de aquello, había cables por encima de esta—. Ayúdenme a desconectarla.

—¿Qué? —Esta vez fue Loid. El chico rodó los ojos, como si nuestro escaso entendimiento a la pizza-bomba fuera totalmente insólito. Era una suerte que nunca me sentara en los lugares más concurridos de la cafetería, podía imaginarme la cara de muchos al pasar junto a nosotros.

—No estoy seguro de cuál cable desconectar. Si quito el equivocado, la pizza explota y nos deja llenos de salsa —explicó. Loid y yo echamos los hombros atrás inmediatamente.

—¿De dónde demonios sacaste eso? —No tenía sentido, ¿y por qué mierda la traía a nosotros? —. ¿Esa mierda en serio puede explotar? ¿Por qué le hiciste algo como eso a una pizza? —chillé

—. ¿¿Qué te hizo de malo la pizza, eh!?

—¡Elizabeth! —Loid me pateó por debajo de la mesa, encogiéndose por la mirada de curiosos alumnos que pasaban de vez en cuando a nuestro alrededor—. Yo voy por el cable verde. —Loid se inclinó con curiosidad y volqué mi rostro hacia él. Se lo había tomado con total normalidad. Dios mío, ¿¿solo yo veía que esto era una estupidez!?

Jesús, ¿qué diablos te sucede?, claro, te fuiste a dormir la siesta y esta especie se fue al demonio.

—Yo, por el rojo —contradijo Aron, golpeándose con el dedo índice la mandíbula.

—Nunca es el rojo. —Al notar que, definitivamente, ninguno de los dos parecía conectar las suficientes neuronas como para saber que esto acabaría terriblemente mal, comencé a moverme, intentando escapar de aquella escena que no pintaba en terminar para nada bien, pero, en cuanto me puse de pie, Aron, que estaba junto a mí, tomó mi muñeca y Loid alargó el brazo sobre la mesa y atrapó mi codo, ambos me jalaban consecutivamente y acabé sentándome nuevamente al banco.

Bueno, me iba a morir hoy.

—¿No crees que es muy obvio el verde? Quizá el que la hizo quiere jugarnos una broma. —Loid hizo una leve mueca, pero luego de un momento le sonrió al chico y ambos asintieron. Dios mío, ¿qué diablos sabía él de robótica? ¿Qué diablos hacía yo aquí aún?

Oh, no... Tomé rápidamente mi charola, la cual estaba vacía, y la coloqué frente a mí, tapando casi todo mi torso junto a Aron, haciéndome una especie de escudo. El del mechón azul dirigió su mano lentamente hacia un cable notablemente rojo que llegaba desde debajo de la pizza, mezclado con la masa, y tragó saliva, entonces lo sostuvo en sus temblorosos dedos.

La tensión y nerviosismo era palpable en el aire, contuvimos la respiración cuando Aron jaló el cable.

Todo pasó demasiado rápido, la camiseta blanca de Loid estaba completamente roja, había cachos de mozzarella su hombro derecho y su rostro estaba salpicado de salsa roja. El rostro entero de Aron estaba manchado, de su flequillo chorreaban pedazos de aceitunas y mantuvo, por suerte, sus ojos cerrados. Yo había sido la menos afectada, me puse de pie y estaba sin una mancha, ya que tenía mi hermosa charola-escudo, solo mis botas negras estaban un poco salpicadas y, obviamente, el lado exterior de la charola.

—Supongo que sí era el verde —finalizó Aron.

*No me digas.*

Una fuerte carcajada se oyó a mi lado.

—Qué ridículos. —No supe quién diablos era la chica, pero su pelo negro en cortina me recordó a la mujer de Ju-On. Otra chica incluso más baja que yo de cabello corto estaba junto a ella, con una mirada burlona que me hizo fruncir el ceño. No me gustaba la forma en la que miraban a Aron, a él simplemente le gustaba experimentar con lo que le gusta. No le quita lo imbécil, pero le da originalidad—. ¿No se cansan de ser tan patéticos? —soltó. Por su mirada y postura, deduje que posiblemente era alguna niña pija de alto rango—. ¿Qué tienes en la boca, Aron? —dijo, viendo cómo mi amigo tenía un pedazo de aceituna pegado a sus labios.

—¿Qué, un pene? —Hice una pausa—. Ah, no, cierto, tú eres la que tiene siempre eso en la boca —le ladré. Ni siquiera sabía quién rayos era, pero su mirada de indignación me hizo sentir realmente bien.

Loid dejó salir una risita mientras Aron me sonrió de oreja a oreja y se comía la aceituna. Luego la rarita era yo. La chica Ju-On me vio colérica y dio un paso hacia mí, pero antes de eso, cuando fui realmente consciente de sus manos estirándose hacia mí y entré en pánico, simplemente estiré mi brazo y utilicé, nuevamente, mi charola como escudo. La chica soltó un chillido que,

estaba consciente, le había desgarrado el tímpano a algún que otro alumno, y levantó un poco sus manos, viendo con la boca abierta como su voluptuoso escote estaba lleno de salsa para pizza, su camisa blanca también estaba repleta de esta, terriblemente manchada y arruinada con la salsa escurriéndose hasta su falda.

Toda la cafetería dejó de murmurar y metí los labios, viéndola completamente sorprendida. Oh, demonios. Yo no era consciente de lo que realmente era capaz mi poderoso escudo.

Oh, bueno, creo que esta vez me pasé un poco, bueno, solo un poquito.

—¡Perra! —chilló nuevamente, tomando en sus manos un rollo de huevo con salsa blanca y lanzándomelo, pero entonces me agaché rápidamente y la comida voló detrás de mí.

—¿Qué demo...? —Vicente se hallaba detrás de mí con su mejor cara de hielo, viendo como su chaqueta favorita estaba manchada con salsa blanca y queso. Yo estaba a sus pies en cuclillas. El chico clavó su mirada en la chica Ju-On, quién se sobresaltó del susto.

Bueno, esto no pinta bien.

—Vi... cente —Ella dio un paso atrás entre balbuceos y la salsa se desparramó en el piso, temía que llegara a mí y me manchara—. Yo, lo sien... yo no... —Hizo una pausa, viendo cómo todo el mundo comenzaba a centrar su atención en nosotros y bajó la vista, inyectándola en sangre sobre mí—. ¡Era para ella, no para ti!

—¿Te ibas a meter con la hermana de mi amigo, esa es tu disculpa? —Yo aguanté mi gigante sonrisa. Tener un hermano que se llevaba bien con muchos cuando eras un fracaso social era realmente una gran ayuda. La chica Ju-On se volvió más pálida, si aquello era de alguna forma posible.

Y no predije lo siguiente que pasó.

Vicente tomó en sus manos su arroz amarillo y lo aventó a la cara de la pelinegra, sin embargo, antes de aquello, ella se había movido ágilmente de lugar y le dio a su mejor amiga en el pecho.

Oh...

La amiga tomó un puñado de patitas de pollo y se las dio en la cara a Vicente y John, quien, nunca antes lo había notado, estaba atrás. ¿Por qué estaban tirándose comida, maldita sea? Yo aún continuaba con hambre. John tomó su zumo de naranja y se lo aventó a esa chica y otras dos que pasaban.

Bueno, será mejor que salga de aquí.

Distinguí, viendo algo confusa, cómo otros alumnos al otro lado de la cafetería también comenzaron a lanzarse comida entre sí y me pregunté qué diablos estaba mal con estas personas. Un chico lanzó su pedazo de pastel a la cara de otro y este se subió sobre una silla, apuntando su charola a quién sabe quién.

Bueno, esto se está saliendo de control.

—¡Guerra de comida! —Hice una pausa. Okey, ¿qué? Desde entonces, todo se volvió realmente un caos. Bebidas y alimentos volaban de aquí para allá, golpeándose entre sí y estrellándose en sus caras, gente riendo, gritos, murmullos, chillidos y demás.

Yo estaba a salvo con mi escudo en una esquinita. No iba a jugar con la comida, ¡malditas bestias, con el hambre que aún tenía! Vi mi oportunidad cuando una puerta corrediza que daba al patio junto a mí se había abierto y comencé a gatear sigilosamente hacia ella.

—¡Elizabeth! —Oí un grito a mis espaldas. Y lo siguiente que sentí fue como unos fideos blancos golpeaban mi hombro, llenando mi camisa de aceite y provocando que la tela se pegara a mi piel de una forma que me dio asco. Distinguí unos oscuros ojos mientras me giraba lentamente y sentí cómo los fideos se escurrían por mi brazo y finalmente caían al piso.

Cristopher. Oh, claro, ¿quién más sino?

Pedazo de...

El simio alfa tomó en sus manos otro poco de fideos y me sonrió con malicia. Palidecí. Antes de poder salir corriendo o decir algo, los fideos habían impactado ya en mi estómago, pegando la tela fina de mi camisa blanca a mi abdomen y sentí lo tibio de los fideos allí.

Maldita sea. Aún tengo hambre.

—¡Inaudito, inaudito! —El consejero chilló colérico frente al pizarrón. Con una barriga que denotaba que se había comido bastantes pizzas a lo largo de su vida, se acomodó los lentes en el tabique nasal y nos miró a todos, receloso—. ¿¡Es que siguen en primaria, eh!? —Todos nos hallábamos sentados en la oficina del consejero del Instituto. Un poco apretados, a decir verdad, nos veíamos como si nos hubieran sacado de un basurero: despeinados, sucios y con la ropa llena de colores extraños dado a la comida.

Cristopher estaba sentado junto a la ventana, era posiblemente la única persona tan despeinada que se veía tan malditamente bien. Deduje que era algo de la genética, porque no era posible que se viera bien estando tan harapiento. Vicente estaba junto John, Aron, por supuesto, mi hermano, que nunca supe en qué momento se había unido al desastre, la chica Ju-On, su amiga, Loid y, por supuesto, yo.

—¡Pero Sr...!

—¡Tú no te quedas atrás! —Señaló con una regla a la chica Ju-On—. ¡Se supone que eres una señorita y, mírate, llena de sustancias en tu uniforme! —Quise decir que no tenía una mierda que ver que fuera una señorita y estuviera desalineada, porque, si era por eso, entonces yo ni siquiera formaba parte oficial de la línea humana. Todos callaron, excepto los idiotas que malentendieron de alguna perversa forma las palabras del profesor—. Y tú, Christopher, ¿cómo que...?

—¡Tú me tiraste arroz! —le espetó alguien a Vicente, distinguí la chillona voz de la chica Ju-On. Era imposible no distinguirla.

—¡Y tú, mis patas de pollo! —lo defendió John.

—¡Pero era arroz!

—¡Pues te jodes!

—¡Basta! Entiendan que ya no son niñ... —El profesor frunció el ceño de la forma en que lo hacía para darnos un sermón, sin embargo, antes de aquello, sus ojos se posaron en mí y resopló—. Srta. Amoretti, ¿podría por favor dejar de comer eso?

Yo lo miré sorprendida, soltando una pequeña maldición por su buena vista. Estaba a fondo de todos, de piernas cruzadas masticando y, literalmente, tragando la pizza que Aron había hecho explotar. Y para mi sorpresa, estaba deliciosa. ¡Yo continuaba con hambre!, además, la masa estaba solo un poco jodida, simplemente era añadir un poco más de salsa y queso y ya. Antes de dejar la pizza, le di otro gran mordisco provocando risas en algunos y me serví un vaso de agua que había sobre la mesa del fondo y le di un sorbo, me volví al profesor.

—Usted era una alumna tan excelente —dijo. Yo hice un ademán con la mano.

—¿Y cómo espera que progrese si tengo a puros simios a mi alrededor? —Aquello en realidad no tenía nada que ver con nada, sin embargo, no tenía ganas de quejarme de cómo el sistema te tachaba por el más mísero error, a pesar de siempre intentar hacer las cosas bien. Todos los chicos se giraron a mí, me vieron totalmente ofendidos. Hiqué mis hombros, restándole importancia.

—¿Quién comenzó todo esto? —indagó, desplazándose en su silla el profesor, como queriendo esconderse de nosotros.

—Cristopher —mentí, señalándolo, y este me miró con los ojos entrecerrados.



—Seguro.

—¡Es verdad!

—Elizabeth...

—¡Que sí!

—¡Y yo que apesto a agua! —El salón entero se silenció y nos giramos Loid, quien veía su camiseta molesto.

—Rubio, el agua no tiene olor —aclaré.

—Oh... —reprimí la acción de golpearme la frente.

—¡Fuiste tú! —La chica Ju-On me señaló a mí esta vez—. ¡Ella me embarró todo esto en mi blusa!—sollozó. Todos me miraron a mí y aclaré mi garganta, sintiéndome algo presionada.

—A ver si entiendes. —Alcé mis palmas a la altura del pecho—. Se resbaló de mis manos, *SE RES-BA-LÓ*. —La pelinegra iba a soltar otras palabras, pero el profesor la interrumpió.

—Sí, sí, entendemos, Amoretti, no tienes que separar en sílabas. —Se restregó las manos al rostro, frustrado—. Al parecer, no puedo hacer nada, visto que el director no se encuentra en la Institución. —Todos suspiraron, aflojando los hombros. Yo, en cambio, si había aprendido algo, era que nunca salías realmente limpio—. De todas formas, me veo obligado a castigarlos, así que... —El profesor elevó su rostro rápidamente, asustándonos con su repentina sonrisa de oreja a oreja—. El lunes y martes que viene no hay clases, dado a las elecciones... —Bien, no me gusta a dónde lleva esto—. El sábado haré un viaje a la aldea histórica china, y voy a participar en servicio comunitario ayudando a conservar el lugar, así que ustedes irán conmigo. —Todo el mundo, excepto yo, comenzó a bufar en quejas.

A mí, en cambio, me gustaba la idea. Era realmente fan de la cultura asiática, era algo totalmente alejado a nuestra realidad que siempre me había llamado poderosamente la atención. Siempre había querido ir a una aldea histórica, son hermosas. Gigantes. Viejas. Las consideraba mágicas. Llenas de historia. Papá habitualmente quería llevarnos, pero dado a su trabajo nunca había podido concretarlo.

—Escuchen, o vienen al viaje, o esperan a que el director llegue y les ponga penalizaciones o directamente los expulse. —Y, bueno, no había muchos caminos que tomar, así que, por lo tanto, todos dijeron que sí.

Estaba emocionada, muy emocionada. Tenía una gran sonrisa y mis hoyuelos se remarcaban, de repente parecía una niña energética y Loid me empujó cuando salimos de clase.

—¿Por qué estás sonriendo? —espetó, desganado, viéndome de arriba abajo como si se tratase de un bicho, quitándose una aceituna del cabelló y comiéndosela.

—¡Iremos a las aldeas tradicionales! —pronuncié palabras al azar juntas como una *fangirl* entrando en crisis y Loid se echó atrás. El chico paró su paso abruptamente y se colocó frente a mí, serio.

—¿Y...? —Enarcó una ceja.

—Siempre quiso ir a una de esas aldeas. —La voz ronca y grave de Christopher entró a mi oreja como un rayo, provocándome un extraño sentimiento, y me moví dos pasos lejos de él. Yo aún no superaba el trauma del auto. No quería tenerlo cerca—. Será divertido. —Apoyó el hombro en la pared detrás de mí y lo miré de forma desdeñosa.

—¿Disculpa? —espeté.

—Oh, vamos. —Esbozó esa petulante sonrisa que solo me daba ganas de darle un puñetazo—. Estaremos cuatro días en un lugar alejado, sin comunicación, todos juntos. Muchas cosas pueden pasar, ¿no crees?

Sí, como que te mueras.

—No te quedarás aquí, Loid. —Antes de poder cerrar la puerta de mi casa, él se había escurrido, de alguna forma, dentro. Lo miré, soltando un resoplido.

—¡Pero mi casa está demasiado lejos como para llegar! —chilló, lanzando sus mano al aire y viéndome exasperado. Puse los ojos en blanco y bajé la vista, debatiéndome entre seguir la tarea o meterle mi lápiz mecánico en el ojo izquierdo.

Se supone que hoy por la noche iremos a la ayuda a la comunidad, aunque para mí era más bien un viaje de placer por dos días. Yo no soportaba más mi emoción, incluso ayer no pude dormir de los nervios. Solía ponerme muy nerviosa antes de viajar, no era una fan especialmente.

Hoy tenía que descansar, ya tenía todo preparado de alguna forma, hasta mis horas de sueño. Descansaba durante el día y, en la noche, viajaba bastante despierta en el trayecto. Sin embargo claro, nunca incluí en mis planes al rarito de Loid pidiéndome quedarse en mi casa. De hecho, ni siquiera me molestaba, pero solo quería fastidiarlo un poco.

—¿Y yo qué culpa tengo? Te lo hubieras pensado antes de jugar a la guerra de comida. —El rubio hizo una mueca, llevando una mano a su pecho, completamente ofendido. Se hallaba en la puerta de mi habitación, de pie, mientras yo estaba sentada en mi escritorio ahora.

—¡Tú comenzaste todo!

—¡No mientas! —le chillé.

—¡Te vas a ir al infierno si mientes así, tus hijos vivirán en deshonor! —Hice una mueca de costado, viéndolo. Dios mío, ¿por qué diablos gritaba tanto? Bueno, técnicamente yo había comenzado... en fin—. Por favor, dormiré en el piso, junto a tus pies. —Puse los ojos en blanco. Pero, bueno, ¿qué más daba, aparte de que probablemente se la iba a pasar fastidiándome y hablando como siempre hacía en la cafetería desde que somos compañeros? Sí... es un buen plan.

Y luego tiro su cuerpo al río.

Ambos escuchamos el timbre de casa y miré al techo, soltando un sonoro suspiro. ¿Qué otro humano osaba perturbar mi descanso? Bajé las escaleras con Loid refunfuñando como un crío de tres años y, cuando llegamos a la puerta, ¡sorpresa!, ¿qué coño hacía Aron aquí?

—¿Qué haces aquí? —ladré en un tono altanero y colérico. Ya estaba de mal humor, ¡no quería más gente en mi casa que no iba a dejarme dormir!

—Dios mío, ¿quién te crio tan amable, *Jack el Destripador*? —Aron pasó junto a mí y entró a la casa.

Al menos, *Jack el Destripador* habría sido más provechoso que un padre normal. Al menos sabría cómo desmembrar sus cuerpos sin ser detectada por la policía. Oh, sí, definitivamente era más favorable.

Aron también estaba con una mochila gigante sobre su espalda. ¿Por qué todo mundo llevaba una mochila tan grande? Yo simplemente quedé satisfecha con mi mochila del Instituto. No íbamos a la guerra o al desierto, sino solo dos malditos días a una aldea tradicional asiática.

—Hola, sí, ajá, ¿por qué entras a mi casa? —continué diciendo mientras el castaño colocaba una mano en mi hombro y me apartaba para así pasar a la sala de mi casa.

—V me dijo que venga. En fin, tenemos que ir a un supermercado. —El chico desplomó su

anatomía entera sobre el sofá de color blanco. Arrugué mi nariz.

—¿Tenemos? —espeté.

—¡Sí, vamos!

—Loid, cállate, hace tres segundos te estaba echando de mi casa. —El pecoso me miró con recelo y luego se sentó bruscamente en el sofá, provocando una risa de mi parte. Parece realmente un niño—. De todas formas no podemos, el simio alfa y él se fueron en el auto. —Aron juntó sus cejas.

—Pero, ah, se supone que iríamos ahora, luego no hay tiempo...

—¡Ah! —exclamé, recordando algo, estimulando a que los dos chicos sentados en el sofá se asusten—, pero están las bicicletas en el garaje, y no hace falta robar la vieja de Christopher porque la dejó aquí hace como cinco años. —Loid asintió, al parecer emocionado, aunque no me sorprendió, podrías chupar hasta un clavo que a él le emocionaría la idea y gritaría como niña. Aron no dijo nada, y los guíe hacia el garaje.

—Oigan... no estoy seguro de esto. —Intercambié miradas con Loid, ambos con el rostro ceñudo. El castaño tomó la mi bicicleta temblando levemente y se le veía algo inseguro.

—¿De qué? —indagué. Aron murmuró algo bajo, tan sutilmente que se oyó más como un siseo y no se entendió absolutamente nada.

—¿Qué? —Esta vez fue Loid, que se ajustaba a la bicicleta vieja de mi hermano. Nuevamente, el castaño intentó hablar y ocurrió lo mismo que antes.

—¡Aron! —espeté.

—¡Que no sé cómo montar bicicleta, joder! —Por inercia, hundí mi sonrisa ante la mirada con recelo y reprobatoria de Loid. Oh, vamos, no era nada del otro mundo.

—¿En serio? —murmuré, aclarando mi garganta en un intento de detener la risa. No estaba siendo muy amable, pero, en mi defensa, Aron siempre se burlaba de mí cuando algo no me salía bien en algún video juego, lo hacía hasta el punto de volverse insoportable, así que ahora tenía todo el derecho a fastidiarlo si se me antojaba.

—No importa, no todos saben andar, está bien —me espetó el rubio, dándole una mirada amable y dulce a castaño mientras me da un codazo para que borrara ya de mi rostro la sonrisa reprimida. Gemí de dolor.

—Sí —dije—. ¡Por eso te enseñaremos!

—¿Qué?

—¿En serio?

—No, no es necesario. —Aron me miró casi con miedo. ¿Por qué era así? ¡Si yo era un amor!

—¡Cállate, haré la buena obra del día y así no me iré al infierno! —chillé mientras le lanzaba a Loid mi bicicleta y él tambaleó.

Media hora después, como el abrasador sol caía en el gigantesco cielo, ahora era capaz de ver los pequeños racimos de estrellas que apenas se esforzaban por mostrarse. Tenía un pantalón negro holgado y mis viejas —muy viejas, en serio— botas converse negras, de las cuales papá había intentado deshacerse más de una vez. Arriba me había puesto un suéter gris que se me escurría por las manos, y miré con ánimo a Loid.

—Esto no me parece una buena idea —bramó, provocando que volcara los ojos. Él estaba sosteniendo mi bicicleta roja, mientras que yo siempre utilizaba la de Christopher, que era negra y mucho más rápida y ligera que la vieja mía. El cabello de Loid, de un rubio casi cenizo, estaba desparramado en todas direcciones y lo ocultaba con una gorra negra de lana, mientras que la hilera de perforaciones y pendientes en sus orejas era capaz de verse.

—No quiero aprender a montar bicicleta —lloriqueó Aron al frente. Estaba sobre la de Ian

con un pie apoyado en el piso, temblando.

—Todos saben andar en bicicleta, ¿eres una vergüenza para la humanidad! —Yo era, de seguro, la persona más amable de la existencia.

—¡No quiero, y menos en esta montaña! —Rodé los ojos.

—Es una colina, por última vez. —Estábamos a unas cuantas calles de mi casa, en la *Rompe Cráneos*. Ese era el nombre de aquella gran colina, bastante empinada, de hecho. Tenía un gran prontuario en niños con huesos rotos y choques automovilísticos, por lo que la gente del barrio le había puesto aquel nombre. Sobre ella, es decir, detrás de nosotros en este momento, había un sinfín de chatarra oxidada de un color marrón rojizo que la gente dejaba aquí para que se pudra, entre ellos, puertas de auto viejas, neumáticos, piezas de refrigerador, motonetas, etcétera. La brisa refrescante revolvía mi cabello hacía atrás y la vista de la ciudad era hermosa. Dividiendo la gran colina en dos, se hallaba un camino de asfalto mezclado con grava.

—¿No podríamos comenzar en un lugar más... tranquilo? —Loid se acercó a mí y apoyó su codo en mi hombro, cruzando los talones y dejando caer el peso de su cuerpo en el mío. Yo hice una mueca pensante.

—¡Eso! —chilló con el pánico en la garganta Aron.

—No. —Hice un ademán con la mano, escondiendo mis manos en el suéter gris y mirando con un orgullo maternal a Aron—. Ya sabes, por temor a morir, aprenderá en un abrir y cerrar de ojos. Instinto de supervivencia —espeté, hincando mis hombros—. Ya saben, lo que te mata te hace más fuerte. —El rubio frunció el ceño.

—Creo que es “lo que *no* te mata, te hace más fuerte”.

—Dios mío, me voy a morir. —Rodé los ojos nuevamente. Solo estaban exagerando, la colina no era tan empinada, como mucho se rompería una pierna o una muñeca, no es para dramatizar de esa forma.

—Solo es para darte confianza —comenté mientras me acercaba a él.

—Está bien, pero si muero, prométanme que... —No tuvo tiempo de terminar su argumento nervioso, ya que le empujé suavemente con mi mano la espalda, pero lo único que conseguí fue que acercarse a la punta del peñasco y caer de una forma bastante patética.

—¡Me cago en la gravedad! —chilló, haciéndonos sonreír—. ¡Ah, mi codo, me lastimé, llamen a primeros auxilios, me muero! —Aron intentó ponerse de pie mientras sujetaba su pie, pero este mismo resbaló haciendo que se diera de bruces en el piso y cayera por la colina. Me paré en seco e intercambié miradas con el rubio.

—Dios mío, eres una asesina.

—Cierra la boca. —Cuando corrimos hasta el peñasco, Aron ya había rodado por toda la montaña. Bueno, quizá sí lo era. Esto pasaba cuando yo intentaba hacer algo bueno, demonios. Llegamos corriendo, la anatomía completa del castaño estaba echa bolita junto a una gran roca que no dejaba ver por completo su cabeza.

—¿Aron? —Loid lo tocó sutilmente con la punta de su pie. Yo, luego de un momento, al ver que el castaño no reaccionaba, puse mi mano en su hombro y lo apreté, cerré los ojos con fuerza.

—Loid, *trae una pala* —sentenció.

—¿Qué?

—¿¡Qué!? ¡No estoy muerto!

—Oh —comencé a decir, mientras veía al cielo y sonreía—. Aún la voz de Aron parece oírse en la lejanía. Espero y esté bien ahora.

—¡Que no estoy muerto, maldita loca! —Loid pareció murmurarme algo e intercambié miradas entre el chico del piso y yo, viéndome como si tuviera una especie de problema mental.

—Nadie debe saber esto, trae una pala. —El rubio me sonrió con el rostro ceñudo, al parecer le parecía divertido. En ese instante, percibí cómo unos dedos abrazaban mi tobillo. Me sobresalté al instante, provocando que le dé una patada en la cabeza a Aron.

—¡Joder! ¿¡QUÉ DEMONIOS HACES!?! —chilló, frotando y fregando una de sus manos en la frente, intentando apaciguar el dolor en la parte afectada de esta.

—Ah, ¿Aron? Creí que eras un zombie. —El castaño me hace cara de circunstancias mientras se oye una carcajada por parte de Loid—. ¡Estás vivo!

—¡Solo ayúdenme y vayámonos!

...

—¿En serio vamos a ir en eso? —El profesor se ajustó nuevamente los lentes e ignoró de una forma casi olímpica el comentario de la chica Ju-On. Aún no sabía su nombre, tampoco era como si me importara demasiado.

Sostuve la mochila en mis hombros y me quedé tendida viendo el pequeño autobús oxidado frente a mí. Era de un color blanco que los años encima habían hecho que se volviera de una grisáceo opaco terriblemente espantoso, y la pintura estaba moteada cerca de las ruedas. Era, probablemente, la primera vez en la que coincidía con la chica Ju-On. ¡Teníamos que estar cinco horas de viaje en ese cacharro! Respiré hondo. Bueno, aún sí, aquello no iba a impedir que la pasara bien en el templo.

—Entren de una vez. —Todos comenzaron a entrar entre bufidos y quejas. Estaba a punto de caminar hacia allí antes de que comenzara a sonar en mi celular.

—*Cariño, ten cuidado. ¡Te quiero! Si algo sucede, pídele ayuda a tu hermano. Le dije a él y a Christopher que te cuidaran.*

Yo quise reírme, ¿el hijo del sargento tomando cartas en el asunto? No quería imaginarlo.

—¡Elizabeth, ya sube! —Alcé mi rostro, sobresaltada, y me sorprendí cuando todo mundo se hallaba adentro del miniautobús o lo que sea que fuera. Guardé el móvil rápidamente en el bolsillo de mis vaqueros y, cuando mi cabeza se asomó por la puerta corrediza, palidecí.

—Profesor... —murmuré, él giró su cabeza desde el asiento de conductor con un gesto avergonzado y apenado. Luego evitó mi mirada.

—Lo siento, olvidé mencionar eso, pídele a alguno de tus amigos si puedes sentarte en su falda. Vienes con tu hermano, ¿no es así? —Mi rostro se deformó. Sí, claro, como si el flacucho de Ian pudiera tenerme en su falda por casi tres horas, probablemente haría que yo lo pusiera en mi falda como un niño pequeño y cansado.

Por un momento recé para que hubiera algún lugar sobrante. No lo había. Sentí que mi cara ardía. Busqué a mi hermano con la mirada, estaba completamente dormido con su cabeza apoyada en el hombro de Aron. Mierda. Vi directamente a Loid, el rubio estaba entre los últimos asientos junto a un chico que ni siquiera reconocí y le hice una seña.

Él se quejó, pero de todas formas desenredó sus auriculares blancos mientras descruzaba sus piernas, mirándome con fastidio. No entendí por qué se molestaba tanto. Él era casi de mi tamaño y probablemente nos turnaríamos. Pero, al menos, no era tan incómodo con él, ya que era como una versión masculina y más idiota de mí misma.

Dejando mi mochila en el lado de arriba y preguntándome honestamente si el autobús soportaría todo el peso del equipaje, me enrollé el suéter rojo en la cintura, dejando a la vista mi camiseta blanca de algodón con el logo de *Deadpool*, y caminé entre el estrecho —muy estrecho — pasillo que separaba los asientos. Caminé cuidadosamente de costado, intentando no encajarme o rasparme con los posabrazos de hierro probablemente oxidado. En serio me preocupé, porque si llegaba a cortarme con eso, probablemente moriría aquí mismo. Le hice cara de exasperación a

Loid cuando me apresuraba con sus manos. Sin embargo, antes de poder moverme más rápido, de improvisto y sin ser capaz de preverlo al menos, un largo brazo se estiró desde el lado de la ventana a mi estómago de una forma firme que me hizo perder el equilibrio, y lo siguiente que sentí fueron unos fuertes y muy cómodos muslos debajo de los míos.

—¿Qué de...? —Volqué mi rostro carente de movilidad por el escaso espacio y mi pecho tuvo horribles retorcionones cuando me vi inmersa por Christopher en su totalidad. Sobre su regazo, mis piernas estaban del lado a la ventana, entre el asiento y esta, un poco de costado. Me erguí inmediatamente, sintiendo casi cómo quemaba su brazo alrededor de mi cintura y el otro lo apoyó sobre mis rodillas.

—Quédate quieta. —Yo lo miré, consternada. Me afirmé fuertemente en el piso del autobús, intentando gentilmente no pisar los suyos y, cuando intenté ponerme de pie, su otro brazo se enrolló como una estranguladora víbora en mi abdomen con más fuerza. Mi cuerpo se tensó de pies a cabeza, sentí cómo mi estómago se revolvía nuevamente y no supe descifrar si era una sensación agradable o molesta.

Estaban pasando cosas realmente extrañas en mí últimamente.

—No seas idiota. —Lo miré a los ojos, bajando un poco la mirada, eran aproximadamente las tres de la mañana, por lo que su mirada oscura se las arregló para absorber toda la luz blanca de las pálidas y casi muertas luces del cacharro en el que estábamos. Había visto muchas sonrisas bonitas a lo largo de mi vida, pero últimamente algo estaba realmente jodido en mí al pensar que la suya lo era. Había admitido que él era precioso, pero no iba a sufrir por su belleza como toda imbécil.

Suponiendo que no lo hiciera.

Aunque sus gruesos y firmes muslos eran la cosa más terriblemente cálida y agradable en lo que me había sentado alguna vez en mi vida, no debería dejarme sentirme de esa forma, ¡estaba sobre su maldito regazo! La incomodidad me golpeaba de lleno, haciéndome querer salir corriendo lo más rápido posible de allí y provocando que mi corazón se agite de una forma que consideraba inhumana. Nunca fuimos cercanos, ni siquiera amigables y, además, sus últimos acercamientos no me llenaban precisamente de seguridad. Mis fosas nasales se abrieron más y lo miré con ira y recelo, pero de una forma inteligentemente alejada de su rostro.

—¿Qué se supone que haces?

—Te cuido las espaldas. —Yo agité mis pestañas, viéndolo como si tuviera realmente algún maldito problema.

—¿En qué momento, exactamente, te golpeaste tan duro en la cabeza? —Su áspera y ronca risa me crispó aún más los nervios e intenté apartarme un poco más. Solté una maldición cuando me di la cabeza contra el asiento delantero, el cual estaba apenas inclinado atrás.

Él se acomodó sobre el lugar, un poco más lejos de la ventana, y yo no pude dejar de ser tan consciente de todo su cuerpo, en la manera en la que me aferró con más fuerza para no golpearme con nada y en que, claramente, se había alejado un poco para que mis piernas no quedaran tan apretadas. Su mano era muy grande, sus dedos pálidos y largos. La tenía apoyada en mi cintura y fue como si la piel de ese lugar me quemara.

—Tu padre me dijo que te cuidara. —Él apoyó el codo en el viejo marco de la ventana y me miró de una forma casi sardónica.

—Ah, claro. Y tú eres tan fanático de seguir las reglas, ¿no?

—No, pero recuerdo lo que sucedió la última vez que fuimos de viaje y te saqué el ojo de encima. —Yo dejé de removerme torpemente y clavé mi vista en él. Un agónico silencio se hizo presente y metí los labios nerviosamente.

—No fue para tanto. —Me enarcó una ceja.

—Todavía tienes las cicatrices.

—Sigo vivía, ¿no?

—Por supuesto. Luego de estar tres meses internada y en cuidados intensivos. —Iba a seguir recriminándole su tiranía, sin embargo, solo abrí la boca, la cerré y me quedé viendo su estúpida sonrisa—. Ya deja de protestar y quédate aquí, ¿o prefieres llevar sobre ti a tu amigo o a Ian?

Lo miré.

—Por supuesto.

—Oh —fingió sorpresa—, es muy adorable que pienses que los golpes en tus rodillas resistirán su peso.

—Esto no es justo. —Él volvió a reírse, deslizando la pequeña palanca entre los asientos y tirando de ella hasta que el respaldo estuvo a una altura baja que le fue lo suficientemente cómodo. Él tenía, a mi maldito pesar, toda la razón. Aún tenía la piel moteada y llena de moretones por el último golpazo, y cuando caí sobre mis rodillas el otro día solo hice que la herida se abriera nuevamente. Mis piernas son débiles, agregando un poco más de peso exterior sobre ellas sería un infierno. Giré a mis espaldas y observé a Vicente junto a nosotros del lado del pasillo, él era muy esbelto y alto, por lo que el lugar no fue un problema. Tenía los ojos cerrados, los brazos cruzados y unos auriculares rojos sobre sus orejas. Le piqué un par de veces el brazo, intentado pedir ayuda, sin embargo, él parecía ignorar al mundo exterior. Y aun así, podía ver una ligera sonrisa en sus labios. Maldito imbécil, estaba disfrutando de esto.

Cuando giré mi torso a la ventana nuevamente, Christopher tenía los ojos cerrados, con sus extremidades descansando en el posabrazos. Un rebelde mechón negro y brillante como el satén se le cruzaba desde la austera mejilla hasta descansar en su nariz. Me pregunté si no le picaría y me quise golpear por querer quitárselo del lugar. Luego, me pregunté si su pelo sería tan suave como se miraba, parecía fino como sedosos hilos negros, me pregunté cuál sería la sensación de sentir cómo se deslizarían en mis dedos.

Cuando fui consciente de lo cómoda que estaba y que no podía dejar de ver su suave cabello o su expresión estando medio dormido, me erguí inmediatamente y miré a la ventana. Tenía mucho sueño. Eran las tres y algo de la mañana y había permanecido toda la tarde curando las raspaduras de Aron y soportando los chillidos de asco de Loid. Resulta que el rubio era algo así como fóbico a la sangre. No sabía qué era peor, las heridas leves de Aron o los gritos de Loid.

Sentía cómo mi espalda quería ceder, pero me negaba categóricamente a apoyarme en el más grande. No sabía dónde apoyarme, el asiento del frente no estaba tan inclinado como para poder sostenerme ahí y la ventana estaba demasiado lejos, por lo que no me quedó más que cabecear cada tres segundos y sentir como el cuello comenzaba a dolerme.

En algún momento, Morfeo me envolvió casi sin poder evitarlo y sentí cómo todos mis músculos quedaban laxos y blandos a medida que pasaban los segundos, solo podía pensar en dormirme de una vez. Los párpados ya no me respondían, se cerraban como cortinas automáticas. Era vagamente consciente de mi alrededor.

Percibí un tacto extraño en mi hombro, como una cálida mano que me atrajo suavemente a una fuente de calor suave y peculiarmente firme a la vez. Bastante extraño. Cuando mi hombro se apoyó en esta, mi espalda se soltó y dejé de ejercer aquella fuerza para mantenerme sentada, acurrucándome casi de inmediato sobre aquella fuente indispensable de calor, juntando las manos en mi pecho. Aquel suave tacto rozó tranquilamente mi brazo y luego separé los labios y liberé un pequeño suspiro al percibir cómo unos dedos acariciaron y rozaron mi mandíbula hasta apartar los mechones castaños de mi rostro y dejarlos reposar detrás de mi oreja con serenidad.

Una brumosa y vaporosa paz me invadió de golpe y solo fui vagamente consciente de una respiración sobre mi cabeza y una mano acariciando mi brazo. Oí un murmullo, pero estaba demasiado dormida ya.



—¿Christopher es tu nuevo esclavo o qué? —investigó Loid mientras simulaba barrer el piso de madera en uno de los templos.

Habíamos llegado hoy por la mañana, el lugar era tal cual lo había imaginado. Espléndido. Los gigantescos templos que se yerguen en los altibajos de la naturaleza y la gran vegetación del lugar hacía que te distrajeras del sendero con facilidad. Justo en el medio del lugar había una especie de fuente circular en perfecto estado. El lugar era mágico y gigantesco.

Yo me quedé viendo al rubio confundida, sentada de piernas cruzadas en una esquina de la habitación.

—¿Qué?

—Como que no, ¿lo estás chantajeando? —dramatizó como tan habitualmente era natural en él. Me señaló con la cabeza de su escoba y me miró con el ceño fruncido. Me confundí aún más. El ambiente era algo caluroso, por lo cual traía puesto un pantalón de deporte de tela muy fina y fresca y una camiseta blanca por encima.

—Yo no lo estoy chantajeando.

—¡Claro que sí! Sabes, eres rara y todo, y me caes bien. Pero no te creía capaz de hacer un pacto con el diablo. —Antes de pedir explicaciones, simplemente lo miré.

—Loid. No es nada. —Él comenzó a barrer en el lugar donde yo me hallaba sentada a propósito y me dio una patada para que lo dejase hacer su trabajo—. ¡Te digo que no es nada!

—¿Y cómo demonios hiciste para que llevara tu mochila y sea tan bueno contigo? —suspiré, ¿por qué diablos me seguía juntando con Loid? ¡Él hallaba mil formas de irritarme! Pero lo entendía, en parte su argumento era válido, porque Christopher no era amable o dulce con casi nadie. Con suerte hablaba. Y ahora, de la nada, me había traído en su regazo todo el camino —el cual acabé durmiéndolo como un bebé— y parecía estar pegado a mis espaldas a propósito. No hablaba, pero era consciente de su cuerpo muy cerca de mí.

O se tomó muy en serio las palabras de papá o le encantaba fastidiarme la vida.

Apostaba fielmente a la segunda opción.

—Yo le pedí que me ayudara a levantar una mesa rota y solo bastó con que me mirara feo para que me lo hiciera encima —espetó, agitando la escoba, quejumbroso.

—¿Te lo hiciste encima? —pregunté, soltando una carcajada y me volvió a patear. Esta vez gruñí.

—Es una forma de decir. —Hincó los hombros, restándole importancia, y continuó con sus tareas.

Aunque de alguna u otra forma, yo no hallaba realmente extraño el hecho de que Christopher me ayudara, ya que constantemente, cuando estamos juntos y lejos de casa, suele preocuparse bastante por nuestro bienestar, y es alguna de las pocas cosas, creo que la única, que le agradezco. Pero él me había dejado en claro que lo hacía por simple obligación, así que tampoco me tomaba mucho tiempo en pensarlo. Además, no todo era color de rosas. Cuando llegábamos de los viajes escolares, papá siempre lo ponía en un pedestal y hasta le hacía sus comidas favoritas en nuestra casa y le daba todos los gustos. ¡Como si Ian y yo fuéramos uno niñitos! Está bien, admitía que yo era un maldito desastre, un gran, gran desastre. Parecía tener un imán a los muebles a mi alrededor

y no era exactamente coordinada, algo que Christopher, con su extraña educación, amaba remarcar.

—Te trata mejor que cuando me dio gripa y tú me cuidaste.

Puse los ojos en blanco.

—Que no fue gripa, solo te resfriaste y yo te hice sopita en la tarde.

—No toques ese tema. —Noté su voz tensa, que sonó recelosa y molesta. Yo solté un largo suspiro. Si Loid era desesperante estable, yo no sabía a lo que me enfrentaba con él resfriado—.

*Tú no me quieres* —bramó en voz baja.

—Loid, santo cielo, no empieces.

—Podría haber muerto.

—Solo fue un resfriado.

—¡Te pedí que me hicieras sopa de letras y me hiciste sopa de fideos! ¡Solo me querías matar, admítelo de una vez! —Esta vez, la que propinó una patada en su pierna fui yo. Ese día había sido un caos, recuerdo que me pidió que le pasara unguento en el pecho, y cuando me negué dijo: “claro, pero para insultarme estás, ¡tú no me quieres!” y se había molestado conmigo todo el día, incluso no me habló en el siguiente ¡solo por la maldita sopa de fideos! Ese día fue uno de los más estresantes de mi existencia.

—¡Elizabeth! —La rasposa y a la vez suave voz de Christopher resonó en los pasillos de las abandonadas habitaciones. Me estremecí.

—Escóndeme —supliqué al rubio, demonios. No tenía ganas de soportar las quejas del más grande nuevamente. “Cuida de esto”, “fíjate en eso”, “mira a tu alrededor”, “no corras por el sendero de piedras con el cuchillo en la mano”. ¡Era insoportable!

—Claro, claro, para pedirme ayuda estás, pero para hacerme una simple sopita de letras, no —comenzó a murmurar, molesto y hablando solo mientras seguía sus labores de barrer la habitación. Me estaba ignorando.

—Loid, escóndeme —farfullé, jalando su pantalón.

—¡Sopa de letras! —gritó con histeria y yo fruncí el ceño, viéndolo desde abajo.

—¡Supéralo!

—¡Nunca! —Probablemente no era una buena idea gritar si quería esconderme del más grande. Una de las puertas de papel de abrió, deslizándose rápidamente, dejando ver el rostro ceñudo de Christopher.

—Elizabeth.

—Christopher.

—Loid —espetó el mismo Loid, viéndonos confundido.

—¿Por qué te alejaste? —indagó el recién llegado mientras caminaba hacia mí pisoteando la basura que el rubio acababa de barrer. Loid se abrazó a sí mismo y puso cara de indignación—. Hay que juntarnos todos, vamos.

—Pero no termin... —El más grande le dio una mirada a mi amigo y solo bastó eso para que cerrara la boca asustado. Me reí. Una vez que el pelinegro desapareció por la puerta en la que llegó, caminé a un lado de Loid, aún riéndome.

—¿Te lo hiciste encima? —le murmuré mientras caminábamos detrás de Christopher por un pasillo y recibiendo un tirón de cabello como respuesta.

Al salir, una gran oleada de brisa caliente azotó mi rostro. Eran las dos de la tarde, de seguro, y no es como que aquí haya aire acondicionado. Es un lugar tradicional chino, todo es de época, todo estaba perfectamente cuidado.

Yo ladeé un poco la cabeza, divisando confundida una cabellera rubia completamente

desconocida entre nosotros, y no es como si fuéramos una multitud. La chica se giró a nosotros con una mueca de pesadez extrema, lucía unas botas negras que me hicieron hacer una mueca, y cuando sus ojos conectaron con los del más grande, la mueca de sorpresa llamó la atención de todos.

—¿Christopher? —El nombrado y yo fruncimos el ceño a la misma vez al percibir el alarido de una especie de esperanza en su voz. Yo lo miré, confundida, y él se me encogió de hombros.

—Elizabeth, ayúdame con esto. —Salió mi hermano detrás de una piedra mientras se ataba las agujetas. Oh, sí, Ian no sabe atárselas. Yo lo hago en su lugar.

Pero luego yo era cruel por burlarme de él, claro.

—¿Elizabeth? —Los labios gruesos y esmaltados con algo que los hacía brillar terriblemente de ella se apretaron y sus ojos me escanearon de una forma casi perturbadora. Estuve a punto de ponerme de pie detrás de Christopher—. ¿Tú de nuevo? —Hice una mueca.

—¿Te conozco? —Ella soltó una risa que más bien me pareció un chillido, me miró de una forma casi amenazante.

—Por supuesto que sí... —Yo puse las manos en jarra y la miré confundida. Solo Dios sabía lo mala que era para recordar rostros ajenos—. Pequeña perra...—Eché la cabeza atrás.

—¿Disculpa?

—Claudia —me sonrió—. ¿Me recuerdan? —Vio de reojo al más grande, con una estúpida sonrisa—. Claudia Deleon.

Ah, sí, Claudia.

—¿Quién? —pregunté. No tenía idea de quién era. La chica pareció furiosa y esta vez sí me pegué un poco en el hombro de Christopher, como me hallaba un paso atrás de él se me hizo fácil esconderme en su musculatura. Él era realmente grande y alto.

—¿Tercer grado? —Me miró sobre su hombro y yo me confundí incluso más. Él puso los ojos en blanco—. ¿La niña de la competencia de vóley?

—Oh, diablos.

...

—¿Christopher será mi pareja! —La pequeña rubia vio con recelo a los demás, tomando fuertemente del brazo del niño y pegándose a su cuerpo. Él se molestó y refunfuñó, odiaba a las niñas que gritaban tanto. Odiaba a las niñas que se le pegaban. Odiaba a las niñas en sí. ¿Por qué no podían ser como Elizabeth? Ella era tan callada y tranquila. Normalmente, solo era capaz de notar su presencia si ella hablaba.

Elizabeth hizo una mueca, pero no le importó. Eso era normal. Frecuentemente a todos les gustaba hacer pareja con su vecino, porque era fuerte e inteligente. Ella, probablemente ninguna de las dos. Buscó a su hermano con la mirada, pero, sin embargo, se encontró con el rostro redondeado de John.

—¡Claro! —respondió el niño de grandes mejillas, sonriéndole de una forma amable. Christopher lo miró, era un poco gordito y muy lento. Si hacía pareja con Elizabeth, solo iba a provocar que se atrase, y como era tan lento, probablemente, cuando jugaran al manchado, muchos iban a poder golpear con facilidad a Elizabeth. La miró. Tenía una trenza dorada que le colgaba hasta la cintura y sus pequeñas manos pálidas atrás de la espalda. Ella era una princesa. ¡No podían lastimar a la princesa! Él tenía que cuidarla.

—No. —Todos giraron sus miradas al pelinegro, quién apartó costosamente a la rubia chillona de su brazo y le dedicó una mirada a John—. Yo seré la pareja de Elizabeth. Tú eres lento —espetó simplemente.

John hundió los hombros. La pequeña alzó sus cejas para luego encoger el cuello. Ese día

había sido uno de fuertes lloviznas y, como no habían asistido muchos niños, decidieron juntar a todas las clases. Elizabeth no conocía a nadie que no fueran los de siempre, estaba con niños más grandes que ella y le atemorizaba bastante, casi todos habían faltado y no sabía con quién jugar, además del obvio hecho de que no tenía amigos.

—¡No! —Claudia se colocó de pie frente a la castaña y la vio molesta, no le gustaba esa niña. ¡Christopher siempre trabajaba con ella! Y, como una niña criada para tener lo que quiere, se enfureció—. ¡Tú no harás pareja con Christopher! —chilló gritándole en su pequeño rostro y sus ojitos se cristalizaron. Luego del accidente de su madre, Elizabeth se había vuelto una niña terriblemente vulnerable y sensible.

A Christopher no le gustó la forma en la que le habló a la princesa, ¡ella era una princesa y le debía respeto! Se interpuso de una zancada entre las dos niñas, dejando su rostro enojado peligrosamente cerca del de Claudia y pegando casi literalmente su espalda al rostro de la castaña. Odiaba que le gritaran a aquella niña.

Su padre tenía razón. Las personas siempre iban al más débil y pequeño. Justo como los animales. Y lo había comprobado con la princesa de al lado de su casa. Ella lloraba muy fácilmente, y cuando lo hacía, los niños la molestaban aún más.

—Yo no quiero hacer contigo, no te quiero —dijo tranquilamente en el rostro de la rubia. Era increíble lo directo que podía llegar a ser con tan solo aquella pequeña edad. Pero su padre le había enseñado a punta de azotainas que debía serlo, sino las personas lo pasarían por encima. Y él era hijo del Comandante. Jamás podía dejar que aquello pasara.

Se dio media vuelta en dirección a la más pequeña de los tres y, mientras le dedicaba una mirada tranquilizadora, sujetó su diminuta manito y la apretujó en la suya, dándole algo de confianza. La jaló para así poder caminar mientras se inclinaba a ella, intentando ver si no había rastros de lágrimas en sus ojos. Era extraño verlos allí, él nunca dejaba que se vean, de hecho, cada vez que quería llorar, hacía fuerza para no demostrarlo. Le impresionaba todo lo que ella era capaz de demostrar sin miedo. Antes de seguir, giró su rostro quedando de perfil a la pequeña rubia.

—Y no vuelvas a gritarle.

*A las princesas no se les grita, se les cuida, pensó.*

—¡Te odio! —gritó a los lejos Claudia, presa de una rabieta—. ¡Te odio mucho!

...

Oh, vaya. Recordaba más o menos ese día. Las imágenes de esa chica gritándome en la cara naufragaron en mi mente y, por inercia, casi me pegué al brazo de Christopher. Él se me quedó viendo y luego me alejé de un salto, ¿qué demonios hacía? ¡Ya no era una niña!

—Bien, chicos. —De pronto, el profesor habló—. Ella es Claudia, será la encargada de darles las tareas, les dirá que hacer, le harán caso y serán respetuosos, ¿bien? —Fue como si alguien me golpeará justo en la cabeza. La más alta se giró a nosotros tres, y sus brillosos y gruesos labios se estiraron.

Bueno, genial, ¿algo más?

Vamos, Lisa. —Le lancé un tenedor a la cara a Loid por el apodo. Lo odiaba—. Piénsalo, solo es una broma. —Clavé mi vista nerviosamente en el rostro de Aron, las luces solo iluminaban la parte izquierda de su rostro, dándole un aspecto siniestro. Y su rostro duro y serio no contribuía en nada a hacerlo más amigable.

Eran las once y media de la noche, y nos hallábamos en algún lugar de aquél viejo templo. Estábamos en una habitación completamente abandonada sobre un *futon* azul gigantesco, Loid, Aron y yo. ¿Por qué? Bueno, la respuesta es sencilla: la rubia teñida resultó ser una jodida perra.

Las labores que me había asignado hacer eran, a comparación con los demás, una notable exageración. Mientras que a los demás les ordenaba simplemente barrer los pisos, a mí me mandaba a mover muebles más grades que yo de lugar, ordenar habitaciones por completo, hacer la comida y, en una ocasión, me hizo darle de comer a los pescados de la fuente.

Sin decirme que había pirañas.

¡Si no fuera por Vicente, una de esas cosas se traga mi dedo! Tuve una maldita suerte de que el más alto estuviera por allí y me salvara, sino, otra sería la historia.

Y toda esta cosa ocurrió solo en un día. Ni siquiera quiero que sea mañana, de seguro será igual de horrible. Además, no contenta con mi casi-dedo-comido, tomó cuentas con Aron y Loid, ya que al ver que eran más cercanos a mí que todos, les hizo la vida imposible también. Y, bueno, todos los chicos intentaban ayudarme, porque era claro el abuso de la rubia hacia mí, pero Aron y Loid fueron lo suficientemente descuidados como para que Claudia lo notara y, bueno, aquí estamos. Christopher, como uno de los más fuertes, había sido enviado a buscar leña, por lo que no había estado en casi todo el día con nosotros.

Claudia era la encargada de asignar las habitaciones, y acabó enviándonos a otro templo — literalmente— a dos calles de donde están los demás. El lugar es escalofriante por la noche, abandonado, lleno de telarañas y viejo. Además, saber que estábamos lejos de todos era aún peor.

—Pero... —solté un suspiro, deslizando la puerta de papel y dejando que entre luz de la luna—. ¿Están locos? Si ella llega a saber que fuimos nosotros, estamos fritos. —Me acerqué gateando hasta donde estaban mis dos amigos y me senté en el *futon*, teniendo a Aron frente a mí y a Loid a mi derecha. Habíamos colgado precariamente —muy, precariamente— una linterna arriba de nosotros.

—¿Eres una cobarde? —Loid alzó su voz. Al parecer, la idea de hacerle una broma a Claudia le había agradado bastante—. ¡Esa chica necesita saber quién manda! —Fruñí el ceño e incliné la cabeza hacia atrás, asustándome dado al estado eufórico en el que se hallaba.

—No mataremos a nadie, Elizabeth. —Mi dedo-casi-devorado no estaba tan seguro de aquello.

—¡Venganza! —chilló el rubio y le di un zape en la nuca para que se tranquilizara un poco. Solté un suspiro, ¿esto estaba bien? Digo, es obvio que la rubia necesitaba urgente que le hagan alguna maldad, después de todo no iba a salir herida, y si llega a lastimarse, bueno, yerba mala nunca muere.

Solté un suspiro, rindiéndome al diablillo rojo y pequeño que hablaba una y otra vez en mi oreja.

—¿Qué tienen en mente? —pregunté, quitándole a Loid la oreo que estaba a punto de comer y lanzándola a mi boca.

—No lo sé... yo...

—¡Le metemos un sapo a la habitación! —El rubio nuevamente gritó y lo observé fastidiada y confusa. ¿Por qué estaba tan alterado? Parecía un niño.

—¿Y para qué?

—Que le mee en la cara —gritó nuevamente. Aron y yo arrugamos el frente y clavamos nuestra vista en él. El ambiente era arrebatadoramente húmedo y caluroso, pero la brisa refrescante que llegaba desde la puerta abierta relajaba un poco los músculos. Estábamos con nuestros pijamas. Yo tenía una playera negra larga que me llegaba hasta la mitad de los muslos y un short azul lleno de huevos fritos. Aron estaba con un conjunto gris deportivo.

Y Loid, bueno, él tenía un suéter amarillo con la cara de un sapito gigante en el pecho y un pantalón color verde chillón.

—¿No era que te deja problemas en la vista? —indagué, ladeando la cabeza y preguntándome donde rayos conseguiríamos un sapo.

—¡Pues que la deje ciega! —Esta vez, Aron le dio un zape en la nuca, ¿era yo o le había tomado un poco de odio a la rubia?

—No seas idiota, es una perra, pero no queremos joderla tanto —soltó el del mechón azul, cruzándose de piernas y poniendo cara pensante. Aunque yo dudaba realmente que él pensara—. Podríamos disfrazarnos de vampiros y asustarle —contestó el castaño. Ya, sí, definitivamente no piensa.

—Yo voy de *Chewbacca*. —Vi con el rostro ceñudo a Loid. Quizá en la noche su grado de estupidez aumentaba.

—¿Y dónde sacamos los disfraces, genio? —Le robé otra oreo al rubio—. Necesitamos hacer la broma y salir de allí, sin rastros, algo que nos deje invisibles.

—¡Le pedimos la capa invisible a Harry Po...!

—Loid, cierra la boca de una vez. —Él se cruza de piernas mientras refunfuña cosas, comiéndose las oreos y viendo el piso.

Luego de unas horas, largas intromisiones del rubio haciendo que lo golpeemos por sus estupideces y de comerme todas sus oreos, llegamos a una conclusión: llenarle de pasta dental su mochila. Sí, no era la gran cosa, pero, junto al plan de Aron de meterle un tigre en su cuarto y el sapo de Loid, era lo más o menos conveniente que teníamos.

—Bien —susurró Aron mientras caminábamos en cuclillas por los arbustos, Loid traía la pasta dental en su mano, aunque por algún motivo intentaba esconderla. El nerviosismo era casi palpable a nuestro alrededor, sentía molesta la boca del estómago y apretaba los dedos de los pies —. Loid, solo entras, la llenas y ya.

—¿Por qué diablos tengo que hacerlo yo solo? —Pongo los ojos en blanco mientras me adelanto y pego mi espalda a un árbol, observando con cautela la habitación de Claudia. Todo está apagado, y el cantar de los grillos a nuestro alrededor me crispa los nervios.

—Yo lo haré —digo, mientras le quito la pasta dental de las manos al rubio, esperando inútilmente que alguno de los dos sea lo suficientemente valiente y me detenga. No me detienen. Demonios. No quería hacerlo—. *Yo lo haré* —reitero, las palabras más fuertes y a fondo. Hago el amague de ir hacia la habitación.

Los dos chicos asienten y suelto un bufido. Malditos miedosos.

Me siento descubierta cuando me alejo del árbol y la luz de la luna cae en mí, como si ella supiera lo que voy a hacer y me estuviera reprendiendo. Me siento muy expuesta de golpe, como si alguien saldría detrás de cualquier esquina y me señalaría con un dedo. Suelto un suspiro y pienso en las palabras de venganza de Loid. Bueno, no sirvieron demasiado, ya que él básicamente solo

ayudó en tener mi estómago lleno con sus oreos. Respiré hondo, todo va a estar bien. Si me descubre, no es como si fuera a matarme o algo. Bueno, espero. Mi corazón salta cuando piso la madera, estoy a punto de abrir la puerta, pero algo me detiene.

Son gemidos.

¿Qué?

Frunzo el ceño completamente aturdida porque ya había deslizado la puerta de papel y no estoy preparada para la imagen que tiñe mi campo de visión.

John estaba con la espalda tumbada en un *futon* celeste. Y, bueno, Vicente está sobre él. Él más alto sostiene con fuerza las muñecas de John en el piso, dejándolo inmóvil mientras lo besa.

*What*

*the*

*fuck.*

Ahora Vicente le besa con fuerza el cuello y veo claramente cómo su lengua se desliza con fervor por este hasta llegar arriba y morderle el lóbulo de su oreja. John suelta un chillido, parece asustado. Entre la oscuridad, el brillo de la luna me permite verlo.

Ahora sabía por qué la luna me reprendía con su luz.

Mis mejillas se tornan rojas, mi corazón está en mi garganta y, dado a la conmoción, la pasta dental se desliza por mi mano, cayendo de golpe al piso de madera y dejando un eco.

Los dos chicos giran la cabeza en mi dirección rápidamente y me tapo la boca con mis dos manos, ahogando un grito.

Creo que nos equivocamos de habitación...

—¿Ena... na? —Soy capaz de ver, en mi fuerte parálisis, cómo los ojos de Vicente se abren desmesuradamente entre la oscuridad. Mi respiración agitada se une a la de ambos y es la única sinfonía que se escucha en la habitación—. Eliza... —No le dejé tiempo de terminar; antes de poder pensar, mis piernas comienzan a moverse solas y camino rápidamente de regreso.

Pude divisar las vistas confusas de Aron y Loid, quienes me seguían con la mirada, mientras caminaba velozmente, cubriéndome la boca, hacia ningún lugar.

Vicente y John, *waoh*.

La impresión estaba tendida en todas mis emociones y me di cuenta de que necesitaba descansar. ¿Cómo es que nunca había notado nada? Llegué sin darme cuenta al pequeño lago zen del templo y me senté en este, dejando mis piernas colgadas y apoyando mis antebrazos en los bajos barandales. El puente era de madera y en forma de cilindro. Intenté tranquilizar mi respiración, pero fue inútil.

Digo... ellos eran... Y Vicente... y John que... ellos... luego de un momento donde me quedé mirando completamente confusa el lago, sin saber exactamente que pensar, solté una risotada. Parecía un chiste, ¡me había tomado completamente por sorpresa! Esto era increíble. ¡Los homosexuales iban a dominar el mundo!

Me di cuenta de que estaba emocionada por ellos dos. Espero y estén haciendo las cosas bien.

Dejé salir un suspiro, comenzado a mover mis piernas de arriba abajo y quedé parcialmente hipnotizada viendo cómo los peces se movían apenas, provocando que la luz de la luna pareciera danzar sobre el agua. La brisa golpeteaba en mi rostro, era suave, y el silencio me relajaba. El viento provocaba el leve movimiento de mis ondas, y algunas hebras doradas se habían balanceado hasta atrás de mis hombros. Di una fuerte bocanada de aire, llegando mis pulmones de aquel fresco ambiente y apoyé mi mejilla en el borde de madera de la baranda. Sabía que este lugar era mágico. La vista era mágica, terriblemente preciosa. La punta de mi pie tocó por accidente el agua, haciendo que me erizara y que la misma bailara y se agitara formando un círculo que se abría, emborronando el retrato de la luna en ella.

—¿Fresita? —Me dio un respingo y me giré de golpe. Sentí cómo se me secaba la garganta. Era Christopher con unos pantalones deportivos grises y, sobre su torso, una fina camisa blanca abierta, completamente abierta. Por los clavos de Cristo, ¿qué demonios se hacía para tener un cuerpo así? Ah, cierto. Ejercicio. Ew.

La luz de la luna parecía reflejarse de alguna manera en su piel y el viento provocaba que los lados de su camisa abierta se agitaran como dos alas blancas. Por un momento me lo quedé viendo, parecía un ser etéreo de algún cuento de hadas, como una criatura mítica y preciosa que solo encontrabas en un bosque encantado. El suelto y salvaje cabello negro satín se revolvía entre la brisa, el rostro austero y solemne estaba algo serio, como algún celestial arcángel destructor que había sido liberado de su descanso. La sombra de sus abdominales y pectorales resaltaba aún más entre las sombras de la luna y su camisa.

—¿Quieres una foto? —espetó, dándome una sonrisa. Ah, diablos, Elizabeth... ¡Vuelve en ti!

—¿Tienes idea de la palabra *pudor*? —digo, arrugando la nariz hacia él y haciendo que soltara una pequeña risa.



—Pues, la verdad, no. —Aquello me hizo sonreír un poco. Christopher caminó pausadamente y se sentó junto a mí, de piernas cruzadas como indio. No le era posible dejar caer sus piernas al lago como yo, él era mucho más grande, probablemente sus pies tocarían por completo el agua. Acomodó sus brazos abarrotados de músculos en la barandilla de madera color rojo. No puede evitar ver cómo los músculos de su hombro y brazo son apretados contra la tela fina, viendo cómo se contraen y se agrandan.

Miro al frente enseguida. Oh, definitivamente algo estaba pasando conmigo últimamente.

—Sí, aprendí a vivir con tus virtudes —murmuré, volviendo la vista al lago y eliminando de mi mente su rostro sonriente. Cuando lo ojeo nuevamente, noto cómo él se queda viendo el lugar, y el reflejo de la luna también lo ha hipnotizado, parece ido de alguna forma mientras mira las tranquilas aguas. Sin darme cuenta, me veo a mí misma contemplándolo nuevamente.

La lechosa piel y el sereno perfil son como un golpe en el estómago. Con el reflejo de la luna, su piel parecía un deslumbrante diamante blanquecino con innumerables destellos, como en la parte superior de su pómulo, la línea de su mandíbula y los bordes de la nariz. Sus pestañas eran de otra dimensión, nunca había visto unos ojos como aquellos. Las pestañas eran tan densamente abundantes que obscurecían los bordes de sus ojos, como si estuvieran delineados, pero solo era la maldita impresión que daban sus pestañas. Sus ojos en aquel momento parecían tener vida propia, tener una luz propia. Su perfil era hermoso, cincelado y pintado como un cuadro creado por los ángeles. Su recta y respingada nariz que, de alguna forma, le daba un toque varonil y, por último, sus rosados labios oscuros. Sus labios. Oh, sí. Mi interminable prontuario de charlas innecesarias con chicas del instituto dejaba muy en claro que, según la opinión popular, sus labios eran terriblemente besables. Gruesos, húmedos, y cálidos. Combinado con aquel seductor rostro y la melena negra, lo convertía en algo destructor.

Dios mío, es tan malditamente hermoso que me dan ganas de darle un puñetazo.

—Oye, simio. —Hice una pausa, percibiendo un sentimiento que me sobrecogía el pecho—. ¿Puedo preguntarte algo? —Él enarca una ceja y luego me sonrío.

—Dispara, Fresita. —Cuando sus dientes blancos salieron a luz gracias a su sonrisa creí que me quedaría ciega.

—¿Por qué no me delataste con...? Ya sabes, Leon. —Me dejé consumir por los pensamientos alborotados de mi cabeza y noto cómo sus hombros, de alguna forma, se tensan extrañamente—. Es decir, la fiesta, luego de lo grosera que fui... podrías haberle dicho. —El pelinegro traga saliva y de pronto mira hacia el frente. Pareció nervioso. Casi nunca está nervioso. Aquello me confunde—. Dime, ¿por qué no lo hiciste? —Él tarda en reaccionar, al parecer. Mira la luna, y luego su vista viaja hacia el lago. Sonríe, pero la sonrisa me parece demasiado amarga.

Él continúa viendo el lago por un momento y baja los hombros. Parece dudar, y luego toma una bocanada de aire. Es muy extraño.

—Porque quizá él sentiría algo por ti. —Su voz ronca es más bien como un siseo casi perceptible, como si tuviera miedo de decir aquello.

—¿Y eso en qué te afecta? Si solo querías fastidiarme, digo... —hago un ademán con la mano—, como en Halloween. —Él me clava los ojos de golpe y hace una mueca que me es algo difícil de interpretar. Luego sonrío, desviando la mirada hacia el lago nuevamente. Llego a replantearme si de verdad es un idiota, ya que no comprendo, pero, entonces, probablemente la idiota sea yo. Luego de unos segundos donde lo acosé con la mirada para que así continuara, su ronca voz se alza en el silencio de la noche.

—¿Cómo estás tan segura... de que mi único fin es molestarte? —Él respiró hondo, de una forma muy brusca. Yo no supe cómo interpretar aquello porque, vale, era muy extraño, pero era

Christopher, Christopher Cesare de Planchon, el mismo Christopher que me lanzaba rodajas de queso a la cara cuando estaba aburrido, el mismo Christopher que odiaba hablar con mucha gente y mayoritariamente se la pasaba gruñendo. ¿Por qué diablos salía con eso ahora? ¿Yo qué demonios podía adivinar sobre sus fines? Él me miró nuevamente, y pareció incluso frustrado—. Si él siente algo por ti, estoy fuera del juego. ¿Comprendes, maldita enana? —Me encorvo hacia él mientras mi ceño se arruga cada vez más. Oficialmente, no. ¿Qué significaba todo aquello? Sus expresiones, sus palabras. ¿Juego?, ¿fuera?, ¿qué? Él se ve molesto ahora. Su oscura mirada parece intensificarse cuando me ve desde arriba y su mandíbula parece tensarse. Luego de un momento donde temí por mi vida, suelta un bufido—. ¿En serio, Fresita?, ¿en serio? Yo creía que soy una mierda en esto de lo que sentimos, pero acabo de descubrir que tú eres endemoniadamente peor que yo. —Inclino mi torso hacia atrás de golpe.

—¿Qué bicho te picó, te juntaste mucho con Loid o qué? —suelto, alzando la voz, histérica, ya que su supuesta explicación no me dio más que confusión y ahora me estaba insultando. Él suelta otro bufido, pero esta vez parece más divertido.

—Como sea, ¿qué haces a esta hora afuera? —indaga, acomodando su codo en el barandal y dejando caer su mejilla en la palma de su mano.

La imagen de Vicente y John me llega de golpe y trago saliva, percibiendo cómo todo el íntegro calor de mi cuerpo comienza a acumularse progresivamente en mi rostro. No puedo decirle. No le diré a nadie. Eso es un secreto de ellos, y si no lo es, de todas formas no tengo por qué hablar de aquello. Aclaro mi garganta y me pongo de pie. Él gira su rostro hacia mí de golpe, como si supiera lo nerviosa que estoy.

—Bueno, bueno —murmura, enarcando una ceja de forma burlona—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Sucedió algo?

—Claro que no, ¿por qué debería? —ríe entre dientes—. No es como que haya visto algo que no debía y salí corriendo, solo salí a tomar... un poco de aire. —Él suelta una risotada.

—¿Tomar aire? —espeta con una gran sonrisa y frunciendo las cejas, divertido. Mierda.

Camino hacia abajo del puente.

—Sí —digo, apretando el dobladillo de mi pijama con nerviosismo—. Aire. —Lo que necesito en ese momento.

—Ven, siéntate. —Palmea el lugar donde estaba sentada junto a él. Con aquella sonrisa, parecía una invitación de un demonio al infierno—. Pareces alterada, pequeña mentirosa.

—¡No estoy mintiendo! —chillo mientras frunzo las cejas y él alza las suyas.

—¡Oh! —Lo miro a los ojos, y sonrío de golpe—. Definitivamente escondes algo, pequeño duende.

Debería dejar de decirme *pequeña esto o aquello* o en serio iba a golpearle la maldita cara. Me tranquilizo al ver que él solo quiere molestarme, y sigue en esa pose acomodada junto al puentecillo. Yo en serio era una mierda mintiendo u ocultando algo.

—Vamos, dime, dime, dime... —canturrea por lo bajo, y yo vuelvo a sentarme en donde estaba antes, junto a él.

—No seas vieja chismosa. —Hago una pausa—. Rata chismosa —digo, viendo el piso y riendo. Hace una mueca.

—Me lo debes. Te lo ordeno —dice en un tono serio y yo entrecierro los ojos. Me acomodo de costado, poniendo un pie debajo de una de mis rodillas y dejando que el otro caiga fuera del puente. Lo miro con gracia.

—¿"Me lo ordenas"? —Hago una pausa, poniendo una mueca de confusión—. ¿Por la noche te pones más imbécil de lo normal?

Me mira indignado.

—Se supone que eres mi esclava, ¿no? ¿Lo olvidaste, Fresita?

—Ah... esa mierda. —Me quedo viendo mis pies molesta, recordando cómo me había obligado a ponerme ese ridículo vestido y cómo acabó todo en su auto.

—Por favor —dice, cuando su mirada escanea mi expresión y parece molesto—. ¿De qué te quejas? Nunca fuiste mi esclava, te lo dije a modo de extorsión, pero solo accediste a ir a la fiesta de Halloween. Luego, nada. Así que no me vengas con que estás molesta. Más indignado debería estar yo —replicó como un niño.

Abro los labios, entre indignada y sorprendida.

—¡Pero cómo te atreves! —Se sobresalta ante mis gritos inesperados. Yo hago una pausa—. Meh, sí, tienes razón, soy una mala esclava. No serviría para nada en la Edad Media.

—No te preocupes, ya estarías muerta —dice, yo ladeo la cabeza como si algo me hubiera poseído y lo miro, a punto de matarlo por tenerme tan poca fe—. No me mires así. —Enseguida se excusa—. Eres una chica lista y, además, atea. Si no morías en la Inquisición, morías antes porque, al ser inteligente, te habrían considerado bruja. —Abro los labios para atacarlo, pero enseguida me lo pienso y acabo cerrándolos sin ningún argumento.

Diablos.

—Ojalá fuera bruja para matarlos a todos —digo en un tono de anhelo y bajando los hombros, viendo la luna. Él aguanta una risita y me ve sonriente, frunciendo las cejas—. Igual, no cambia el hecho de que eres castrado de toda materia gris conocida y empujaste al pobre de Loid.

Me ve, nuevamente, indignado.

—¡Eso ya está sanado! Uno lo lleva a la heladería y se disculpa y te siguen macha... ca... —Entonces lo miro, muy confundida. ¿Él había llevado al rubio a la heladería? ¿Qué demonios? Hace una pausa y se calla viendo el pequeño lago frente a nosotros, como si de inmediato supiera que dijo algo que, definitivamente, no debía.

—¿Llevaste a Loid a una heladería? —lo digo de una forma dura, pero Christopher me ignora y sigue mirando al frente, como si se estuviera maldiciendo mentalmente—. ¿Llevaste a Loid a una heladería? —reitero, esta vez me inclino deliberadamente hacia el frente, a él, por lo que ahora, en lugar de ver el lago, tiene todo mi rostro en su panorámica, sin dejarle otra alternativa que mirarme a los ojos. Parece incómodo.

—Sí. —Si no estuviera lo suficientemente cerca, no hubiera oído.

—¿Por qué?

—Mmh... —Encoje un hombro—. Lo empujé porque estaba enojado, enojado contigo por abandonarme en la fiesta. No tienes idea de cómo sufrí soportando a esas chicas. Estaba tan frustrado. Pero él no tenía nada que ver y acabó lastimado. Actué como un bruto. —Miró a un costado. Parecía apenado, como si se sintiese mal consigo mismo. No supe cómo sentirme yo—. Y cuando me lo crucé en los pasillos, le pedí disculpas, le dije que iba a arreglarlo. El tipo pudo pedirme, no sé, que haga sus tareas o que lo lleve a su casa, o incluso podía golpearme y yo no iba a hacerle nada, porque me lo merecía. —Hizo una pausa—. Sin embargo, me disculpó de inmediato, sonriendo, y me dijo que quería helado. —Yo sonreí. Sí, aquello sonaba muy Loid—. Así que terminé llevándolo a esa heladería que es una veterinaria y puedes comer helados con los perritos alrededor tuyo. Al final me agradeció por llevarlo. —Soltó un suspiro lleno de frustración—. Tuve que sacarlo porque intentó robar como ocho perritos.

Me lo quedo viendo en blanco. Digo, ¿cómo se supone que reaccionaría a eso? Estaba en shock. El rubio era una muy buena persona, casi incapaz de albergar odio hacia alguien que no sea de un dibujo animado, y había cero posibilidades de violencia en su interior. No me sorprendió

que lo perdonara así como así. Me quedo viendo a Christopher y, lentamente, vuelvo a sentarme recta, con mi mente en pleno bullicio.

—No puedo creerlo —digo al final, mirándome las manos, perdida y sintiéndome algo mal por juzgarlo tan duramente siempre. Él se había disculpado con Loid e hizo todas esas cosas solo para hacerlo sentir bien, pudo habérmelo dicho para quedar bien y hacerme ver que no era así. Sin embargo, no lo hizo, porque solo le importaba disculparse en serio con mi amigo. Eso, obviamente, no cambiaba sus actos y que básicamente se había comportado como un asno conmigo, sin embargo, cambiaba muchas cosas. Él no había hecho aquello esperando algo a cambio, y realmente sentí cómo era absorbida por la culpa y los pensamientos negativos.

Christopher suelta un bufido.

—¿Qué te sorprende?

—No puedo creerlo... —Suelto un suspiro—. ¿¡Llevaste a Loid a esa heladería llena de perritos y gatitos y a mí no!? ¿¡Cómo te atreves!? ¡No puedo creerlo! —Agarro violentamente una solapa de su camisa abierta de par a par y lo acerco a mi rostro, completamente enojada, ¡estaba indignadísima!—. ¡Hace como medio año quiero ir y nadie me lleva porque es lejos! —Christopher arruga su nariz y me mira en blanco. Luego de un momento, que me tranquilizo un poco, me sigue viendo como si tuviera dos cabezas y suelta una carcajada. Yo me cruzo de brazos.

—Bueno, ya. —Se inclina y apoya un dedo en medio de mis cejas, presionando y haciendo un masaje en el lugar donde había una arruga consecuente de mi ceño muy fruncido—. Cuando volvamos te llevo en mi auto y juegas con esos bichitos, ¿sí?

—No. —Miro a otro lado—. No quiero. Me indigné. —Él suelta otra alegre carcajada de golpe y luego hace que me gire a él rápidamente, jalándome de un hombro, y acuna mi rostro en sus grandes manos, apretando mis mejillas, sonriendo.

—Te dije que te llevaré.

—¡Ahora no, vete con Loid! —Él suelta otra carcajada, esta vez mirando al cielo por un segundo. Cuando voy a decirle que me deje en paz, algo me detiene.

Intento hablar, pero un grito se me adelanta.

—¡Mi sapo! —Doy un respingo asustada y me libero del agarre de Christopher. Siento mi cuerpo más liviano y ligero, pero mi corazón está demasiado alterado. Alzo mi vista y distingo a Loid y Aron corriendo hacia mí—. ¡Agárralo! —Me sobresalto por los gritos histéricos del rubio y distingo a un bicho saltando rápidamente hacia mí.

Es una...

—Eso es una rana —comenta Christopher, alzando una ceja y metiendo sus manos en los bolsillos de su pantalón. Me sorprende su estado de completa tranquilidad.

—¡No lo dejes escapar! —chilla desesperadamente el rubio y yo solo veo como la rana salta por el pequeño puente hacia el agua. Pobrecita, de seguro escapaba de estos dos maniáticos—. ¡Oh, por Dios! —Él para su paso de golpe, llevando ambas manos a su pecho—. ¡Josh se suicidó! —grita, y yo frunzo mi ceño.

—¿Josh?

—¡Ese sapo estaba destinado a una gran vida! —dice desesperadamente Aron y se abraza a Loid, ambos parecen llorar y yo me quedo en blanco.

—Eso era una rana —comento, caminado con inseguridad a este par de locos. Ambos giran su cabeza en mi dirección de golpe, me sobresalto.

—¿Cómo que una rana? —exclama Aron—. ¡Eso no importa, sea niño o niña, se merecía algo mejor, juzgadora! —Hago una mueca torcida.

¿Juzgadora?

—Oigan, sabían que las ranas saben nadar, ¿verd...?

—¿¡Puedes callarte!?! —Loid, en realidad, en serio parece afectado—. ¿¡Que no ves que hay dos personas sufriendo la muerte de un ser querido aquí!?! —espeta, abrazándose más al otro idiota, y yo intento no darles un puñetazo. ¿Un sapo? ¿Esto iba en serio? ¡Era una rana! ¡Y no se suicidó, solo escapó de ellos!

—¿De dónde sacaron esa rana? —pregunto una vez que dejaron sus estúpidas lágrimas, acercándome a ellos.

—Era el sapo que íbamos a meter en la habitación de Claudia —explica el rubio y me doy cuenta de que su llanto iba en serio, tiene los ojos rojos y hago una mueca. Dios, qué idiotez, ¿en serio creía que esa rana había muerto?—. Tenía tanto por qué vivir... —continuó lloriqueando.

—Te digo que es una ran... .

—¿Qué ustedes tres qué? —Los tres nos paralizamos, comenzamos a darnos miradas de pánico distinguiendo esa melena rubia a nuestra derecha.

Donde Claudia y el profesor nos miran molestos.

Oh, joder, en serio, esta era apenas la primera noche, ¿qué demonios pasaría mañana?

—Espero una respuesta, Srta. Elizabeth. —Trago saliva, viendo al profesor, quien más que una mirada molesta, me da una de decepción. Me doy cuenta de que él no sabe de los abusos de Claudia conmigo. Puf, claro que no sabía nada.

Trago saliva, viendo a mis dos amigos igual de nerviosos. No sé qué decir, no podía echarles la culpa, no era una soplona y eso de inculpar tampoco me iba, pero si me inculpaba a mí misma estaría acabada. Adiós a mi perfecto expediente. Me encojo de hombros nerviosa y aprieto el dobladillo de mi suéter. Trago saliva.

—Bueno...

—Lo iba a meter en la habitación de Claudia. —Tengo un sobresalto y me quedo donde estoy cuando escucho la dura voz de Christopher a mis espaldas. Su gigantesca espalda opaca todo mi campo de visión—. Era una broma.

¿Pero qué diablos pretendía?

Soy capaz de ver cómo el rostro de Claudia se deforma en menos de un segundo, mientras que el profesor simplemente suspira, como si esa clase de actitud en Christopher fuera habitual, pero eso no era verdad, ¿no se suponía que el simio era el niño prodigio? ¿Por qué no le impactaba aquello?

—¿Cómo dices? —La rubia se acerca en dos zancadas a nosotros, mientras que Christopher por inercia da un paso al medio y me oculta detrás de su espalda. Ella suelta una risa nerviosa y yo quiero apartar al más grande para así poder ver, sin embargo, no me deja—. Claro que no, profesor, ¡él nunca haría eso! ¡Ella lo sedujo a eso! —Hice una mueca de costado.

—¿Sedujo? —Loid aguantó una risa junto a mí.

—*Te lo dije, el tigre era una mejor idea* —susurra Aron cerca de mi oreja en un tono dramático y golpeo su estómago con mi codo.

Ah, esperen, el tigre no era una mala idea, después de todo. En realidad estuve a punto de decir que sí, pero de todas formas no sabíamos de dónde sacarlo.

—¿De dónde sacamos un tigre? —le susurro, en una cara obvia, mientras el profesor comienza a discutir con Claudia.

—Y yo qué sé —espeta—. Yo fui el de la idea, arréglatelas con eso —chilla, llevándose las manos al pecho, y yo ruedo los ojos. Tenía razón, ya había hecho demasiado en pensar, y no es como que Aron piense muy seguido.

—No, no, no. —Los tres concentramos nuestra vista hacia Claudia, quien niega con la cabeza viendo al profesor, luego, su mirada se clava en mí y siento cómo un escalofrío me camina en la espalda. La chica era rencorosa—. ¡Esto es tu culpa! —Me señala con su dedo índice y se encamina directo a mí. Christopher da un paso hacia atrás y mi nariz choca en su espalda. Si antes no veían nada, ahora menos.

Agh, yo solo quería meter dentífrico en una mochila.

Y acabé viendo a Vicente medio violando a John y el suicidio de una rana.

Nada salía como quería.

—Ella no hizo nada. —La calma en la voz de Christopher hizo que me entrara un escalofrío. Me doy cuenta de que tiene la camisa abierta mientras mira al profesor y le importa en lo más mínimo. Maldito exhibicionista desvergonzado—. Elizabeth simplemente se perdió y le estaba ayudando. Ellos dos tampoco tienen que ver en esto, es que simplemente les pedí ayuda, ya que Claudia no me cae bien. —La rubia lo mira horrorizada por lo terriblemente honesto de su comentario. Bueno, todos lo hacíamos, no había hecho más que decir la verdad con eso último. Loid y Aron me miran confundidos, haciéndome muecas, y yo hago exactamente lo mismo que ellos.

—Elizabeth, vete, este problema es mío —suelta, viendo al profesor, y yo hago una mueca. ¿Él iba a tomar la responsabilidad por las estupideces que provocamos? ¿Desde cuándo Christopher es tan... protector...? Bueno, desde siempre, pero esto era algo...

—¿Alguien recuerda la muerte de Josh, El Sapo? —Doy un respingo y me giro hacia Loid—. ¡Su pobre cuerpo está en el lago! —Él me zamarrea colocando sus manos en mis hombros y el

profesor nos ve ceñudo. Ah, genial.

La madre de este chico se estaba perdiendo una pensión por retraso que no tenía idea.

—¿Josh?

—No, no —digo, viendo al profesor, quién está totalmente perdido—. Es que... Loid... —Hago una pausa, pensando mis palabras—. Tiene algunas dificultades... —susurro, provocando una sonrisa en Christopher mientras Aron y yo acariciamos el cabello del rubio como si de verdad fuera un retrasado y no un simple tonto a quien la adolescencia le afecta en las neuronas. Bueno, fue lo mejor que se me ocurrió, y por la mueca del profesor, funcionó.

Me sentí particularmente molesta cuando nos alejamos del lugar, un malestar que se había incrustado en medio de la boca de mi estómago. Quería correr allí desesperadamente y explicar que el simio no estaba implicado en nada. Sin embargo, él tenía razón. Su expediente era casi perfecto, sin faltas, ni errores, absolutamente nada. Estaba en blanco y limpio. Probablemente ni siquiera le pongan una penalización, mientras que yo definitivamente no iba a correr con la misma suerte. Mientras Loid me empujaba, giré la cabeza y lo miré con el ceño fruncido a unos cuantos metros. Christopher sonrió de una forma que me absorbió extrañamente e identifiqué cómo movía su mano para que me fuera de una vez.

Lo reiteraba mucho, pero definitivamente estaba pasando algo extraño conmigo.

Once horas después, me había despertado demasiado incómoda.

—Loid, maldita sea, ¡quítate! —Sostuve su brazo y giré, sentándome en mi lugar y moviéndolo. Aron me da una patada en la pierna para que me calle y los deje dormir.

—Josh... ven a mí... regresa... —susurró adormilado el rubio con la mejilla pegada a la almohada. Bueno, al parecer solo yo desperté.

El remordimiento por la responsabilidad de Christopher no me había dejado dormir demasiado y, bueno, además de aquello, resultó que a Loid le dan miedos las gallinas, y al retornar a nuestras habitaciones había una sobre su *futon* —no tengo ni la más mínima idea de dónde demonios salió —, pero la cuestión es que nos hizo dormir a los tres juntos en mi *futon*. Gritaba cosas como “mi *futon* está contaminado”, “esa cosa maldita regresará por mí”, “quiere mi alma”. Aron y yo nos cansamos de sus gritos de niñita y accedimos.

Cuando me froté el rostro con las manos y miré a mi alrededor, Loid tenía sus piernas sobre las mías mientras Aron había apoyado su brazo en una de las piernas del rubio.

Jesús, ¿por qué me haces esto?

Mi estómago rugió y entonces mandé al demonio a los dos chicos. Me puse de pie con brusquedad y Loid se dio media vuelta, rodando hasta golpear la pared, y entonces abrazó su almohada y siguió durmiendo en la esquinita en posición fetal sobre la madera. Aron se atragantó con su saliva, pero aun así se acomodó y siguió durmiendo.

Malditos flojos, ahora tendré que ir a buscar el desayuno yo.

Transité con tranquilidad por las pequeñas calles vacías, eran senderos de piedra muy viejos. Aspirando el aire fresco, normalmente en época de festividades esto estaba lleno; ahora, con el aspecto de un pueblo fantasma, me atemorizaba. Vi a los chicos desayunando en una mesa con sombrilla afuera, riendo y masticando, me di cuenta de que la rubia no se hallaba allí. Doy un suspiro lleno de liviandad y cubro mis manos con el suéter crema que me había puesto.

—Está detrás del tercer templo —me suelta Vicente con una sonrisa casi cómplice cuando ve que busco a alguien con la mirada, y todos sabemos quién era ese alguien.

—¿Cómo puedes levantarte a esta hora, niña? —me chilla John mientras comienza a fregar en mi rostro una toallita húmeda con olor a lavandina como una abuela histórica, ah, es que ni siquiera me lavé la cara. Al menos no me juzgaban, tenía hambre. Me había medio tensado al

verlos, sin embargo, actuaban con normalidad, como si lo sucedido nunca hubiera ocurrido. ¿Quizá fue un sueño? Diablos, no, esa mierda fue muy real. Se había incrustado como un trauma en mi cabeza—. No has comido nada —dice eufórico de golpe John, plantando un sándwich en mi pecho, y me frunce las cejas—. ¿Sabes lo malo que es para una chica de tu edad no desayunar? ¡Es la comida más importante del día! —sigue chillando y me hace dar media vuelta, mientras cepilla mi cabello con sus dedos y me hace una coleta. Yo simplemente ignoro sus gritos y comienzo a jugar con mis pies mientras me peina. Me hace sentir una niña, pero me gustaba aquello. Noto en otras mesas, como la chica Ju-On y su amiga me miraban con cierto recelo, y no lo comprendo. Digo, John era así con todo el mundo, literalmente, y no voy a ser hipócrita, yo realmente amo sus cuidados de abuelita ochentona.

Pero, bueno, él lo hacía solo con sus amigos, y aquella chica y su amiga habían actuado como perras con Aron. Aunque, recuerdo, es muy graciosa la envidia que me tienen. Si supieran lo que vi ayer, no actuarían de esa forma...

—¿Por qué no está aquí? —indago viendo a Vicente, mientras me siento junto al más bajo—. ¿Y por qué no nos levantaron? —me quejo, mientras John sigue toqueteando mi cabello con entusiasmo. Me había dado cuenta de que eran más de las nueve de la mañana, todos estaban despiertos y trabajando, mientras que mi grupo, si es que puede llamársele grupo a eso, estaba descansado plácidamente. Vicente me sonrío, una sonrisa que dice muchas cosas—. Ya suéltalo —gruñí.

—Él está haciendo tu trabajo —me dice con júbilo, y entonces comienzo a toser de golpe cuando la carne se va por el conducto equivocado en mi garganta y John de inmediato me pasa una botella con agua fría. Luego de recuperarme y erguirme en mi lugar, mis ojos desorbitados se clavan en Aron—. Él dijo que ayer te perdiste y estabas muy cansada, tomó la responsabilidad de tus tareas, y como Aron y ese rubio fueron “sus secuaces”... —Hace comillas con los dedos—, también los dejó dormir.

Mi obstinado cerebro no me deja reaccionar mientras me quedo viendo al más grande como si estuviera sufriendo una parálisis, lo único que era capaz de sentir era como John me da palmaditas en la espalda y mi estómago se retorció nerviosamente, y no era de hambre. ¿Qué diablos le pasaba a Christopher? ¿La magia de los templos lo hizo más estúpido? ¿Lo había poseído algún espíritu? Aquello no tenía ni pies ni cabeza, ¡él nunca había sido tan... benevolente! Y es que, a ver, mierda. ¿Por qué diablos haría algo como eso? ¿Tanta importancia tenían las palabras de mi padre? Yo sabía que él se tomaba en serio lo que papá decía, sabía que lo apreciaba bastante, pero esto parecía una situación surrealista.

—No ha almorzado —me dice el castaño; lanza un sándwich cubierto de papel film y su sonrisa se ensancha. Tardo en captar el mensaje.

—¿Quieres que se lo lleve? —pregunto con el rostro ceñudo y confuso, Vicente me da una dura patada debajo de la mesa, haciéndome chillar.

—¡Sé más agradecida!

—¡Está bien, está bien, ya voy! —Me alejo con las manos en alto y correteo hasta el dichoso templo. Escucho ruidos de hojas secas siendo pisadas y quebradas, y camino con mis zapatillas negras por la madera del templo hasta llegar a una puerta que estaba enteramente deslizada y solo puedo ser consciente de ver a Christopher, quien está de espaldas y al parecer no me escuchó llegar.

Me lo quedo viendo medio perdida. Un pantalón holgado abrazaba sus magníficas piernas y una simple camiseta blanca sin mangas era lo que utilizaba, no sabía si realmente era consciente de lo mucho que aquella ropa resaltaba su fornido cuerpo o si simplemente la utilizaba porque era muy



simple y cómodo. Se vía cómodo. Pequeñas gotas de sudor resbalan sutilmente de las venas marcadas en sus brazos y las puntas de su cabello negro se pegaban al final de su nuca. Admiro el modo en que sus bíceps se contraen cuando sujeta con vigor las ramas de árbol rotas y pone sus brazos en movimiento. Cómo se tensan al tomar algo pesado y cómo se relajan al soltarlo. Admiraba mucho su fuerza, admiraba a cualquier persona fuerte que era consciente de aquello y no lo utilizaba contra los demás.

La luz del sol camuflada por las densas capas de nubes le da un aspecto más pálido y su cabello y frente brillaban por el sudor. Unas extrañas ganas de tocar su cabello me pican en las manos y metí el estómago. Sacudo mi cabeza, quitando pensamientos extraños de mi mente, y me quedo donde estoy, debatiéndome mentalmente si era seguro acercarme a él o no.

—¿No te enseñaron lo que es la discreción? —Mi corazón pega un agónico salto cuando él se agacha a tomar una rama y su rostro se gira en mi dirección de golpe. Está respirando por la boca, mechones de cabello negro se pegaban a su sien, su pecho se movía agitadamente dado a su respiración y me digo que nada de lo que viera en los comerciales de la TV podría ser más masculino que aquella imagen.

—¿Cómo sabías...? —Mi ceño se frunce, pero enseguida me doy cuenta de que lo estaba observando con desfachatez y él lo sabe—. Yo no te estaba mirando —murmuro de golpe, mientras doy un par de pasos más y me siento en el borde de la madera, apoyando la espalda en una viga del lugar.

—No te culpo, de todas formas, pero no me ofendas. —Suelta con una sonrisa arrogante y pone una mano en su pecho—. Soy mucho más que este rostro de ángeles y estos músculos que me concedió Apolo al nacer.

—Claro que eres más que eso. —Hago una pausa—. ¿Dónde dejarías la estupidez si no? —Se sienta junto a mí bruscamente y sonrío viendo el jardín. Noto muy fuertemente cómo su pierna sudorosa roza la mía y en cuestión de un segundo su aroma masculino penetra en mis fosas nasales—. Ten —digo luego de un bufido. Sus ojos oscuros brillan al ver el sándwich y sonrío, sintiendo ese extraño, casi placentero sentimiento de alegría y comodidad al verlo sonreír. Antes de poder decir algo, veo cómo aparta el nylon del sándwich y sus grandes dedos lo parten a la mitad. Me ofrece el trozo más grande, yo me abstengo de meter los labios por los nervios. No puedo evitar verlo a los ojos. ¿Qué diablos pasaba con él?

—Ya comí un... —Me planta el trozo en las manos y lo tomo con torpeza—. Te digo que...

—Cómelo —demanda con seguridad, estirando sus largas piernas—. Yo lo aguanto, tú no. No es como si fueras muy fuerte, Fresita. —Intercambio miradas entre él y el sándwich.

Okey, esto me está asustando.

—Deja de hacer eso. —Suelto con un bufido y le tiendo el sándwich, desviando la mirada al paisaje verde. Está a punto de morder su sándwich, pero para de golpe y baja el rostro en mi dirección.

—¿Comer? —indaga, haciéndose el idiota, y lo miro a los ojos.

—Esto, ser... amable o, bueno, o lo que sea. —Él echa sus hombros hacia atrás y noto rápidamente cómo se tensan, el gran cambio casi perturbador en su mirada mientras me atraviesa directamente los ojos, tan fuerte que, de golpe, me siento algún objeto traslúcido.

—¿Qué? —Enarca una ceja, molesto—. ¿Entonces, yo no soy amable? —Al aparecer, mi respuesta le inquieta. ¿Por qué le inquieta?

Bien, Elizabeth, es tu momento, *sé sutil*.

—No. No lo eres. —Maldita sea, esto no es lo mío.

Suelta un ruído y se traga con brusquedad el trozo de sándwich que quedaba, asustándose.

—¿Y todo esto?, ¿eh? —espeta, girando su torso hacia mí y viéndome desde arriba. Seguimos sentados, pero aun así me lleva más de media cabeza. Intento mantener la mirada en la suya, y fracaso terriblemente.

—No tienes que tomarte lo que dijo papá tan en serio. —Alzo mi rostro lentamente al suyo y me encuentro con que parece confundido—. Digo, está bien esa mierda de que sabes cuidarnos y...

—Alto, ¿qué? —Endereza su espalda y alza la barbilla, viéndome directo a los ojos. Me siento más pequeña de golpe—. Tú... —Alza las dos cejas y hace una mueca con los labios—. ¿Tú crees que hago todo esto por tu padre? —Ahora baja una ceja y se pone de pie, viéndome desde arriba, molesto, y me veo obligada a pararme. Su altura me intimida demasiado.

—Sí —digo, soltando un gemido cuando mis rodillas se quejan—. No tienes que tomarte tan en serio lo que dice. —Me balanceo sobre mis pies y él me da una mirada incrédula, frunciendo el ceño, lo cual me hace dudar. Libera un casi gruñido desbordante de estrés que me hace moverme apenas atrás. Suspira, viendo mi acción.

—Maldita sea, ¿por qué tienes que ser así? —Mira a un costado y se pone en cuclillas, alargando una mano dentro de una mochila e ingiere con brusquedad en largos tragos.

—¿Qué mi... qué?

—¡Nada, Elizabeth, nada! —Me sobresalto por sus repentinos gritos, lanza sus brazo al aire y parece bastante irritado—. ¡Olvida lo que hice! —chilla indignado—. ¡Y dile a los tontos de tus amigos que su trabajo ya está hecho! —Se va a un paso aligerado y me quedo en modo planta, viéndolo.

¿Él había hecho el trabajo de los chicos? Eso no tenía sentido, digo, a mí me ayudaba porque papá se lo había pedido, pero, ¿y Loid?, ¿y Aron? No comprendía absolutamente nada.

—¿Qué hacen? —pregunto cuando regreso al templo, donde Loid está parado con una especie de mapa trazando líneas exageradas, y Aron lo ve con despreocupación.

—Un plan de rescate.

—¿Qué?

—Para encontrar a Josh —dice en un tono seguro el rubio, y encierra con una fibra roja un lugar del mapa con exageración—. ¿Ven esta mancha que parece un moco?, bueno, es el lago, si ustedes se quedan aquí entonces el...

—Loid —interrumpo.

—Entonces —enfátiza las palabras, viendo el mapa e ignorándome. Me siento de piernas cruzadas junto al del mechón azul y comenzamos a comer los sándwiches, esperando—, si ustedes...

—Loid —reitero, con tranquilidad.

—¿¡Qué!?

—Ese es el mapa de Hungría —dice en mi lugar Aron, y muerde su sándwich.

—¡Cállense y sigan el plan...! Oh, comida. —Estoy a punto de asentir, pero el rubio corre hacia mí y se mete con exasperación un trozo de tarta de pollo en la boca. Sonrío por su estúpida actitud y comenzamos a comer.

—Ah, cuando te fuiste, Srta. Rana vino aquí —suelta Aron. Yo hago una pausa y lo miro.

—¿Srta. Rana?

—La rubia.

—Ah. ¿Sucedió algo? —Loid está tan inmerso en la comida que no presta atención en lo que hablamos.

—Hoy en la noche harán una fogata, y como es una especie de día festivo para la villa, habrá

fuegos artificiales. —Alzo mi vista, sorprendida, imaginando el cielo nocturno lleno de hermosos colores.

—¿Hablas en serio?

—Ella nos prohibió ir —suelta de golpe, con cierto deje de tristeza, y mi estómago se retuerce.

Abro la boca para decir algo, pero las palabras se atorán en mi garganta y opto por simplemente cerrar la boca. Genial. Quiero quejarme, decir algo y hacer que esto no me afecte, pero no lo hago. Siempre lo mismo. Los chicos se dan miradas de preocupación y les agradezco que no pregunten. Es decir, sería perfecto ir; en la ciudad, los fuegos artificiales no se aprecian tanto como aquí, aquí no hay luces de ciudad que obstruyan la hermosa vista.

El día había pasado agotadoramente lento, imaginaba al profesor llegando por la puerta y diciéndonos que podríamos ir. Era estresante. Y tampoco se podía hacer nada.

Tampoco tenía el valor para hacer algo conmigo misma. No había cambiado en nada, seguía siendo la misma tímida y cobarde de siempre. Desde pequeña... bueno, antes era de peor forma. Es decir, cuando eres un adolescente con experiencias en la vida, si decides no acercarte a las personas, es de alguna forma entendible, pero no a los siete años, no. Se supone que cuando eres niño los prejuicios te dan igual y eres amiguito de todos, pero mi infancia no había tenido nada de amistoso o dulce. No luego del accidente.

*Fenómeno.*

Esa simple palabra podía hacer que yo me derrumbara en un segundo. Los recuerdos comenzaban a golpearme de a uno a uno hasta quitarme el apetito. El 23 de abril no era un día como cualquiera para mí. El día donde todo ocurrió. Yo estaba feliz, simplemente sin preocupaciones, persiguiendo a Christopher para mostrarle la nueva figurilla de acción que papá me había regalado. Siempre me gustaba compartir los juguetes con mi extraño y callado vecino. Y el desgarrador sonido de una rueda derrapando en el asfalto. Salí, temblando y alterada. De golpe, ambos paramos el paso cuando un grito terriblemente fuerte casi resonó por todo el barrio.

Aún tenía en la cabeza aquella imagen. Mi madre, tendida en medio de la calle boca abajo, sus piernas tendidas y los brazos doblados de una forma casi enfermiza. Simplemente no vi más, era la primera vez que jugábamos con Christopher, y él me había jaloneado lejos segundos antes de que papá viniera corriendo con desesperación y me metiera dentro de la casa. Aquella imagen nunca saldría de mi mente, aún tenía pesadillas con el agónico chillido de los frenos del auto que se la había llevado por delante.

Y también con la del pequeño ser que se encontraba en su vientre, ya que ella estaba de seis meses. La familia simplemente se vino abajo y, al crecer, yo misma lo hice conmigo. Creía que realmente estaba segura en mi castillo con paredes de hierro, pero las paredes en realidad estaban hechas de cartas, las cuales un simple viento derrumbó sobre mí. Yo misma había dejado que me derrumbara, y a medida que fui creciendo, me había negado más y más a confiar en las personas.

Cuando fui consciente de todo aquello, realmente intenté seguir la misma vida de antes, pero me fue imposible. Los días eran agobiantes, como si estuviera ahogándome y viera cómo los demás nadaban libremente. Además, en primaria los niños se habían alejado de mí a consecuencia del accidente de mi madre. Decía que era de mala suerte estar conmigo, como si yo fuera un gato negro de mal augurio, y comenzaron a darme apodos por lo ocurrido. Cuando crecí, me di cuenta de que mi autoestima dependía de las personas a mi alrededor. Y lo odié.

Ahora simplemente ya no me importaba. Había aprendido, gracias a mi padre, lo orgullosa que debía estar de ser el gato negro. ¿Era mi culpa que las personas no se me acercaran? No, no lo era. Nunca lo fue. Y tampoco iba a rogar por que se acercaran; si querían alejarse o nunca acercarse en primer lugar, me parecía bien. Había desarrollado el pensamiento de esperar lo peor

siempre. No era sano, de ninguna forma, pero era la única manera de no decepcionarme y terminar peor. Si no esperaba nada de las personas, entonces no me iba a doler si se alejaban o traicionaban. Y si entonces preferían quedarse, entonces aquello me sorprendía y hacía bien. Sin embargo, odiaba esta situación, quería ir con el maldito profesor y quejarme, pero no tenía pruebas de nada. Sin embargo, no eran solo pruebas lo que necesitaba, al menos si lo hacía y el profesor no me creía, al menos, yo lo habría hecho. Pero era demasiado cobarde como para hacerlo. Tenía miedo de acabar peor.

Christopher tenía razón. Seguía siendo débil a pesar de todo.

—Oye, Loid, ¿dónde está mi almohada...? —Me doy cuenta de que está dormido con Aron, literalmente. Se están abrazando mientras ambos roncan, estaba segura de que habían terminado de aquella forma por lo inquietos que eran al dormir. Eran como dos niños. Sonreí, estaba agradecida de alguna forma con ellos, sus estupideces me hacían olvidar de mis líos personales.

Colocándome el suéter gris y dejándome el short pijama por el húmedo y caluroso ambiente, decido caminar por los templos bajo la suave luz de la luna. Era bastante tranquilizante. El lugar lo era. Y no tenía de una pizca de sueño.

Moviéndome distraídamente por el pasto y las diferentes entradas de los templos, siento un terrible bajón en las pulsaciones de mi ritmo cardíaco al ver una imagen de golpe. Un piano. Justo a un costado, dentro de una habitación. Siento un fuego ardiente que me consume la boca del estómago cuando la imagen de mi madre tocando el piano en la sala de casa me atiza de lleno en la mente. Lo tocaba todos los domingos. Oh, vamos, ¿en serio? ¿Ahí? ¿En un maldito templo? ¿De dónde diablos salió? Doy un paso al costado y me detengo, dudando, y acabo entrando en la habitación. Pasos lentos, demasiado, como si tuviera miedo de acercarme a aquel instrumento musical.

Me paro frente al lugar, parece un sueño. La puerta corrediza está abierta y la luz lunar ilumina el centro de la habitación. Cuando me acerco, trago saliva y rozo mi dedo índice en el piano. No parece en lo absoluto abandonado. Respiro hondo, con un vacío carbonizándome el pecho y dejando que mi mente se empañe con recuerdos de las mañanas, cuando iba corriendo hacia la habitación de Ian y lo despertaba oyendo el piano.

Gracias al piano fue que mis padres se habían conocido. Mi padre toda la vida fue un director de orquesta y mi madre era una pianista. Se habían conocido en el mismo rubro, eran igual de sensibles, igual de apasionados en su trabajo. Imagino a mi madre, tocando con los ojos cerrados, como un ser etéreo y celestial. Transmitiendo la misma paz con la que tocaba el instrumento. Su cabello dorado suelto y ondulado hasta la cintura y un vestido blanco de satín. Mi padre siempre estaba junto a ella, sentado en el banquillo, casi pegado, viéndola como algo por lo que daría la vida y nunca se arrepentiría de eso. Siento cómo el agua comienza a agolparse fuertemente detrás de mis ojos y los cierro con fuerza, soltando un juramento.

—Al fin, creí que nunca te... —suelto un respingo y me giro. La gran figura de Christopher se yergue en la puerta abierta y me tenso— encontraría... —Termina la frase, viendo de forma extraña el piano y luego a mí. Respiro hondo. Debería salir de aquí. Él no dice nada cuando se queda viendo el instrumento, y luego comienza a caminar lentamente a mí. Me altera que cierre la puerta detrás de él, deslizándola sin dejar de ver el piano, y siento cómo todos mis nervios comienzan a crispase. Intento ignorarlo—. Me recuerda a...

—Lo sé —interrumpo—, lo sé. —Sonrío con amargura, y él se para junto a mí. Nuevamente, su piel blanca parece absorber la luz lunar que llega desde la gran ventana y un agónico silencio comienza a flotar alrededor. Christopher no era especialmente un buen hablador, y cuando pienso en irme, entonces habla.

—¿Nunca has pensado en declarártele? —espeta, trazando líneas junto a mí en la fina capa de polvo del piano. Yo alzo la cabeza y lo miro como si hubiera dicho la peor barbaridad conocida por el buen hombre cristiano.

—Por Dios —digo, y mi vista periférica nota cómo baja su mirada hacia mí—. ¿Enloqueciste?

—¿Qué? —Miro sus pies, repentinamente nerviosa, y suelto un bufido.

—Es decir... —Hago una pausa—. Mírame —suelto, haciendo un obvio ademán con la mano, como si ese fuera el argumento más válido. La piel de mi mejilla parece comenzar a picar con su mirada, parece como si me estuviera atravesando. Como si estuviera realmente esperando que lo mirase.

—Es lo que siempre hago. —Trago saliva, sintiendo un pequeño estallido en mi corazón por lo extraña que sonó su voz, y no tengo idea de cómo interpretar su comentario. Él rodea el piano.

Me digo que tengo que decir algo, esto se vuelve... extraño.

—¿Sabes? —digo de golpe, y él alza el rostro en mi dirección. Me siento completamente vulnerable en este momento y, sinceramente, me da igual. Siento el pecho laxo, casi liviano—. Una vez, papá dijo que mamá tocaba el piano para declararle sus sentimientos —murmuro en voz baja, viendo con apenas una sonrisa el instrumento.

—¿Para declarar sus sentimientos? —Me mira con la cabeza un poco ladeada, confuso.

—Sí, mamá era una persona que, bueno —titubeo, rozando mi dedo en el polvoriento piano y hago una mueca—, le costaba decir lo que sentía. Ya sabes, medio fría. —Sé que debo callarme de una vez, pero por alguna extraña razón no lo hago. ¿Qué diablos haces, Elizabeth?—. Entonces, hace mucho, yo le pregunté si aquello no le afectaba, él simplemente me sonrió. «Cuando ella tocaba el piano para mí, me hacía saber que me amaba», me dijo.

—¿Ella se confesó tocando el piano? —Miro al pelinegro con una cara obvia, pero me doy cuenta de que habla en serio. En sus facciones luce la extrañeza y sorpresa, lo cual me hace dudar.

—Jum... —murmuro, cabeceando levemente. Siento cómo se me queda viendo a los ojos, y respira hondo.

—Bien —suelta en voz alta, decidido, y yo lo miro—. Siéntate aquí —ordena, palmeando el lado libre del banquillo rectangular, donde ahora está él—. El piano está afinado, uno de los trabajadores lo toca. Había oído de él, pero no sabía que estaba aquí exactamente. —Me paro de un lado y frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Que te sientes, voy a tocar. —Agito mis pestañas, viéndolo con incredulidad.

—¿Qué? Espera... ¿desde cuándo tocas el piano? —Sus oscuros ojos me atraviesan y sujeta mi muñeca con vigor mientras me jala, y me siento a su lado prácticamente a la fuerza.

—No sé, enana... —Su tono de sarcasmo se derrama sobre mí—, no sé, llevo ganando el primer premio de música hace años por, no sé, comer pan —dice, y le hago una cara obvia, antes de soltar una risilla. Él abre la tapa, dejando ver el teclado en perfecto estado—. ¿Sabías que tu madre me obligó a tocar un piano por primera vez? —La amargura me golpea nuevamente, mi angustiado corazón se agita y le sonrío.

—Sí —me río—. Decía que con tus dedos largos podrías llegar a ser muy bueno. —Él me sonrío, y toca algunas notas como prueba. Yo percibo cómo el agujero comienza a quemar con más fuerza en mi estómago. Mi corazón se acelera de golpe, sorprendiéndome. Era demasiado susceptible al piano, es el único instrumento que me sensibiliza al extremo y me recuerda a mamá.

Alzo el rostro con inseguridad y veo que él mira el teclado con la mirada perdida, luce nervioso y la angustia tiñe su rostro, algo que me confunde. La música es algo en lo que él siempre presume, y yo sé que tiene con qué, ¿por qué está tan nervioso ahora? Ni siquiera sabía que era

capaz de ponerse nervioso por algo así.

—¿Qué sucede? —digo, inclinándome un poco hacia abajo y levantando el rostro para encontrar sus ojos bajo el manto negro de sus flequillo—. Lo has hecho un millón de veces.

—Lo sé, pero ahora...

—¿Ahora qué? —Gira con lentitud su rostro hacia mí y me da una mirada que no logro identificar.

Sus intensos ojos centellan de nervios. Yo siento cómo un nuevo sentimiento se abre paso en mi estómago al ver su rostro de preocupación anticipado, provocándome cosquilleos, y el agujero negro ahora ya no quema tanto. Es como si intentara decirme algo. Respira hondo, entonces sus largos y finos dedos se deslizan por el teclado.

La melodía hace que me erice en un segundo. Es extremadamente aguda, toca las piezas con una gran delicadeza. Entierro los dedos en el banquillo. Vivía en mí cierta debilidad por la banda. Aún tenía imágenes medio desdibujadas en mi mente de papá y mamá bailando sus canciones en la sala de casa. Papá nunca se cansaba de escuchar *Queen* y, de alguna manera, yo sabía que era porque era donde mamá vivía. En su corazón. En sus recuerdos. En la música.

Trago saliva, sintiendo cómo el corazón se agita y se me retuerce agobiadamente en mi pecho. Lo miro de reojo y sonrío, a pesar de toda la tristeza que me arraiga; sé que el toca esa canción porque sabía la particularidad que representaba para mi familia.

Quiero llorar, maldita sea.

Trago saliva con rudeza, y también las lágrimas que no iba a dejar que se escaparan. Siento todo mi cuerpo al compás de la melodía que toca Christopher, como si mis extremidades respondieran a su voz sin consentimiento alguno. Si escuchaba con la suficiente atención, podía oír cómo sus dedos golpeaban el momento exacto en las teclas, vibrando sobre estas y dándole vida a las notas. Dándole vida a la canción. A mamá. Pone en movimiento las notas en sus ágiles dedos y, cuando las notas están en el aire, impactan junto a su dulce voz. Y estallan. Brillan. Justo como él.

Me pregunto si la muerte de mi madre fue como estas notas, emitiendo sus últimos gritos de dolor y luego callándose para siempre. Sin volver nunca.

—*When I grow older, I will be there at your side, to remind you.* —La voz de Christopher era suave, baja, parecía casi rota. Ronca, pero vibraba en perfecta sintonía con las notas y hace que algo se revuelva incómodamente en mi interior—. *How I still love you...*

Y entonces estallo. Mi mente comienza a empantarse de recuerdos dolorosos. Mi madre. Mi hermana. La escuela. Miles de imágenes pasan en un segundo en mi mente y entierro aún más los dedos en el banquillo, viendo ahora mis pies. No quiero llorar frente a él, odiaba hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que nunca lo había visto llorar en mi vida. Sin embargo, mi cuerpo no conecta con mi obstinada decisión, porque, casi de inmediato, percibo cómo el agua sale disparada de mis lagrimales y comienza a deslizarse gota por gota por mis mejillas.

—*Because you don't know, what it means to me, love of my life, love of my life...*

Cuando la melodía para y un aterrador y casi tortuosos silencio nos envuelve, es el momento exacto donde siento un estallido en algún rincón de mi corazón. Percibo con nerviosismo cómo se queda viéndome y entonces me encojo de hombros, rogando a la existencia que me haga desaparecer de una buena vez. Siento en la boca un sabor agrio y metálico, lo distingo como vergüenza al notar cómo las gotas comienzan a ceder y caer sobre mis muslos, dejando manchas más oscuras en la tela de mi ropa.

—Ey... —Su áspera voz bisbisea por lo bajo, como si temiera alzarla. Luego de esto, su voz se me hace más dulce y melódica de lo normal. Giró sus hombros en mi dirección y yo apreté mis

ojos, intentado esconderlos bajo mi flequillo—. Lo siento. —Me aparto cuando alza un brazo, sintiendo cómo mi corazón está demasiado cargado de emociones y late a un ritmo inhumano. ¿Por qué diablos había perdido perdón? Había sido hermoso, como... como si, por un momento, mamá estuviera viva. Su voz era capaz de aquello. ¿Por qué diablos se disculpaba?

—No... —Me doy cuenta de que mi voz se ha extinguido, como si el nudo en mi garganta se apretara cada vez más fuerte, como si una mano imaginaria me estrangulara la garganta—. No me... mires... —Mi pecho sube y baja. Siento frío de golpe, como si un viento glacial golpeará mi pecho. Mis manos tiemblan mientras se aferran al banquillo—. Fue hermoso. —Él se tensa cuando digo aquello—. En serio. Hermoso. —No había otra palabra para describirlo—. Ella era hermosa, ¿sabías? —Las palabras se me atraviesan justo antes de pensar en lo que digo, y soy consciente de cómo su enorme cuerpo se tensa aún más.

—Ella *es* hermosa, Elizabeth. —Siento otro agónico estallido en el pecho cuando dice aquello. Quise ocultar el rostro con mis manos, sintiendo el desesperado deseo de llorar con más fuerza y enojo, sin embargo, cuando estiro una de mis manos hacia la cara, el corazón se acelera de una forma que estoy segura es inhumanamente posible cuando una de las suyas se envuelve en torno a mi muñeca, y lo que noto es la extremada delicadeza con la que lo ejerce, como si tuviera miedo de quebrarme o de tocarme.

No sé qué hacer de golpe, me azota la incertidumbre. Debería salir de aquí ya, sin embargo, no quiero. Era cálido aquí... con él. Su mano lo era. Todo su cuerpo. Y su voz me había llegado a alguna parte donde nunca dejaba llegar a las personas. Él espera un momento, y luego, su otra mano roza de una forma mi mejilla que hace que los cabellos de la nuca se me encrespen. Su mano no era suave, tenía muchas cicatrices y callos y eran ásperas, pero la forma en la que intentaba quitar mis lágrimas no era para nada áspera.

—Mírame. —Objeta, pero esta vez lo dice de una forma más sutil y suave. Me quedo viendo el piso, no quiero verlo. No quería ver a nadie—. Es como un maldito *deja vu* —murmura. Y entonces lo miro a los ojos. Me quedo sin aire al segundo, sus ojos, oh, Dios, sus ojos brillan. Qué gran error fue verlo. Él parece recibir algún tipo de golpe emocional cuando levanto la cabeza—. ¿Re... recuerdas? Estabas llorando... yo te defendí... —Su voz se apaga, y cuando caigo en cuenta miro nuevamente le piso. Claro que lo recuerdo—. ¿Recuerdas cómo... terminó? —Siento mi rostro encenderse, ardiendo como mis mejillas y orejas. ¿Por qué diablos hablaba de eso ahora? Me sobresalto un poco cuando su otra mano se apoya sutilmente en mi espalda baja; a pesar de la ropa, su mano nuevamente parece quemarme la piel. Lo miro inmediatamente, alzando la vista con una mueca confusa, ¿qué está haciendo?

Me lo quedo viendo, tenía una sonrisa con los labios cerrados, y me tenso cuando uno de sus dedos roza ligeramente mi mandíbula. Su sonrisa es extraña, nunca la había visto en él. Parece... realmente honesta. Y aquello, nuevamente, me confunde el doble, como si se hubiera quitado su máscara de superioridad y está siendo el niño tranquilo y amable que nunca en su vida fue.

Pestañeo, viéndolo con incredulidad. Mi corazón comienza a golpear mi esternón a un ritmo antinatural, y mi respiración se atora. Todo esto es demasiado extraño. Me inclino hacia atrás, pero antes de eso, como si adivinara lo que iba a hacer, su mano se apoya con un poco más de fuerza en mi cintura, haciendo que me quede en mi lugar. Sus ásperos dedos depositan cuidadosamente los mechones castaños salidos de lugar detrás de mi oreja, y me erizo de cabeza a pies cuando acaricia con delicadeza mi nuca.

—¿Aún no lo entiendes...? —Su voz es casi un áspero ronroneo, y entro en una especie de crisis cuando noto que está inclinándose—. Pequeña niña idiota... —Tengo que alejarme, por Dios, ¿qué demonios le pasaba? Cuando éramos pequeños, éramos demasiado inocentes. Yo...

ahora, no. Santo cielo, ¡es Christopher! Suelto pesadamente la respiración cuando veo cómo sus ojos parecen casi querer atravesarme, su intensidad y seriedad no ayuda en nada a mi latente nerviosismo. Miles de alarmas se liberan en mi cabeza, repitiendo una y otra y otra vez que haga algo malditamente ya, pero algo atorado en mi garganta me obliga a callar, y mi cuerpo parece ni siquiera responder. Los dedos de mis pies se encojen cuando su nariz casi roza peligrosamente la mía.

No estoy haciendo nada para apartarlo. Entonces él sonríe.

—¡Oye, el profesor nos deja ir a ver los...! —Una voz se escucha de golpe, y esta vez sí me aparto de él. Sintiendo mi cuerpo y mejillas arder de vergüenza—. Fuegos artificiales...

Aron queda boquiabierto al vernos y comienza a balbucear cosas sin sentido mientras parece avergonzado. No más que yo, estaba segura. Miro a Christopher con la misma mueca sin poder creer lo que estaba a punto de ocurrir.

Christopher gruñe, mentando al del mechón azul como si quisiera hacerle una lobotomía sin anestesia. Me pongo de pie de golpe y salgo de allí a toda velocidad.

¿Qué demonios fue todo aquello?



—¿Estás seguro de esto? —pregunto viendo a Aron, quién volcó su rostro hacia mí en una sonrisa torcida.

—Si no funciona, plan B —dice acomodando la caja de cartón en su brazo derecho y viendo a la gran puerta de madera vieja.

La puerta de la casa de Loid.

Habíamos llegado ayer del viaje y Aron había estado todo el día lloriqueando y deprimido por la estúpida rana suicida.

¿Cómo es posible que se encariñara tanto con un bicho tan feo y que había conocido en tan poco tiempo? Alto, esperen, esa es justo mi relación con él. Olvídenlo.

—¿Cuál es el plan B? —interrogo, viendo su espalda mientras acomodo mi flequillo debajo de mi gorra. Había comenzado a refrescar notablemente desde que llegamos. Traigo unos vaqueros negros justos, un suéter celeste pálido y mi gorra negra de lana, pegada a mi cabeza y cubriendo mis orejas.

—Correr —pronuncia con lentitud y entonces lo veo horrorizada.

—Soy un asco corriendo —El castaño me sonrío.

—Lo sé.

—Pedazo de mier... —Mi vocabulario extraído de una alcantarilla se desvanece cuando la puerta se abre. No hay nadie. No. Alto, sí lo hay. Aron y yo bajamos la vista, sincronizados, donde un mini Loid con el cabello más rubio y cachetón está de pie sosteniendo el picaporte.

Oh, Dios.

Qué es esta cosa tan tierna sosteniéndose de sus piernitas. Voy a escupir arcoíris en cualquier momento. Al parecer tiene dos años, más o menos, creo. Me llega hasta las rodillas, su cabello está revuelto y sus mejillas algo regordetas están teñidas de un color rosa pálido. Lleva puesto un pijamita de los ositos cariñosos.

—¿Hoda? —Su vocecita apenas se oye. Dios mío, dame fuerzas, quiero abrazarlo y apretujarlo. Miro a Aron, quien al aparecer está tan hipnotizado por la ternura de ese bebé como yo.

—¡Lance! —Una voz masculina, pero extremadamente fina, se oye desde el pasillo—. ¡Te dije que no abras, niño tonto...! —Otro niño, pero con el cabello color negro y más alto, para de golpe al vernos—. Oh —dice, notando la presencia de mi amigo y mía. Me llega hasta los hombros, su edad aproxima, aparentemente, entre los ocho o siete años. El niño me observa de arriba abajo, y me digo estúpida cuando me siento incómoda por la mirada de un niño de no más de nueve años.

—¿Qué te trae por aquí, bombón? —suelta, cruzándose de brazos y alzando la barbilla, como si eso lo hiciera más alto.

Esperen. ¿Qué, me habla a mí?

Miro a Aron confundida y veo cómo él intenta disimular una risa.

—¿Disculpa? —digo, inclinándome a la altura de ese pequeño escuinclé.

—Digo, ¿qué trae a una preciosura como tú por estos lares? —El niño empuja al bebé a un

costado y apoya su hombro en el marco de la puerta, viéndome a los ojos y de alguna forma verme por encima de su hombro, ya que era un maldito hermano.

Quedo completamente en blanco, viéndolo. Madre, pero qué enano sinvergüenza. ¿Por estos lares? ¿De dónde había sacado eso? ¿En una película porno hollywoodense?

—¡Liam, compórtate! —Otra niña llega corriendo, empuja al tal Liam niño desvergonzado a un lado, dándole un fuerte golpe en la nuca, y nos ve al fin—. ¿Sí? —pronuncia la palabra con lentitud, como si la escena extraña de hace un momento no hubiera ocurrido—. Hola, soy Lily. —Sonríe de forma rara, tiene una coleta más baja que la otra y claramente es más grande y alta que su hermano Liam. Tiene muchas pecas, también.

Qué niños tan extraños. Deben ser los hermanos de Loid.

—Ah, Loid —digo frunciendo el ceño—. Buscamos a...

—¡Loid! —El chillido que pega la niña nos asusta a ambos, y la caja baila en las manos de Aron—. ¡Te busca un tipo raro y una chica con aparentes problemas de crecimiento! —No sé por qué estar más en shock: por sus eufóricos gritos, por las palabras que utilizó o por la increíble voz de camionero borracho que acaba de hacer.

Aguarden, ella... ¿problemas de altura?... ¿Qué? ¿¡Qué!? ¿¡Qué problemas hay con mi un metro cincuenta y tres!? ¿¡Eh, eh!? La miro con todo el odio que mi mirada puede llegar a mantener y descubro que Aron está igual de indignado. Tipo raro... oh, mi estómago se tensa en un segundo e intento evitar una carcajada. Alto, ella, oh, me cae bien.

Loid llega corriendo de golpe, y en cuanto su mirada se cruza con la mía, él empalidece.

—¿Qué hacen aquí? —indaga mientras se agacha y toma en sus brazos a ese bicho tan tierno y empalagoso que nos abrió la puerta.

—Luego yo soy la insensible —digo, mirándolo con indignación, y él se ve confundido. La niña nos hace pasar a su casa, es amplia e increíblemente. A pesar de haber tres niños, está más limpia que la mía, donde solo somos tres medio adultos. Entonces me digo que la organización de Ian y la mía es realmente un desastre.

Loid se sienta cruzado de piernas en el living de su casa y todos lo imitamos alrededor de la mesa ratona como niños pequeños. Nos ve con un gesto curioso.

—¿A qué... vinieron? —pregunta, y parece completamente inseguro. Aron y yo intercambiamos miradas nerviosas y ambos colocamos la caja sobre la mesa, quien reclama toda la atención.

—Te trajimos, hm, un regalo —digo, preocupada. Digo, ¿y si no le gusta? No quiero verlo deprimido, por más estúpida que sea la razón.

Quiero decir, ¿qué sería de mí sin Loid? Si me lo replanteo, él apareció como un regalo de Navidad justo después del pleito con Astrid. Él me hizo reír. Con sus estupideces me hizo olvidar cosas que, estando sola, probablemente habría rememorado y sufrido recordando cómo la única persona en quien confiaba más que a nadie me abandonó por un chico.

Loid era un bicho tonto y raro, pero también uno alegre y bondadoso. Y era mi amigo. No quiero decepcionarlo.

—¿Un regalo? —Los orbes oscuros de él se iluminan en un segundo y clava la vista en la caja—. ¿En serio? —Sus ojos vieron con anhelo la caja y mis hombros se liberaron de un peso extraño.

—¡Ábrelo! —chilló la niña, golpeando el hombro del rubio. Los ángulos de sus labios se inclinan hacia arriba y deja al pequeño Lance junto a él. Idiota, que me lo dé a mí. Como yo me vaya de esta casa sin tocar las mejillas gorditas de ese bebé, asesino a alguien.

—Es... linda —murmura cuando abre la caja, y sus labios se tuercen en una mueca. ¿Qué?

¿Cómo que linda? Frunciendo el ceño, me inclino a la caja y mi boca queda entreabierta cuando observo el interior de esta.

Una tortuga. ¿¡Qué!? ¡Se supone que era un hámster!

La tortura parece vieja —muy, muy vieja—, y cuando Loid se inclina un poco, esta esconde su cuello, el cual era muy largo, su piel verde está plegada por todos lados y, mientras se mueve, hace sonidos viscosos y repulsivos. Loid se la queda viendo y parece asustado.

Sujeto a Aron rápidamente y ambos le damos la espalda a Loid por unos segundos.

—¿Qué diablos es esa cosa? —murmuro, viéndolo con molestia. Él vacila un momento, viendo el piso, y luego se acomoda la camisa negra que llevaba.

—Dijiste que traiga algo lindo...

—Sí, y me traes a un... —me giro un poco, para observar a la criatura y me vuelvo hacia él— a una especie de babosa verde enojada con la vida.

—Yo qué sé —dice, comenzando a jugar con sus dedos y viendo a su regazo, como si yo fuera una madre regañando a su hijo—. Me dijiste que traiga algo lindo y tú, hm, tu concepto de lindo está algo... distorsionado... —murmura la última frase en voz tan baja que apenas puedo comprenderla.

—¿*Distorsionado*? —reitero la palabra, ahora con el rostro ceñudo y confundida. ¿Qué se supone que significaba aquello, exactamente? Suelta un suspiro.

—Tu peluche favorito es un conejo negro de ojos rojos y que le falta una oreja —me explica, y entonces me confunde más. ¿Qué tenía que ver Tincky Wincky en esto? Lo miro y, lanzado otro suspiro, se da cuenta de que no entiendo—. Lo más diabólico y parecido a ese conejo que encontré en la tienda de mascotas fue esa tortuga. —Sus palabras son como un balde de agua helada cuando caigo en cuenta.

Claro, claro, y cuando yo les digo idiotas soy la malvada de la historia. Respiro hondo, manteniendo las ganas de estrangularlo aquí mismo.

—Aron —mis dientes parecen rechinar entre sí—, hablaba de los gustos de Loid, no los míos. Y, ¡y además, Tincky Wincky no es diabólico! ¿¡De qué diablos hablas!? —El castaño me hace una señal hacia atrás, y cuando me giro, encuentro a todos los presentes viéndome extrañados.

Genial.

Suelto un suspiro.

—Loid —murmuro, observando cómo ve a la tortuga asustado y luego bajo la mirada, sosteniendo el puente de mi nariz con estrés—. Lo siento, este bicho no era lo que realmente queríamos traerte, deja que yo lo cambie.

—¡No! ¿¡Por qué!? ¡Es muy bonita! —Abro los ojos de golpe y clavo mi vista en él.

¿Qué...?

Loid tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras acariciaba el caparazón de la tortuga. Esta se esconde en una esquina de la caja, metiéndose dentro de su caparazón nuevamente, y parece que casi gruñe histérica. Su hermana y el otro escuinle pelinegro la veían curiosos, tocando su caparazón también. Miré a Aron, y luego simplemente solté un suspiro, sonriendo.

—Oigan... —Todos volcamos nuestros rostros hacia Aron, quién sostiene su móvil con una gran sonrisa—, hoy habrá una fiesta en la casa de Niel —comenta, aparentemente animado.

—¿Te felicito...? —susurro, viéndolo con una ceja enarcada. Loid me da una terrible patada en el pie, haciéndome chillar. ¿Por qué estaban tan violentos últimamente? ¡Y luego soy yo!

—Tú irás —espetan sincronizados, y entonces río.

Ellos estaban dementes. ¿Yo, en una fiesta? ¿Con gente? ¡Ja! ¡Sobre mi cadáver!

...

—Los odio —espeto, y como una niña de tres años, me cruzo de brazos. El volumen de la música hace zumbiar mis oídos de tal forma que creo que sangrarán. La noche, por suerte, no es tan fría, y me pego a la esquina del sofá, tanto que parece que mi torso se fusionará con el posabrazos. Intento alejarme lo más posible de la parejita que se estaba casi dando el lote junto a mí. Por suerte, el sofá es grande.

Frente a mí, dos chicos, uno con su celular y el otro solo, miraban los cuerpos de las chicas y murmuraban cosas bastante desagradables.

Quería matar a alguien.

—Oh, vamos —me anima Loid mientras sostiene un vaso rojo con quién sabe qué bebida y mira a la pista. Está sentado junto a mí en un sofá individual blanco.

—Púdrete —espeto, cruzándome de piernas.

—Pero...

—Que te pudras, dije. —Él me da una mirada risueña y dirige su vista hacia la pista. Tiene ganas de bailar, lo sé. Está hace una hora viendo la pista y moviendo los pies al ritmo de la canción.

—Ve —digo, y él gira con rapidez su cabeza a mí—. Ve a bailar. —La luces son oscuras, lo único que me permite ver su expresión de felicidad son los pequeños faros de todos colores que se movían de aquí para allá por el living.

—Aron me dijo que no te dejara sola —comenta y hago una mueca. ¿Quién soy yo para negarle a alguien divertirse? Y, además, probablemente, si me deja sola, pueda largarme de una maldita vez.

—Estaré bien —digo, y al parecer no necesito insistir mucho, puesto que se pone de pie en un segundo y su cuerpo desaparece entre la pequeña multitud bailando en el medio del living.

Mi vista comienza por inercia a ver por todos lados, intentando desesperadamente encontrar una salida.

—¿En serio eso funciona con las mujeres? —comenta el chico de antes, uno de los que estaba frente a mí. Dirijo mi mirada hacia donde su dedo apunta, y veo cómo un chico besa los labios de una rubia a la fuerza, esta se resiste, pero luego le sigue—. Y luego hablan de los caballeros —se queja el pelirrojo. ¿Me está hablando a mí? Él me ve, como si quisiera que yo contestara a su comentario y no sé qué responder.

¿Cómo diablos se socializa?, ¿qué se supone que le diga? Oh, Dios. Es más fácil socializar con gente virtual.

—No sé —digo y pienso mis palabras—: Debes conocer una para saber lo que quiere, y no conoces a ninguna. Fracaso —comento con la voz baja. Oh, sí, la amabilidad brotaba de mis poros. El chico me ve incrédulo, y luego, cuando creo que me mandará al diablo, suelta una carcajada.

—Bien, entonces buscaré a otra que no quiera caballeros. —Frunzo mi ceño y el chico, poniéndose de pie, ve a su alrededor, posando su mirada en una chica de cabello castaño, quien tomaba un trago sola y llevaba un vestido de *animal print*—. ¡Ey, tetas grandes...! —Y yo le hice el favor de golpearlo—. Mis... bo-las —espeto, despalmándose adolorido en el sofá, y creo que es la primera vez que sonrío estando aquí.

—¡No tan agresivo, imbécil!

—¡Tú! —Pego un respingo de golpe, y el pelirrojo depravado y yo concentramos nuestra

vista en una chica que me señala con un dedo. Sí, a mí.

Dios, ¿por qué la gente rara me persigue?

La chica lleva una falda corta ceñida y una blusa holgada. Es bastante bonita, tiene dos coletas y su cabello es color rosa.

—¡Tú eres perfecta! —dice, y me sigue señalando con un dedo.

¿Qué?

—Ya sé que soy perfecta —dice el pelirrojo, mientras sigue sosteniendo sus partes nobles y se retuerce de dolor en el sofá.

—¡Ven! —me chilla nuevamente, es demasiado tarde cuando me sujeta de la muñeca y comienza a jalnearme hacia la pista. No comprendo la situación, y es la primera vez que estoy en una fiesta. ¿Las del kínder cuentan? No lo creo.

La chica de cabellos rosas me guía por un pasillo, alejándonos de la música. Quiero reaccionar, pero es demasiado rápida y tiene bastante fuerza. Al final del pasillo, entramos en una habitación donde hay más chicos de nuestra edad sentados en el piso y formando una ronda.

¿Una secta satánica? Ah, aguarden, hay una botella. Están jugando a... alto, ay, no, ¿dónde diablos me metió?

Entonces, la chica abre la puerta de un enorme armario y mi vista se marea cuando me echa dentro de este con fuerza. Me obligo a mover los brazos y los apoyo frente a mí, sino, mi cabeza se vería seriamente afectada impactando en tal madera.

—¡Siete minutos en el cielo, disfrútalo, suertuda!

¿¡Siete minutos en el qué!?

Intento salir, pero todo se oscurece cuando la puerta se cierra de golpe. Está trancada desde afuera, mierda. Le doy patadas, furiosa, pero nada. Comienzo a oír murmullos y risas desde afuera. Está loca. Todo esto estaba mal.

Maldito Loid. Le damos una tortuga histérica de regalo y me trae aquí.

¿Qué diablos era todo esto?

Mi piel se eriza de pavor cuando noto la presencia de alguien más a mi lado. Oh, joder, no. No sé quién es, pero por su altura y anchos hombros que veo como sombras, sé que es alguien del sexo opuesto. Me giro con ferocidad y pego mi espalda al final del armario, sintiendo cómo la madera me sostiene y mi corazón palpita.

—Te lo advierto, me tocas y adiós, testículos.

Él suelta una risa, y entonces aguanto la respiración. Oh, esa risa ronca y suave la conocía como a ninguna. Me preocupa que ya no la encuentre molesta, sino encantadora, ¿qué diablos me pasaba?

—Fresita, qué coincidencia.

Oh, no.

### ***Once años atrás***

El agua salada corría sin parar por los mofes de la pequeña, quién apretaba a su pecho sus débiles piernas y cerraba sus pequeñas manos como puños.

Oscuridad. La habitación estaba sumida en una tortuosa y silenciosa oscuridad que a cada segundo solo conseguía acelerar y alterar aún más su pequeño corazón roto.

«*Elizabeth, ¿quieres venir a jugar?*».

Esas habían sido las palabras de aquellos tres niños. En primera instancia quiso negarse, pero, quién sabe, quizás esos niños no eran como los demás.

Ir a la vieja casa de los fallecidos ancianos Mok no parecía un juego muy pintoresco, puesto que por la cuadra los rumores volaban tan rápido como nunca. Bisbiseos sobre personas que vieron las sombras de estos ancianos por la abandonada casa. Chascarrillos y anécdotas que el barrio entero sabía. La casa nunca fue comprada por otras personas, y cada año que pasaba la casa se veía más abarrotada y vieja que antes.

Elizabeth, a pesar de su corta edad, supo en el momento que pisó el seco césped de la casa que algo no andaba bien. Y cuando escuchó cómo los niños cerraban la puerta a sus espaldas entre risillas crueles y colocaban el pasador, su mundo cayó, así como la luz en aquel momento.

—*La oscuridad me asusta mucho, mami.*

—*La oscuridad no existe, cariño, solo es la ausencia de luz.*

Intentó rememorar las palabras de su madre, quien en tormentas feroces o apagones súbitos acariciaba su cabello, diciéndole que siempre estaría allí.

Pero no estaba. Ella no estaba en ese momento. Ella mintió. ¿Por qué había hecho aquella burda promesa? Ella no estaba allí para tranquilizarla con su suave y dulce voz. Y la necesitaba. La necesitaba mucho.

La pequeña respiró hondo mientras abrazaba con fuerza sus princesitas, como si su vida dependiera de ello, sintiendo la fría y gélida pared en su espalda. Escuchaba estruendos entre la oscuridad y supo que eran los latidos de su propio corazón que la envolvían, la engullían en acelerados latidos y pensamientos melancólicos.

Apretó sus ojos, respirando profundo, y se dio cuenta de que nada en el mundo podía consolarla a menos que fuera su madre. Entonces se quedó allí, escuchando los latidos feroces de su corazón y sintiendo cómo la tristeza y melancolía consumían su alma paso a paso.

—¡Elizabeth! —Un grito desesperado retumbó en las viejas paredes, y se encogió de pavor—. ¡Elizabeth!? —Su mente estaba demasiado abstraída como para procesar o reconocer la masculina y algo peculiar voz que la llamaba.

La mirada de Christopher finalmente se encontró con una ventana, puesto que la puerta trasera de esa gran y abandonada casa estaba con pasador. El niño se colgó de una rama con fuerza y quedó tendido, por lo tanto, cuando sus pies estuvieron sobre el marco de dicha ventana, se impulsó hacia adentro de esta, sintiendo cómo era preso de la rabia y frustración del momento. Era un gran maestro saltando ventanas y escalando árboles, cuando el Comandante se molestaba con él era su única vía de escape de las fuerzas azotinas que probablemente le daría.

«*¡Eres un tonto!*», había rugido molesto el pelinegro, y le proporcionó un puñetazo en el rostro

a uno de esos niños cuando de casualidad se los cruzó por el barrio. Conocía palabras mucho más inapropiadas que su padre normalmente le diría a él, pero nunca se las diría a nadie si lo hacía sentir de aquella forma a él.

*«El fenómeno se lo merece».*

*«Es demasiado rara».*

Se sintió enfermo cuando tales palabras naufragaron nuevamente en su cabeza, ¿pero qué diablos les pasaba a esos niños?, ¿cuál era exactamente su problema con Elizabeth?, ¿solo por la muerte de su madre?, ¿por ser sensible?, ¿por ser pequeña? No comprendía por qué se la empeñaban tanto con esa niña indefensa.

Pero, en realidad, lo sabía. Era porque ella era débil. Muy débil. Su padre tenía razón, y era lo que más lo enfermaba y enfurecía. Saber que su padre tenía razón. Que, o se hacía fuerte, o las personas acabarían molestándolo y hostigándolo como a su pequeña vecina. Y que nadie, absolutamente nadie iba a ayudarlo. Que, nuevamente, el mundo era cruel y nadie iba a velar por el bienestar de alguien débil que no era de ayuda para la sociedad. Pero él no iba a hacer aquello, él podía defender a Elizabeth, así que eso iba a hacer. Él podía hacer que las palabras de su padre fueran falsas, él defendía a su vecina, así que, por lo tanto, su padre estaba equivocado, ¿no es así?

Buscó entre la oscuridad con la mirada, y vio cómo tenues rayos de luna iluminaban por las ventanas rotas a una pequeña niña, abrazando sus piernas justo en la esquina del abandonado lugar.

Fue como si su alma recibiera un fuerte tirón, un dolor inmenso se incrustó en su pecho, como si aquella simple imagen se materializara en un golpe directo a su estómago.

—¡Elizabeth! —chilló, corriendo hacia la niña, pero ella no se movió un centímetro, supo entonces que estaba demasiado asustada como para responder a sus gritos—. Ey, ¿estás bien?, ¿te lastimaste? —Quitó de su escondite el rostro de la niña rápidamente y comenzó a examinarlo, viéndolo de perfil y abajo.

Suerte, no estaba lastimada. Pero con simplemente ver el brillo pálido y nostálgico de sus pequeños ojos pudo ver lo lastimada que estaba, y no físicamente.

—¿Qué haces? —preguntó ella en un pequeño hilo de voz, su voz era casi imperceptible dentro de la sombría casa.

—Vine por ti —aclaró, aún preocupado por el bienestar de la niña—. Vámonos. —Su mano sujetó la pequeña muñeca de ella, sin embargo, ella no se movió.

—No puedo —murmuró apenas, volviendo a esconder el rostro entre sus raspadas y magulladas rodillitas. El pequeño, de pie frente a ella, observaba una vista demasiado triste y frunció el ceño.

—¿Qué? Pero... —Volvió a tirar de ella, pero su pequeña princesa mantuvo su posición, como si esconder el rostro entre sus rodillas fuera un gran y máspreciado escondite.

Y la observó. Estaba temblando, literalmente. Él no era alguien demasiado perceptivo con las personas a su alrededor, sin embargo, cuando el tema se trataba de ella, él podía leerla tan fácilmente como si fuera una estrofa de alguna canción.

El miedo en su interior era de tal manera que no la dejaba moverse, lo único que podía hacer era temblar.

—Pues, eh... —El niño se colocó en cuclillas frente a ella y la examinó.

Piensa, piensa... se decía a sí mismo, su mente divagó en cualquier lugar, intentando idear alguna práctica excusa que haga a la niña moverse.

¿Fuego? No, eso la asustaría más. ¿Fantasmas? También. Diablos, ella siempre se asustaba, la

esencia y naturaleza de esta niña era temerle a casi todo, ¿qué podía decir? Luego de un momento, alzó la vista, emocionado por lo que acababa de pasar por su mente.

—Imagina que eres una luciérnaga —soltó de golpe el pequeño con una radiante sonrisa.

Elizabeth, curiosa por sus extrañas palabras, quitó lentamente su rostro y lo levantó para ver a los ojos a ese niño tan dulce.

—¿Lu... luciérnaga?

—¡Sí! —chilló el pelinegro, exaltándose y haciendo sobresaltar a Elizabeth—. Las luciérnagas necesitan oscuridad, ¿verdad? —La niña infló sus húmedos y rojitos mofletes, confundida, y Christopher se dijo que era demasiado adorable.

—Sí, pero, ¿eso qué tiene? —Él se acercó a ella, y Elizabeth fue uniendo más su espalda a la pared.

—¿Recuerdas cuándo fuimos a la casa de los abuelos? ¿Recuerdas todas las luciérnagas en el lago? —dijo, y Elizabeth asintió haciendo una inocente mueca—. Tú dijiste que eran hermosas.

La niña volvió a asentir. Sin caer en cuenta de lo calmado que estaba su corazón ahora.

—Bien, tú eres una luciérnaga, Elizabeth, necesitas oscuridad para brillar. Brillamos juntos entonces. ¿No quieres? —Estaba algo inseguro, pero de todas formas puso sus esfuerzos para sonreírle, tomando desprevenida a la niña cuando sujetó con fuerza su mano y él apretó sutilmente, llenando su alma de una confianza infinita. Toda acción tiene una reacción. Y cuando Christopher tomaba la acción de tomar su mano, Elizabeth súbitamente reaccionaba, sintiéndose segura.

Christopher observó entre la opaca luz lunar cómo el pálido rostro de Elizabeth comenzaba a transformarse en un tenue color carmesí, parecía que la niña estaba hirviendo.

Hirviendo igual que el corazón de ese niño en aquel momento.

### *Ahora*

—¿Pero qué...? —Entre la espantosa oscuridad, oigo cómo el simio alfa soltaba una risilla nuevamente, provocando que miles de emociones se sacudan en mi estómago.

Me preocupa, ¿por qué ahora su risa ya no me era tan agobiante? Su risa ahora se me hace encantadora. Y, joder, ¿qué me ocurre? ¿Me tomé algo sin darme cuenta o qué?

—Qué casualidad, ¿verdad? —espeta, ladeando la cabeza, y me estremece la idea de no poder salir. Me sofoco de golpe, sintiendo cómo el aire comienza a escaparse de mis pulmones. Trago saliva, y quiero dejar caer mi peso en la madera del armario, pero no lo hago. No seré débil frente a él.

Miro de golpe la puerta y doy un paso hacia esta, pero, claro, ¿cómo iba a dejármelo tan fácil? Christopher estira uno de sus brazos en un movimiento demasiado rápido para mis ojos y su mano golpea la madera detrás de mí, a la altura de mis hombros, enjaulándome. Doy un respingo del susto y me apego al armario, alejándome de él lo más posible, como si eso fuera posible en este estúpido y estrecho lugar.

—¡Eh, eh! —grita una voz masculina desde afuera, luego de oír el golpe—. ¡Que solo tienen que besarse, no se emocionen! —Todos estallan en carcajadas desde afuera, y si tuviera el aliento para insultarlos, juro por Dios que lo haría de una forma tan grande que no sabrían si enojarse o aplaudirme. Christopher hace un sonido con su nariz, también riendo.

Respiro lentamente.

—Quítate.

Él ladea la cabeza, y sé que tiene una gran sonrisa dibujada en sus labios.

—No sé —declara, deslizando su mano a la altura de mi mejilla, y se encoje de hombros—. Solo veo la sombra pequeña de una fresita —dice risueño, y aprieto los puños de la rabia.

Hoy era la segunda maldita vez que se metían con mi altura, al próximo le rompo la cara.



—No sé —imito su voz, en un tono más eufórico y desesperado—. Solo veo la estúpida sombra de un simio gigante —Él se ríe, moviendo los hombros y me molesta que mi comentario no le disguste como a mí los suyos. ¿Por qué Christopher me fastidiaba tanto últimamente!? Al menos antes no se me acercaba tanto, y al menos antes tampoco me afectaba.

Noto mi momento de gloria al ver cómo ríe disperso. Trago saliva e intento escabullirme por el lado izquierdo, pero, claro, la vida me detesta.

Cuando mi oreja roza el lugar abajo de su hombro, él reacciona casi por inercia. Sujeta rápidamente la tela de mi suéter negro, del lado de mi hombro y mi espalda se apoya nuevamente en la madera fría de nuevo.

—¡Eh, tranquilícense! —grita la misma voz de antes—. ¡Que les quedan cuatro minutos! — Todos estallan en carcajadas nuevamente.

Quería incendiar la casa.

—¿Por qué mejor no te pegas ocho tiros!? —chillo—. ¡Sabandija de mierda!

Christopher parece tentarse y comienzo a escuchar el latido de mi corazón en mis oídos y no puedo reaccionar con claridad. Christopher apoya ambos brazos detrás de mí, encerrándome nuevamente. Quiero insultarlo, pero tengo algo obstaculizando mi garganta.

—¿No crees... que deberíamos terminar lo del otro día? —murmura.

—¿No crees... que deberías tirarte un tiro tú también!? —casi grito entre susurros inquietos. Y soy tan consciente de él, tan malditamente consciente de todo su cuerpo, que en el momento en que su pecho chocó en el mío, siento un abrasador fuego en el estómago

—Quédate quieta. —No me gusta el tono ronco de su voz. Si no salgo de aquí, me dará un ataque cardiovascular. Forcejeo tres segundos, y entonces él parece hartarse y me sujeta de los brazos con fuerza, inmovilizándome y pegándome a la pared como si fuera un cuadro.

Él suelta un suspiro.

—Elizabeth... —Respira con dificultad, y su voz casi aturdida me da curiosidad—. En serio, quiero besarte, joder. —Quedo en blanco y dejo de moverme de golpe.

¿Qué diablos acaba de decir? Esperen... ¿besarme? ¿Los siete minutos era para besarnos!? ¿¡Qué!?! Oh, mi Dios, acabo de comprender el por qué nos encerraron. Acabo de entender el juego.

La verdad creí que sí era una secta satánica e iban a incendiar el armario conmigo dentro. No me juzguen, no conocía ese estúpido juego.

—¿Nos... nos encerraron aquí para besarnos? —pregunto en un hilo de voz, en un tono ridículamente de niña. Christopher me mira directo a los ojos de golpe. No veo con claridad sus orbes, pero su mirada es tan intensa que la siento sobre mí a pesar de la oscuridad.

Él afloja la fuerza que ejerce en mis brazos y me siento aliviada.

—¿Tú...? —Hace una costosa pausa, y luego suelta un suspiro—: ¿Por qué tienes que ser así? Demonios, ¿por qué tienes que ser tan... tan...? —Da un gruñido, mirando al piso, y no sé si está molesto o qué rayos le sucede.

Cosas de simios, quién sabe.

—Hm... bueno, hay... hay que salir... —susurro, y cuando me inclino a la puerta, sus brazos se tensan y se colocan en mis hombros, asustándome.

Sus grandes manos me empujan a la pared de nuevo y siento el corazón en la garganta.

—Chris...

—No, no de nuevo —dice, seguro. Él se inclina y sus manos bajan desde mis hombros hasta mis codos, erizándome segunda a segundo. Suelta mis hombros y coloca sus manos en los lados de mi cintura.

No sé qué hacer o qué está haciendo exactamente, y me quedo confusa viendo su sombra entre

la oscuridad. Entonces, cuando me digo que no puede estar más cerca y siento cómo el calor de sus calientes manos se filtra por mi suéter, comienza a inclinarse. Mi pecho explota, igual que mi estómago. Contengo la respiración y meto mi estómago, sintiendo cómo su calor corporal me envuelve. Él sigue inclinándose, lo hace de una forma tan lenta que es tortuoso para mi corazón.

Cierro los ojos, y ¿qué mierda estoy haciendo? ¿Por qué diablos no lo aparto? Me veo en un debate constante entre mi cuerpo y mi cerebro, ya que el primero no se dignaba a responder.

Oh, Dios. Él iba a besarme.

—¡Consíguete tu novia! —La voz de un niño hace que me pierda en el tiempo y espacio.

Alto, ¿esa no era la voz del hermano menor de Loid?

## 20

Abro los ojos de golpe, y la deslumbrante luz que tiñe mi vista por la puerta recientemente abierta me hace erizar. Pero no, no es eso lo que me eriza. Christopher estaba demasiado cerca y sus ojos se entrecierran denotando curiosidad al observar cómo los he abierto. Oh, mierda. Él se dio cuenta de que yo los tenía cerrados. Él lo sabe. Él... él sabe lo que yo quería...

Jesús, ¡yo quería que me besara! ¿¡Qué demonios me sucede!?! Besar al simio alfa, por más cautivadores que fuesen sus labios, no estaba en mi plan de vida. Ni de muerte, ni de nada.

Dios, necesito ir a un psiquiatra.

Su respiración golpea en mi rostro, entibiándolo más de lo que ya estaba cuando baja los brazos y sigue viéndome, entonces me da esa habitual sonrisa torcida, pero esta era diferente. Esta sonrisa torcida era de gloria, ya que yo había perdido, puesto que iba a dejar que me besara.

—¡Eh, grandote, aquí! —El chillido de una voz fina y masculina nos paraliza, y ambos bajamos la mirada hacia el niño halagos-de-camionero-borracho. Necesito escapar de aquí, mi pulso cardíaco aún sigue por las nubes, y aún sigo en este espacio pequeño con Christopher.

—¿Qué...? —Me fijé en Christopher, quien mantiene una ceja enarcada mientras observa al niño—. Te pareces a alguien que conozco —murmura, y parece algo molesto.

—Tú también —dice el niño, cruzándose de brazos, y me pregunto qué demonios hace en un lugar como este—. Te pareces a un payaso que vi con esa nariz tan grande y fea —espeta, viendo de arriba abajo a Christopher.

Bien, dos cosas: primera, el niño era realmente valiente en decir ese tipo de cosas cuando le llega a Christopher hasta las caderas; segunda, probablemente eso molestó a Christopher; y tercera, quizá no salga vivo de aquí. Ah, ¿había dicho dos? Bueno, da igual.

Él alza una ceja y mira alrededor con lentitud, intentando procesar sus palabras. ¿Es que piensa quedarse a vivir en este maldito armario o qué? El pelinegro abre la boca, viendo al niño, pero entonces siento cómo este me toma de la mano y me jala hacia afuera o, bueno, con esa altura, hacia abajo.

—Vayámonos, amada mía, tu caballero está aquí —dice el niño con júbilo, y sus palabras me dejan demasiado confundida como para razonar como es debido, así que en dos pasos ya estamos afuera del armario.

Aguarden, ¿qué diablos dijo? Dios, este niño era incluso más extraño que Loid.

Una fuerte mano sujeta con vigor mi suéter por la espalda y jala mi ropa hacia atrás. Pierdo el equilibrio por completo y, cuando creo que me desplomaré en el piso, mi espalda impacta en el duro pecho de Christopher. Siento cómo su respiración hace bailar los cabellos de mi flequillo.

—¿Amada... qué? —murmura. Tengo el instinto de alzar la mirada y verlo a los ojos, pero estamos demasiado cerca y, no, gracias. Mi pulso cardíaco comienza a subir de nuevo por el simple hecho de tenerlo acerca. ¿Qué jodidos con mi cuerpo? En serio, me preocupaba mi salud.

—¿Por qué tocas a mi novia, grandulón feo? —El niño nos miraba desde abajo colocando sus manos como jarras, y hago un esfuerzo de no reír por sus insultos tontos e infantiles. Y, ah, esperen, ¿dijo novia?

—¿Novia? —Christopher.

—No me mires sí. No hice nada —me quejo, dado a su mirada confusa sobre mí. Luego de un momento se ríe y, diablos, qué dulce suena eso

—Mira, pulga, ve a tomar la mamila y no molestes.

—¿¡Pulga! —chilla el mini-pelinegro—. Bueno, bueno... ¡Pues disculpa por tener el tamaño de un orangután! —Lo mismo digo, pulga, lo mismo digo, estoy totalmente de acuerdo en eso. Es que en serio, ¿cuándo fue que Christopher creció de tal forma?

—¿Sabes qué hacen los orangutanes con las pulgas? —pregunta retóricamente el más grande sobre mi hombro. El niño asiente, viéndolo con el rostro ceñudo—. Las matan —suelta en voz gruesa y alta, provocando que el niño haga una mueca de pavor y se encoja de miedo, exactamente igual que yo.

Alto, ¿en serio Christopher estaba discutiendo con un niño de nueve años?

Luego de aquella escena, Loid apareció corriendo y su explicación más normal fue más o menos así:

«Bueno, es que cuando volví de bailar tú no estabas y me asusté mucho, ¿sabes los posibles violadores o traficantes que hay aquí? Bueno, pues muchos. Entonces comencé junto a Aron a buscarte, pero no te encontrábamos por ningún rincón de esta casa y nos preocupamos. ¿Qué tal si no te encontrábamos? Christopher nos mataría, hasta pensé en comprarme un camión de hamburguesas e irme del país vendiéndolas, ¿te imaginas? ¿Ir por todo el país y vivir en una camioneta de hamburguesas? Espera, ¡es genial! Aron dijo que debería llamarse Neutrón, pero a mí me gustó más Nixm..., lo siento, me desvié del tema. En fin. Decidimos hacer un grupo de rescate para ti, pero nadie de los chicos había venido, así que fuimos por casa a buscar a mi hermano mayor y, cuando llegamos, Liam salió del maletero del auto y, al parecer, le gustas».

Y no había entendido nada, me lo había explicado hablando rapidísimo y nervioso mientras volvíamos a casa. Además del niño intentado abrazar mi pierna.

—¿Podrías quitarte de ahí? —le espeta al niño, y yo acomodo mi espalda en el respaldar del asiento del auto, viendo las luces de las calles.

El auto del hermano mayor de Loid era demasiado pequeño, hasta el punto que mi cabeza rozaba el techo y, bueno, Christopher iba a ser el Jorobado de Notre Dame del dos mil diecinueve si continuaba en esa postura tan incómoda, en serio, parecía que quería volver a ser un feto y no nacer. Mi hombro chocaba con el suyo y el niño abrazando mi pierna me incomodaba demasiado.

—¿No ves que estoy cuidando a mi princesa? —Liam abraza mi pierna con más fuerza y siento que la sangre en esta ya no circulará.

—¿Tu...? —Christopher baja la cabeza, sosteniendo entre sus dedos el puente de su nariz, estresado, y luego gira violentamente su rostro al niño—. Ella no es tu novia, pequeña pulga.

—Claro que lo es, vómito de perro —insulta el menor—, solo que aún no lo sabe ni dijo que sí.

—No es tu novia. —Dios mío, ¿cuántos años tenía?

—No es la tuya tampoco —le chilla Liam, haciendo pucheros. El más grande abre la boca para seguir su concurso de gritos, pero él me mira, serio, y siento cómo si tuviera una quemazón en el estómago por la mirada que me da. El pelinegro cierra la boca de golpe y se gira molesto, viendo la ventana.

—¿Que no es qué, qué? —El hermano mayor de Loid —no sabía su nombre, pero daba la vida a que comenzaba con la letra L— conduce con un ojo cerrado y el otro abierto. Su cara de sueño es incluso peor que las mías por la mañana, pero lo que realmente me preocupa es cómo conduce—. Llegamos.

—Al fin. —Me cuesta un poco salir, ya que el pequeño bicho de Liam no soltaba mi rodilla—. Al fin —reitero un poco estresada y viendo al niño. Quien abraza mi pierna y está sentado en el piso, viéndome a los ojos.

—Nos volveremos a encontrar, amada mía. Surcaré mares, mataré gigantes y quitaré el puro corazón del pecho de dragón por ti. —Todos, incluso el hermano mayor de Loid, nos quedamos viendo al niño en blanco.

Okey, este niño ve demasiadas películas.

Me coloco la capucha de mi suéter y escondo mis manos en las mangas de este, caminando directo a mi casa o, mejor dicho, directo a mi cama.

—¡No! —Frunzo el ceño y giro mi cabeza, donde Christopher sostiene su móvil pegado a la oreja y, al parecer, está hablando con alguien—. No, Carter, escúchame, maldita sea. —¿Carter? Me digo que tengo que ir a mi casa, que escucharlo está mal, pero la curiosidad me domina y está tan malditamente alterado que me críspalo—. No puedo suplantarle de nuevo, ya no. ¡Demonios! ¡La última vez casi descubren que era yo y no...! —Él se tensa de una forma que me hace dar un paso atrás, se gira mínimamente y cierra los labios de golpe al verme detrás de él. Respira hondo.

—¿Qué haces allí? —Me encojo un poco por su voz gruesa y enojada.

—¿Voy a mi casa? —digo con el rostro aún ceñudo. Él suelta un suspiro y se encamina rápidamente a la suya sin siquiera voltearse a verme.

Ugh, ¿qué fue eso?

...

—¿¡Qué diablos hacen!?

Oh, joder, esto es demasiado para ser la segunda hora de clase. Aron se gira a mí, asustado de igual forma que Loid. El rubio intentaba escalar un árbol del patio trasero en la institución, colgándose de una especie de flecha clavada en el árbol que no tengo idea de dónde demonios salió y Aron también está ahí, sosteniendo uno de sus pies.

—¡Estoy seguro de que vi a Josh Segundo ahí! —me grita el rubio, sacando la lengua y demasiado concentrado en su labor, intentando seguir escalando inútilmente el árbol.

Josh. La rana. ¿En un árbol? ¿En un maldito árbol? No, alto... ¿Josh Segundo? No me digan que vio otra maldita rana. Joder, ¡que son las nueve de la mañana! Miro con impaciencia y miedo a la puerta trasera, pensando en que, si un profesor llegaba a salir y nos veía, estaríamos fritos.

—Loid, baja, te vas a lastimar.

—¿Qué? Me ofendes. ¿No ves lo buen escalador que soy...? —Su pie resbala de la mano de

Aron de sopetón y ambos caen al piso, haciendo que el bote de basura que estaba a un lado también se desplomara en el césped recientemente cortado. La basura se dispersa y vuela en diferentes direcciones, manchando el piso también pulido y lavado del patio.

Mierda.

Loid hace una mueca de dolor sosteniendo la flecha en sus manos, que de seguro es del equipo de tiro al blanco, mientras, por otro lado, Aron estaba tendido en el suelo. No tenía cara de dolor... alto, ¿está durmiendo?

—¿Qué sucede aquí? —La profesora de Química salió por la puerta con las manos como jarras, viéndonos. ¡Viva la vida!

Bueno, piensa una buena excusa, me digo, viendo la flecha en las manos de Loid.

—Nos atacó un indio.

...

—No puedo creer que esté castigada, ¡nunca me habían castigado antes! —Era increíble, ¿qué hice yo para merecer esto?

—¡No fue mi culpa! —Aron está a punto de colocar sus labios en la pajilla de su jugo de naranja, sin embargo, yo me le adelanto y se lo quito de las manos—. ¡Yo solo iba por Josh Segundo!

—No me digas que viste otra rana, ¿cómo diablos habría una rana sobre un maldito árbol, eh? —suelto, viéndolo con una cara obvia. Los tres nos dirigimos a la sala de castigos, la cual se encuentra en el sótano de la institución. Al parecer, la profesora se tomó mi comentario del indio muy ofensivo y se molestó.

¿Pero que quería de mí? Fue lo primero que se me había ocurrido. Estaba nerviosa, cuando estoy nerviosa digo estupideces, como si mis neuronas se complementaran con las de Aron y Loid. Sí, esa es una buena explicación.

—Josh Segundo no es una rana, es una ardilla —dice risueño el rubio, robando una de mis galletas de chocolate. Me detengo un momento y miro a Loid con la frente arrugada.

—¿Una ardilla? —Una rana y una ardilla, claro, animales idénticos.

Los tres bajamos una amplia escalera de color azul concreto y, al bajar completamente, un terrible olor a humedad invade mis conductos nasales. Aron me hace una mueca y me digo que no solo yo lo siento. El lugar está iluminado simplemente por tres tubos de luz blancos y uno de ellos tintinea, dándole un aspecto lúgubre.

Las paredes del salón son de un color gris opaco, exactamente igual a las pocas mesas y sillas, aunque todas estas estaban rayadas con palabras bastantes ofensivas.

Vemos al frente a un grupo de chicos que, al parecer, usaban las dos horas de castigo para dormir.

Me digo que será bastante aburrido, sin embargo, percibo cómo la sangre se agrupa en mi pecho al reconocer a uno de ellos. Su cabello perfectamente negro ahora estaba lleno de tierra y, en su hombro, el saco de la Institución estaba rasgado. Las botas estaban igual de sucias, como si lo hubiera golpeado un camión de frente. La conmoción es a tal grado que el jugo se escapa de mis manos y golea el piso, derramándose en este.

—¿Christopher? —suelto su nombre en un suspiro, con pesadez, y veo cómo su rostro se gira de golpe hacia nosotros.

Alto.

*Stop.*

Este no era Christopher.

No es él. No es él. Oh, Dios, ¿qué diablos es todo esto?

Reitero una y otra vez en mi mente al tener una vista clara de su rostro, y siento cómo mi mente explotará en cualquier momento. Estoy completamente segura, además, de que el flequillo que cubría sus cejas estaba teñido de un color más claro, de un castaño oscuro. Su nariz era más pequeña que la del simio y un pequeño aro de metal colgaba de una aleta de su nariz. Era demasiado semejante, pero diferente de sus facciones, el brillo de su cabello. La conmoción me golpea y me deja sin respuestas, mi cuerpo no parece reaccionar mientras me lo quedo viendo como idiota. Aron y Loid me empujan de los hombros cuando paro el paso de golpe y ellos al parecer no lo ven.

—Joven Carter, ya le dije que baje los pies del pupitre. —La profesora da un golpe en la mesa que me obliga a salir de la especie de trance al que me había sometido, sobresaltándome apenas, y nos sentamos rápidamente.

Carter. Un momento, ¿Carter...? La leve impresión de haber escuchado ese nombre... Diablos, sí. ¿Él es el tal Carter con el que Christopher discutía anoche por su móvil? Esto no tiene sentido, digo. Podría ser, pero a la vez no, de seguro no es el único Carter que existe en el mundo, estaba segura de que existían algunos más. Sin embargo, era realmente extraño que el simio hubiera mencionado un Carter anoche y de golpe este tipo que básicamente parece su clon, pero mucho más jodido, se llame de la misma forma. ¿De dónde fue que salió este chico? Es decir, ¡sé absolutamente todo sobre el simio alfa! ¿Cómo es posible que no me enterara yo de esto!? Esto sale completamente de mi entendimiento y me frustra demasiado, todo es demasiado extraño.

Mis rodillas tiemblan al observar la mirada del chico. Su mirada era negra, realmente —terriblemente— negra y, bueno, es como otro simio alfa versión 2.0 con una nariz un poco más alargada, delgado como un junco y una mirada más jodida aún. Nos veía por debajo de su flequillo revuelto. Se me queda viendo, me era realmente incómodo, pero de una forma donde me generaba mucha curiosidad. Es decir, ¡su parecido era realmente claro!

Trago saliva, diciéndome que esto no va a terminar bien, y observo a mis amigos, quienes están tan impactados como yo.

—Oh, llegaron las visitas. —Mi piel se estremece ante la voz de otro chico. Es gigantesco, con el cabello de un verde chillón y un tatuaje en su mano. Está igual de zaparrastroso y matado que todos los demás y me digo a mí misma que probablemente se metieron en una pelea grupal o algo así—. Pido la del medio —dice, e inmediatamente me lanza una mirada, haciendo estallar en risas a los demás. Hago una mueca ante ese espantoso comentario.

—¿Disculpa, imbécil? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas y los chicos se tensan junto a mí. Sabía que lo había dicho lo suficientemente fuerte como para que él me escuchara. Su gesto se hace mucho más hostil, y viendo que su cara se parece más a la de un pitbull, no me genera mucha confianza.

—¿Qué mierda acabas...? —En un movimiento efímero, el tal Carter soy-idéntico-al-simio-

alfa golpea la mano de ese chico, tomándolo por sorpresa, y como él estaba apoyando su mandíbula en esta, se resbala, golpeándose contra la mesa. El ruido de su rostro impactando sobre el pupitre provoca un eco en todo el lugar y un agónico sentimiento de dolor al verlo. Él suelta un terrible gruñido mientras se retuerce.

—Ella no. Tranquilízate. —Su voz no era tan grave como la de Christopher, pero lo suficiente como para hacer que me retuerza en mi lugar. El tipo del cabello verde levanta la cabeza y trago saliva al ver el pequeño hilo oscuro de sangre que se desliza por su nariz. Mira con el rostro ceñudo y molesto al castaño y, entonces, simplemente asiente, soltando una maldición. Quedo realmente sorprendida en que no se moleste o grite, ya que era dos veces más grande que el otro.

Mi estómago se agita nuevamente, ¿acaba de defenderme o algo por el estilo?

—Siéntense y guarden silencio. —Yo hago una mueca, la profesora literalmente había ignorado todo lo que acaba de pasar hace segundos. Con cautela y como si al mínimo movimiento nos romperían en mil fragmentos los huesos, nos sentamos en los últimos tres pupitres de la oscura sala. Los primeros que encontramos.

—¡Christopher tiene un clon! —chilla en susurros un eufórico Loid al tiempo que nos sentamos —. ¡Un clon, como la película *Robot's*!

—La película *Robot's* no son clones humanos, idiota, son de robots —digo, haciéndole una cara obvia.

—¡Qué importa! ¡Es igualito! Apuesto a que si le decimos que cante, lo hace igual de bonito que Christopher.

—Claro que no, que se parezcan no significa que tengan las mismas habilidades —responde en mi lugar Aron, quién observaba con la misma curiosidad que yo a ese extraño y misterioso chico, pero con muchísima más cautela.

—¡Te digo que sí! Mi sentido arácnido me lo dice. —Aron se golpea la frente y yo pongo los ojos en blanco.

—Loid —murmuro, lentamente, como si hablar despacio cambiaría la forma de entendimiento en el muy, muy pequeño cerebro del chico—. Ya te dije que cuando te picó esa araña venenosa solo te desmayaste, nada más. Ahora estás bien. No hay sentido arácnido. No hay. No existe.

—Ah, eso explica muchas cosas —dice mientras suelta un bostezo y deja caer la cabeza en sus brazos entrelazados sobre el pupitre, y por último cierra los ojos. Vaya, ¿por qué no me sorprende?

Diablos, estas serán las dos horas más largas de mi existencia.

—Ustedes tres, afuera.

Bueno, quizá no sería tan así.

La profesora nos sorprende luego de los recientes tres minutos transcurridos y yo pateo el pie de Loid para que despertara de su siesta. Al parecer hoy no iba a ser un día del todo normal. Primero lo del simio alfa versión 2.0, y ahora esto.

—¿Qué fue eso? —suelto una vez que salimos de aquella pocilga, y en el momento en el cual Aron abre la puerta, los fuertes rayos solares hacen estallar mi visión.

Demasiada luz.

—Ah, joder —me quejo, colocando mi mano como si fuese una visera y viendo al piso. Percibo cómo la gélida brisa del invierno atraviesa mis vaqueros, filtrándose por mi torso y extendiéndose en un segundo por mis piernas.

Estábamos en invierno. Yo amo el invierno, pero, ugh, odiaba estos momentos en los cuales me despertaba tarde y ni siquiera lograba colocarme mis suéteres gruesos o al menos una bufanda. Y casi siempre me levanto tarde, y casi siempre me muero de frío. Pero es que, no me juzguen, ¡es

casi imposible liberarme de mi cama en invierno! Es como si tuviera cadenas o algo así.

—El sol es genial —comenta Loid, abrazándose a sí mismo y cerrando los ojos, disfrutando del sol en un día invernal.

—Me dejó ciega —gimoteo molesta nuevamente.

—A ti siempre te deja ciega, te la vives a lo oscuro en tu habitación, no me sorprendería que comenzaras a derretirte o a quemarte como un vampiro en este momento. —El comentario de Aron me hace soltar una carcajada, abro los labios para contradecirlo. Pero no, no puedo, ya que tiene razón.

Estoy a punto de comentar sobre las vacaciones, pero un grito me interrumpe.

—¡Elizabeth! —Es Leon, lo reconozco en un soplo de momento, me giro hacia su dirección con una gran sonrisa dibujada en mis labios, diciéndome que hace mucho no lo veo y preguntándome por qué yo no había pensado en él cuando estábamos en el viaje. Él llega hasta mí al fin, la sonrisa en mí desaparece.

Algo anda mal. Mi corazón. Mi estómago. Mis emociones. Mi corazón ya no late tan acelerando como antes lo hacía, es decir, siento algo, pero es una pizca, apenas un susurro leve. Los retorcijones en mi estómago están durmiendo en segunda base, quizá cuarta. Tampoco me pongo nerviosa como antes, ni siento... siento... nada. Para variar. Casi nada.

¿Qué rayos me pasaba?

—¿Elizabeth? —indaga el mayor, viéndome con las cejas plegadas, confundido como yo en este momento. Me quedo viendo su rostro, desconcertada, sin comprender la situación. ¿Por qué las emociones dormían?, ¿qué significaba aquello?—. Oye, ¿estás bien? —No respondo. No sé qué hacer exactamente, quiero soltar unas palabras que lo tranquilicen, soltar palabras que a mí me tranquilicen, pero no lo logro. No comprendo a mis estúpidos sentimientos que no se deciden por nada, ¿por qué no despiertan de una vez? ¡Era Leon, Leon!, ¿¡qué me pasa!?

Una ingrátida corriente helada golpea mi columna vertebral de improvisto y me tensa, comenzando a buscar algo de lo que no estoy segura con la mirada.

—¿Elizabeth? —La voz de Leon llega a mí en un segundo plano, como un eco en mi cabeza el cual ignoro completamente con la garganta cerrada. Vislumbro de pronto, en la lejanía, un pálido perfil sereno y una figura que siento como si fuera un golpe directo al estómago. Christopher está de brazos cruzados y con un pie apoyado en el mismo lugar donde deja caer su espalda. Con el reflejo de la mañana vespertina, todo su gran porte es como una fuente de luz preciosa con innumerables destellos iridiscentes. Tiene la mirada clavada en mí y me ladea la cabeza de golpe, como si estuviera apurándose. El casi beso que compartimos en el templo viene a mí como un mal presagio y trago saliva.

Y como si todo mi cuerpo lo estuviera esperando con una premeditada desesperación, reacciona. Precipitadamente, de golpe, mi corazón parece sufrir una irrupción que acaba descargándose en todas mis extremidades como electricidad en las venas y contraigo un agobiante escalofrío en todo mi cuerpo. Mi estómago se retuerce y mis ojos solo quieren continuar viéndolo.

Hago una pausa, viendo algún lugar fijo, y mi agobiado corazón me grita que vuelva la mirada. Tomo una gran bocanada de aire.

Esto no podía estar pasándome.



—¡Elizabeth, abre la puerta! —Un estrepitoso chillido me arrancó de mi hermoso sueño, provocando que un gruñido se escapara de mis labios y la imagen de Christopher se vuelva borrosa en mi mente. Quise recurrir a todas mis fuerzas para volver a dicho sueño, sin embargo, la imagen del pelinegro había desaparecido por completo.

¿En serio Elizabeth?, ¿en serio?, ¿ahora hasta soñabas con él?, ¿hasta ese punto has llegado?

Arrugo las cejas fastidiada, hundiendo mi cara en la almohada, comenzando a sentir mi cuerpo caliente debajo de todas estas frazadas y mi estómago dio un vuelco, no quería. No quería abrir los ojos y enfrentar el día. No quería abrir los ojos y confrontar la realidad. No quería abrir los ojos y enfrentar el hecho de que me guste el simio alfa. O me atraiga. O lo que diablos sea y conlleve lo que me había dado cuenta recién ahora, sentía. Doy un giro sobre mí misma, ahora mis manos se escapan de las frazadas y siento el frío helado en la punta de mis dedos. Recuerdo la imagen de Christopher en mi sueño y las emociones chirriantes comienzan a despertarse.

Debería existir un método anticonceptivo para no enamorarse. O atraerse. O lo que sea.

Me quedo mirando el techo azul de mi habitación, el cual tiene la sombra en negro de pájaros volando. Lo había pintado con Ian y papá hace un año. Me digo que quiero ser esos pájaros, quiero volar y escapar de esto.

Soy tan desagradable, extraña, mal hablada, debilucha, lamentable, floja, insegura, tengo ojos comunes, cabello común, todo en mí es ordinario. Me felicidad consistía en los momentos a solas, en dormir, en mis libros y en mi música, no salgo a fiestas, tampoco soy muy sociable, no tengo muchos amigos. ¿Quién con tres grados de racionalidad se fajaría en mí? Y yo, como toda imbécil, acabo por gustarme el chico más alejado a mi realidad posible. Christopher era el repulsivo cliché que tanto odiaba, el rompecorazones, la estrella de teatro con la voz hermosa y melódica, el chico más atlético con el porte perfecto que cualquier chica quisiera tener.

Suelto un suspiro, sintiendo como mi pecho punza horriblemente. Estúpido corazón, mi estómago también está vacío y no se queja tanto.

—¡Elizabeth! —Oigo la voz de Loid desde la puerta y sus insistentes toques a esta me generan ganas de ahorcarlo—. ¡Abre! —Suelto otro suspiro, no quiero salir de mi cama.

—Hace frío —me excuso, tapándome hasta a cabeza. Todo mi cuarto está a oscuras, la luz del pasillo llegaba desde debajo de la puerta como una franja.

—¡Hace como dos días que no sales de tu habitación! ¡Solo para comer y bañarte! ¡Sal! —chilla Aron en un tono lastimero y me siento la peor persona del mundo por preocuparlos así. Quiero ir y decirles todo lo que me sucede, pero no puedo. No tengo ánimos para eso. Yo solo había dicho que deseaba dormir y eso era lo que hacía.

Solo me derrumbé en mi cama y decidí que el único remedio era dormir.

—¡Tiraremos la puerta! —Ruedo los ojos internamente por el grito de Loid y pocos segundos después percibo cómo algo fuerte golpea la puerta, haciendo vibrar mi cama por un segundo y asustándome—. ¡Mi hombro, ay, me lo disloqué! —Oigo chillidos y lloriqueos.

—¡Me toca! —Esta vez oigo a Aron, como si fuera una especie de juego, y entonces me puse de pie en un segundo, dirigiéndome a la puerta.

—¿¡Qué diablos hacen!? ¡Se van a matar...! —Abro los ojos en grande al ver la figura de Aron dirigirse a mí a una gran velocidad, pero consigo apartarme y abrir la puerta de par en par. Y el chico sigue de largo, estampándose contra alguna cosa de mi habitación.

—Creo que maté a tu mesa —bulle en voz baja el castaño, y veo mi mini mesa ratona con las patas hacia arriba junto a él. El chico se sienta en el piso de piernas cruzadas y con una mueca adolorida.

—¡Elizabeth! —Loid se lanza hacia mí con los brazos abiertos, como si fuera un regalo de su cumpleaños. Enrolla sus brazos en mi espalda, pegando su mejilla a la mía, y distingo un olor dulce y empalagoso. Estoy a punto de apartarlo, pero estaba confundida. Astrid nunca se había comportado así y no supe reaccionar, por lo que solo me quedo de pie, activando modo planta y dejando que me abrace con un sentimiento cálido en el pecho—. ¡Creí que estabas muerta!, ¡al final solo te habías abichado en tu extraña habitación! —lloriquea, dejándome prácticamente sorda, comenzando a zamarrear, y al final ambos terminamos cayendo sobre Aron entre risas.

Me río mientras enciendo la lámpara de mi habitación y voy a cerrar la puerta.

—¿Por qué no abrías? —indaga exasperado el rubio y en tanto cierro la puerta, distingo una botella de nafta pequeña junto esta. Arrugo las cejas.

—¿Por qué hay nafta ahí? —pregunto curiosa, señalando dicha botella.

—El plan C era prender fuego a la puerta —dice con parsimonia Aron. Está sentado como indio, moviendo frenéticamente las rodillas de arriba abajo, como un niño. Loid está revolviendo mi caja de videojuegos.

—¿En serio? —chillo—. ¿Incendiarla?

—¡Bueno, bueno! ¿Qué quieres? Si el plan B no funcionó.

—¿Y cuál era el B?

—Tirar la puerta, duh —espeta esta vez Loid con una cara obvia y contengo las irresistibles ganas de ir y darle un buen tope. Ruedo los ojos y, antes de cerrar la puerta, escondo en una gaveta la botella de nafta. Ambos estaban dementes.

Pasamos la tarde jugando videojuegos y viendo animes. Descubro que su visita, en realidad, me había hecho tremendamente bien. Entre risas y empujones olvidaba momentáneamente los problemas en los que mi mente se sumergía. También miramos una película romántica que Loid nos había obligado a dejar y Aron acabó durmiendo. Yo me terminé la pizza y Loid lloraba por el triste final de los protagonistas.

—Pero... —Se sonó nuevamente la nariz, cerrando los ojos fuertemente. Lanzó el pañuelo arrugado hacia un lado, donde hay un montículo de estos, y anoto mentalmente desinfectar esa parte.

Era un sensible. Bueno, la verdad es que yo ni miré la película, me puse a comer pizza y a jugar un juego de ninjas en el móvil de Aron. Los tres estamos con la espalda apoyada en mi cama, en el piso, frente a la TV. Aron está a mi izquierda con la mitad de su cabeza apoyada en mi pierna y la otra en el piso. Estaba todo destapado y con la boca abierta, así que corrí su cabeza y la apoyé en una almohada, así iba a terminar por babosearme.

—¡Perro estúpido! —Loid suena su nariz nuevamente y yo frunzo el ceño.

—¿De qué perro hablas? Creí que llorabas porque el amor de la protagonista murió.

—¿Qué? ¿Y por qué no lloras por el perro?

—¿De qué perro hablas?

—¡Ese! —chilló—. El que murió, cuando ese hombre le dio un trozo de carne con vidrio y murió al instante, fue tan triste. —Hago una pausa.

—Loid —suelto un suspiro, estresada—, eso era un comercial contra el abuso animal. —Hago

otra pausa, y quiero autogolpearme—. ¿¡Me estás diciendo que vimos dos horas de esa película y lloras por un maldito comercial!?

—¡Bueno! ¡No me grites! —Me mira receloso—. ¿¡Que no ves que estoy triste!?! —chilla y comienza a llorar de nuevo. Restriega su rostro en mi brazo y hago una mueca de asco. Me estaba llenando de mocos el suéter—. ¿¡Por qué!?! ¿¡Por qué, mundo cruel!?! ¡Solo era un perrito! —grita, alargando las palabras, y Aron suelta un quejido, pateando mi pierna, probablemente creyendo que era Loid.

Estuve a punto de decirle a Loid que el comercial no era real y que ningún perro había muerto, pero en menos de tres segundos acabó dormido en mi hombro.

Y así es como se termina un buen sábado, lo que se supone es que yo les diría mi problema y ellos me darían consejos y contención moral. Como amigos normales.

Y acabé por darle contención a Loid por la no-muerte de un perro, y acabé por acurrucar a Aron en mi cama luego de que babeara mi almohada.

Así, bien normales.

...

—*Elizabbbbeth, haz ejercicio.*

«Ay sí, que graciosos. ¿Tengo que recordar que Aron ni siquiera sabe montar bicicleta?».

**Cosa1:**

«¿¡Tengo que recordar que casi me matas!?!».

«Ah, además de gracioso resultó sensible».

**Cosa2:**

«NO CAMIBES DE TEMA ELIZABETH».

Creí que era triste tener un grupo conmigo misma para pasar memes y *stickers*, pero el grupo de tres que Aron había creado con nosotros era incluso más raro. Acomodé mis piernas debajo de las frazadas y me acurriqué contra mi almohada. Era domingo por la tarde, y hoy en la mañana fue cuando los chicos se fueron. Cosa1 era Aron y Cosa2, por supuesto, Loid. Nunca era buena para agendar gente ni dar nombres, pero estaba orgullosa de mi trabajo.

**Cosa1:**

«¡Es verdad! Exigimos saber por qué te la andas tan rara».

**Cosa2:**

«O sea, más de lo normal, claro».

«Ugh. Son unas viejas chismosas, y exageradas. Además pudieron preguntármelo cuando estaban aquí».

**Cosa1:**

«ES QUE TENÍA SUEÑO. ¿PORQUÉ ERES ASÍ MUJER, PORQUÉ?».

**Cosa2:**

«Y a mí me engatusaste con esa película para que no lo recordara. ¡El perrito! Dios, que atrocidad este mundo».

«¡El maldito perro no era de la película, Loid! ENTIÉNDELO».

**Cosa2:**

«MIENTES. ASÍ COMO NUESTRA AMISTAD. SI NOS QUISIERAS NOS DIRÍAS ?????? ».

Suelto un suspiro de frustración y me tapo hasta la cabeza. Ellos eran mis amigos, más de una vez podrían haberme mandado, honestamente, a la mierda. Sin embargo, seguían aquí, yo nunca los

tuve en cuenta, Jesús, yo era una horrible amiga. Siempre actuaba sola y nunca les decía nada. Sabía que mi amistad con Astrid era de esa manera, pero lo de ella no fue amistad. Loid y Aron exigían confianza, exigían cosas que nunca ponía sobre las personas para no acabar incluso más jodida de lo que ya estaba, pero ellos me lo habían demostrado; cuando yo desaparecía, ellos me buscaban. Siempre me buscaban.

¿Realmente, realmente, sería tan peligroso confiar por al menos una maldita vez en alguien?

Inspiro fuerte.

«Descubrí que me gusta Christopher:))))))))) ?? ».

Salí rápidamente del grupo, no quería dejarles el visto y estaba demasiado avergonzada como para ver su contestación. Joder, incluso sentía cómo el rostro comenzaba a arderme con precipitada fuerza. Coloco el celular sobre la mesita de noche y sentía cómo no dejaba de vibrar una y otra vez sobre la madera. Sentí, de golpe, cómo la emoción combinada con nervios me invadía. Luego de un momento, de darme un empujón mental, volví a abrirlo.

**Cosa1:**

«OH. POR. DIOS. KHE».

«DIABLOS SEÑORITA».

**Cosa2:**

«ESTO ES ASKDASKD».

«LO SABÍA. ¡YO VI COMO TUS OJOS PECADORES LO MIRABAN!».

**Cosa2:**

«MALDITA LUJURIOSA TE ENVIAREMOS A UN CONVENTO».

**Cosa1:**

«¡ELIZABETH Y CHRISTOPHER!».

«BAJO-UN-ÁRBOL».

**Cosa2:**

«ABRAZÁNDOSE».

**Cosa1:**

«¡Besándose!».

**Cosa2:**

«BESÁNDOSE».

Puse los ojos en blanco. Bien, chicos, qué maduros, qué maduros.

«Malditas sabandijas. Dijeron que no me molestarían».

**Cosa1:**

«Nunca dijimos nada. Cállate. Y cuéntanos. Ya».

«¿Contar qué? Ya os dije».

**Cosa2:**

«Detalles señorita. DETALLES».

Oh, madre santísima, ¿no podían conformarse con eso simplemente? No, tenían que hacerme sufrir más. Yo ni siquiera era buena hablando, ¿y ahora me pedían detalles? Esto era injusto.

**Cosa2:**

«QUEREMOS SABER TODO, SOMOS TUS MEJORES AMIGOS, TENEMOS DERECHOS».

**Cosa1:**

«ESO, DERECHOS. QUIERO AUDIO».

**Cosa2:**

«AUDIO».

«AUDIO».

«AUDIO».

**Cosal:**

«AUDIO».

«*Oh maldita sea, ESTÁ BIEN*».

Sonrío, sintiéndome estúpidamente avergonzada y feliz al mismo tiempo. Nunca antes había pasado por la situación, la situación de tener amigos así. Astrid definitivamente no era así, ella siempre se reservaba todo. Ellos me contaban todo. Solté un suspiro antes de hablar, sintiéndome extrañamente nerviosa. Supuse que era porque nunca hablaba.

«Yo... bueno, yo que sé. Ugh, me gusta Christopher. Digo, creo que no es de ahora, supongo que simplemente no lo vi antes porque odiaba que me molestara. Aunque, bueno, yo también a él. Yo. Qué. Sé. Fin. Es que... Dios, ¿es que no sé cómo explicarlo! No lo sé, ahora cada vez que miro a Leon no siento nada, nada, es como si fuera un completo extraño. Y no lo entendía. Hasta que vi a Christopher, entonces... mi corazón comenzó a latir fuerte y, ugh, eso. No soy buena para esto, joder. Pero todo es muy confuso, así que no me molesten con eso».

—¿Qué diabl...? —Corto rápidamente la llamada con mi padre, antes de que me escuche soltar maldiciones, y me quedo viendo confundida la sombra de Loid andando en bicicleta con Aron colgado de atrás frente a mi jardín. Me dije que estaba delirando o aún continuaba dormida, sin embargo, el timbre incesante de la puerta me hace saber que definitivamente son ellos dos.

Suelto un suspiro de frustración, ¿debería dejar que se mueran de frío afuera? Dejo la taza de chocolate caliente en la repisa y abrazo la colcha que cubre todo mi cuerpo, caminando como si fuera un pingüino para no pisar dicha colcha y avanzo hasta la puerta.

—¿Ahora qué hicieron?

—¡Código rojo! —chillan ambos chicos y se meten a mi casa de golpe, escurriéndose por ambos lados de mi cuerpo.

—¿Código qué? —Parpadeo desconcertada y cierro la puerta de golpe al sentir cómo el viento frío del invierno se filtra por la puerta, golpeando mi rostro. Cuando llego al fin a los sofás de la sala, Aron estaba tomándose mi chocolate caliente, acurrucándose cerca de la estufa. Loid estaba frotando ambas manos entre sí y, al verme, corre hasta mí, metiéndose en la frazada, haciendo que esta lo cubra a él, chocando hombros conmigo, y termina por sostener la otra punta de la tela, pegado a mí. Maldita sea, ayer habían estado todo el día aquí. ¿Esto era una especie de karma o algo así?

—¿Qué pasó? —investigo, y el rostro de preocupación de ambos chicos solo hace que me asuste—. Oigan, ¿qué...?

—¿Recuerdas el audio que nos mandaste hoy a la tarde? —Sé perfectamente a qué audio se refiere, a pesar de que luego mandé muchos más, capto enseguida a cuál específicamente se refiere. Mis sentidos se alteran al pensar que algo pasó con ese.

—Sí... —murmuro con la voz casi imperceptible.

—Bueno, pues... —El castaño ríe nerviosamente y aprieta en sus manos la taza. Un sentimiento incómodo y molesto se me atraviesa en el pecho—. Yo estoy haciendo un proyecto para Música con Christopher y Vicente... —a medida que su monólogo avanza, me pongo más nerviosa— y, bueno, tenía que mandarles el ritmo que habíamos creado a ambos chicos...

—Sí...

—Y... —Aron hace una pausa, viéndome en una mueca lastimera—. Y...

—¿Y qué? —Mi voz suena más fuerte de lo que normalmente lo haría.

—En lugar de enviar la canción, accidentalmente le envié a Christopher... —Se retuerce

nerviosamente— tu audio, ese audio.

—¡Ven aquí! —A medida que mis manos se acercan al pecho de Aron, veo claramente cómo su rostro se deforma. Siento cómo mi respiración es demasiado agitada de golpe y encuentro demasiados sentimientos en mi pecho formando un eminente bullicio que no podía controlar.

Vergüenza. Ese es el sentimiento predominaba en mi sistema nervioso ahora.

—¡Espe...! —No lo dejo terminar la frase, puesto que lo empujo y ambos caemos al piso. Formo las manos como puños en su suéter y lo aprieto. Bueno, quizá la furia también me predomine.

—¡Oigan, oigan, no a la violencia! —chilla dramatizando Loid e intenta quitarme. Estaba literalmente a horcajadas sobre Aron y comienzo a golpear su pecho, histérica, eran golpes pequeños, más bien empujones. No podía creer que todo esto estuviera pasando, no a mí. Dios. Aron era mucho más alto y grande que Loid y yo, estaba en el equipo y ni siquiera se movía con mis empujones, solo me miraba avergonzado por sus acciones. Su cuerpo estaba bastante desarrollado como para que le doliera.

Aunque no tanto como su cerebro. Si lo tuviera desarrollado, no habría pasado esto, estaba segura.

—¡Amor y paz, amor y paz, chicos!

—¡Muere! —Comienzo a quedarme sin fuerzas rapidísimo y mis codos se cansan. Siento cómo me duele el pecho fuerte y mi corazón está cansado de tantas emociones encontradas. Jalo del suéter de Aron y apoyo mi cabeza en su pecho, ahora de costado sobre él. Sin fuerzas—. ¿Cómo has podido ser tan idiota...? —A duras penas conozco mi propia voz en este comentario ahogado. Siento cómo la vergüenza escarba sin parar en mi pecho como un cuchillo afilado y se me nubla la vista.

—¿Enana? —Escucho incredulidad en el tono de voz de Aron, quien coloca una mano en mi espalda. Intento respirar mejor, despego los labios y comienzo a expedir un aire forzoso. Siento cómo las orillas de mis ojos arden y el agua salada no tarda en deslizarse por mis mejillas. Me duele el pecho y la cabeza.

—Lo siento, esta mierda me pone muy sensible. —Intento enjuagarme las lágrimas.

—Elizabeth... —Oigo el susurro dolido de Loid, como si tuviera miedo de alzar la voz, también afectado por ver mi estado. Ellos nunca me habían visto lloriquear. Y lo comprendo, yo hasta ahora no le había demostrado más que una personalidad cínica, humorística y solitaria. Aron me había visto lloriquear variadas veces cuándo éramos niños, pero para Loid esto era toda una novedad.

Aron se sienta en el piso y yo me deslizo fuera de sus rodillas hasta acabar junto a él, con las espaldas apoyadas atrás del sofá. Él coloca una mano en mi hombro, pero entonces yo escondo mi rostro en su hombro, soltando sollozos y sin saber qué hacer exactamente.

Estaba cansada. Simplemente cansada de todo. Extrañaba un montón a papá. Primero Astrid, luego Christopher molestándome por lo de Leon y... ahora, bueno, él de nuevo. Mi vida era rutinaria y aburrida, sin embargo, desde que Christopher había comenzado a aproximarse más de lo normal, mi vida se ha vuelto una montaña rusa de emociones. Mi pobre corazón estaba harto,

al igual que mi cerebro.

Comienzo a llorar silenciosamente en el hombro de Aron, sintiendo extrañamente un alivio en el pecho. Me agarro fuertemente de su brazo, él corresponde mi abrazo y comienza a acariciar mi espalda, intentando de alguna forma aliviarme más.

—¡Yo también quiero! —Loid apoya su mandíbula en mi hombro y alarga los brazos, rodeándonos al castaño a y mí con fuerza.

—Estúpidos, los odio —susurro con la voz entrecortada y siento cómo Aron sonrío.

—No me dejaste terminar. —Alzo la vista confundida y me veo envuelta en un calor corporal por ambos chicos. Es extraordinariamente acogedor, por lo cual decido no moverme demasiado.

—¿A qué te refieres? —exclamamos Loid y yo a la misma vez.

—¿Recuerdan el celular roto de Christopher? —Asiento, confundida, deslizando mis manos del torso de mi amigo y colocándolas sobre mi regazo—. Bueno, resulta que al final andaba. Y Christopher utiliza ese celular para los proyectos y trabajos. Él ahora está con Ian y John haciendo un reporte para no sé qué demonios. Él nunca lleva ese móvil consigo, así que probablemente esté en su casa y podemos... ¡Ay! —bulle el castaño cuando le doy un zape en el pecho.

—¡Podías haber comenzado con eso!

—Podemos ir, entrar a la casa, borrar ese audio y ya —exclama en una sonrisa triunfante.

—Eso es allanamiento de morada —chillo, pensando en todas las maneras en las cuales podría acabar esto tratándose de Aron y Loid.

—¡Tengo un plan, vengan! —Me sobresalto al oír la voz de Loid en la cocina. ¿Cómo llegó tan rápido ahí? Aron me da una mueca de costado y ambos nos dirigimos a dicho lugar.

—Bien —comienza, y observo cómo ha colocado sobre la isla en el centro de la cocina a dos muñecos y un croissant. ¿Qué está haciendo? ¡Diablos! ¡No hay tiempo para esto!—. Estos somos nosotros, miren, solo hay que...

—¿Por qué ustedes dos son dos soldaditos en miniatura y yo un croissant? —interrogo cuando inspecciono los objetos sobre la mesa. Aron suelta una risilla detrás de mí y yo estoy a punto de contestar a ese comentario, pero me veo interrumpida por el discurso de Loid.

—El plan es ir... —Comienza a mover los soldaditos y me imagino cuántas veces ha jugado con ellos estando con sus hermanos, pero bloqueo ese pensamiento y mi cara enrojece al pensar que Christopher oyó mi audio—. Yo vigilaré, Aron te ayudará a entrar por la ventana y tú buscas el móvil.

—¿¡Qué!?! ¿¡Por qué yo soy la que tiene que entrar si es culpa de Aron!?

—¡Ey, fue un accidente! ¿¡Sí!?! ¡Un accidente! —Abro la boca para contestar a su comentario, sin embargo, me detengo al ver cómo Loid comienza a mordisquear el croissant.

—¡No te comas a Elizabeth, idiota!

—¡Tengo hambre! —Golpeo mi frente con estrés. Era imposible hacer algo coherente con ellos dos, ¡esto iba a acabar terriblemente mal!

—¿Podemos enfocarnos? —pregunto, y ellos dos dejan de discutir de golpe y se giran a mí. Comienzo a pensar desde un punto completamente razonable que, si no soy yo la que entra en esa casa, sería un desastre. Aron es demasiado miedoso y cobarde como para hacerlo, y si es Loid, probablemente se distraiga con la alfombra peluda de Christopher o con algún otro objeto que su mente de niño viese y llamase su atención.

Mierda. Suelto otro suspiro lleno de sentimientos y asiento con la cabeza.

—Haremos eso. —Ellos ladean su cabeza a la derecha, sincronizados.

—¿En serio? —preguntan a la misma vez y asiento, resignada.



...

—Tengan cuidado con ese...

—¡Shh...! —me chistan y yo pongo los ojos en blanco. Caminando en puntillas entre los arbustos, siento cómo el gélido aire del invierno se filtra por los poros de mi rostro y me erizo de pies a cabeza.

Siento el corazón demasiado acelerado, ¿y si algún vecino nos veía y llamaba a la policía? Esto era demasiado arriesgado y más si se realizaba con este par de retardados. Mi estómago gruñe histérico ante el pensamiento de Christopher escuchando mi audio. Miro al piso en una mueca dolorosa y percibo cómo todo mi rostro se calienta. Yo estaba realmente frita si Christopher oía esa maldita cosa. ¡Con un demonio! ¡Qué vergüenza!

Estamos concentrados, caminando en cuclillas, y de pronto oigo claramente cómo Loid comienza a tararear la canción de la *Pantera Rosa*, ¿qué demonios...?

—Loid, ¿qué estas...?

—Shhh... —me chista, volteando momentáneamente su rostro a mí—, déjame ser James Bond por un segundo —exclama con entusiasmo, haciendo muecas extrañas con su rostro y caminando en puntillas.

—En serio estás...

—Shhh... —chista Aron al frente.

—O el agente 007. —Loid sonríe abiertamente y sigue cantando la canción de la *Pantera Rosa*.

—James Bond y el agente 007 son la mi...

—¡Shhh! —Esta vez, ambos chicos se giran a mí, molestos, y me mandan a callar. Respiro hondo.

Zeus, dame paciencia o esto acabará en homicidio doble.

Una fuerte brisa hace volar la capucha de mi cazadora azul oscuro y el aire helado se filtra por mi cuello, llegando a mi espalda y erizándome de pies a cabeza. Me recuerda a aquel día, donde la luz de la luna me advertía entrar en aquella habitación. La imagen de Vicente y John llega de golpe y sacudo mi cabeza. Aún sigo esperando que esos dos me den explicaciones, hasta ahora mi relación con ellos dos estaba igual. A mí no me incomodaba en lo absoluto y a ellos al parecer tampoco. Además, yo no era quién para exigir explicaciones de nada. Las quería, obviamente, pero ellos hablarán cuando quieran y yo respetaré su decisión.

—Ya cálmense, solo hay que entrar y salir. Sin dejar rastro —murmuro, viendo cómo esos dos estaban a punto de entrar en pánico.

—¿Un rastro como ese? —Me giro de golpe, viendo en la dirección donde Aron mira y encuentro cachos de pan tirados como un pequeño sendero que unía ambas casas.

—¿¡Pero qué...!?

—¡Shh!

—¡Loid! ¿Por qué dejaste eso? —chillé, sujetándolo por el brazo y estrujándolo de los nervios.

—Por si nos perdíamos. —Alza los hombros. Yo me digo que su médico quedaría pasmado por todos estos años en los que él vivió sin un cerebro.

De pronto me giro y encuentro con que soy la que va al frente de los tres. Una gran ventana está frente a mis narices y sé perfectamente que esa ventana pertenece al cuarto de Christopher. Mi corazón comienza a acelerarse nuevamente, asciende hasta velocidades peligrosas.

Siento cómo una mano aprieta mi hombro y me giro de los nervios, Aron me sonríe.

—Yo lo haré —dice, decidido, y yo niego con la cabeza.

—No confío en ti —suelto con una cara obvia, lanzándole cuchillos con la mirada. Él adopta una mueca de miedo e indignación, se gira rápidamente y se esconde detrás de Loid.

—Buena suerte —susurra el rubio y yo rezo a todos los dioses que esto salga como lo planeado.

Mis planes nunca salían como lo planeado.

Con las manos picándome de la inquietud, sujeto la ventana por abajo y la abro lentamente como si realmente hubiera alguien en esta habitación. Los nervios no me permiten ir rápido y es que eso definitivamente no puede pasar. Aron se agacha, juntando las manos, y es donde yo coloco mi pie para cruzar la ventana. Lo hago sin el mínimo problema, pasando primero una pierna y luego la otra.

Vaya, antes de seguir estudiando, mejor me dedico a allanar casas.

La habitación está completamente oscura, lo cual solo incrementa mi desesperación. Rebusco en mis vaqueros, aturdida, presa de una adrenalina que jamás había experimentado en mi sistema y encuentro mi móvil al fin, en el cual busco la linterna y comienzo a buscar.

*Nada.* Maldita sea, nada. En la mesa de luz, bajo la cama, en el armario. Quería tener cuidado, no quería toparme con un objeto no deseado, no sabía qué rayos podía encontrarme en la habitación de Christopher, nunca había estado aquí. De niño, él nunca quiso que jugáramos en su casa, y de alguna forma ahora sé que era por su padre. Además, comprendo perfectamente que todo esto es privado. ¡Privado! Suelto un suspiro de frustración.

Nos quedan como dos horas, definitivamente no voy a desperdiciarlas en lugares donde no hay nada. Tengo algo en mi mente que dicta que debo seguir buscando, y lo hago. Aspiro profundo, intentando llenar mis pulmones de confianza, y le hago una seña a los chicos diciendo que seguiré en otra habitación.

Dirijo la linterna al piso y mis pies quedan alumbrados por una circular luz blanca. Siendo consciente de las muecas miedosas de los chicos diciéndome que regrese, abro la puerta de su habitación y me encuentro en el pasillo. Estoy algo perdida, no he venido muchas veces.

Además, el aire a mi alrededor era demasiado denso, aunque probablemente no era el ambiente, sino yo misma. Mis nervios no me dejaban pensar con claridad y tenía que buscar. Abro una puerta blanca junto a mí, resignada, diciéndome que tengo tiempo y entro. Alumbro el piso, por los azulejos blancos esculpidos con terminaciones florales celestes me digo que es el baño.

Doy un paso, estoy frente al espejo.

Por un momento, sufro un síncope cuando veo el gran contorno de una sombra detrás de mí al ver mi reflejo en el espejo. Me quedo helada, sin embargo, cuando él da un paso al frente y percibo hasta en los huesos el calor que emana su cuerpo, puedo ver que es él. Él estira los labios en una sonrisa de alguna forma tan perturbadora que hace que mi estómago se encoja mientras lo descubro con los ojos realmente abiertos. El gran afán de la oscuridad por acogerlo hace que solo sea capaz de ver su rostro y todo el contorno oscurecido de sus grandes hombros.

Oh, no.

Soltando el aire lentamente, solo soy capaz de quedarme donde estoy y pensar una y otra vez que esto simplemente debe ser una pesadilla.

Pero me equivoco. Me jodidamente equivoco.

*Es él.*

La piel lechosa y pálida parece desdibujarse junto a la luz blanca de mi celular y lo blanco de los azulejos, pero su cabello definitivamente resalta. No logro ver mucho su rostro, ya que lo tiene inclinado abajo y la manera desastrosa en la que tiene el cabello se encarga de casi esconder

sus ojos de una forma escalofriantemente aterradora. Lo único que puedo ver entre la penumbrosa obscuridad es una larga y escalofriante sonrisa en sus labios, ¿qué rayos? ¿Por qué sonrío? ¡Da mucho miedo! Joder, esto no pinta para nada bien.

Tengo que salir de aquí, sin embargo, no lo consigo, es como si tuviera los pies incrustados en el piso, literalmente. Mi cerebro intenta mandar señales directas, pero mi cuerpo se queda allí. Con el corazón casi en llamas, todo mi cuerpo parece estarlo, mi estómago comienza a doler de una extraña forma y mi mente está bloqueada por completo. No puedo moverme ni reaccionar de alguna forma posible.

Realmente estoy en blanco.

Él levanta su cabeza lentamente, y trago saliva ante su sonrisa genuina, no es amable, ni divertida. Es una sonrisa oscura, casi sádica, y me provoca pavor. ¿Qué demonios estaría pensando para sonreír de esa forma? Un estremecimiento de terror me sacude de golpe y siento una ráfaga de escalofríos en mi espalda cuando da un paso y su pecho me golpea la espalda, parece casi apoyarse en mí.

¿Qué hace?

No hago nada, lo único que logro hacer es observarlo. Sus ojos cincelados con matices más oscuros de lo normal me absorben. Como un abismo, me absorbe hasta el punto de no poder moverme. Nervios. Nunca antes le había temido a Christopher, pero esa forma extraña que tiene de verme me provoca escozor. El celular baila en mis manos, producto de mi cuerpo sin fuerza, y cuando la luz se mueve, todo parece desdibujarse a mi alrededor. Me muevo con nerviosismo de golpe y, sin embargo, antes de reaccionar o respirar, él me empuja un hombro, tirando de mi cuerpo, y hace que me gire sobre mis talones, viendo nada más que su figura cernida sobre la mía y la tela blanca de su camiseta. Mi celular, al parecer, había caído boca abajo, porque la fuerte luz blanca ahora venía desde el piso, alumbrando tenuemente la habitación.

Intento respirar con normalidad, pero hasta esa simple acción me cuesta terriblemente.

—Creo que puedo oír los latidos de tu corazón. —Su voz es un alarido seco, áspero, se siente como una lija raspando y quemando en todo mi cuerpo. Él se inclina y apoya la mandíbula sobre mi cabeza. Mi nariz roza sus clavículas y me siento mareada cuando su fragancia parece absorberme junto al calor de su cuerpo—. Deberías intentar calmarte, estás muy nerviosa.

Como si fuera tan malditamente fácil. Esto me tomó tan sorprendentemente que creo que me desmayaré. ¿No se suponía que él no estaba? ¿Por qué demonios está aquí?

—Ya oí lo que envié, Elizabeth. Sé que fue un error. —Suelto pesadamente todo el aire que contenían mis pulmones. Utilizó otro tono de voz mucho más diferente, como si le estuviera hablando a un pequeño niño. Lo dice con tanta suavidad, tanta ternura, que creo que no es malo. Pero no, me tensó de pies a cabeza y desde lo más hondo de mi alma puedo visualizar cómo mi mente está chillando histérica y engranando incorrectamente—. Te estaba esperando —lo dijo con tranquilidad, pero su voz es toda contrariedad a su cuerpo, noto cómo las líneas de sus músculos están tensas. Duras. Inflexibles. Como si fuesen una cuerda estirándose a punto de explotar. Su postura también es tensa; a pesar de apoyar su mandíbula en mí, puedo notar toda la inquietud en su cuerpo.

Respiro hondo, presa del pánico y la vergüenza que me inundan por completo. ¡Él lo sabe! ¡Maldita sea! ¡Lo sabe, lo sabe! Quisiera ser un estúpido ñandú para meter la cabeza literalmente debajo del piso. Intento recordar como respirar cuando él se mueve, sus grandes y gruesos brazos se extienden a mi alrededor y apoya las manos en el lavado, detrás de mí, como si no pudiera mantenerse de pie. Un sentimiento claustrofóbico se encaja bruscamente en mi pecho y tengo la garganta seca, sintiendo cómo mi corazón agoniza, y tomo una gran bocanada de aire. De alguna

forma inexplicable, logro al fin que mi cuerpo responda y apoyo mis manos en sus anchos brazos. Quedo maravillada por la calidez de su piel, mis manos estaban heladas.

Respiro hondo, dándome nuevamente un empujón mental.

—Quítate. —Quería desesperadamente esconderme como la cobarde que soy dentro de mi cama. No puedo ver su rostro ahora, básicamente agonizo avergonzada mientras miro un punto fijo en su pecho.

—¿Huirás? —Intento ignorar la pizca de angustia en su voz.

—Dios, definitivamente. —Yo en serio, en serio esperaba que mis pensamientos simplemente quedaran alojados en mi cabeza, sin embargo, como siempre, actúo antes de hablar. Él sonrío apenas, y por el sutil sonido de nariz escucho que se ríe mínimamente, relajando apenas sus hombros.

—No... deberías. —No entendí absolutamente nada, primero aparecía como una sombra demoníaca dispuesta torturarme de formas atroces, mientras que ahora simplemente hablaba en voz baja y ronca, como si temiera alzármela y que yo saliera corriendo.

—Christopher. —No me gustó el sentimiento de comodidad que me arraigó cuando se acercó aún más. Lo estaba haciendo nuevamente, invadiendo espacio personal, moviéndose sin mi consentimiento, y lo peor era que ahora me gustaba, no era como antes. Dioses, su cuerpo era tan grande y cálido, como un gigantesco oso peludo y dulce, quería envolverlo en mis brazos a su alrededor y apretarlo con el frío que sentía.

—Te estaba esperando —reitera en un tono mucho más decidido y se inclina de golpe, apretando, casi ciñendo su cuerpo al mío, y me aprieta contra el lavabo. Yo entro en una especie de pánico emocional, sintiendo cómo algunas partes de mi cuerpo se tensaban y otras se aflojaban de nervios. Trago saliva y alzo la cabeza rápidamente, respirando con dificultad.

—¿Y por qué...? —Entonces noto el terrible... ¡terrible error! Cuando alzo la cabeza, él se aleja un poco para bajar la suya y verme a los ojos. Noto el gran error allí, cuando no puedo dejar de verlo.

Sus labios carnosos estaban entreabiertos y el cabello negro estaba en todas direcciones sobre sus hombros y alrededor de su rostro. Como tenía ondulaciones y estaba rebajado, parecía como si hiciera el intento de peinarlo pero hubiera desistido. Maldita sea, era precioso. Su destructora belleza era capaz de hipnotizar al más bruto y frágil humano. Su mirada me absorbe, y no sé qué demonios pasa que ninguno de los dos puede dejar de verse. Dios mío, era hermoso. Todo él. Agito mis pestañas, y el estómago se me encoje cuando se inclina un poco más. Me tenso, pero no me muevo. Descubro que su respiración era casi errática mientras me golpeaba sutilmente en la nariz. Su mirada me atraviesa, y noto el aleteo de algo nuevo en lo profundo de aquellos ojos mientras que, de golpe, descienden hasta clavarse en mis labios y siento que mis rodillas amenazan con ceder.

Dios, no.

Desvió la cabeza hacia su hombro de golpe, intentado de alguna forma inútil ignorar todo el calor de mi cuerpo.

—Debería... —No soy capaz de terminar mis palabras cuando una de sus manos se apoya fuertemente arriba de mi nuca y me obliga a volver la cabeza a donde estaba. Quiero quejarme, pero, antes de eso, incluso antes de respirar, su húmeda boca se había deslizado con rapidez sobre la mía. Mis pulmones parecieron dilatarse, agrandarse, como si estuviera inhalando vapor, y solo fui capaz de ahogar una exclamación de sorpresa y asombro. Lo oigo gruñir suavemente, lo que hizo vibrar su garganta así como a mi estómago. Uno de sus largos brazos se movió y se apoyó en mi espalda baja, forzándome hacia él y apretando su cuerpo al mío. Apreté casi inconscientemente

las manos en sus brazos, casi pellizcando la dura piel y sintiendo cómo mi cabeza era sumida en una pesada nube que volvió todo brumoso y me hizo cerrar los ojos con fuerza. Me aprieta el labio inferior entre los suyos y me encojo cuando lo acaricia sutilmente con la lengua. Me relajé apenas, sintiendo cómo Christopher lo recibía gustoso y me abrazó con más fuerza.

Christopher.

Era Christopher.

Reaccioné, pestañeando, e intenté moverme, apoyando esta vez mis brazos en el duro revestimiento de su tórax. Me estaba besando, maldita sea. ¿Qué demonios era todo esto? Christopher volvió a gruñir, esta vez más seco y hondo, moviendo su gran mano más abajo, en mi cintura, y volviéndome a apretar a su cuerpo, abrazándome con más fuerza. Entonces, aleja un poco su rostro y mis labios se retorcieron cuando bajó la cabeza de un tirón y los suyos exploraron los míos nuevamente, exigiendo un poco más. Mis latidos golpearon, casi lastimaron mi pecho, parecían más bien martillazos.

Fue cuando realmente fui consciente de todo él, grande, duro, y apretándome a su cuerpo. Esto era una maldita locura. Él insipiente bullicio de emociones en mi interior no era capaz de separarse de la situación actual y si él continuaba, yo acabaría desmayándome o simplemente cediendo al yugo de mi cuerpo y emociones. No era buena para las emociones fuertes. El masculino olor a mi alrededor, su fuerte figura, el extraño sabor del primer beso, el agudo sentido de su posesión. Eran nuevas sensaciones, nuevas emociones que me dejaron electrizada y arrinconada conmigo misma. Me aferré fuertemente a sus hombros cuando me abrazó con más fuerza, si era posible. Su hombro quedó a la altura del mío cuando la mano que estaba en mi espalda se deslizó de una forma casi indecente hacia mi cintura e intenté respirar hondo cuando quedé, a la misma vez, de puntillas. Mi mente comenzó a dar vueltas y un sofocante calor me arraigó de una forma mordaz todo el cuerpo por la intensidad del beso.

Apoyé de golpe con más fuerza las manos, y entonces Christopher se alejó lo suficiente como para tomar una gran bocanada de aire.

—¡Déjame respirar, maldito simio imbécil! —Él parece quedar en blanco por un momento. No se aleja ni un momento y siento cómo si mi corazón fuera una bola de fuego ardiente que me consume el pecho—. ¡Tú...! —Él cambia de expresión y yo me quedo en silencio cuando escuchamos el sonido de una puerta. Él parece preocupado de golpe, pero, al escuchar la voz, su cuerpo se relaja.

—¡Niños, la abuela llegó! ¡No hay nada en la casa Amoretti, sé que están aquí! —Christopher suspira mientras yo intento estabilizarme de alguna forma. ¿Su abuela? Creí que nunca venía. ¿Qué hace aquí? Qué perfecto momento eligió para llegar, joder, creí que se robaría todo el oxígeno de mi sistema. Trago saliva, viendo el perfecto perfil pálido envuelto por la melena negra mientras mira a la puerta, sintiendo cómo mis emociones se arremolinaban confundidas y felices en mi estómago. Definitivamente mi cerebro no asimilaba bien la situación aún.

Christopher me había besado. Digo, nos habíamos besado.

*What the fuck.*

Me quedo donde estoy, sintiendo como si mi mente fuera una rueda de la fortuna que gira a cien kilómetros por hora, sin control. Estoy tan confundida. ¿No se supone que el odio entre ambos era recíproco desde niños? ¿Que el sarcasmo entre nosotros denotaba nuestro desagrado?

¿Por qué demonios me besaba a mí, siendo que contaba con una larga lista de chicas absolutamente más experimentadas y con más cualidades que yo? No lo entendía, maldita sea.

—¿Por qué... está aquí? —bisbiseé intentado hablar con normalidad; mi voz suena chillona y ahogada y me digo que fue un gran error haber hablado cuando él gira atropelladamente su rostro

hacia mí, sin ser consciente de que aún no me había soltado. Su nariz toca ligeramente la mía y su cálida respiración impacta sobre mis labios de golpe. Estoy segura de que siento los latidos de mi corazón en mis oídos y van tan rápido que creo que en cualquier momento me sangrarán. Christopher mira mis labios y luego alza la mirada de una forma devastadora. Esa mirada era devastadora. Todo en él lo era, Dios. Sus pupilas están extrañamente dilatadas mientras escanea todo mi enrojecido rostro.

—Así que... —Desliza con rapidez la lengua sobre su labio inferior y tengo que recurrir a todas mis fuerzas para no imitar su acción—. ¿Te gusto mucho? —El bochorno que había olvidado vuelve, golpeándome como un puño el estómago, y me agito en sus brazos. Su brazo continúa haciendo presión en mi cintura y oprime nuevamente mi cuerpo al suyo cuando advierte mi movimiento.

¡Hijo de la gran...!

—Suéltame ahora mismo. —Se inclina de golpe y arrincona mi rostro entre el suyo y, por el hecho de que definitivamente no podía hacerme más para atrás gracias al lavabo, mi espalda queda inclinada atrás mientras percibo cómo su otro brazo se desliza en mi cintura de una manera que hubiera hecho escandalizar a un anciano por las calles. Cierro la boca al instante de sorpresa y el aire comienza nuevamente a escaparse a una velocidad perturbadora de mi cuerpo. Percibí cómo todo mi organismo tiembla debajo de su fornida anatomía y trago saliva, viéndolo a los ojos sin perderme ningún detalle.

Sus ojos. Su sonrisa. Oh, maldita sea, ¡ya, aléjate y muérete! Deja caer su frente sobre la mía, pero sus cabellos negros alborotados hacen que me pique la nariz y los ojos.

—No puedo creer que al fin pude hacerlo... —murmura y suelta una risilla, la cual es como una brisa de verano para mis labios. Su risa, mierda, su risa. ¿¡Por qué tiene que ser tan hermoso!? Oh, virgen, se merece una paliza por tanta maldita perfección. Quiero moverme nuevamente, pero mis brazos no responden. La calidez y tibieza que emana su cuerpo neutraliza todo frío que pueda sentir, su cuerpo parecía estar al fuego vivo sobre el mío, y honestamente no me molestaba para nada.

—¡Niños! —La puerta del baño se abre de golpe tras el grito de la abuela.

—Ian, despierta. —Mis manos viajan a los hombros de mi hermano mayor y lo sacudo levemente. El castaño pliega pausadamente su nariz y frunce sus cejas en una mueca divertida. ¿Por qué él duerme y yo no? No es justo, ¡a los dos nos levantaron temprano! Su cabeza descansa en mi regazo mientras sus manos están juntas debajo de esta, entre mis piernas y su mejilla. Parece un niño descansando así—. Ian... —insisto, moviendo con más frenesí sus hombros.

—Ian está durmiendo. A Ian le gusta dormir, deje un mensaje después del tono, shht —bisbisea con voz somnolienta y apenas perceptible, haciéndose bolita y acomodándose en mi regazo. Arrugo las cejas.

—Bueno, Ian va a caerse por la maldita ventana si no se mueve.

—Tengo sueño —bulle, histérico, dando golpecitos con sus manos suaves y yo le jalo un mechón—. ¡Papá, este enano malformado no me deja dormir!

—¡A quién le dices enano! —El hombre frente a nosotros suelta una carcajada mientras conduce la furgoneta y doblamos en una esquina. Nos ve desde el espejo retrovisor con una gran sonrisa estirada en sus labios.

Hoy era día de hacer las compras. Aprovechando su escaso tiempo libre, nos levantó temprano para ir al supermercado, ya no estaba de gira con la orquesta y lo teníamos todo un mes para nosotros. Miro a mi hermano, aplasta su rostro en mi regazo y suelta un bostezo. Ya se durmió de nuevo, ¡agh!

—Llegamos —sentencia papá con una sonrisa y alarga un brazo para llegar a la llave y apagar el motor—. Iré por un carrito, levántalo. —Lo miro horrorizada.

—¿Y cómo se supone que haga eso? Oye, esto es una injusticia, me dejas lo más difícil.

—Eres. Exactamente. Igual a él. —Levanta ambas manos y los hombros, estirando aún más sus labios en un gesto de resignación mientras sale del auto. Pongo una mano en mi pecho, ofendida.

—¿Cómo te atreves? ¡Te mereces la guillotina...! —Ian pellizca mi rodilla para que no grite y yo me retuerzo por el ardor momentáneo que causó. Esta mañana no había comenzado bien, además del hecho de que nos hizo levantar temprano en sábado, ¡en sábado! Papá pone los ojos en blanco.

—Tuve que sobornarte con chocolate y arrancarte las sábanas para levantare —dice cuando pasa por la ventana abierta y yo le entrecierro los ojos.

—Y aún no me das mi chocolate...

—¡Ian-quiere-dormir! —grita como un niño de tres años mi hermano y abraza mi cintura entre refunfuños y maldiciones. Miro a la ventana y papá ya me había abandonado.

Bueno, plan B.

—Ian... —bisbiseo levemente, acercando mi boca a su oreja—. ¡Una rata!

—¿¡Qué, qué!?! ¿¡Cómo, cuándo, dónde!?! ¡Protégeme! —chilla rápidamente agitado y pega un salto, sentándose sobre mis piernas y abrazándome por los hombros, luego esconde su rostro en mi cuello con miedo.

Pongo los ojos en blanco y abro la puerta de color negro. Tuve que insistirle bastante a mi hermano diciéndole que la rata se había desvanecido y ya no estaba, de otra forma nunca habría bajado del auto.

Ian era fóbico a las ratas desde pequeño. Recuerdo un día donde encontró una en el baño y comenzó a gritar y a correr por toda la casa, el problema fue que se estaba bañando y estaba desnudo. Ese día fue hace solo una semana, y había visitas ancianas pertenecientes a la orquesta de papá.

Nunca más nos visitaron.

—¿De chocolate o malvavisco? —Nuestro padre sostiene dos cajas de cereales en sus manos y se gira a nosotros con una mueca torcida.

—Chocolate.

—De jamón —responde Ian, y deja caer su peso sobre el mío, apoyando su espalda en mi hombro y entrecierra los ojos del sueño; estoy segura que ni siquiera oyó lo que papá dijo. Mi padre suelta una carcajada y de todas formas mete ambas cajas al carrito.

—¿Cómo va todo últimamente? —Papá se pone a inspeccionar entre las marcas de papel de baño y yo intento quitar el cuerpo de Ian de mí. Al final, veo una mesa colorida llena de legos para los niños y lo siento en una pequeña silla de plástico azul. Mi hermano deja caer su cabeza hacia atrás y abre la boca mientras sus piernas largas están a los costados de la pequeña mesa. Papá ríe cuando le saco una foto durmiendo allí.

Servirá para extorsionarlo luego.

—Tuve un 90% en el último examen de Matemática y los chicos ganaron el último juego de básquetbol. —El hombre sonríe lanzando paquetes de fideo al carrito.

—Hablo de cosas nuevas —me responde, haciendo un lugar en el carrito, y yo lo miro curiosa. Como son más de las seis y media de la mañana, no hay absolutamente nadie alrededor de nosotros, solo una anciana que camina como la tortuga de Loid e inspecciona detalladamente un tomate—. Sube. —Observo a mi padre, estupefacta, y él me señala el gran lugar que le hizo al carrito. Arrugo las cejas.

—¿Crees que tengo cinco años? —Me sonrío.

—¿Me estás diciendo que no quieres que te pasee por todo el lugar desolado en un carrito? —Inclino mi cabeza hacia atrás y esta vez sí comienzo a dudar—. Vamos, como los viejos tiempos —insiste, zamarreando el carrito como si tuviera seis años.

Obviamente acepté su oferta y terminamos rondando por todo el lugar mientras él colocaba los pies sobre un barrote del carrito y nos impulsaba rápidamente, en tanto yo lo regañaba y me reía. Papá era tan infantil como Ian. Bueno, yo no me quedo atrás...

—Iré por fruta, y ya sabes, el vendedor nos regañará si te ve. —Asiento mientras nos reímos y él desaparece entre la góndola de comida chatarra. Estoy realmente feliz, lo extrañaba demasiado. Me doy cuenta de que yo no hice esto por ser completamente infantil, sino porque yo, igual que papá, quería recordar los momentos en los cuales la pasábamos genial. Hay ocasiones en las cuales ni siquiera puedo verlo por tres meses, somos demasiado unidos como para soportarlo.

Coloco un juego de ninjas en mi móvil y comienzo a jugar sin problemas, acomodando mi rodilla junto a una gaseosa y mi brazo sobre un paquete de harina. Podía hacer esto toda la vida. Luego de un momento, levanto la vista para escanear la llegada de mi padre, pero una figura vestida de negro se lleva por completo toda la atención de mi mirada.

*Oh, mierda.*

¿Qué demonios hacía aquí? ¡Hoy era sábado, Jesús!

La huella que sus empapados labios habían dejado sobre los míos seguía latente aún. No pude evitar mordirme el labio inferior casi por inercia y mi estómago se revoluciona dado a los aleteos descontrolados de mis murciélagos. Llevaba unos vaqueros ajustados a sus firmes y gruesas piernas de un color oscuro, una camiseta completamente gris debajo de esta y una chaqueta de



cuero marrón.

Se ve radiante, como siempre, emanando un aura de confianza y superioridad que te aplasta como el más pequeño insecto insignificante de la camada. No puede verme, está de perfil leyendo concentrado la etiqueta de una caja de salsa.

¿Él también había venido a hacer la compra? Demonios.

Se gira cuando cambia de caja en sus manos, optando por una amarillenta y verde, desapareciendo por las góndolas. Me sorprende bastante la decepción que lleva mi pecho cuando él se va. Maldita sea, esto no estaba funcionando. ¡Parece que cada vez me gusta más y debería ser lo contrario! Yo no estaba a la altura de Christopher, no tenía su voz, ni su presencia, mucho menos su confianza y ni hablar de la belleza.

Estar enamorada de él sería definitivamente lastimarme. Él solo me gusta como me gusta una mordida de hamburguesa, mañana podía gustarme más la pizza y asunto resuelto. Pero esta puta hamburguesa era definitivamente la más adictiva que alguna vez había encontrado. ¡Él cada vez me gusta más!

Papá llega contento porque había encontrado una oferta de frutillas, ya que deseaba que hoy hiciéramos un pastel. Decido bajar del carrito porque ya no hay más lugar, pero por alguna razón tomo la bolsa de frutillas y me la quedo viendo mientras caminamos.

Frutillas...

Frutillitas...

Fresa...

Fresita...

Oh, maldita sea, este estúpido cara de imbécil está en todos lados de mi mente.

—Papá, ¿no falta nada más? —espeto de golpe en un intento desesperado por concentrar mi mente en algo que no fuera Christopher y sus perfectos labios.

—Mmh... las galletitas *Oreo* para la torta, pero no creo que...

—¿Cómo puedes olvidar las oreos? Siempre olvidas lo más importante —le chillo, indignada, agitando mis manos en el aire, y él rueda los ojos. Sin importar qué, salgo a toda marcha buscando las galletas. Mi vista se empaña por todas las deliciosas galletitas que hay en la góndola. Toda una pared gigantesca llena de galletitas de todo tipo, colores y tamaños.

Dios, me voy a mudar a este lugar.

Cuando mi vista al fin encuentra el empaque azul de oreos, quiero arrancarme los cabellos uno por uno al ver lo alto que está. Está en la octava estantería, junto a unas galletas cuadradas bañadas en chocolate. Miro a mi alrededor, explorando el ambiente, intentando encontrar algún banquillo o escalera que me auxilie.

Pero no, no hay absolutamente nada.

Resoplando, pego mi cuerpo a la góndola y poniendo los pies en puntilla estiro un brazo. No, ni de broma, definitivamente no llego.

Bueno, plan C.

Miro a mis costados, inspeccionando si no hay ningún empleado, y cuando sé que nadie está en mis alrededores, apoyo la punta de mis pies en la estantería más baja, inmediatamente me sostengo de un estante con mi mano derecha y estiro mi brazo izquierdo. A pesar de no llegar y ser consciente de que solo me faltan unos centímetros para llegar, sigo intentándolo.

Problemas de la gente enana, número trescientos setenta y tres.

Esto es una porquería, y además ridículo, y me siento patética y... percibo cómo un par de manos grandes y fuertes sujetan los lados de mi cintura de golpe, estoy tan aturdida que el vértigo y pánico se adueñan de mi sistema en menos de lo que canta un gallo. Me elevan sin esfuerzo

alguno hacia arriba y, cuando mis pies ya no tocan el suelo, tanteo el paquete de oreos y rápidamente lo jalo hacia mí.

Jesús, por favor, que sea papá...

Pero no. Cuando me baja lentamente al piso, mi vista observa unas manos pálidas y con las venas marcadas, son demasiado jóvenes como para ser las de mi padre. Me doy cuenta de que las muñecas están tapadas por una piel de cuero negro y maldigo a todos los dioses en mi mente.

Estúpido y sensual Flanders. Digo, Christopher.

Me retuerzo para alejarme de él, pero sus manos viajan lentamente a mis caderas y las aprieta. Percibo cómo un pecho duro se apoya en mi espalda y una respiración pausada en mi oído me marea sutilmente. Mi corazón comienza a agitarse, retorcerse sobre sí mismo, y mi estómago se enmaraña al sentir esa colonia masculina tan típica y dulce de él.

Respira, respira, ¡respira!

Christopher me pega más a su cuerpo y declina su espalda hacia abajo, mis rodillas flaquean inevitablemente cuando apoya su mandíbula en mi hombro derecho.

—Deberías pedir auxilio a un mayor, pequeña. —Sus labios se pegan a mi mejilla en un tierno beso, tomándome desprevenida, y sé que mis pómulos están completamente rojos o probablemente de variadas tonalidades por su proximidad.

Esto no podía... esperen, ¿cómo me dijo?, ¿qué?, ¿pequeña? Maldita sea. Estas cosas tan lindas realmente no ayudan a mis sentimientos y mi pobre corazón agobiado. Siento que mi estómago duele de lo bonito que es esto, por lo tanto procuro mantener una proximidad prudente, pero cuando intento dar unos pasos, sus manos se mueven con agilidad y provoca que me gire sobre mí misma, quedando frente a él.

El aire se me escapa cuando lo observo alzando la cabeza, tiene una gran sonrisa en sus labios y sus ojos resplandecen mientras me mira con aquella preciosa melena ahora un poco más peinada.

—¿No dirás nada? ¿Buen día?, ¿vete al infierno?, ¿gracias...? —Intento hablar y salir de mi estúpido estado inerte. Quedarme viéndolo como una enferma no era algo bueno para su ego.

—No pienso darte oreos como agradecimiento —chillo atropelladamente en voz inaudible en su pecho. Sus brazos me aprietan más a su cuerpo y el paquete grande de oreos queda incrustado entre medio de este. Suelto otro chillido cuando se inclina, está tan cerca. Observo por un minúsculo segundo sus labios, asombrada. Gruesos y rosados, son perfectos. Me dan la impresión de estar siempre húmedos y listos para besarme. Mis labios pican y cosquillean ahora.

Respiro hondo y trago saliva. ¡Espabilate, idiota!

—No voy a pedir necesariamente oreos como agradecimiento... —susurra y se inclina un poco más. Tengo que recargar mi peso en sus brazos y corro la cabeza hacia atrás mientras lo veo a los ojos, confundida. Ese par de esferas brillan en una apreciable diversión y picardía. Son tan oscuras que siento que me mareo.

Él sabía en el estado que me dejaba, estoy notablemente nerviosa y con suerte puedo respirar. Me molestaba mucho eso, me fastidiaba el no poder controlarme.

—No seas dramático, además, papá está... aquí... —Él hace una mueca de sorpresa fingida, probablemente su abuela ya le comentó eso.

—¿En serio? ¡No me digas! Qué miedo.

—Cuida esa boca tuya con papá o te cortaré —espeto en aires de bravuconería, frunciendo las cejas, y él sonrío de oreja a oreja.

—Oh, pero te encanta cuando te beso, ¿verdad? —Sus palabras me dejan en completo shock y alzo las cejas ante su gran sonrisa. Bueno, ¿pero qué demonios le pasa a este?, ¿tiene problemas

con sus hormonas o qué?—. Está bien, a mí también me encanta, Fresita.

Este estúpido apodo. Me estaba enloqueciendo. Intento responder a su argumento exasperada, escarbando en mi cerebro y me doy cuenta de que mi voz se ha escapado por completo. Miro las oreas, huyendo literalmente de su mirada.

—Quítate, papá me está espe... —Percibo cómo algo jala mi pijama de golpe y me asusto, pegándome más a Christopher. Bajamos la vista rápidamente ambos y me sorprendo al ver a la bolita de hermano de Loid jalando mis ropas en una de sus pequeñas manitos.

—Oh, ¿y tú quién eres? —Un frío infernal azota mi pecho cuando Christopher aleja sus fornidos brazos de mi alrededor y se coloca en cuclillas para tener una mejor vista de la pelotita rubia con excesos de ternura en su sangre. La gigantesca y risueña sonrisa que el pelinegro le regala al bebé solo hace que mi sangre se vuelva espesa por los kilos de azúcar que me da verlos juntos.

Ver a Christopher con un bebé tan hermoso y adorable como lo es ese rubiecito me iba a generar diabetes en la diabetes. El pequeño escanea de arriba abajo al mayor con sus gigantescos ojos. Lo inspecciona cual águila y su dedo gordo se va directo dentro de su boquita.

Oh, mierda, quiero agarrarlo. ¡Es demasiado lindo! Estoy a punto de patear la espalda de Christopher para que se aparte y me deje al camino libre, pero entonces el pequeño de mejillas gorditas alza sus bracitos en dirección al más grande mientras abre y cierra sus puños.

—Ven aquí. —Arrugo las cejas con indignación cuando Christopher coloca sus manos en las axilas del niño y lo alza en el aire. Maldita sea, es la segunda vez que veo al pequeño Lance y no logro agarrarlo en mis brazos y apretujar su gordita barriga, ¿esto no es justo!

Mi mente queda en el espacio-tiempo cuando Christopher vuelca su cuerpo en mi dirección, sosteniendo al niño.

—Elizabeth, oye.

Se veía como un maldito punk con su vestimenta... y qué bien le queda, maldita sea. ¡Este imbécil se coloca un abrigo de *Pikachu* color flúor y estoy segura de que se vería igual de hermoso! Estúpido simio. De todas formas, la imagen tosca y agresiva que siempre adoptaba se veía reformada por el adorable niño ahora.

—¿Elizabeth...?

La figurita de Lance con sus gorditas mejillas rojas y sus manitos pequeñas abrazando su hombro contrarrestaba con todo lo demás. Era una imagen demasiado bonita. ¡Demasiado!

—¡Fresita! —Christopher chasquea sus dedos frente a mi nariz y yo sacudo mínimamente mi rostro, desconectándome de la especie de hipnosis causada por la hermosura de él combinada con la ternura del niño.

—¿Qué...? ¿¡Qué!?! —Me inclino hacia atrás, pestañeando mientras me encojo de hombros y él me ve con un rostro ceñudo, para luego estirar sus labios en una sonrisa.

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita? —Esta vez es mi turno de juntar mis cejas, confundida—. Tómame una foto, dura más —exclama, torciendo un ángulo de sus labios y acomodando al niño en su brazo izquierdo. Como respuesta, ladeo mi cabeza a un costado, entrecerrando los ojos, escaneándolo aún mejor.

—De hecho, sí, quiero una foto —admito, sintiendo cómo mis mejillas comienzan a vapulear de un color rojo chillón de golpe y no comprendo qué rayos acabo de decir. ¿Acaso yo... estaba coqueteando? Esperen, ¿qué?, ¿yo? Hago una pausa y lo miro confundida. La sonrisa de Christopher desaparece levemente mientras una manifestación de desconcierto cruza fugaz por su

mirada. Miro mis pies mientras aprieto en una línea recta mis labios con nerviosismo bajo su mirada.

Mierda, papá, ¿le estás comprando la Capilla Sixtina al frutero o qué?

—¿En...?

—¡Okey, okey! —chillo atropelladamente, interrumpiendo sus probablemente indecentes y morbosas palabras, acercándome e inspeccionado a Lance—. No nos desviemos del tema —espeto, esquivando con ojos intranquilos su mirada, concentrándome simplemente al bebé—. Él es el hermano de Loid —le explico, jalando la bufanda negra que llevaba como si esta me apretara, pero no, estoy consciente de que es el simple calor que me genera su penetrante mirada—. Hm, ¿Lance? —intento llamar su atención, y él deja de jugar con el cierre de la chaqueta de Christopher y me mira a los ojos—. Bebé hermoso, ¿dónde está Loid?

—Yo también quiero que me llame así.

—Christopher, cierra la boca.

—¿Mami? —pregunta en voz demasiado finita, una que me da ganas de lanzármele encima y llenarlo de besitos y abrazitos. Asiento fugazmente, y su cortito y gordo dedo índice señala una góndola lejana.

—¿Galletita? —La voz de papá resuena en mis oídos y siento cómo mi estómago gorgotea al escuchar el apodo que desde pequeños le dio a Christopher. El hombre castaño abre la boca como si estuviera desconcertado y corre hacia el simio como un niño a un dulce. Me aparto en un segundo y veo cómo mi padre enrolla en sus largos y fuertes brazos el cuerpo grande de Christopher—. ¡Galletita! —chilla de la emoción y me siento realmente aliviada de que no haya nadie en el supermercado.

Porque sí, en mi casa, al parecer, yo era la única persona más o menos madura. Mi padre, además de ser la réplica exacta de Ian en físico, también lo era en lo mental. Solo que con más experiencia y años encima.

Y obviamente no puedo evitar sacar mi celular del bolsillo delantero de mi suéter y tomarles una foto discretamente. ¿Qué? ¡Lo hago por mi padre!

—Señor. —Apenas puede pronunciar el pelinegro en el asfixiante abrazo de mi padre. Yo sonrío escondiendo mis manos en el suéter, apreciando la escena; a pesar de ser un hombre grande nunca perdía su entusiasmo y felicidad, era algo que realmente amaba de mi padre.

Después de todo, él había perdido a su esposa y seguía sonriéndole al mundo, mientras que yo, siendo mucho menor que él, era una adolescente malditamente gruñona.

—Tú, pequeña pillita. —Mi padre sonrío de oreja a oreja mientras mueve sus cejas rápidamente, y yo trago saliva, temiendo que dijera algo que probablemente me pondría en vergüenza—. Cuando dijiste que las galletitas eran vitales para tu vida no pensé que hablabas de Christopher exactamente. —Mis labios se quedan en una inevitable línea recta y la carcajada que el pelinegro exclama se adentra en las paredes de mis oídos como una burla inevitable, provocando que ahora mis orejas, cuello y rostro tornaran a un color rojo chillón.

Jesús, ¿por qué?

Christopher me da una gran sonrisa, escondiendo su mandíbula en el revuelto cabello del niño y mirándome fijamente, pero noto algo. Sus mejillas, puedo apreciar un leve tono rojo en sus pómulos, Oh... esperen... oh, alto ahí, ¿el comentario de papá hizo que se sonrojara? ¡No sabía que podía sonrojarse!

—Papá, hiciste sonrojar al pobre chico —informo, algo desconcertada viendo al simio, y su sonrisa desaparece.

—¿Qué? Tú eres la sonrojada, enana —me contradice inútilmente, pues su piel es de un tono

tan pálido que se nota muy fácil el cambio de sus mejillas.

—Claro que no.

—Claro que sí, no me contradigas.

—Cállate, Christopher.

—Oblígame, Fresita. —Arrugo la nariz, molesta, percibiendo mi rostro entibiado y estoy a punto de responderle, pero mi padre nos interrumpe.

—Oh, ya, cásense de una vez... ¿¡Quién es este niño!? —Papá se acerca notablemente a Christopher y comienza a estirar y pellizcar las mejillas gorditas del bebé, provocando sonoras risitas de parte de este. Bueno, hasta que al fin se dio cuenta de su existencia.

—Es el herm..

—¿Tuvieron un hijo y nunca me lo mencionaron? —Christopher contrae su pecho y en cuestión de un segundo otra carcajada invade mis sentidos, y yo honestamente pienso en golpear a papá por sus bromas. Miro a mi padre completamente en blanco, ¿pero qué le pasaba a la gente mayor? Es decir, primero la abuela y ahora mi propio padre, ¿están conspirando en mi contra!

—Papá, no digas tonterías, él es...

—Es un niño muy bonito y saludable, Christopher, hiciste un buen trabajo. —El hombre castaño comienza a ignorar olímpicamente mis exclamaciones y asiente, inflando su pecho al pelinegro, quién también mueve su cabeza como si estuviera completamente de acuerdo con él.

Tomé una gran bocanada de aire. Estaba lista para matarlos.

—Fue duro convencerla —habla lastimero Christopher, siguiéndole el juego, y yo arrugo las cejas y alzo las palmas a la altura de mis hombros en signo de qué-demonios-está-pasando—. Ella es muy dura conmigo. ¡No me quiere, y no sé qué hacer! —Percibo cómo mi rostro enrojece aún más. Mi padre asiente mientras sostiene su barbilla en una mueca de duda, como si las explicaciones del pelinegro fueran completamente reales o se tratase de analizar algo.

—¡Mira, el gorila! —Esa masculina y chillona voz conocida para mis oídos hace que los tres nos giremos y puedo divisar a Liam junto a un niño castaño, con la misma altura y exactamente igual que él. Dado a la similitud en las facciones de los dos niños llego a la clara conclusión de que el niño piropos-de-cantinerero-borracho tenía un hermano gemelo. ¡Y eran adorables!

—Gorila... —Miro a Christopher, desconcertada, y al ver su expresión molesta lo único que puedo hacer es soltar una carcajada incluso más escandalosa que la suya. Vaya, mi niño enamorado empezaba a caerme mejor. Diviso cómo Liam comienza a corretear en nuestra dirección y cómo su hermano lo imita luego de un momento.

—¡Mi princesa! —Me siento estúpidamente incómoda ante los apodos de este niño con mi padre presente—. ¿Cómo has estado?, ¿el gorila te molestó? ¡No temas, yo estoy aquí! —Miro a mi padre en el intermedio de avergonzada y queriendo reírme. Noto cómo él aprieta sus labios para no reír, observando la escena con diversión. ¡Dios!, ¿jes que no había una sola persona madura aquí!? ¿Todo el mundo iba a reírse en mi cara de mi sufrimiento?

El niño toma mi mano, desconcertándome de golpe y acerca sus labios a esta. Está a punto de besar mi mano cual caballero, pero el cuerpo pequeño y fofo de Lance se interpone.

Es Christopher quien coloca el cuerpo del niño y se lo entrega en brazos a su hermano, interponiéndose entre ambos.

—¿Qué le has hecho a mi amada, poste de luz con patas? —Le da una mirada ceñuda y molesta. Pero Christopher, en este caso, en vez de responder de la misma forma, simplemente le da una sonrisa, desconcertando al niño.

Quizá subestimé a Christopher y no es tan imbécil como creía.

—¿Quieres saber lo que le hice? —Él clava su vista en mi bufanda negra con una mirada

rebasando picardía y siento cómo mi estómago gorgotea nuevamente.

Olvídenlo. Olviden lo que dije.

—¡Niños! —Otra voz nos desconecta de la repentina disputa entre dos niños —Christopher incluido, obviamente—, pero es una voz mucho más melodiosa, una voz femenina y aterciopelada.

Oh, Jesús, esa mujer es hermosa. Una señora probablemente de la edad de mi padre camina con cansancio y unas bolsas de plástico hacia nosotros. Viste una blusa blanca manchada a propósito en múltiples colores más unos simples tejanos holgados. Muy bien, la mujer no parecía una súper modelo, pero tenía ese brillo de belleza natural que dejaba impactado a cualquiera. Su cabello castaño rebasaba unos pequeños hombros y tan solo me lleva una cabeza.

—¿Qué hacen aquí? —exclama, mirando con molestia a los niños, y apoyándose en sus rodillas del cansancio. La mujer mira al más pequeño de todos nosotros, y como este está en los brazos de mi padre, se lo queda viendo, y mi padre viceversa.

Mmh, esto no me gusta.

Lo sé, mi padre es hermoso, es como ver a Ian en versión más grande. Tengo sabido que podría atraer a cualquier mujer, tiene un buen sueldo, algo de juventud y una espectacular sonrisa y carácter amigable.

Pero lo que también tiene es una hija muy sobreprotectora y celosa, ¡ja!

—¿Usted es...? —La mujer arruga su entrecejo, escaneando rápidamente a mi padre. Sus cejas son finas, depiladas a la perfección y casi siento envidia de lo bien que las tiene.

Yo me depilaba cada dos por tres la cara y las piernas pues... ¡estamos en invierno! No muestro mis piernas, ¿para qué iba yo a depilarme?, ¿para mis vaqueros? Ugh, por favor. Reitero: flojera.

Mi padre parece escapar de su estúpido trance causado por la belleza natural de la mujer y saluda atropelladamente.

—Oh, pues, yo, lo siento. Mi nombre es Kirian Amoretti. —Asiente levemente con una sonrisa hermosa en sus labios y la mujer se la corresponde.

Repito, repito: esto no me gusta. Para nada.

—Oh, pues, gracias por encontrar a mis hijos, soy Margarete, un placer. —Esperen, alto, ¿qué?, ¿esta mujer es la madre de Loid!? La fémina da unos pasos hacia mi padre, sosteniendo una sonrisa risueña y alarga su brazo. Algo hace un tic en mi mente que me eriza de pies a cabeza —. Y...

—¡Y yo soy Elizabeth, su hija menor! —chillo alborotada, haciendo énfasis en mi nombre e interponiéndome entre ambos; también puedo escuchar una sutil risilla de Christopher a mis espaldas. Ella parece hacer una pausa y gira la cabeza en mi dirección.

—¿Tú eres Elizabeth? —indaga, y yo arrugo las cejas por el tono curioso de su voz, pero logro asentir levemente—. ¡Oh, Loid no me dijo que eras tan hermosa! —Frunzo el ceño y, cuando estoy a punto de responder, sus brazos esbeltos con algo de músculo se enredan en mi espalda, dejándome en completo shock. ¿Por qué diablos me abraza? Oh, Dios, ya sé a quién salió Loid. La mujer suelta un chillido de felicidad y me aprieta las mejillas entre sus dedos con uñas de un color rosa pálido—. ¡Eres adorable! —Un gruñido nace de lo más profundo de mi garganta por su estúpido comentario y ella suelta una risilla mientras juega con mis mejillas rojas. Pero es que, ¡me recuerda mucho a Loid! ¡No puedo apartarla! Es como estar rechazando a Loid y definitivamente no puedo hacer eso—. Lo siento —dice, soltándome, y luego me ve de nuevo como una persona hiperactiva y se acerca para estrecharme por última vez las mejillas—. ¡Es que Loid no me lo dijo!

—Yo sí te dije lo bonita que era —replica el pequeño desvergonzado en un tono obvio.

—Liam, compórtate.

—¿Es que un hombre no puede expresar libremente sus sentimientos? —Mi padre suelta una carcajada ante el último comentario del niño y yo sonrío simplemente por ver a mi padre reír, era algo realmente gratificante para mí.

—Mmm... —miro a la mujer—, ¿Loid no vino?

—Oh, él se fue hace un momento a casa, linda. —Asiento ante su comentario y escondo mi labio superior dentro del inferior. Ugh, tengo ganas de ver al descerebrado de mi amigo—. Ow, no hagas puchero, linda. —De nuevo jala mi mejilla y Christopher ríe. Jesús, ¿¡qué tenía esta mujer con mis mejillas!?. —Lo verás en la reunión de hoy. —La miro confundida.

—¿Eh?

—El cumpleaños de Vicente —explica interrumpiendo Christopher mientras da un paso al frente, y entonces recuerdo haber oído algo de eso por la semana—. Discúlpela, señora, la enana no está acostumbrado a salir de su madriguera. —Lo miro completamente indignada.

—¿¡Cómo la llamaste, tonto mamut feo!?

—¡Liam!, ¿¡qué son esas palabras!?

...

—*Tonight, we honor the heroes* —canto mientras muevo mi cabeza al ritmo del *opening* de *Noragami Aragoto*.

Mi padre había ido hace tan solo un momento a la casa de uno de sus amigos, al parecer era una cena formal para celebrar lo bien que le fue esta temporada a la orquesta. Me invitó a ir, pero para ser honesta no me gustaban esas cenas con personas mayores aburridas y tampoco me gustaba interrumpir la comodidad de mi padre al estar con estos, después de todo eran sus amigos. Ian estaba en la casa de Vicente en la reunión que siempre hacían y yo estoy acostada en mi cama, tapada con una frazada y navegando por *tumblr* mientras hago el informe de Historia.

—*Kurutte hey kids! Shidai ni jidai wa kawatte, owaranai shousou* —Escucho el ronquido fuerte del motor de un auto desde afuera, sin embargo, no me muevo de mi estado de comodidad, ya que probablemente sea mi padre—. *Kurutte Naita, wasurenai ai o sagashite tsunagitai zutto...* —Mi canto en susurros baja notablemente cuando escucho varias voces en la sala, como un enjambre de voces masculinas. Arrugo las cejas y miro la puerta, distingo las voces de Vicente, mi hermano y la de Aron, por lo cual me acomodo en mi posición nuevamente y sigo en *Tumblr*, aburrida.

—¡Elizabeth! —Ugh, ¿qué quiere ahora?—. ¡Enana!, ¿estás en tu madriguera? —Cuando escucho los pasos de mi hermano mayor acercándose por el pasillo, me agacho rápidamente en busca de mis auriculares blancos y me los coloco antes de que llegue.

—¿Eli...?

—*Kurutte hey kids! Kudaranai egao kobo.* —La figura que entra en mi habitación no es la de mi hermano castaño, sino que la imponente silueta del simio alfa está en el marco de la puerta. Christopher da un paso en mi habitación y, cuando escucha mis gritos desquiciados en japonés frunce sus cejas y me sonrío inclinando su cabeza hacia atrás. Genial, ¿por qué no me pongo más en ridículo?

Ah, no, cierto, era simplemente mi vida.

—¿Cómoda, Fresita? —indaga cuando yo escondo mi rostro entre las sábanas de la vergüenza, luego de haber escuchado su melodiosa voz me siento realmente avergonzada.

—Creí que, bueno, eras Ian... —murmuro para después soltar un gruñido. Christopher me sonrío con soberbia y comienza a rodear mi habitación, deteniéndose a observar mi póster de *Assassin's Ninja* pegado a la pared. Si me lo pensaba con claridad, mi habitación parecía más la de un chico. Llena de posters de videojuegos y películas de acción, las paredes eran de color



azul y el piso de azulejos negros y blancos. En mi habitación lo único femenino que existía era un juego de maquillaje que me regaló la abuela hace ya mucho tiempo y... y mi ropa interior.

Dios, ¡hasta John es más femenino que yo!

—Oye, vamos, levántate —ordena en aires demandantes a los pies de mi cama, de modo que su cabeza sobresale por arriba de la pantalla de mi laptop. Miro hacia el techo y luego a él.

—¿No sabes lo que es la privacidad? —digo, hundiéndome en el colchón. Saco las manos de la frazada que cubría mi cuerpo y las acomodo por arriba de mi cabeza, entrelazándolas sobre la cómoda almohada, luego de un momento me desperezo estirando los brazos. Ugh, qué flojera moverme.

—Tienes la puerta abierta —argumenta sonriéndome. Inclina su torso hacia el frente y apoya sus manos en las reposeras de los pies. Estoy a punto de reprocharle, pero me interrumpe—. Oh, es verdad, a la Fresita le da miedo cerrar la puerta con llave. —Ladea la cabeza a un lado con una sonrisa burlona.

—¡Es que me siento encerrada y lo sabes, pulgoso! —La flojera parece desaparecer de mi anatomía y salgo de mi cama rápidamente, parándome sobre mi cama, y mi ego sube al notar que estoy más alta que él. Señalo con mi dedo índice la puerta—. Fuera, invades la privacidad de una mujer, ¿qué tal si entras y yo me estaba cambiando de ropa o algo? —explico con exasperación, agitando las manos en su rostro. Su sonrisa se levanta de forma retorcida y luego enarca una ceja.

—¿Se supone que eso es malo? —Arrugo mis cejas y me abrazo por los hombros dramáticamente.

—¡Pervertido! —Él se ríe por mi dramatismo y cuando se va me señala la sala, por lo cual asiento con fastidio. Ya me había despertado y levantado, no me quedaba de otra. Además, Ian podría venir a molestarme por no ir y en fin.

Me doy cuenta de que Christopher había podido con mi flojera. ¡Jesús, yo nunca me había levantado así, ni siquiera cuando llego tarde al instituto! Al parecer lo quiero más de lo que parece.

Decido quedarme con mi pantalón de pijama, era de color celeste con el estampado de la cabeza de Homero Simpson por todos lados. Por encima de mi camiseta me coloco una polera completamente negra que se me escurre por las manos y hombros, y me coloco la capucha de este. Tenía el cabello todo enmarañado y despeinado como para dejármelo suelto.

Puede que me guste mucho Christopher, pero tampoco lo quiero tanto como para peinarme.

Cuando bajo por las escaleras puedo ver a los chicos sentados en ronda en la sala, habían movido de lugar la mesita ratona en la cual almorzamos para sentarse en el medio de la habitación. Christopher sonrío al verme, me escanea de arriba abajo y no tengo idea de por qué demonios sonrío. De seguro me veo horrible.

—¿Esa es mi polera? —indaga John al verme y frunce sus cejas. Bueno, quizá la polera grande para dormir que tomé prestada sin permiso a Ian no era de él...

—Creí que era de Ian —digo, bajando los últimos escalones, y escondo mis manos abajo de la tela color oscuro—. Bueno, despídete de ella. Ahora es mía. —Los chicos ríen y me pongo a escanear en dónde me sentaré. Christopher llama mi atención. Él palmea el piso junto a él, donde por casualidad hay un lugar libre, pero antes de eso pateo la espalda de Aron levemente y él se mueve hacia donde está el simio alfa. Ahora John está a mi izquierda y mi hermano a mi derecha, mientras que Vicente está casualmente —tos, sarcasmo, tos— sentado junto a John, por lo cual Christopher queda exactamente frente a mí, que me hace cara de fastidio.

—¿Dónde está Loid? —chillo, cruzándome de brazos—. ¿No lo invitaron? Necesito de su estupidez para sobrevivir.

—Lo invité, pero dijo que tenía que hacer algo con su madre o algo así —explica Aron y me pongo feliz al saber que en realidad sí lo tuvieron en cuenta. No he visto a Loid en todo el día, ugh, lo extraño. Estúpido él y su estupidez tierna que me alegra los días, cada vez se hace más imprescindible en mi vida.

—Bien, comencemos. —Vicente frota sus manos rápidamente y toma su celular. ¿Qué?

—¿Qué vamos a hacer? —Inclino mi torso en dirección al de piel más oscura con curiosidad; estoy a punto de ver la pantalla de su celular, pero él lo quita de mi vista rápidamente. Hago un puchero y lo miro, arrugando las cejas.

—*Verdad o reto* —dice, dándome una sonrisa pícaro y yo simplemente asiento. Aunque no me sorprende, siempre hacíamos lo mismo.

Era solo un simple juego de preguntas estúpidas y retos aún más tontos, pero algo cambia cuando veo la mirada de Christopher. Sus ojos negros tan profundos como el plumaje de un cuervo me observan con una intensidad que me petrifica.

Bueno, quizá el juego cambia hoy.

—Bien, todos conocemos *verdad o reto*, pero este tiene unas reglas algo... distorsionadas. —Todos hacemos cara de circunstancias al oír eso, y apoyo mi espalda en el brazo de Ian—. No pueden elegir *verdad o reto*, si eligen *verdad* en uno, no podrán hacerlo de nuevo si les toca. Va intercalado, malditos cobardes. —Suelto un gemido de estrés, yo siempre escogía *verdad*—. Exacto —me chista el mayor, riéndose—. Es una aplicación que descargué en mi móvil. Y si los retos son muy fuertes, lo harán de todas formas. Y como soy el mayor, seré el primero. —Vicente sitúa su celular en el medio de la ronda y una flecha que se mueve en círculos bastante rápido para mis ojos termina por señalar a Christopher. Vicente sonrío—. ¿Verdad o reto? —Él ladea su cabeza, desliza rápidamente su lengua sobre su labio inferior y sonrío. Joder, simio, no hagas eso.

—Reto. —Algunos sueltan un *uhhh* y la verdad es que yo soy una. Parecía bastante decidido y decidimos fastidiarlo por eso. Algunos se ríen y Vicente desliza su dedo rápidamente por la pantalla de su móvil. Suena una música de ruleta y cuando esta para noto cómo sus ojos leen con rapidez, pero parece empalidecer de golpe y su vista se fija en mí, mira su móvil, luego a Christopher y nuevamente me mira.

—¿Qué? —espeto con el pánico comenzando a adueñarse de mi sistema. Suelta una carcajada y todos lo observamos, curiosos—. ¿¿Qué!?! —Intenté quitarle el móvil, pero con simplemente estirar su brazo hacia arriba yo no llego. Él se tapa los labios con el dorso de su mano y nos mira a todos con una gran sonrisa en su rostro. Mira la pantalla de su móvil y ríe nuevamente.

—¡Oye! —chillo con desesperación, pensando que ese reto tiene algo que ver conmigo. Él más grande asiente, diciéndome que me tranquilice, y luego de un momento respira hondo para al fin leer el reto.

—Christopher, tienes que... —Se ríe de nuevo, y esta vez no solo yo soy la que suelta una queja —, tienes que hacerle un baile como tú elijas a una chica, y la única chica que hay entre nosotros es... —Todos se giran a verme de golpe, y yo percibo cómo la sangre se hiela en mis venas.

—No, vamos... —Estoy segura de que el color rojo flamea por absolutamente todo mi rostro como una llama ferviente, mi respiración es anormal y percibo un terrible peso en mi pecho. Puto juego, sabía que iba a ocurrir algo. ¡Lo sabía!

Vicente ríe. Coloca sus manos en mis hombros, provocando estragos en mi estómago, y me empuja a un banco, sentándome de golpe en la madera fría de este y haciendo que mis rodillas se debiliten.

—Las reglas son las reglas —me espeta con emoción y una gran sonrisa en su rostro. No hay nadie en la sala, todos están en la puerta observando la escena con diversión. El de tez más oscura yergue su espalda luego de obligarme a sentar, pero parece recordar algo en el momento—. ¡Ah! Es verdad, hay que atarte. —Escucho una gran carcajada por parte de Vicente y trago saliva.

—Bromeas, ¿verdad? —Me pongo de pie nuevamente, pero el mayor me empuja al banco de madera—. ¿Estás demente? Ni loca. ¡No me van a atar como a un perro! —De golpe me duele el pecho y parece que me mareo. Estoy a punto de decir que me siento mal, pero me doy cuenta de que simplemente es la adrenalina que fluye velozmente por mis venas, yo nunca había sentido adrenalina. Soy la clase de chica que se limita y va por lo seguro. Nunca me he saltado una clase, nunca he corrido por algo malo anteriormente hecho ni mucho menos había sentido la adrenalina de mi corazón al ver a esa persona. Definitivamente esto era diferente. Con Leon ni siquiera eran tan potentes mis latidos, en esta situación, pareciera que mi pecho iba a quedar hueco de tanto ser golpeado por mi alterado corazón. Siempre me iba a lo comfortable, donde sabía que no iba a tener problemas y estaría bien.

Y sí, sé que no es más que pura cobardía, pero en fin, es mi maldita vida y nadie me dirá cómo vivirla. Vicente desaparece de mi campo de visión por unos segundos y mi estómago se contrae al ver a Christopher sentado frente a mí. Está en un sofá a unos cuatro metros de mí con la espalda apoyada en este y un brazo estirado en los bordes del respaldar.

Lo negro de su profunda mirada me dejaba una estrecha respiración pesada y sus ojos sobre los míos parecían formar un peso en mi pecho. Lo negro de sus orbes parece dejarme en claro que esto no iba a acabar bien. Lo negro de sus ojos era como el matiz infinito del fin, y por más que hiciera esfuerzos mentales en negarme a aceptarlo, mi corazón y cerebro parecen estar de acuerdo en que esto definitivamente acabaría por gustarme aún más.

Arrugo las cejas.

—¿Lo estás disfrutando, verdad? —Él hace una pausa, y luego sonrío.

—Sí, de hecho. —Se yergue en su posición y apoya un codo sobre su rodilla, dejando caer así la mandíbula en su palma derecha. Llevaba un vaquero negro ajustado y extrañamente una camisa negra, probablemente su chaqueta no me había dejado verla. En ningún momento dejamos de mirarnos. Y entonces sonrío. Demonios, su sonrisa, voy a hiperventilarme.

—¿¡Qué hay de John, eh!? ¡Sus géneros sexuales son completamente cuestionables! — Christopher se ríe, moviendo los hombros sin emitir sonido alguno. Su mirada, oh, él realmente estaba disfrutando de mi desesperación.

—¡Más respeto a tus mayores, niña! —Oigo la voz de John desde el otro lado de la puerta y Vicente ríe. No sé qué demonios hacer, una parte de mí, en ese lado vacío, lleno de pensamientos

esperanzados en un cariño que Christopher no siente por mí. Tengo entendido que esto es algo meramente hormonal, esto no tiene sentimientos. Oh, bueno, eso espero. Era extraño, cada vez que él me sonríe me obliga a recordar todas las ocasiones en las cuales me protegió de todo mal y en otras donde estuvo apoyando a toda mi familia. Las situaciones donde me regalaba una sonrisa de niño amigable y mi corazón realmente se llenaba de confianza. Las oportunidades donde supe que su felicidad era sincera y sujetaba mi mano, transmitiéndomela.

Jodidos recuerdos. Jodida yo. ¡Jodido Christopher!

Quería más de él. Una vez que había aceptado personalmente los sentimientos, comprendía perfectamente lo mucho que me encantaba ahora, él detonó ese extraño sentimiento tan novedoso para mí. Es como un cálido y dulce veneno desplazándose por mi corazón aislado y cada vez avanzaba más sin mi consentimiento.

Vicente camina hacia mí y clavo mis ojos inquietos en sus manos, sostiene un cinturón estrecho en estas. ¿Qué? ¿En serio iba a atarme?

—¿Esta mierda es realmente necesaria? —Me mira ofendido.

—Oye, es ley hacer los retos.

Intento ponerme de pie, pero es obvio el hecho de que en cuanto intento impulsarme, el de piel más oscura me empuja hacia el banquillo.

—No me ates. —Intento que mi voz suene lo más madura y razonable posible, pero solo parezco soltar un inútil chillido.

La idea de verme atada con Christopher a mi alrededor era realmente aterradora, excitante y emocionante de muchas maneras, pero más aterradora

—Elizabeth. —Vicente se pone de pie frente a mí, desechando al simio alfa de mi campo de visión, dándome un poco de aire—. En cuando yo me vaya por esa puerta y los deje solos vas a correr, probablemente te tires por la ventana. —Estoy a punto de replicar, no obstante, en un movimiento demasiado rápido para mis ojos, el mayor se pone de pie detrás de mí, abro los labios indignada, hasta que percibo cómo sujeta mis muñecas y las une a la altura de mis caderas. No puedo decir nada, tenía toda la razón. Además, para mí también era una especie de tradición este juego en los cumpleaños.

Comienzo a entrar en pánico en un segundo y el escaso aire a mi alrededor parece asfixiarme. Alzo la vista hacia Christopher, quien sigue en la misma posición de antes, disfrutando con verdadero júbilo la escena.

—¡Míralo! —me quejo cuando percibo el cuero del cinturón ajustando mis dos muñecas sin dejar de ver la sonrisa del simio alfa oculta por sus nudillos. Parezco un preso chillando por su libertad. Esperen, lo soy—. ¡Es un cínico! Mira su sonrisa, él de verdad va a hacer algo malo, Dios mío, va matarme. Vicente, suéltame —ordeno con inútil énfasis, pues tengo sabido que el mayor definitivamente no va a ceder ante mis súplicas. Después de todo, ahora estoy atada a un estúpido banco—. Vi...

—Elizabeth. —El de cabello ceniza se pone de pie frente a mí y aprieta mi hombro—. Disfrútalo. No vas a salir muerta de aquí... —Hace una breve pausa con una mueca de costado en sus labios y aprieta mi hombro nuevamente—. Puede que no salgas virgen, pero sí viva. —Inclino mi torso hacia atrás ante la carcajada de Christopher y arrugo con indignación mis cejas.

—Eres un maldito asco, ¿sabías? —suelto, percibiendo el oxígeno pesado—. Además, ¿qué demonios tiene que ver mi virginidad con este estúpido reto? —replico, retorciéndome en el banco para quitar el nudo de mis manos y sintiendo mi rostro entibiado por el tema en cuestión.

Vicente me hace una mueca como si mi comentario fuera desvalorizado e intercambia una mirada con Christopher. El pelinegro, sin mover su cabeza, alza los ojos hacia el mayor y

simplemente se quedan viendo. Se dan una mirada extraña, una que quiere decir algo más, pero honestamente mi respiración alterada y mi cerebro paranoico interceden y no me dejan ver con claridad el mensaje oculto.

Luego de unos segundos, Vicente suelta un suspiro como si estuviera cansado y se acerca para tomar nuevamente mi hombro.

—¿En serio, Elizabeth? —Estoy segura que su grito sorpresivo es capaz de dañar mi oído, me toma de sorpresa, y si no fuera por su mano, habría caído al piso.

—¿¡Por qué demonios me gritas!?

—¡Creo que el mensaje es bastante claro! ¿No c...?

—Vicente. —Sus palabras histéricas son interrumpidas por el simio alfa, quien le da una mirada seria debajo de su flequillo oscuro. El mayor sonrío, viéndolo a los ojos, y yo estoy completamente perdida en la escena.

—Ya —suspira—. Lo siento, olvidaba que es por eso que te encanta esta idio... —Christopher golpea el pie del mayor con su bota militar, pisándolo de una forma para nada accidental y Vicente sueltas una variedad de chillidos para nada masculinos. Por último, me hace un ademán con su mano, y me doy cuenta de que es un adiós definitivo. Oh, mierda, ¡esto en serio iba a ocurrir! El corazón me impacta en las costillas fuertemente y cuando el chirrido de la puerta cesa, anunciando nuestro aislamiento, toda esperanza es pulverizada de golpe.

Bueno, era mejor si me mataban.

Mi cuerpo tiembla sin control alguno, y cuando percibo el cuero de las botas del simio alfa chirriar para ponerse en pie, un segundo antes pienso que realmente me desmayaré por falta de aire. Intento zafar mis muñecas de la atadura y oigo una risa por parte de Christopher que me hace vibrar de pies a cabeza.

—Vicente sabe hacer nudos de la marina. Lo sabes, ¿verdad? —Lo miro, molesta.

—Tú se los enseñaste. —No es una pregunta, y él me sonrío. ¡Lo sabía!

Solo respira, maldita sea.

De algún modo, intento respirar, hasta que percibo sus pasos acercarse a mí. Oh, no. Meto los labios y los aprieto de los nervios, y la imagen del beso y sus labios exigiendo sobre los míos hace que quiera meter la cabeza, nuevamente, debajo de la tierra. Mi vista periférica puede observar cómo se detiene frente a mí. Se queda unos segundos analizando mi atada posición y termina inclinándose en mi dirección.

Me siento terriblemente amenazada e insegura con las manos en mi espalda, y su gran tamaño junto a mí no ayuda necesariamente a mis nervios. Percibo su flequillo chocar contra mi frente de golpe y meto el estómago. Oh, bueno, estaba más cerca de lo que creía. Tengo cosquilleos en el estómago que casi parecen quemarlo en mi estómago y estoy segura de que puede escuchar cómo trago saliva fuertemente.

—Te ves como si tuvieras calor. —Su voz áspera de golpe contra mi oído hace que un escalofrío me recorra de pies a cabeza. Estoy a punto de responder, aunque mi cerebro aún ni siquiera asimila la situación y probablemente hubiera soltado un patético susurro. Inspiro hondo.

—Más bien me veo como una chica de diecisiete años atada a una silla.

Creo que soltaré algún cínico comentario, sin embargo, cuando acerca su mano a mi mandíbula esta vez, mi garganta realmente se corta. La piel helada por el frío de sus dedos choca con la oponible piel enrojecida de todo mi rostro. La textura de su piel es áspera y cicatrizada, sin embargo, es una sensación nueva y agradable, y tengo que recurrir a verdaderos esfuerzos mentales para no cerrar los ojos y disfrutar las tiernas caricias que me dan sus dedos en la mejilla. Simplemente miro el piso, agitada. Se coloca en cuclillas de golpe frente a mí, su rodilla

apenas roza la mía cuando se agacha, pero de todos modos me muevo como si me hubiera mordido. Entonces sonrío.

—Estás roja. Mucho calor, ¿verdad? —Trago saliva nuevamente, y sus dedos se deslizan por la esquina de mi mandíbula. Ahora toda su palma se apoya en mi mejilla y percibo cosquilleos en la piel como si su toque hiciera que picara. Me estaba estresando conmigo misma, tengo un carácter fuerte, ¿cómo es posible que quede como alguien cohibida ahora mismo? ¡Maldita sea! Es realmente frustrante—. Mírame. —No entiendo por qué lo hago, pero el enjambre histérico de mi estómago parece enloquecer cuando sus ojos me atraviesan. Christopher sonrío y una vez más sus dedos atrapan mi mandíbula.

—Tenemos un problema —dice, sonriendo sin separar sus dientes, y puedo distinguir la minúscula sombra de un hoyuelo en su mejilla derecha.

Oh, ya deja de sonreírme, por favor.

—¿Qué, te refieres al hecho de que estoy atada como un vulgar esclavo? —Pienso que él dirá algo burlón, mucho más atroz de lo normal, pero él simplemente se dedica a estirar esa hermosa sonrisa mientras sus dedos acarician mi cabello, peinándolo de alguna forma. ¿Alguna vez había mencionado el lunar debajo de sus húmedos labios? Oh, sí, él tenía uno, era un poco más grande que los demás, y estaba más abajo de la comisura izquierda de su boca. Quería darle un beso justo ahí. Era precioso, mi Dios, él era devastador. Se inclina brevemente para llegar a la parte posterior de mi cabeza y sus labios quedan a la altura de mis ojos.

Christopher me acomoda derecha nuevamente en el banco y me mira a los ojos, arqueando una ceja al notar cómo observaba sus labios. Se tiente de la risa sutilmente y percibo cómo mi rostro se vuelve más rojo, si es que eso es posible, claro.

—Como decía —prosigue, colocándose nuevamente en cuclillas frente a mí—. Tenemos un problema.

—No sé, ¿quizás que estoy atada?, ¿que me trajeron contra mi voluntad?, ¿que esto probablemente sea ilegal y esté en contra de los derechos humanos? No lo sé, simio, tú dime. —Él adopta una mueca pensativa, y yo solo pienso en lo adorable que se ve.

—No, eso definitivamente está bien. —Me sonrío y por alguna razón le correspondo a la sonrisa de costado. Era un maldito imbécil y no tenía remedio—. Hace mucho que no hago esto... —Yo arrugo las cejas, confundida.

—¿Tienes que estirar o algo así? —Se ríe nuevamente y quiero con todas mis fuerzas mantener ese sonido en mi mente.

—No, Fresita. No es eso. —Noto cómo su voz cambia radicalmente, de un segundo a otro ahora es en un tono más grave y eso me altera, oh, realmente me altera—. Estoy... realmente alterado —explica al fin. Veo el exacto momento donde sus pupilas se dilatan y su mirada parece oscurecerse en innumerables y extraños tonos. Yo arrugo las cejas, parece como si se tratara de un mensaje entre líneas, como si alterado de otra forma, pero el mensaje no es muy claro para mí—. No bailo hace bastante, Fresita. —Esta vez él es quién sorprendentemente traga saliva—. Maldita sea, antes de lo del beso, hace jodidamente mucho que no toco a nadie. —Parece realmente frustrado.

Termina el argumento, y nuevamente su rápida lengua se desliza por el borde de sus húmedos labios. Tengo que resistirme a no imitar su acción.

—¿Y qué?, ¿te refieres a que terminarás bailando más de la cuenta?, ¿y qué?, ¿estás en... todo tu derecho? —Me hace una mueca de circunstancias y luego sonrío abiertamente, viéndome a los ojos. Okey, ¿cuánto tiempo llevamos aquí? Sacudo mis manos atadas—. Solo haz unos pasitos y ya, yo que sé, no te sulfures, hombre. —El de cabello negro me mira con estupefacción por unos

momentos para luego mostrar una mueca de indignación.

—¿*Pasitos*? —Suenan molesto, casi irritado. Yo hago una pausa. Oh, mierda, ¿en serio?, ¿tenías que meterme con el puñetero baile?, ¿en serio?, ¿en un momento así? Tomo una fuerte bocanada de aire.

—No, es decir, bueno, es...

—Está bien. —Se pone de pie de golpe, asustándome, y tengo que alzar demasiado la vista para verlo a la cara. Él se acerca a uno de los estantes de la sala, buscando algo. Estoy a punto de preguntar qué es lo que hace hasta que veo el control del equipo de parlantes en su mano—. ¿Qué estás...?

—Te mostraré *mis pasitos*, Fresita. —Oh, mierda, realmente se indignó. Su voz suena más grave y la mirada penetrante que me da definitivamente no dice nada bueno. Christopher se posiciona frente a mí de espaldas, cuestión que hace que me confunda. Está a unos tres metros de mí, posiciona sus manos a la altura de su pelvis y separa los pies. Sí, bueno, era muy extraño que siendo hijo de un Comandante, Sargento o lo que sea le apasionara tanto la danza.

—Oye, esto... —Él mueve la cabeza con rapidez y el tornar duro de su cuello hace que cierre la boca mientras me estremezco de pavor. Una melodía suave comienza a resonar en los parlantes, hace que mi cuerpo entre en alerta abruptamente. La suave y atractiva voz de *The Weeknd* comienza a resonar en la canción *Earned it* y solo me dan ganas de estrangular a Christopher por escoger una canción tan pornográfica. Suena un golpe musical a la misma vez que Christopher levanta un brazo a la altura de su pecho, haciendo un ademán leve con su cabeza. Lo hace con sutileza, moviendo levemente sus talones. La batería de la canción golpea una vez más y entonces camina hacia atrás, por lo que está de espaldas y se acerca a mí.

Me altero, mi respiración es completamente contrarrestada a la música suave. Siento el corazón en el centro de mi garganta, y apenas es el comienzo de la canción. Mueve con fluidez sus pies y hombros, gira su cabeza mirando hacia arriba lentamente y entonces mueve su pelvis en un movimiento curvilíneo que hace que se seque mi garganta.

*Oh. Por. Dios.* ¿Qué demonios? De golpe quiero reírme, esto era tan bizarro que sobrepasaba los límites, sin embargo, sé que es del nerviosismo. ¿Cómo demonios es que hace una hora estaba cómodamente viendo anime y ahora estuviera en esta situación?

Trago saliva duro y esta vez la sangre se agolpa demasiado rápido en mi pecho. Christopher se gira de golpe, tomándome por sorpresa, y yo me sobresalto del susto. Por supuesto sonrío, encorva la espalda y sujeta con ambas manos el cinturón de sus tejanos ajustados. Él camina en tres pasos fluidos y rápidos hacia mí, y me marea la forma en la cual sus caderas se mueven.

¿Era posible que un hombre haga eso?

Mi pecho se mueve con descontrol y es realmente estresante. A mí me comandaba la racionalidad, no las hormonas, pero sus movimientos eran demasiado embriagantes a mi vista. Era un hombre, demasiado viril y atractivo, y me envolvía de una forma inimaginable.

Apoya tan bruscamente sus manos en mis rodillas que siento un repentino vértigo del susto. Intento resistir la tentación de alzar la vista, pero es realmente imposible, por lo cual caigo. Está tan inclinado a mi altura que su torso forma un ángulo de noventa grados. Sus manos aprietan mis rodillas y las arrastra por mis muslos, y suelto un suspiro cuando, luego de eso, acaban directamente en mis hombros. Me había asustado bastante; sin embargo, sus manos sobre mis muslos parecieron quemar, aún sentía el toque ardiendo como si fuera carbón al rojo vivo, percibiendo como brasas lamen cada centímetro de mi piel. Su aliento cálido desplazándose sobre mi oreja provoca un oleaje descontrolado en mis hormonas y tengo que comenzar a respirar hondo para intentar llevar el ritmo de los movimientos de su torso sobre mí.

Quería patearle la cara.

—Normalmente, en un baile de estos, la gente disfruta mirando a quien baila, Fresita. — Percibo un frío que recorre mi espalda cuando se inclina más a mi rostro. Quiero desesperadamente que me bese, por lo cual alzo la vista y al parecer lo nota, ya que se aleja de mí en un salto con una gran y satisfactoria sonrisa en sus labios.

¡Estúpido imbécil! ¡Lo hacía a propósito! Él ya sabe que me trae jodidamente atraída, ¿este era su juego ahora? ¿Por qué tiene que hacerme sufrir de esa forma? ¡Maldita rata de alcantarilla!

Lo miro furiosa e intento liberar en jalones inútiles a mis muñecas.

—Basta ya. Deja de jugar, imbécil. No me gustan los juegos —susurro apenas, con la rabia gorgoteando en mi interior. Él parece congelarse de golpe, el calor que su cuerpo emana parece congelarse como un iceberg y sus movimientos paran.

—¿Qué? —suena altanero de golpe y se me queda viendo, es como si mi comentario hubiera congelado todo su cuerpo—. ¿Qué has dicho? —Su voz ahora conserva cierto deje de demanda, exactamente como alguien que está acostumbrado a nunca recibir un *no* como respuesta.

—Pues... que... —¿Cómo se lo explicaba exactamente? Ni siquiera yo comprendo lo que él realmente quiere de mí, ¡nunca comprendía a Christopher! Tenía una forma casi amable de ser, hasta un punto donde me daban ganas de comérmelo cual galleta *Oreo*; otras veces, él era tan molesto que me daban ganas de asesinarlo; y en otras, tan distante y frío que hacía que mi corazón se quemara.

¡No sé lo que espera de mí!

—¿Pues qué? —Con cuatro dedos hace levantar mi rostro cuando los posiciona debajo de mi mandíbula. Me tenso aún más al ver cómo sus pupilas se oscurecen más de lo normal—. ¿A qué te refieres, exactamente? —Trago saliva, pero, aunque mis labios tiemblen, estoy decidida a hablar.

—Que dejes de hacer cosas como esta, tranquilamente puedes conseguirte a cualquier perra para jugar. Conmigo no te las des de listillo o terminaré empujándote por la escalera, idiota. —No supe de dónde exactamente había liberado toda esa bravuconería, pero estaba fielmente agradecida y orgullosa de mi yo interior. Él ladea la cabeza ligeramente, viéndome, y parece pensar—. ¿Qué? —Él traga saliva, y la mirada de furia es transformada por una de ansiedad y nervios. ¿Ahora qué?

—¿Sabes qué? Tienes razón, Fresita. —Yo hago una auténtica pausa.

—¿Qué? —Me encojo de hombros cuando él inclina su cuerpo aún más al mío. Sus codos quedan estancados en mis hombros cuando intentan llegar a mi espalda y percibo cómo el nudo en mis muñecas se afloja. No digo nada, solo me quedo viendo al piso completamente confundida.

—Te doy la razón —admite con tranquilidad—. Si de veras voy a hacer esto, lo haré bien. —Lo oigo murmurar sobre mi cabeza, concentrado, y mis manos al fin se despegan.

—Mañana, a las seis, paso por ti. —Percibo un gran alivio en mis piernas cuando su cuerpo ya no está sobre mí, pero quiero golpearme a mí misma cuando me desilusiono al ver cómo se aleja de mi cuerpo. ¿Qué diablos me sucede? ¡Esto solo era un estúpido reto de un juego tonto!

—¿Que mañana qué? —Mis pestañas se abren y se cierran consecutivamente con la incredulidad y confusión marcando una mueca en mi rostro. ¿A las seis qué? Él deja de moverse en la habitación, está de espaldas y se petrifica en su lugar. Parece tensarse terriblemente y quiero ir a abrazarlo para que no esté tan nervioso.

¿Qué le sucede? O mejor dicho, ¿qué me sucede?

—Mañana, juntos. —Es todo lo que dice, o más bien solo murmura. Parece decirlo como un susurro, como si tuviera miedo a alzar la voz para que entre a mi cavidad auditiva como es



debido, pero, por suerte, lo escucho bastante bien. Yo nunca había salido a solas él.  
—¿Cómo una...—Trago saliva, sintiendo cómo mi estómago explota— ...una cita?

—Grupo ultra - súper - híper - mega secreto para planear la fiesta del simio—

**Vicente:** ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Estamos en kínder o qué?

Aron, tú lo inventaste, ¿verdad?

**Cosa1:** Con ayuda de Loid u-u, ¿cómo lo supiste?

**Cosa2:** ¿QUÉ TIENE DE MALO? A MI ME GUSTA :D

**Aron:** :D

**Vicente:** Sí, para niños de primaria. :D :D :D

**Vicente:** Par de idiotas.

*Vicente ha cambiado el nombre del grupo:*

—Party hard for the simio—

JAJAJAJAJAJA

**Ian:** JAJAJAJA, cuanta insensibilidad.

**John:** Pobre Christopher, deberían sentirse mal.

**Ian:** Ya está, la vieja madre dando lecciones morales.

**John:** ¿A QUIÉN LE DICES VIEJA? MI CUTIS ES MEJOR QUE EL DE UN BEBÉ PREMATURO, BRIBÓN. MÁS RESPETO AL NOMBRE DE LA BELLEZA. ??

Kendall Kardashian tiembla. En fin, ¿de todos modos por qué todos los años hacen un grupo secreto? Todas las fiestas del simio son sorpresa, el factor sorpresa se pierde cuando TODOS LOS AÑOS ES LO MISMO.

**Vicente:** Exactly. ¿Por qué no irrumpimos en su casa y ya? Hacemos la fiesta y no se complican.

**John:** Ya estás, YA ESTÁS, ERES UN PANDILLERO, QUERIENDO IRRUMPIR EN TODO.

**Vicente:** Como si eso no te gustara.

OHHHH

**Cosa2:** OHHH, ESO ES PELEA.

**Cosa1:** O en este caso un beso.

♥ ??

**John:** CIERREN LA MALDITA BOCA Y CONSÍGANSE UNA VIDA

**Vicente:** \\_(ツ)\_/

**Cosa1:** ¿Por qué no entramos de incógnito en su casa un día antes y escondemos todo allí? Cuando Christopher esté dormido salimos de la nada a las doce en punto, Y ESO SI VA A SER UNA SORPRESA.

**Cosa2:** ??????

**John:** ¿Y por qué simplemente no le pedimos la llaves de su casa?

**Vicente:** Claro, cuánta sorpresa hay si le pedimos la maldita llave. ¡O...! Rompemos una ventana para entrar y ya.

**John:** PANDILLERO.

**Vicente:** TE ENCANTA.

Luego de la para nada instructora conversación de hoy por la mañana con toda la manada de simios, ahora camino rápidamente por los pasillos de la institución. Acomodo el cuello de mi camisa blanca y mi corazón brinca con desesperación cuando cruzo las eminentes puertas azules del gimnasio.

Miro el reloj celeste en mi muñeca. 6:53 a.m.

Estoy consciente de que mis nervios son completamente infundados. ¡Solo voy a la práctica de siempre! Bueno, en realidad, tengo bastante en claro que mis potenciales nervios son impulsados por la idea de ver a Christopher en este mismo instante.

"Sí, fresita. Mañana tendremos oficialmente una cita. Y no es como que acepte un no".

Su voz entra en mi cabeza y sus palabras hacen que mi cuerpo se estremezca por completo y resoplo, despeinando mi flequillo con frustración. ¿Por qué quería exactamente esto, y conmigo? ¿Qué tengo de especial yo? Absolutamente nada, solo soy otro fantasma peor que la película *Ghost* en esta secundaria.

Si alguien me conocía, con suerte, era como la hermana de V. ¿Cómo no sentirme extrañada ante tal propuesta de su parte? ¡Él era como uno de los malditos galanes de telenovela aquí! Lo peor de todo es que, invitándome a una cita, transformaba mi vida en una real telenovela barata. Y encima cliché, ugh.

Cuando lanzo literalmente mi mochila sobre una de las gradas en una rabieta de furia y confusión, me detengo a ver cómo los chicos ya llegaron. Todos están practicando en la cancha color naranja oscuro del gimnasio. La rutina de este momento consistía en correr con absolutamente toda la velocidad que poseían sus cuerpos desde una punta a otra de la cancha y tocar la punta de sus dedos con el piso para luego saltar sobre unos barrotos y finalmente lanzar una bola y que esta encaje en el aro.

Hago una mueca. No tenía idea de cómo podían hacer todo eso una y otra vez. Yo con solo correr la mitad de la cancha probablemente me quede tirada con hiperventilación y falta de aire, muriendo. Y no exagero.

—¡Elizabeth! —La reconocida y chillona voz del rubio suena en mis oídos. Dejo de rebuscar el libro de Historia en la mochila y me giro, buscando Loid con la mirada.

Soy consciente al segundo de que, cuando todos los chicos giran su mirada a mi persona, el simio alfa es uno de ellos, y mis nervios sueltan un aullido de escozor. Inevitablemente sonrío, observando cómo Loid corre hacia mí, sin embargo, es tanto el entusiasmo del chico que acaba pisando sus propios pies, y finalmente cae al piso de boca. Pego un chillido, mandando insultos a los idiotas que comienzan a reírse y me acerco a él.

—¿¡Estás bien!? —Mi voz es un alarido que resuena por todas las paredes de la cancha y camino rodeando a los chicos para llegar a él. Mi amigo se sienta en el piso cruzando las piernas y abulta sus mejillas, haciendo un puchero. A veces me pregunto si Loid puede ser más adorable de lo que ya es, ¡parece un niño!

—¡Dame un abrazo, lo exijo! —Pongo los ojos en blanco ante su dramatismo de niño chiquito y levanto mis brazos apenas, pasando el peso de mi cuerpo al otro lado de mi cadera. El de cabello rubio parece sorprenderse y arruga las cejas en mi dirección, a lo cual simplemente encojo los hombros. Se había pegado fuerte contra el piso. Supongo que el hecho de que Christopher últimamente ponía mis sentimientos al máximo teniéndolos algo expuestos y blandos me ponía algo vulnerable, además, no iba a matar a nadie que abrazara a Loid. Después de todo, él siempre lo hacía.

Apoyo mi hombro en la pared y mis cejas se juntan con una sonrisa en mis labios cuando observo cómo él se pone rápidamente de pie y comienza a correr para llegar a donde estoy.

Cuando está a tan solo unos metros, dejo de apoyar el hombro en la pared y me paro derecha, observo cómo cada vez se acerca más, pero un balón lo detiene.

¿Qué demonios? Me pregunto si tener ilusiones es un efecto secundario de estar enamorada, pero el golpe tosco del balón en la pared me aclara que es completamente real.

Sí, como si todo de repente estuviera en cámara lenta, observo cómo un balón de básquetbol llega de mi izquierda tan rápido que no soy capaz de verlo y rebota violentamente contra la pared frente a mí. Justo en medio de Loid y yo. Por inercia, encorvo mi espalda y tropiezo hacia atrás del susto, mientras que el de cabello rubio se echa directamente atrás, atemorizado.

Con el corazón en la boca, Loid y yo seguimos el curso del balón, el cual rebota hacia el piso y sigue un sendero rebotando tres veces antes de caer en un par de manos.

—Buenos días, querido. —Christopher es quien está de pie frente a nosotros con una sonrisa tan cínica que quiebra a la mitad su rostro, y estoy segura de que ese turbio sonido es mi amigo tragando saliva. Yo intento tragar saliva de igual forma, pero la garganta se me seca en menos de lo que canta un gallo cuando escaneo al pelinegro. Los mechones largos y ondulados estaban empapados y podía visualizar a simple vista cómo las gotas de sudor se deslizaban por la marcada nuez de Adán. Tenía el uniforme del equipo, y esta vez la camiseta sí era de su talla. La camiseta sin mangas blanca hace que de alguna forma los esculturales músculos de sus pálidos brazos y hombros se lucieran realmente, mientras que pequeñas gotas rebeldes de sudor se le escapaban también de la sien, humedeciendo su cabello en las puntas y resbalando hasta su mandíbula angulosa para finalmente llegar a la piel de su suave cuello.

Mi Dios, era precioso.

—Voy al baño. —Sacudo la cabeza con confusión y observo cómo Loid corre como alma que se lleva el diablo a los baños de gimnasio. Pestañeo con incredulidad, viendo cómo ahora Christopher gira sobre sus talones y se direcciona nuevamente a la cancha.

—¡Oye! —chillo, provocando que parara su paso en seco—. ¿Qué fue eso? No asustes a mis únicos amigos, bravucón. —Camino torpemente hasta donde se encuentra y me quedo allí, de brazos cruzados, y esperando una explicación coherente. Él no se mueve, dándome la espalda, y mi vista baja inconscientemente, notando cómo las venas de sus brazos, cuello y manos están más notables de lo normal.

Estúpidas hormonas, dejen de chillar. ¡Apenas lo estoy viendo!

—¿Te refieres a mi comportamiento? —Alzo la cabeza velozmente para mirar sus ojos, pero cuando él encorva a propósito su espalda en mi dirección, llevando su rostro por encima de mi hombro, me digo que fue un grave error acercarme tanto a él—. Eso fue una escena de celos, Fresita. —Su respiración ahora golpea mi mejilla y su ronca voz es un dulce alarido que resuena a través de mis oídos.

Pestañeo con tanta rapidez que temo que mis ojos hayan adquirido vida propia y, sin mover el eje derecho de mi cabeza, muevo mis ojos en su dirección. Su mirada es tan potente que hace que mis rodillas tiemblen como las de un pollo recién nacido. Pienso en alejarme, hasta que sus labios golpean rápidamente en mi pómulos derecho y es su cuerpo el que se aleja para seguir jugando.

—¡Ya estás avisada! —grita, llamando más la atención de todo el mundo y provocando que mi rostro se enrojeciera de golpe. Me quedo helada, ¿él me había besado de nuevo? ¡Me había besado la mejilla! Luego de un momento donde quedé parada mirando a la nada y con la mano en la mejilla que él había besado hace tan solo segundos, salgo corriendo detrás de Loid, demasiado nerviosa.

Antes de esperarlo afuera de los baños de hombres, me dirijo a mi casillero para buscar el bendito libro de Lengua. Abro la puerta de mi casillero con pesadez, sintiendo cómo todo mi

rostro está tan caliente como un carbón recién salido de una fogata y mi cuerpo tiembla sin control.

Respiro hondo. ¡Demonios, tengo que tranquilizarme!

Pienso en tomar el libro y correr sin más, pero, cuando lo sujeto en mis manos, un trozo de papel cae al piso. Ladeo la cabeza, confundida, y estoy segura de que no dejé eso allí el viernes antes de irnos. Es de color celeste, de esas pequeñas libretas de notas, ¿de dónde salió eso? Miro hacia ambos lados como si hubiera robado algo y despliego la nota en mis dedos.

"Oh, pequeña Elizabeth.

Oh, inocente niña.

Como soy una buena persona, te lo advierto antes de que salgas lastimada.

No deberías acercarte a él, muñeca.

No es quien dice ser realmente".

¿Qué?

¿Quién rayos había dejado esto aquí? ¿Cómo fue que abrió mi casillero? Y lo más importante, ¿qué diablos significaba eso?

¿Christopher no es quién dice ser? Es la primera persona que se me viene a la mente, por lo que, antes de seguir repensándolo, me afirmo a mí misma que, obviamente, es él.

¿Qué simbolizaba realmente esa estúpida frase? Christopher era, al fin y al cabo, muy bueno. Siempre tan correcto, desde pequeños, en los deportes, en música, en baile, en teatro, en expresión corporal, en dibujo, en arquería, en carreras. Él era mayoritariamente deseado por la población femenina —y por qué no, también masculina— del instituto por ser tan jodidamente bueno en todo lo que hace, siempre destacando en todo y obteniendo las mejores calificaciones. Me quedo en blanco con la incipiente incertidumbre y susto al pensar que alguien era capaz de abrir mi casillero tan fácilmente, y con un lío hirviendo en mi cabeza solo puedo quedarme allí de pie, pensando hasta que me duela.

—¡Elizabeth! —Mis pies parecen tener vida propia cuando del susto se mueven hacia atrás. La nota se resbala de mis nerviosos dedos y cae en algún lugar. Mi mano derecha impacta con la puerta de mi casillero, provocando un cierto ardor en la punta de mis dedos, y creo que eso es suficiente para mi maldito día, pero no, mis pies dan tres pasos hacia atrás por inercia, desestabilizados, y cuando pierdo completamente el equilibrio, mi codo impacta en el borde filoso de un banco roto.

—¡Mierda! —Suelto un grave gemido de dolor, maldiciendo sin parar. De pronto pareciera que mi brazo se quema por completo, y cuando el impacto golpea un nervio de mi codo, pareciera como si lo hubieran electrocutado por lo terriblemente fuerte de su dolor.

—Dios. —Levanto la vista, desconcertada y frunciendo mis labios y cejas en una mueca de dolor, viendo cómo Loid empalidece de una forma moribunda al verme. Intento moverme para saber qué sucede, sin embargo, un grave tirón en el músculo de mi antebrazo me vuelve a mi lugar, sentada en el piso. Miro el lugar afectado, encontrándome sorpresivamente con el tibio y líquido color oscuro que se escurre rápidamente por mi codo. La herida parecía quemarme mientras las gotas impactaban sobre el piso pulido.

Oh, mierda.

—Oh, por Dios. ¡Sangre! Ay, ¡ah! ¡Qué asco, mi estómago, ah, se me baja el azúcar! —Loid se tapa el rostro con las manos, chillando como una madre histérica, y agradecí que estuviéramos en hora de clases. Quiero insultarlo para que se tranquilice y no haga un alboroto, sin embargo, lo único que puedo hacer en el momento es sujetar fuertemente el brazo con mi otra mano, abrazándome a mí misma y manchando con sangre la camisa blanca del uniforme.

Comienzo a respirar entrecortadamente y me abrazo con fuerza, mordiéndome los labios. Me doy cuenta de que está sangrando cada vez más, y el nervio que el golpe tocó hace que me duela aún más. Era como si mi cuerpo estuviera entumecido.

—No me dejes, ¿¡quién me va a golpear si te mueres!?! ¡Elizabeth, no me dejes! —Loid se acerca a mí, aún tapándose los ojos, de modo que para acercarse a mí tiene que tantear con una mano los casilleros. Cierto, él tenía una especie de fobia a la sangre, de modo que cada vez que

presenciaba sangre o siquiera la veía se mareaba y le daba cierto asco hasta el punto de hacer arcadas. No estaba ayudando mucho. Yo aprieto mis rodillas con fuerza mientras muerdo mis labios con la misma. Intento tranquilizarme, sentada en el frío piso de baldosas. Puedo sentir cómo la sangre me abandonaba y se iba directo hacia mi brazo para dejar mi cuerpo. Mis manos tiemblan sin control y arrugo por completo la nariz, haciendo fuerza, cerrando los ojos debido al ardor y dolor.

—¿Estás bien!? ¡No veas la luz!

—¿Te parece que estoy bien!?

—¡No vayas a la luz! —Abro apenas los labios para soltar alguna inútil palabra tranquilizadora, sin embargo, todo signo de coherencia abandona mi cuerpo al percibir un fuerte brazo apoyado en mi espalda mientras que otro se enrosca con rapidez en la parte posterior de mis rodillas.

Aprieto entre dedos ensangrentados mi codo, enterrándolo en mi estómago del dolor. Jadeo de pavor cuando dichos firmes y duros brazos me elevan como si nada. Suelto otro quejido, y con el ceño fruncido y algo mareada por las leyes de gravedad, alzo el rostro para encontrar a quién me está llevando a no-sé-dónde. Trago saliva al instante, encontrándome con unas facciones duras que me dejan sin aliento.

Es inconfundible. El pequeño aro en su nariz y el brillante cabello castaño sobre la frente me hace dejar de respirar. ¿Él era... cómo diablos era? ¿Carter? Oh, Jesús. ¡Ese tipo turbio, Carter!

Percibo espasmos de dolor por todo mi brazo derecho, haciendo que me retorciera sobre las extremidades que me sostienen. Cruzo mis pies, los cuales están colgando en el aire, entrelazándolos, apretándolos con fuerza. Dolía como los mil demonios y ver toda la sangre que estaba esparciendo por el pasillo no ayudaba mucho precisamente, pero, al parecer, esa no era la única inquietud que ahora debo sentir. ¿De dónde salió el chico? Es decir, literalmente apareció de la nada, como la última vez que lo vi. Me está ayudando como hizo la última vez, con su bravucón amigo.

Esto es demasiado sospechoso.

Sé que tengo al menos que decir algo, pero realmente hay muchas preguntas sobre su persona en mi cabeza, la cual está mareada y adolorida.

—Oye... —Mis dedos bañados en sangre se acercan apenas a su chaqueta azul oscuro, y con una fuerza realmente débil la jalo, regresando inmediatamente a apretar mi codo del dolor. Espero alguna reacción suya, pero me ignora de una forma mordaz; sigue mirando al frente y caminando a paso aligerado. ¿Por qué hacía esto? Tan solo con verificar sus facciones serias no se ve contento o, al menos, algo preocupado por mí. Y es que ni siquiera lo conozco, ¿por qué iba a estarlo?, ¿por qué hace esto?—. Oye, yo puedo caminar...

—No, niña. No puedes. —Su voz áspera golpea mis paredes auditivas de golpe, dándome escozor. Me encojo, apoyando mi hombro en su pecho, y él ni siquiera me mira.

—Es solo... el brazo, mis piernas no se vieron afectadas —continúo, sin poder ver su rostro—. Además...

—¿Qué? —ladra con hostilidad sobre mi cabeza y comienza a subir las escaleras. Me provoca cierto pánico vertiginoso caer, pero en su fuerte anatomía no hay signos de hacer un verdadero esfuerzo al tomarme—. Tu cuerpo tiembla por completo, igual que tu voz. Eres la clase de niña débil que nunca ha sido golpeada de forma dura, por esa razón es que prácticamente no tienes resistencia. Probablemente, al ver tanta sangre en tu ropa y brazo, te asustaste y comenzaste a temblar justo como lo haces en este momento. Así que ahorra saliva hasta que llegemos a la enfermería —alega sin bajar su vista ni verme a los ojos.

Agito mis pestañas, viéndolo aturdida. Arrugo las cejas y me fijo en que era verdad, porque la enfermería está en el segundo piso. Percibo cómo me estremece cada paso duro que da y la mirada helada de sus ojos, la cual podía congelar hasta el incendio más eminente.

Quiero con todas mis fuerzas reprochar su comentario, pero me doy cuenta de que mi voz de veras está quebrada y acuosa, por lo cual callo. Además, considerando su temperamento algo inestable, no es para nada inteligente de mi parte cuestionarlo. Realmente no es alguien amable, pero si no lo es, ¿por qué me trae en sus brazos hasta la enfermería? ¡Es un maldito bipolar!

Estoy tan abstraída en mis confusos pensamientos que me sobresalto cuando él curva un poco su torso a un costado y abre la puerta golpeándola con su hombro izquierdo.

—¡Srta. Young! —El grito que su gruesa voz gazona cuando entramos al lugar de paredes emblanquecidas hace que me encoja un poco más de hombros. Camina hacia una camilla que hay justo frente a nosotros y realmente me sorprende la delicadeza que su cuerpo emplea para depositarme sobre esta. La enfermera Young coloca dramáticamente una mano en su pecho cuando me ve, abriendo sus ojos en gran sorpresa al ver tanta sangre. Me recuerda a Loid, espero que no actúe de la misma forma que él o acabaría muriéndome desangrada.

Por cierto, ¿dónde está? Y como si fuera un ente, parece que lo he invocado, ya que escucho sus gritos desesperados por los pasillos acercándose. Siempre tan escandaloso.

La enfermera Young se da media vuelta y abre rápidamente un gabinete, sacando gasas y un pequeño frasco de quién-sabe-qué. Alzo la vista para ver al castaño, pero me encuentro con que se dirige rápidamente a la puerta.

—¡Oye! —lo llamo con la voz empapada de nervios, algo inquieta por el frasco en las manos de la enfermera y viéndolo de reojo con inseguridad. Carter para su paso en seco antes de atravesar la puerta y se queda justo ahí. Gira su cabeza apenas y me mira por arriba de su hombro. Oh, mi... siento escalofríos, su mirada. Dios. Parecía querer matarme.

—Gra... gracias... —Las facciones de su firme semblante parecen emblandecerse al escuchar mis suaves palabras y ya no está arrugando las cejas como si quisiera arrancarme el cuello. Sus ojos oscuros se me quedan viendo por al menos dos segundos, entrecerrados, y finalmente habla.

—No lo hice por ti. —Parece más gruñir que hablar, y cuando nuevamente quiere caminar, se topa con el mucho más bajito Loid, quien tropieza y lo mira. Él nuevamente gruñe molesto.

—¡Cuidadito, que hay gente herida aquí! —le chilló el rubio cuando este ya había desaparecido, sin embargo, su expresión cambia al notar quién era—. ¡Oh, Dios, el clon! —Estoy a punto de responder, pero Aron llega de golpe con la respiración entrecortada y me ve con desesperación.

—¿¡Estás bien, te duele, cómo estás!?! —¿Por qué todo mundo grita? La enfermera sujeta delicadamente en sus manos mi brazo y lo inspecciona, sobresaltándose ante los gritos de ambos chicos y viéndolos como si tuvieran un cuerno atravesado en la frente.

—Sí, algo... yo...



Hundo mis pies dentro del afelpado acolchado color azul marino, frotando las medias entre sí, provocando que mis piernas se entibien debajo del cálido manto. Suelto un suspiro, dando otro sorbo al tazón de chocolate caliente y paso la hoja del libro. Levanto la vista hacia la ventana, perdida entre pensamientos confusos y cruzados, con la dulce voz de *Takahiro* atravesando mis paredes auditivas por medio de los auriculares que llevo puestos.

Cuando hoy por la mañana crucé la puerta de mi casa con la ropa húmeda de sangre y el brazo encogido hasta el pecho, mi padre puso el grito en el cielo. Luego de empalidecer, de gritar, de chillar y casi desmayarse dramáticamente, corrió de lugar mi cama, dejándola frente a la ventana. Pareció algo exagerado para mí, pero era realmente relajante y cómodo ver el barrio desde el segundo piso.

Arrastro las rodillas a mi pecho, observando cómo ahora las hojas de los árboles tienen un color verde mate y otras están amarillas y secas, dando la bienvenida al otoño que se avecinaba. Percibo emociones que nunca había experimentado antes en mi cuerpo, recordando cómo Christopher había sido el primero en llegar a casa cuando supieron sobre mi herida. Él había estado todo el día a mi alrededor con el ceño fruncido y molesto, pero haciendo prácticamente todo por mí.

Sonreí, era como un gigantesco oso histérico que escondía su amabilidad y vulnerabilidad a las personas. Era precioso, todo él. Debía admitir que me había desilusionado al saber que definitivamente no habría ninguna cita, pero estuvo toda la tarde conmigo jugando videojuegos y reprendiéndome por no hacer lo que se supone que debía para que la herida sanara. Tenía todo el codo vendado debajo de mis cinco suéteres y muy poca movilidad en el brazo, pero, al menos, no fui obligada a ponerme esa maldita tira desde el cuello que deja colgando el brazo doblado, ni siquiera recordaba su nombre, pero sí recordaba que era muy molesto. Recuerdo, nuevamente, la mirada de Christopher cuando había venido el médico de papá y me dio la oportunidad de negarme a aquello. El simio alfa alegó que yo era demasiado torpe como para no ponérmelo y se quejó malhumorado cuando me negué. Sonreí, retorciéndome, era injustamente adorable.

¡Maldición! Cierro el libro de golpe y lo dejo con una agitada frustración sobre mi almohada, apoyando mi frente en el vidrio helado de la ventana. Nunca creí estar tan abrumada y perdida por el simio, todo me recordaba a él. A todas horas, todo, absolutamente todo me hacía pensar en él.

¡No podía escuchar una de mis canciones para leer románticas porque su rostro venía a mi

mente! Eso sucedía últimamente en todos los ámbitos de mi vida cotidiana. Leía una estúpida frase romántica en *tumblr* y él aparecía en mi mente. Estudio y es Christopher a cada rato. Me levanto y es Christopher. Leo y es Christopher. Como una maldita galletita *Oreo* y es Christopher.

¡Agh!

—¡Servicio a la habitación! —Levanto la vista, fijándome en la puerta de mi cuarto, y una sonrisa se desliza por mis labios al escuchar los gritos de mi padre del otro lado. Estoy a punto de responder, pero su cuerpo atraviesa la puerta mientras sostiene en sus manos una bandeja con galletas de todo tipo, dos tazas de té y gomitas.

Ositos de goma...

Ositos...

Oso malhumorado...

Christopher.

¡Demonios!

—Papá, no estoy malherida de guerra, no es necesario que me traigas la comida a la cama — digo, comprendiendo perfectamente cómo había dejado el trabajo de lado para atender a su hija menor. Ian I, como le había apodado la abuela dado a su tremendo parecido con mi hermano mayor, deja la bandeja en mi regazo y se sienta junto a mí.

—Nada de eso. ¿Te duele aún? —Me regala esas miradas paternas junto con su sonrisa triangular y no puedo evitar reír por su exageración. Aunque, después de todo, no podía ir al Instituto, puesto que soy diestra. Mi mano estaba dolorida, tan solo muevo los dedos y percibo cómo los músculos de mi brazo tironean y duelen. No puedo escribir.

A fin de cuentas, la enfermera me informó que no fue el codo, sino un lugar más arriba en mi brazo. Resulta que me encajé un tubo de hierro filoso salido de un banco roto, provocando que este traspasara la carne de mi piel e hiciera una profunda herida. Todavía percibo cómo arde, pero si no lo toqueteo mucho, no lo siento.

—No, con comida todo se arregla. —Mi padre se sienta con las piernas estiradas junto a mí, hundiéndose en el acolchado y tapándose con la manta que me cubre. Mi corazón se siente al fin en paz cuando enrolla su brazo en mis hombros y apoyo mi cabeza en su pecho. Dios, ¿hace cuánto no estábamos en un momento padre-hija? No me di cuenta hasta que mi pecho sucumbió ante lo tremendamente importante que este hombre es para mí. Quería quedarme así siempre. Él sujeta la taza de té y le da un sorbo.

Respiro hondo. Bien, Elizabeth, este es tu momento.

—Mmm, papá, necesito un consejo —farfulto, aclarando mi garganta y tomando una galletita bañada en chocolate de la bandeja con el nerviosismo picoteando en mi estómago.

—Elizabeth, sabes que soy tu padre y te amo, pero si necesitas mi ayuda en Matemática o en Química, sabes que se me da muy bien hacer tarta de chocolate. —La galletita se va por el lugar incorrecto cuando comienzo a reírme y él me da palmaditas en la espalda, ya que me atraganto.

—Tonto, no es eso. Yo sé que mi inteligencia comparada con la de Ian y tú... bueno, ¿soy adoptada? —Él golpea sutilmente mi hombro, carcajeando, y estira un brazo, tomando el libro que estaba en mi regazo y lo sitúa sobre la cómoda—. Es sobre... bueno... —Doy otro sorbo a la taza de té y miro mis piernas, estoy tan nerviosa que creo que el dolor en mi brazo ya no existe—. Es que...

—Oh, por Dios —chilla histérico y levanto la vista algo alarmada—. ¿Es sobre esa charla sobre padres e hijos, verdad? ¡Tu abuela me afirmó que te lo había dicho!

—¿Qué?

—No, no, no. Elizabeth, soy tu padre. ¿¡Por qué me haces esto!?! ¡Ya sabes cómo soy! Ian y tú

son mis niños, mis bebitos. Si tienes una pregunta, dísela a tu abuela. ¡Yo no puedo con esto, solo soy un hombre a quien le gustan los perritos! Los perritos son lindos, esto no. Esto no es lindo, yo...

—¡Papá! —Me mira a los ojos, alarmado, y realmente pienso que en cualquier momento entrará en pánico—. ¡Solo quería un consejo para saber qué regalarle a Christopher! ¡Por Dios!, ¿qué demonios?

Un silencio agónico se produce cuando él deja sus labios en una línea recta y se me queda viendo para desplomar literalmente todo su cuerpo sobre el mío y situar una mano en su pecho con el dramatismo de siempre.

—Dios, qué alivio. ¡Pues sé más clara!

—¡Ni siquiera me dejaste continuar! —Pongo los ojos en blanco, tragando otra oreo, y él adopta una mueca pensativa. No tengo idea de por qué vine a pedirle ayuda a mi padre, es decir, sería como preguntarle a Ian, y no es como que mi hermano mayor tuviera muchas luces en su cabeza. Además, no contenta con destrozar mi cabeza como si fuera un rompecabezas pensando en qué demonios iba a darle, también estaba esa estúpida nota sin sentido. ¡Mi cabeza estaba demasiado confundida como para pensar en el regalo!

—Bueno, si hay algo que realmente le gusta a Christopher, es el piano.

Sonríó ante su comentario, recordando cómo en todas las tardes de verano un pequeño pelinegro llegaba corriendo avergonzado para que así mi madre le enseñara a tocar el piano. Fueron mis padres los que adiestraron en el piano al simio alfa; ellos fueron, juntos, los que lo instruyeron desde niño. En realidad, toda vinculación que Christopher tenga con la música, fueron mis padres quienes se las enseñaron.

—¿Él tocaba bien desde pequeño? —La pregunta se me resbala de los labios sin pensar, pero estoy tan perdida viendo mi taza que, la verdad, no me importa.

—Naturalmente, siempre lo hizo bien, aunque... —El mayor suelta una risita y oculta sutilmente sus labios con el dorso de su mano, provocando que levantara el rostro y lo vea algo desconcertada— teníamos que regañarlo mucho porque constantemente se distraía viendo a cierta niña. —Trago saliva de golpe, percibiendo cómo mi estómago se estremece junto a todo mi cuerpo y mi corazón brinca de la emoción. Capté demasiado rápido el mensaje—. En fin, ¿cómo es que no tienes un regalo aún?

—Faltan dos días, tengo tiempo y debo pensar. —Mi padre alza sus cejas de pronto, arrugando su frente y dándome una mirada de circunstancias.

—Ah, cariño... su cumpleaños es mañana —dice, y yo río.

—¿Qué? Papá, hoy es martes. —Él frunce aún más sus cejas, corriendo la bandeja de lugar y depositándola sobre la cómoda.

—Elizabeth —comienza, y esta vez soy yo la que frunce el ceño cuando me habla de esa forma tan tranquila, ¿qué hace?—. Hoy es miércoles, miércoles 31. —Mi corazón comienza a latir con fuerza y dejo de masticar.

Comienzo a analizar sus palabras en mi cabeza. El lunes... el lunes no hubo clases por reuniones de calificación, por lo que el martes comenzamos. El martes fue ayer y yo tuve que faltar por mi codo, así que hoy era...

—¡Me cago en mi vida!

—No puedo creer que no me hayan avisado —espeto, quejumbrosa, y me agacho más, quedando en cuclillas detrás del arbusto.

—¿Qué culpa tenemos de que seas una retrasada? "Hoy *is mirtis*", ¿en qué mundo vives, niña? ¿El anime te consumió el cerebro o qué? —Miro a Vicente con todo el odio que pueda adjuntar en mis ojos y observo cómo se queja al notar cómo una hoja queda exactamente frente a sus ojos. La noche es algo húmeda, hay hojas esparcidas a nuestro alrededor, caídas y secas, mientras que una brisa helada se colaba por mi nuca.

—¿Sabías que existen los malditos celulares para avisar!? Ah, no, ¡siempre estás escuchado tu mugre rap y no prestas atención a tu alrededor! —John me ve con una sonrisa divertida, está en cuclillas a su lado, mientras que Aron, Loid, Ian y yo estamos esparcidos por el escaso espacio y pegados uno al otro.

¿Cómo era que todos cabíamos escondidos atrás de este arbusto? Realmente no lo sabía, no somos adolescentes escondidos, somos una masa pegada de adolescentes escondidos.

—¡¡Repítame lo del rap en la maldita cara!!

—¡¡Con todo el maldito gusto...!! —John es quién nos da un zape a los dos en la nuca y nos tranquilizamos con fastidio. Oigo una risa por parte Loid y de mi hermano mayor.

—¿Quieren mantener silencio? Van a despertar a todo el maldito vecindario —Suelta Aron con un resoplido, ¿que íbamos a despertar al vecindario? ¡Habían pasado ya como ocho personas que se nos quedaron viendo raro! No me sorprendería que en cualquier momento llegara la policía porque alguno de ellos denunció un intento de robo.

—Bien, yo entro y abro la puerta —farfulla algo frustrado y molesto Vicente por el poco espacio que hay entre nosotros—. Aron, tú supervisas las calles; John, tú vienes conmigo; Elizabeth, tú irás a vigilar que Christopher no despierte en ningún momento; y los demás, síganme cuando haya entrado para preparar las cosas y colgar las mierdas esas de guirnaldas en las paredes.

—¿¡Qué!?

—¡Shh...! —Bajo la mirada al piso por el regaño de todos y trago saliva.

—¿Por qué... por qué yo tengo que vigilarlo? —Vicente rueda los ojos.

—Porque si se despierta con ganas de follar, te violará a ti y no a nosotros. Es decir, somos hombres, tú eres la única chica. —Aron carcajea fuertemente mientras yo echo mi cabeza hacia atrás y lo veo desconcertada.

—Mira quién habla de violar y ser hombre... —replico, recordando cómo tenía al pobre de John sujeto de las manos mientras besaba y lamía su cuello. El de mejillas gordas se ruboriza fuerte ante mi comentario. Vicente me golpea la nuca.

—Bien, John, dame una de tus horquillas.

—¿Qué?

—Una horquilla, rápido. —Aron mira a la casa con concentración y agita su mano en el rostro de John para obtener lo que quiere, el castaño arruga su ceño y nos ve todos, algo indignado.

—¿Qué te crees? ¿Que soy una niñita y ando por la vida con horquillas para el cabello? —

Todo, absolutamente todo el mundo se le queda viendo seriamente y en silencio por sus palabras, y es que, por favor, ni Loid con toda su ingenuidad caía en eso.

John rueda los ojos, engorroso por nuestras miradas fruitivas sobre él, y revuelve en el bolsillo de sus vaqueros, dándole a Aron lo que quiere. Trago saliva. Esto no me gustaba. No me gusta nada. Las últimas veces que entré a un lugar sin consentimiento de esa misma persona terminé... terminé viendo de alguna forma situaciones sexuales. Primero, Vicente intentando violar a John... y luego Christopher lamiendo mi labio inferior... ¡Iba a entrar de nuevo a la casa de Christopher! Oh, Dios.

Esto no iba a terminar bien.

—Enana, muévete. —Ian lleva literalmente a empujones mi cuerpo, y cuando llegamos a la puerta de Christopher, entre susurros y murmullos se ríe al ver mi cara de pánico.

—¿Qué clase de hermano mayor eres? ¡Eres...!

—¡Shh! —El castaño coloca ambas manos sobre mis labios rápidamente, haciendo que cerrara la boca y los insultos quedaran atrapados en mi garganta. Me mira con los ojos bien abiertos del susto—. Vigila —espeta con su habitual y cálida sonrisa antes de irse a la sala para decorar. Cuando al fin veo el cuerpo de mi hermano mayor desaparecer por el pasillo, mis rodillas flaquean de miedo.

No quiero entrar a esa habitación. Oh, diablos, tengo un presentimiento tan malo, pero es mentira. Ese ferviente sentimiento en mi pecho, el cual quería a toda costa un poco más de esa adrenalina, provoca que dé un paso y abra con sumo cuidado la puerta de la habitación.

Demonios, voy a morir de nervios.

Un ambiente completamente a oscuras es lo que enceguece mi vista de golpe. La única luz es proporcionada por la luna que, como por suerte las cortinas del gran ventanal están corridas hacia un lado, puedo apreciar cómo espesos rayos lunares se filtran por el cristal y alumbran la habitación al menos un poco. Demonios, ¿qué hago?, ¿qué hago?, ¿se supone que me quede aquí parada? Miro a Christopher. ¿Por qué rayos duerme con la puerta abierta? Lo único que puedo apreciar es su perfil desde la puerta, pero como la ventana está del otro lado de la habitación, solo veo una silueta negra entre sombras. Las colchas tapaban su cuerpo acostado boca arriba con una mano sobre su estómago y la otra estirada hacia un lado de su gigantesca cama de dos piezas.

¿Desde cuándo las cortinas y las colchas son de color negro? Tipo raro.

En fin, voy a morir, Dios. Mis manos tiemblan de una forma descontrolada y suelto un gemido ahogado cuando noto una sombra de mi tamaño junto a mí. Me giro de golpe con el corazón en la garganta, notando cómo Loid está detrás de mí con un semblante serio. ¡Demonios! ¿Cuándo llegó? ¡Qué susto!

—¿Qué haces? —susurro antes de que él entrara a la habitación con tranquilidad, observando todo su alrededor cual diva y haciendo que mi corazón saltara de desesperación—. ¡Loid, idiota! —grito entre murmullos de pánico y una expresión igual o peor que eso, caminando de puntillas a donde está y sujetándolo del codo.

—Me da miedo la oscuridad, así que vine contigo porque me siento seguro —dice muy decidido, como si fuera todo un macho, y yo pongo los ojos en blanco cuando se aferra a mi brazo de miedo—. ¿Por qué las sábanas negras? Ay, esto me recuerda a una película de terror...

—Shhh... —me quejo, mordiéndome el labio de nervios—. Deberíamos...

Algo sucede, provocando que cerrara los labios rápidamente. Es Christopher. Y se mueve.

Él se mueve en la cama.

—¡3312, tenemos un 3312! —comienza a murmurar mordiéndose los dedos el rubio y yo escaneo con fijeza a Christopher con miedo.

—¡Shh...! —comenzamos a dar saltitos de pánico en nuestro sitio, buscando desesperadamente un lugar en donde escondernos. Oímos una queja adormilada por parte del pelinegro, quien no deja de revolverse entre las sábanas y el colchón. Yo estoy de pie junto a su cama, mientras que Loid mira el armario que está junto a la puerta y, en lugar de salir de la habitación, decide esconderse junto a una cómoda. Quiero rodar los ojos por su estupidez, pero me tiro, literalmente me lanzo de pecho al suelo cuando Christopher se mueve con mayor brusquedad en las sábanas.

¡Esto definitivamente va muy mal! La desesperación hace una presencia imponente en mi anatomía, electrizándome y asustándome, mi cuerpo no es capaz de soportar la adrenalina. Lo único que se me ocurre en este momento es rodar mi cuerpo por el piso y quedar debajo de su cama.

¡Maldición!

Quiero gritarle todo tipo de insultos a Loid, quien encoje sus rodillas a la altura de su pecho y se abraza a sí mismo en el rincón junto a la cómoda. ¡Voy a matarlo! Enrollo los dedos de mis pies con fuerza y con el corazón en la mano me tapo los labios cuando, luego de unos minutos de constante agonía escondida debajo de su cama, veo los pies de Christopher en el piso, literalmente junto a mi cabeza.

Giro mi cabeza a la puerta y observo de soslayo cómo Loid también abre los ojos hasta un punto donde temo que se le salgan y mete la cabeza entre sus rodillas. Oh, demonios, ¡sabía que esto iba a terminar mal! ¿¡Por qué no sale!?! Giro de nuevo mi cabeza hacia la derecha y la sangre en mis venas deja de circular cuando de golpe una tela pesada de color gris cae alrededor de los pies de Christopher.

¿Acaba de quitarse los pantalones? ¡Acaba de quitarse los pantalones! No, maldito susto, noto tiras grises entrecruzadas que inmediatamente reconozco como las mangas de una sudadera. Aprieto los labios con mi mano y abro los ojos a más no poder cuando una tela fina de color azul también sale disparada más lejos. Acaba de quitarse la camiseta.

Oh. Por. Dios.

Voy a morir.

Camina hacia una puerta, el baño de su habitación, y cuando ya está dentro y veo la puerta cerrada, saco mi cabeza de mi escondite. Le hago todo tipo de señas a Loid para que saliera de la habitación. Oigo un ruido fluido de golpe, ¿se está bañando? Miro desconcertada el baño y sí, ¡se está bañando!

Loid no me mira. Está asustado y mete la cabeza en sus rodillas. ¡Christopher va a verlo y la sorpresa se arruinará! Tengo que hacer algo, demonios, tengo que hacer algo. Sentí un zumbido en los oídos cuando escucho cómo la puerta se abre, y la sangre fluye con mayor rapidez por mis venas, sintiendo cómo la adrenalina hace agitar mi corazón terriblemente. Veo las fornidas piernas de Christopher desnudas y trago saliva.

No puedo creer que vaya a hacer esto.

En el momento en el cual el simio alfa se gira hacia el armario, junto a donde era el lugar de Loid, salgo de mi escondite y me pongo de pie—. ¡Oye! —chillo, tragando saliva, ahora de pie y del otro lado de la cama. Christopher se sobresalta apenas, girando con brusquedad su cabeza a donde estoy, y también percibo cómo Loid levanta su vista hacia mí con sorpresa.

Oh, la vida era espléndida.

Christopher se gira sobre su eje en mi dirección por completo, luce totalmente desconcertado, se queda dónde está. La mano que se dirigía a la puerta queda tendida en el aire y puedo ver cómo sus labios se abren al punto que creo que su mandíbula se desencajará.

La vida era terrible, terriblemente espléndida.

Me quedo parada donde estoy, no sé qué demonios hacer, ¿cómo fue que llegamos a esto? ¡Él está en pantalones y nada más! Seguramente iba hacia el armario por ropa. Trago saliva, temiendo ver una vista más clara de su cuerpo ahora de pie. Era espléndido, alzándose majestuosamente como una figura gregoriana lista para ser esculpida.

Intento ignorar el porte magnífico que precede su figura, procurando armar una guía o algo así en mi cerebro para tranquilizarme, sin embargo, mis instintos solo me guían a analizarlo por completo.

Unos hombros inconcebiblemente llenos y anchos, todo su cuerpo pareciera estar moldeado por uno de los mejores pintores griegos. Una profunda hendidura divide en dos su pecho, marcando sus firmes pectorales, fuertes y grandes... ¡Jesucristo! Este hombre es devastador. Intento no fijarme mucho porque realmente me avergüenza mucho, digo, literalmente había allanado, nuevamente, su casa. Y, nuevamente, él se enteraba. Decido seguir deslizando mi mirada hasta toparme con unos esculturales abdominales situados en su pálido estómago, ¡era imposible no echarle un ojo! ¡Prácticamente está resplandeciendo frente a mí! Además, nunca había visto algo así tan cerca, tan real, así que supongo que también es mucha curiosidad.

Tengo el corazón en la garganta. Mis manos sudan y todo mi cuerpo tiembla sin control alguno mientras mi sistema nervioso parece colapsar y mi cerebro se jala los pelos intentando darme una buena excusa, pero definitivamente él no puede ver a Loid. ¡Todo se arruinará si lo hace!

—¿Elizabeth? —Comienza a caminar con lentitud a mi dirección, como si temiera que esta situación fuera un burlesco producto de su imaginación. No quiero que se acerque, ¡está semidesnudo!, pero me doy cuenta de que, cuando llega en pasos lentos al otro lado de la gigantesca cama, su mano se desvía a la lámpara de su cómoda, sin despegar su vista de mi rostro.

¡Diablos, no, verá a Loid si la prende!

Me subo de golpe a su cama y a veloces zancadas sobre ella llego al otro lado. Mis nervios descontrolados más la poca luz hacen que mis pies descalzos se arrollen en el enredón de sábanas y frazadas y estoy a punto de caer cuando llego al extremo de la cama; sin embargo, Christopher parece reaccionar antes. En lo que duraba un latido, sus fuertes manos se aferran a los lados de mi cintura y me mantiene de pie. Con la mueca de sorpresa transformando mi expresión, apoyo mis manos en sus hombros y noto, inmediatamente, cómo él se estremece bajo mi tacto, mis manos heladas se oponían a la piel caliente de su cuerpo.

Christopher me atraviesa con los ojos mientras, básicamente, no sé qué diablos hacer. Comienzo a respirar con total anormalidad, mis manos se aprietan como acto reflejo y aprieto los labios. ¿Qué demonios iba a decirle yo? ¿¡Qué diablos le digo!? Él está simplemente así, sin nada sobre sus caderas, con el cabello completamente alborotado alrededor de su rostro y una mirada confusa en su adorable semblante entre sueño y desconcierto.

Se ve tan adorable que creo que es hasta doloroso.

Sus ojos parecen por un momento hipnotizados, por lo cual dirijo mi vista a Loid rápidamente, quien ahora está tapándose los labios con una mano y observa la escena con los ojos bien abiertos. ¿¡Por qué no se va!? ¡Demonios! Christopher, detrás de todo el desconcierto que su mente esté formándole al pobre, parece notar mi mirada, a pesar de tener los rayos lunares pegándose en la espalda. Noto cómo sus ojos miran a un costado, el costado donde miro yo. Donde se encuentra Loid. Mueve apenas sus hombros para girarse, pero esta vez yo soy rápida, sujeto con desesperación sus hombros y los atraigo a mí.

Oh, Dios. ¡No puede darse la vuelta o Loid muere! Corrección, morimos los dos a manos de Vicente por arruinar la sorpresa.

Noto cómo todo él se tensa fuertemente, casi tan fuertemente que la sensación es transmitida

directamente a mi cuerpo. La realidad golpea mi cabeza de lleno, miro su pecho rápidamente y noto cómo está casi rozando el mío. ¡No lleva ropa!, por lo cual quito las manos de sus hombros con velocidad. Él parece completamente desconcertado, sujeta mi cintura sin permitirme movimiento, pero su expresión dice que está realmente perdido.

¡De seguro ni sabe que está medio desnudo! ¡Acaba de levantarse!

—Eres... tú... —Me causa una terrible ternura su expresión de no-sé-donde-demonios-estoy. Su cabello está desparramado sobre su frente, algo húmedo, con las mejillas algo abultadas y rojas por la ducha caliente que acaba de darse. Christopher parece un niño perdido, ¡pero su jodido cuerpo no es el de un niño! Demonios. Trago saliva, intentando que mi codo no impactara con su brazo o iba a doler. Ya ni siquiera recordaba mi herida.

—Sí... vine a... pues, yo... —¿¡Qué rayos digo!? ¿"Me metí en tu casa como sorpresa"? ¿¡qué demonios digo!? Miro a Loid de reojo y Christopher parece notarlos de nuevo, está a punto de girarse, pero esta vez sujeto con más fuerza sus hombros para que me mire a mí.

¡Demonios!

—No te des la vuelta —farfallo en un murmullo ahogado, percibiendo cómo mi respiración impacta en su frente y regresa a golpear mi rostro por nuestra cercanía. Sus grandes manos se encajan en mi cintura con fuerza y meto el estómago cuando sus ojos se cruzan con los míos. Estoy demasiado cerca de él.

—¿Y por qué no? —Su voz ya no suena tan somnolienta ahora, y da un paso, provocando que sus piernas toquen el borde de la cama y haciendo que su pecho tocara el mío. Aprieto los labios y miro a Loid. Oh, dios. ¡Si salgo virgen y viva de esto, estaré lista para asesinarlo!

—Porque, pues, bueno, e-es que... —Mi respiración es caótica y ningún argumento coherente llega a mi cerebro, lo cual me desespera aún más. Percibo cómo mis venas se convierten en cables conductores de electricidad al observar cómo la mirada de Christopher se intensifica cuando está más cerca.

Él arruga las cejas e intenta girarse nuevamente, más brusco. Cuando lo vuelvo a mí, miro a la puerta y luego a Loid, para que así el rubio entendiera el maldito mensaje de una vez. Christopher arruga aún más sus cejas. Loid comienza a gatear hacia la puerta lentamente.

—Elizabeth. —La voz del pelinegro ahora suena con un ápice de molestia, definitivamente ya no está tan dormido. Aprieto mis manos en sus desnudos hombros y veo como Loid está atravesando la puerta con extremo cuidado. Christopher parece aún más confundido mientras nuevamente quiere girarse, molesto.

Lo va a ver. Lo va a ver. ¡Tengo que hacer algo!

—Elizabeth Amoretti, estás...

—¡Vine a darte tu regalo de cumpleaños! —Prácticamente le grito en el rostro y él aprieta mi cintura en sus grandes manos por un momento, de la sorpresa. Él definitivamente no puede ver a Loid. Mi mente está en blanco, no sé qué hacer, no veo con claridad las cosas, por lo que, en un ataque de pánico, inclino de golpe mi cabeza hacia abajo, oprimo sus hombros con fuerza en mis diminutos dedos y aprieto fuertemente mis labios sobre los suyos, haciendo que él no se girara.

Alto.

¡Maldita sea!

Mi respiración agitada se entrecorta el doble, es apenas un toque, sin movimiento ni nada por el estilo. Abro los ojos en grande cuando la racionalidad me comunica lo que acabo de hacer y me alejo con rapidez, colocando mi espalda derecha. Había sido solo un toque, un pequeño roce que había provocado un agonizante estallido en mi corazón. Miro el rostro pálido de Loid, quien ahora está de pie en el pasillo, tapándose los labios con la mano, y parece reaccionar. Sale corriendo y...



Esperen.

Acaba de abandonarme con Christopher. Quedé sola con él en su habitación. Con Christopher. Que estaba medio desnudo.

¡Maldito traidor! Bueno, no, él debía irse... ¿acababa yo de sacrificarme por la causa?

Miro a Christopher con el corazón en el medio la garganta, provocando que mi respiración empeore, si es que eso es posible. Él mantiene aún los ojos cerrados, al parecer aún no reacciona. Respira hondo, veo cómo sus desnudos pectorales se alzan y bajan, y luego de unos segundos abre con lentitud sus pestañas. Oh, Dios, es tan hermoso. Parece tan irreal que lo tenga cerca. No dice nada, no obtengo más que una intensa mirada haciendo debilitar mis rodillas. Percibo cómo la cena de hoy ahora está revolviéndose en mi estómago y me quedo allí, sin saber qué demonios hacer.

¿Quién demonios había creado el dicho de las mariposas? Yo sentía más bien como malditos explosivos nucleares listos para hacer reacción con un solo roce de él.

—Bueno... —Pego un chillido de sorpresa cuando sus grandes manos aprietan mi cintura y me pegan a su desnudo cuerpo de golpe, tomándome completamente desprevenida. Quedo en blanco, mirándolo sorprendida.

Bueno, creo que esto sí era un 3312.

Tengo que apoyar mis manos en sus firmes hombros para no desplomarme sobre él. Lo miro con los ojos bien abiertos, y como su tirón fue tan rápido, siento cómo la cálida piel de su cuerpo se aprieta a mi cuerpo. Mi cuerpo se bloquea, preso del pánico, y lo único que atino a hacer es verlo a los ojos. Mi lado prudente me dice que tengo que apartarlo, tengo que alejarme, pero no doy una, mis extremidades no responden. Y, mi Dios, su cuerpo era demasiado cálido y cómodo como para querer apartarlo.

Mi mente es un verdadero conflicto hasta que me hielo, me hielo completamente al percibir cómo una de sus ásperas y grandes manos acaricia apenas mi mejilla. El roce suave de sus dedos calientes hace que mis piernas amenacen con ceder y meto el cuello cuando aquella mano toma camino por mi mejilla, hundiéndose de golpe entre mi cabello para llegar a mi nuca y sujetarla a con fuerza.

El histérico bullicio en mi interior no hace más que provocar una respiración terriblemente errática en mí, mientras solo soy capaz de verlo a los ojos.

—¿Tú eres mi regalo de cumpleaños? —Hago una auténtica pausa.

—¿Qué? —Entonces sus manos me fuerzan más a él y a su cuerpo mientras las arrastra un poco más arriba y literalmente las presiona a sí mismo. Me presiona a sí mismo.

—Eres mi regalo. —Agito mis pestañas, sintiendo el trastornado aleteo de mi corazón casi retumbando en mis oídos. No lo había dicho como una pregunta, sino que lo había afirmado como un hecho.

La piel de mi cuerpo parece incendiarse de golpe, soy presa de una fiebre que ataca mi anatomía por completo y cuando aprieta mi cintura a su cuerpo hace que me duelan los muslos.

—¿Elizabeth? —Como mis pies descalzos están sobre la cama, quedo apenas más alta que él, por lo cual se ve obligado a alzar la mirada y percibo cómo su respiración agitada se esparce por todo mi rostro. No sé qué hacer, si llego a abrir los ojos, estoy completamente segura de que caeré como una torpe presa en sus garras, por lo que me había quedado en un punto fijo en sus clavículas. Me iba a hipnotizar con esos preciosos y profundos ojos del color de un cuervo e iba a dejar que hiciera todo lo que se le ocurriera conmigo.

Y, demonios, quiero que lo haga.

Sus dedos se separaron en mi nuca y acaricia con suavidad ese lugar en una especie de aliento a que lo viese a los ojos. Cuando me digno a desplazar mis pestañas, siento cada músculo de mi diminuto cuerpo tensarse por intentar mantener su mirada. Christopher ni siquiera pestañea, dudo que respire, y el solemne rostro serio no hace más que avivar las llamas de mi nerviosismo. Oprimo mis manos apoyadas sobre sus desnudos hombros de los nervios, noto cómo mis nudillos y rodillas son presos de un extraño temblor cuando su mirada viaja a mis labios.

Oh, Dios, de veras lo va a hacer.

Se relame los labios de una forma tan efímera que, si no lo estuviera viendo con atención, ni siquiera lo habría notado. Aprieta los cabellos de mi nuca y me empuja hacia sí mismo, guiando con suavidad mis labios a los suyos. Un choque eléctrico afecta a mis piernas cuando sus labios húmedos y empapados rozan los míos y su aliento se desliza dentro de mi boca. Él cierra los ojos y, cuando se inclina, mi codo choca con el suyo y mi rostro se contrae en una mueca de dolor; me sorprende que, con lo inmerso que estaba, lo note tan rápido. Sus ojos me escanean y, cuando se echa hacia atrás, suelto un gruñido de pena, arrugando la nariz y mordiéndome el labio. Es como si mi brazo se estuviera quemando.

—¿Es el codo? —Me analiza con rapidez de nuevo. Sujeta mis hombros y, cuando yo atraigo mi codo y lo apoyo en mi estómago, lo observa—. Diablos, no te muevas. —Se aleja un paso y me mira a los ojos.

Ay, no, mierda, cállate y bésame. Estúpido codo, ¿no pudiste doler en otro momento?

—¿Te duele mucho?

—No exageres, cálmate. —Me sorprende que sea yo la que diga esas palabras, sabiendo que hace solo unos minutos estaba que me moría. Él aclara su garganta de pie y me frunce los labios y las cejas en una expresión lastimera.

—Nunca me explicaron cómo pasó. —Parece que va a hiperventilarse de la preocupación. Mueve sus rodillas y parece berrinche de un niño. Demonios, es demasiado lindo. ¿Cómo es posible que pudiera ser tan adorable con tremendo cuerpo y...? Jesús, ¿qué me está pasando?

Suelto un suspiro, resignada. Al menos había olvidado el obvio hecho de por qué diablos estaba allí.

—Ven. —Palmeo las sábanas junto a mí y él suspira. Sacude los hombros como un niño refunfuñando y deposita su cuerpo junto a mí.

¿En qué momento cambiaron así los roles?

—¿Me vas a explicar? —Alzo las cejas al escuchar el tono bajo de su voz, es como si estuviera dolido por algo. No inventen, yo soy la herida. ¿Qué le pasa ahora? Él enciende la lámpara de noche y acomoda su gran cuerpo junto al mío, sobre la cama.

—Mmh, hoy, cuando salí del gimnasio por Loid, me trop... ¿recuerdas el banco roto que el rector dijo que quitarían porque era un peligro? —Lo miro a los ojos y él enarca una ceja, escuchándome con atención, no me está mirado a los ojos, juega con sus manos sobre su regazo. Me asaltan unas impotentes ganas de abrazarlo, demonios, pareciera que es él el herido, así, cabizbajo y jugando con sus dedos. ¡Dios! Es demasiado para mi débil corazón.

—Bueno, nunca lo sacaron, y yo comprobé que sí, es un peligro. —Alza su vista y me mira con perspicacia, enarcando aún más su ceja. Agh, suelto un suspiro—. Tropecé y se me enterró un fierro salido en el brazo. —Cuando suelto esas palabras, enseguida me arrepiento por su expresión. Abre los ojos hasta un punto que temo que se le salgan de sus órbitas.

—¿Qué...?

—Estoy bien —miento descaradamente, abriendo las aletas de mi nariz y acomodándome sobre las sábanas—. La enfermera me curó y me dio un calmante. —Encojo un hombro—. Si no lo toqueteo, no me duele.

—Muéstreme. —Hago una mueca.

—No puedo, si me levanto la manga del suéter me va a arder como el infierno. —Él me mira, frunciendo el ceño como si tuviera tres cabezas o algo parecido. Le sonrío, intentando darle confianza; es decir, fue una herida grave, pero no es para mucho. Aclaro mi garganta algo incómoda, él no deja de analizarme y me pone los pelos en punta que esté casi desnudo junto a mí.

—Quítate la camiseta. —Esta vez soy yo la que abre los ojos y lo miro desconcertada.

*What the fuck.*

—¿Qué? —Él me ve exasperado y agita las manos.

—No exageres, quiero ver la herida, quítate la camisa.

Qué demonios. Mi rostro se encoje de lo mucho que frunzo la nariz y las cejas viéndolo. ¿Había oído bien? ¿Estaba enloqueciendo o qué? Él está medio desnudo, ¿me lo quería contagiar o algo parecido?

—Christopher... —Aclaro mi garganta y me revuelo en las frazadas, inquieta y completamente nerviosa por su petición—. No llevo nada abajo del suéter —aclaro con la cara hirviendo y noto cómo él enarca una ceja para luego rodar los ojos. No comprendo muy bien su expresión. El calefactor de su casa estaba encendido, ya que, con solo un suéter, me había dado calor hace ya unos minutos.

—Oh, vamos, Fresita, como si no hubiera visto ya tus sujetadores de *Pokemon* colgados cuando se averió el secador de ropa. —Mi mandíbula se desencaja de incredulidad en un segundo; abro los labios con estupefacción y golpeo su muslo con mi brazo bueno.

—¿¡Cómo puedes...!? —Él suelta una carcajada por mi expresión escandalizada y me ve a los ojos—. Además, no es *Pokémon*, idiota, es de *Digimon*... —Mi voz va bajando cuando digo la última palabra, sin embargo, sé que él me escuchó puesto que sonrío de oreja a oreja—. ¡Me los regaló tu abuela! —Estoy a punto de pararme, sin embargo, no está en sus planes, ya que cuando apenas me impulso de la cama para ponerme de pie, su mano se coloca sobre mi rodilla de golpe y me empuja de nuevo a la cama.

Demonios, no. ¡No pienso quitarme el suéter!

—¡Oye, no...!

—¿Quieres que te la quite yo, entonces? —Sus labios me rozan la oreja y su voz resuena en las paredes de mi oído, desconcertándome. Percibo cómo su mano sube desde mi rodilla hasta la

mitad de mi muslo y agradezco a todos los dioses por haberme puesto mis vaqueros más gruesos. Trago saliva, y su respiración golpeando consecutivamente en mi sien hace que mi cuerpo pierda fuerza.

—No, gracias... —Trago saliva tan fuerte que creo que mi garganta se partirá en dos—. Tus manos de simio de seguro están llenas de mugre, ugh. —Separo mis labios y suelto un aire despacio. Noto cómo se queda observando mi perfil y enrolla los dedos de mis pies, estoy demasiado nerviosa. Oh, Dios, mis emociones era una montaña rusa dentro de mi estómago.

—Perfecto. —Su voz es demasiado viril como para estar tan cerca de mi oído. Me sobresalto cuando su mano sube un poco más de mi muslo y lo aprieta en sus fríos dedos—. Te la puedo quitar con los dientes si es necesario. —Pego un chillido de pavor y me salgo de la cama, escuchando su risa. Tengo que respirar hondo cuando estoy de pie frente a él para mantener la calma. Demonios, ¡él juega con mis pobres nervios!

—Ponte una de mis camisetas —dice, poniéndose de pie y dirigiéndose a su armario.

—¿Eh?

—Ponte una de mis camisetas sin manga, no me muevo de aquí hasta chequear ese escuálido bracito. —No sé qué hacer primero, si encogerme de ternura por su exagerada preocupación o enojarme por el adjetivo que utilizó—. Además, hace un calor infernal aquí, no entiendo cómo es que estás con ese suéter. —Bueno, tenía razón.

—¿Qué dijiste? —Dado a mi voz altanera, pero no lo suficientemente alto como para ser grosera, llego a la conclusión de que hago las dos cosas—. ¿Cómo te atreves? Uy, sí, claro, no todos podemos tener dos grúas como extremidades. Estúpido mamut. —Él suelta una carcajada bastante escandalosa, echando la cabeza hacia atrás, y no puedo evitar sonreír.

Últimamente ver sonreír a Christopher me hacía feliz.

Se pone de pie frente a mí y me tiende una tela de color negro.

—Has estado echándoles un buen vistazo a mis brazos, ¿eh? No tenía idea que me veías tanto. Pervertida, me siento sucio. —Mi sonrisa se borra de golpe y él alza las cejas divertido. Diablos.

—Como si fuera súper difícil verte los malditos brazos. —Cuando me doy media vuelta hacia el baño, ya estoy sonriendo nuevamente—. ¡Más vale que cuando salga estés vestido! —Escucho un resoplido por su parte y cierro la puerta del baño cuando ya estoy dentro.

—¿Pero por qué? —Lo escucho quejarse cuando intento deslizar el suéter azul por mis brazos, pero como mi codo jalonea y parece arder de golpe, me detengo.

—Christopher, vístete.

—¡Amargada! —Me río y ahora saco mis brazos del suéter con éxito, lo deslizo por mi cabeza con sumo cuidado y me veo al espejo. Inmediatamente la ola de calor me abandona, sintiéndome fresca y cómoda. Suelto un resoplido de frustración ante mi propia imagen y veo mi sujetador. Es de color negro, con la sombra de adorables gatitos blancos por todos lados. Arrugo mi frente. Jesús, ¿de dónde sacaba yo estos sujetadores? En fin. A mí me gustan, eso es lo que importa.

Libero una maldición cuando me pongo la camiseta *Puma* de Christopher, es de una especie de nylon muy fresco y cómodo, me queda como un estúpido vestido holgado y me llega hasta la mitad de los muslos. Las aberturas de los brazos son tan grandes que se ahuecan debajo de mis axilas, dejado a la vista un cacho de mi sujetador.

Dios mío, esto solo me echaba en cara que nunca iba a crecer, ¡qué estresante!

—¿Te fuiste por el drenaje o qué? —La voz de Christopher desde el otro lado me sobresalta—. ¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa? —Su voz suena un tanto lasciva y me da escalofríos.

—¿Cuál es tu problema? —espeto indignada, acomodando unos mechones que tengo en el medio de mi frente. Oigo otra risa.

—Paso mucho tiempo con Vicente. —Bueno, eso explicaba bastantes cosas.

Cuando salgo del baño sonrío casi por inercia al verlo, mi respiración se relaja al ver que ahora lleva ropa. Viste un pantalón deportivo de color gris holgado y una simple sudadera de color negro manga larga, con ambos brazos estirados y apoyados en la cama. Tiene las piernas estiradas y juega con sus descalzos pies, moviéndolos y haciendo que los dedos chocaran entre sí.

Es hermoso. Christopher deja de ver sus pies y alza la cabeza de golpe. Arrugo el ceño cuando se me queda viendo, no lo entiendo porque realmente me veo sencilla y común. Además, su sudadera resalta el poco cuerpo que tengo.

—¿Qué? —espeto, y me doy media vuelta para cerrar la puerta del baño.

—Eres irremediabilmente adorable. —Sus palabras me golpean la espalda y pestañeo viendo el pomo de la puerta. Me quedo allí. Estupefacta. ¿Por qué dice esas cosas?, ¿que acaso no tiene noción de lo que sus palabras me hacían? Aclaro mi garganta, incómoda y con la cara literalmente roja.

—¿Quieres ver? —Él arruga su ceño y mira mi brazo. Me doy cuenta de que el clima está algo húmedo, por lo que camino con rapidez y me subo a la cama, cruzando mis piernas. Él inclina su torso y su rostro queda a centímetros de mi codo. Intento desesperadamente disimular mi nerviosismo, y obviamente fallo terriblemente. La herida estaba algo mal, la sangre traspasó apenas las gasas y se puede ver claramente una mancha roja en esta. Trago saliva, se ve realmente mal.

Me inquieta él, que se queda viendo mi herida con fijeza. No dice absolutamente nada, pero noto cómo tensa la mandíbula. Me asusta por un momento.

—¿Cómo pasó? —masculla, tomando con delicadeza mi codo y viéndolo desde distintos puntos. Me tengo que poner de pie porque, literalmente, me señaló el piso. No sé muy bien por qué le obedezco de esta forma.

—Te dije, me caí. —Él alza la cabeza y me ve escéptico debajo de sus densas pestañas—. ¿Qué?

—¿Solo así?

—Sí. —Su mirada se oscurece y trago saliva. Demonios, está peor que John cuando le digo que no desayuné.

—¿Cómo es...? —Se relame los labios, molesto, y parece que intenta tranquilizarse—. ¿Cómo es posible que te hayas hecho una herida de esa magnitud con solo un ‘me caí’?

Me paro frente a él y separo los labios para hablar, pero los cierro cuando ningún argumento llega a mi cerebro. Me encojo de hombros.

—¡Elizabeth!

—¿Qué?

—¿Quieres que te recuerde cuando te caíste de las escaleras? —Se cruza de brazos, colérico, y pongo los ojos en blanco. Mucho drama, ¡está peor que Loid!

—A ver. —Me pongo a la defensiva—. ¡Me caí a solo tres escalones!

—¿Se supone que eso es excusa?

—Yo qué sé.

—¿Lo ves?

—¿Ver qué...? —Estoy a punto de replicar, pero cuando estoy a punto de quejarme su mano se enrolla en mi muñeca en un segundo, me atrae hacia sí mismo y cuando mis rodillas pegan en la madera de la cama, sus brazos abarrotados de músculos se enredan en mi cintura de golpe. Suelto el aire pesadamente e intento escapar, pero entonces esconde su cabeza en mi estómago—. Oye...

Meto el estómago con los nervios en punta y bajo la vista para ver su cabello negro en perfecta

sintonía con su piel pálida. Me quedo petrificada como si tuviera los pies pegados al piso cuando restriega su rostro en mi pobre y agobiado estómago.

—Si no dejas de ser así, entonces nunca voy a poder separarme o acabarás matándote sola. — Cada músculo de mi cuerpo, aunque sea el más pequeño, tira completamente rígido y toda la piel de mi cuerpo se eriza.

—No soy una niña.

—Ah, Dios, gracias —murmura, y yo siento cómo mi estómago se retuerce fuertemente. Él arranca su cabeza de mi estómago y me sonrío abiertamente, apoyando su barbilla en una de mis costillas. Noto cómo la sangre comienza a subir por mi cabeza, ruborizándome por completo—. Lo siento —dice, y yo arrugo las cejas.

—¿Qué? —Aclaro mi garganta, no me es posible decir algo al menos coherente teniéndolo pegado literalmente a mi cuerpo—. ¿Por qué? —Se encogió de hombros.

—No sé —suspira—. Si yo hubiera estado allí, no sería lo mismo. —Le sonrío por alguna razón y alzo mi mano. Tímidamente, apoyo la mano en su cabeza como una caricia, percibiendo la suavidad de su precioso pelo negro. Anticipadamente, Christopher se tensa, sin embargo, como no dice nada, decido dejar llevar a mis dedos y estos comienzan a jugar con la superficie suave y esponjada de su cabello. Él levanta la cabeza un poco y me ve directo a los ojos. No puedo dejar de verlo, allí, simplemente serio y con los grandes brazos envolviéndome en su calidez.

—¿¡Y! —Pego un chillido cuando la exasperada voz de Aron me sobresalta a mis espaldas. Me alejo de Christopher como si tuviera alguna enfermedad contagiosa y veo a cinco pares de ojos que nos ven con expectativa y emoción.

—¿Qué es esta mierda? —chilla Vicente, aparentemente molesto. Arruga su ceño y se apoya en el marco de la puerta, enojado.

—¿Pero por qué...? —John abulta sus mejillas y a mí me ve con indignación.

—Gané —espeta Ian con una sonrisa, al igual que Loid.

—Paguén, ganamos la apuesta. —El rubio y mi hermano colocan su mano en el centro de todos los chicos y cada uno pone un billete, no logro alcanzar a ver de cuánto. Hago una mueca.

—¿En serio? —Christopher se ve molesto.

—¿Por qué no se están toqueteando o algo? —chilla Vicente, señalándome como si fuera un bicharraco, yo lo miro horrorizada—. Tenía la esperanza de verlos en la cama, pero no abrazaditos. Qué decepción. Es decir, al menos un toqueteo, yo que sé, digo, hermano, ¿¡por qué te contienes de...! —El mayor de todos se calla cuando el simio alfa le lanza una almohada y esta impacta en su rostro con fuerza.

—¿Cuál es tu problema? —me quejo, viéndolo con asco. Vicente coloca una mano en su pecho y abre la boca, observándome con indignación.

—Soy un fiel romántico.

—¿Qué hacen todos aquí?

—Ah, sí, feliz cumpleaños, simio —Vicente lo dice con naturalidad, pero luego parece que reacciona a lo sucedido. Todos se miran entre sí con pánico y, sorprendentemente, Loid es el primero en reaccionar.

—¡Sorpresa! —Y entonces lo demás fue un caos. Todos se lanzaron a la cama de Christopher a felicitarlo por sus veinte años, a chillar cual madre de emoción como John, a golpearlo como Vicente y a abrazarlo con fuerza como lo hizo Ian.

La noche duró increíblemente bonita. Vimos películas, Vicente hacía referencia a lo sexual con chistes doble sentido que nunca entendía, pero se había esforzado en las guirnaldas y había pedido una muy buena pizza, aunque eso no era suficiente, ya que John terminaba golpeándolo por ser tan

imbécil. Mientras yo simplemente *fangirleaba* al ver cómo Vicente miraba cada vez que podía de reojo a John con ojos brillosos.

Hice girar la botella en el medio de nosotros y la punta de esta señaló a Loid.

—No sé qué preguntar —me quejo, tomando mi vaso con cola y naranja y dando un sorbo.

—Se me va la vida, rápido —se queda Vicente. Le doy una patada.

—Mmm... ¡Oh! ¿Ya has besado a alguien? —Todos se quejan por lo cliché y común de mi pregunta, pero se callan al ver cómo Loid niega con la cabeza.

—¿En serio? —El interés que presta Aron a esa respuesta me llama poderosamente la atención, y puedo ver el fantasma de una sonrisa en sus labios.

—Cuando me case, voy a cerrar la tapa de la mayonesa muy fuerte para que mi esposa siempre me necesite —argumenta Loid, inflando sus mejillas, y yo le sonrío. Era bastante adorable. Vicente, el romántico fiel, rueda los ojos por la especie de romance extraño de mi amigo y percibo cómo comienza a picarme la herida.

Diablos.

—Ya vengo. Te toca, John. —Le palmeo el hombro y me dirijo baño. Mi brazo había comenzado a picar, lo que, según me dijo la enfermera, significaba que necesitaba que cambiase la venda. ¡Agh! Justo ahora.

Me siento sobre el borde de la tina y saco el alcohol, el algodón y la gasa de mi mochila. Me doy cuenta de que todo este tiempo me quedé con la sudadera de Christopher y sonrío. Me la voy a quedar. Si tengo suerte, la utilizaré como mi cómodo pijama. Huele a él.

Entro en la tina y la piel expuesta de mis brazos se eriza ante el frío del material. Estiro mis piernas a un lado, descansando mi espalda al borde de la tina, y me quedo observado la herida. ¿Cómo se supone que iba a curarme? Intento sujetar mi codo, pero percibo cómo arde de golpe. Suelto una maldición luego de pasados unos siete minutos, no quise pedirles ayuda a los chicos porque Loid iba a comenzar a marearse como un cobarde por la sangre, Vicente iba a decirme torpe y distraída una y otra vez, John era capaz de desmayarse con todo el drama al ver la profundidad de la herida, y Christopher iba a exagerar con todo. No quiero preocuparlos.

Luego de cinco minutos más, suelto un suspiro.

—Esto es una mierda.

—Es más fácil cuando pides ayuda. —Pego un chillido cuando miro la puerta detrás de mí y soy capaz de ver al simio alfa con una gran sonrisa en sus labios. ¿Qué hace aquí? La imagen de la última vez que estuve en este mismo baño con él tiñe mi mente y percibo cómo todo mi cuerpo se estremece.

—¿Qué haces?

—¿Qué haces tú curándote sola? —Estoy a punto de responder que no se acerque, que definitivamente puedo o intentaré hacer esto sola, sin embargo, toda conjetura muere en mi cerebro cuando cierra la puerta detrás de él y salta a la tina, apoyando un pie entre mis rodillas y quedándose de cuclillas frente mí.

Suerte que esta vez tiene ropa.

—Déjame ver —farfulla y se acerca para sujetar mi codo, sin embargo, la sensación de su mano apretando mi muslo azota mi cabeza y me inclino hacia atrás, sobresaltada. Bueno, maldito cuerpo, a ver si te controlas. Christopher levanta su cabeza apenas y me ve por debajo de sus densas pestañas; su flequillo está algo despeinado, cubriendo parte de sus ojos. Le da un aspecto escalofriante.

—No te muevas —susurra, su voz de nuevo suena como un alarido demandante, regalándome una mirada seria y penetrante. Obedezco sin queja alguna, después de todo estaba ayudándome, y

muevo el eje de mi torso hacia un lado para que tenga una mejor visión de mi codo. Me muerdo el labio cuando percibo cómo la cinta se despega lentamente de mi piel, jalándola, y me erizo de pies a cabeza.

Lo hace tan lento que parece una tortura. No digo nada, probablemente lo hace de ese modo para que no me duela tanto. Cuando la herida está libre, siento cómo el aire frío penetra en la piel herida y al rojo vivo, por un momento fugaz pareciera que no tengo codo. No me arde, lo tengo dormido de golpe.

Christopher abanica con su mano mi codo, haciendo una especie de viento, y tengo que reprimir una sonrisa por su mueca arrugada de no-me-toques-estoy-concentrado. Era adorable. Trago saliva cuando toma un cacho de algodón y lo humedece en la porquería esa con la que debía desinfectar la herida. Puta mierda. Y doble mierda. No quiero quejarme frente a él; con la enfermera había chillado tanto que me mandó entre carcajadas a callar por llorona, pero no quería chillar frente a él. Había tenido innumerables y mucho más peores heridas, sentía que me burlaba de él si me quejaba.

Veo cómo acerca el algodón a mi codo y arqueo la espalda, percibiendo un dolor infernal en este mismo. Cierro los ojos con fuerza y luego de un momento los abro.

Me mira con diversión.

—¿Qué?

—Aún no te puse el alcohol —me informa, reprimiendo una sonrisa, y hago una pausa.

—Ah..

—Debes despejar tu mente —me dice. Me ve por un segundo y luego a la herida.

—¿Y cómo se supone que lo haga? —me quejo, en lo único que podía pensar ahora era en el incipiente y terrible ardor en mi piel. No había forma de despejar mi maldita mente. Él se relame los labios y acerca el algodón a la herida. Me ve por un segundo y me da una sonrisa torcida.

—Imagina lo que te hubiera hecho en mi habitación si no estuvieras lastimada y los chicos no estuvieran aquí. —Lo miro, arrugando el ceño, y ladeo un poco la cabeza. Él me sonríe de oreja a oreja cuando ve mi mueca de confusión y parece divertirse como a un niño—. Te hubiera hecho el amor, Fresita.

En el momento que me atraganto con mi propia saliva, él pasa con cuidado el alcohol por mi herida. Abro tanto los ojos que creo que se saldrán de sus órbitas.

—¿¡Pero qué te...!?

—De nada —me calla, riéndose de mi rostro completamente hirviendo. Comprendo, entonces, cuando miro mi herida, que ya no tenía que pasar nuevamente por ese ardor. Debía admitir que había sido una buena jugada, porque no le había prestado la suficiente atención a la herida. Prosigue colocando la gasa en mi brazo con sumo cuidado, yo trago saliva. ¿En serio él...? No, no. Demonios. Luego del remolino mental creado en mi cerebro por sus palabras, soy consciente de que si fuera capaz de hacerme algo, ya lo habría hecho. Ladeo la cabeza, completamente absorbida por mis pensamientos.

¿O lo había dicho realmente en serio?

La pregunta me hace entrar casi en pánico y me sentí terriblemente estúpida. Intentando tranquilizar a Elizabeth del interior y convenciéndome de que solo fue una jugarreta para que olvidara por unos momentos el dolor.

—¿En qué piensas? —Su voz me arranca del trance que me había sumergido mi mente y lo miro, desconcertada.

—¿Eh? —Tomo una gran bocanada de aire cuando él se inclina de golpe, demasiado cerca. Terriblemente cerca de mi rostro.



—Estás roja, pequeña. —Me echo para atrás inmediatamente y lo miro con el ceño fruncido. Dios mío, realmente estoy mal. Continúo mirándolo pensativa y él sonríe incluso más, estira una mano y me da un leve golpe en la frente.

—¿¡Qué te pasa!?! —Se ríe.

—Deberíamos volver.

—Deberías dejar de... —Mi voz muere cuando ambos nos miramos a los ojos y escuchamos pasos en el pasillo que me hacen cerrar la boca.

—John, ven aquí. —Abro los ojos al oír la voz ronca de Vicente y Christopher me da una mirada igual o más sorprendida. Estoy a punto de chillar, pero él me hace una señal para que me calle y cierre la cortina de la tina.

Lo miro atónita. ¿¡Qué hace!?!?

—¿Qué estás...? —Su mano derecha tapa mis labios de golpe a la vez que escuchamos cómo la puerta del baño se abre rápidamente y se cierra tras unos pasos torpes y apresurados ahora dentro de este. Lo veo con pánico, Christopher cierra los ojos con fuerza y asiente.

Escuchamos cómo alguien suelta un gemido lo suficientemente extraño como para no especificar quién es —pero me digo que probablemente es el pobre de John—, y mi corazón comienza a latir con fervor cuando escuchamos cómo se besan, entre sonidos pegajosos y traumáticos para mi mente. Veo a Christopher y él parece tentarse de risa en silencio por mi expresión.

De golpe, inclino mi cabeza hacia la cortina levemente y veo dos sombras apenas antes de que el simio alfa me sujetara del hombro y me atraiga a él de golpe a donde estaba. Me agita apenas y zarandea mi hombro en silencio cuando abre sus ojos y me da una expresión de qué-demonios-haces. Pongo los ojos en blanco. ¡Shippeo a John y Vicente desde que somos niños! Tengo mis derechos. Quito su mano entre muecas exageradas y él me ve con sorpresa, pero cuando voy a intentar ver, una voz me detiene de golpe.

—Aron, esto es... —La voz de Loid suena acuosa y casi en un susurro. Esperen... alto... ¿qué? Inmediatamente miro a Christopher, quien tiene las cejas rectas y me mira en blanco. Antes de que él reaccionara, saco la cabeza apenas para ver quién demonios era.

Aron, muchísimo más alto, tiene sus manos enterradas a la cintura del pobre de Loid, quién está con la espalda apoyada en la pared mientras con una mueca de inseguridad mira al mayor, y como este le lleva una cabeza y media, tiene que alzar la vista. De golpe, tengo que recurrir a todas mis fuerzas para no soltar un chillido de sorpresa cuando el más alto estampa los labios sobre los de Loid con tanta vehemencia que el rubio cierra los ojos con fuerza.

Ellos... esperen... ¿¡¡qué!!?!?

El entendimiento me había golpeado demasiado rápido, literalmente. ¿Tan perdida he estado estos últimos meses como para no notar lo avanzada que estaba la amistad entre Loid y Aron? No quería, pero de todas formas mi pecho sentía un incómodo peso con la palabra *traición* tatuada con hierro ardiente. ¿Cómo demonios había sucedido? Ellos ni siquiera me habían mencionado palabra alguna.

No quiero, de hecho estoy completamente segura de que es una tontería, pero, vamos, ¿no se supone que éramos un trío inseparable? No estoy diciendo que vamos a separarnos, pero esto es... maldita sea. No lo sé, supongo que simplemente estaba algo decepcionada. Cuando ellos me preguntaron lo sucedido con Christopher, yo lo había soltado todo con confianza. Mi pecho se agita con amargura, ¿quizá... yo no era tan confiable?

—Cómelo tú. —Loid le dio una mirada embobada al más alto, quién insistió en que el rubio se comiera el último muffin. El rubio negó con la cabeza.

—Te lo dejo a ti. —Ambos soltaron una risa escandalosa y tonta. Es incómodo, de golpe me siento como si ambos chicos estuvieran solos y yo fuera una especie de pintura colgada en la pared sin importancia alguna, solo observando.

Me recuerda demasiado a mi infancia. Mierda.

—Bueno, si nadie se decide... —murmuré, justo antes de alargar una mano y comerme el pastelillo, Aron me hizo una cara obvia mientras que Loid simplemente se carcajeó. Tenía hambre.

Miro el trozo de pizza frente a mis ojos, escucho cómo ambos chicos ríen por, seguramente, milésima de vez este día, y me quedo viendo la pizza. La pulsera. Coloco mi mano sobre la mesa y ojeo la pulsera de amistad que Loid nos había regalado a mí y a Aron hace ya bastante. Los tres la llevábamos, de color plata y un pequeño y delicado anillo colgando en un extremo.

Mi estómago se cierra de golpe y mi pecho duele viéndola. ¿Iba a ser de esta forma ahora? No quiero que las cosas cambien, definitivamente no quiero, sin embargo, me siento como el más diminuto grano de arena llevado por el más cruel torbellino.

Era una maldita dramática, seguramente.

—El, ¿estás bien? —Mi pecho se contrae al escuchar el apodo que Loid me había puesto salir de sus labios. Me fijo en la preocupación de sus ojos—. No has tocado tu pizza. Oh, Dios, ¿te duele el brazo?, ¿se te abrió la herida? ¡No me digas que te sangrará de nuevo, porque...!

—No. —Intento darle una mueca amigable, pero por la expresión que ahora baila en el rostro de ambos chicos parece que los preocupa más—. Estoy bien... solo tengo sueño. Sí, es sueño, no es como que haya visto algo y ahora... —Cierro de golpe los labios cuando veo cómo Aron abre los suyos y la comida se le escapa, me mira curioso y a la vez asombrado.

Creo que soy muy mala mintiendo.

Suspiro, percibiendo una terrible carga en mi pecho.

—Creo que... voy a caminar —espeto, estirando mis piernas del banco y poniéndome de pie. Estoy a punto de salir andando, pero la mano de Aron en mi muñeca no me deja.

—Oye, estamos aquí si pasa algo. Lo sabes, ¿verdad? —Lo veo a los ojos, no parece tan divertido y feliz como antes, sus cejas están fruncidas y me aprieta la muñeca, nervioso. Me odio por colocarlo en ese estado, pero, ¿qué puedo hacer? No puedo dejar de sentirme estúpidamente traicionada, y sus palabras fueron como más leña al fuego.

Necesito pensar.

—En serio. —Bajo mi vista sin ningún argumento llegando a mi mente y veo su mano, su pulsera está casi chocando con la mía y unas inesperadas lágrimas amenazan detrás de mis ojos. Mierda—. Estoy cansada, solo voy a caminar un rato y a despejar la mente de los exámenes. —Me encojo de hombros, sonriéndole apenas, y él suelta con lentitud mi muñeca. Salgo de la cafetería lo más rápido posible, dirigiéndome al único lugar que probablemente estaría desolado en el receso.

La azotea.

Diablos, realmente detesto ser tan dramática y sensible, pero ¿qué pasa si ellos realmente seguían de esa forma, como si yo estuviera pintada? ¡Estúpido Aron, Loid había llegado a mí primero!

Libero un suspiro demasiado cargado, subiendo con pesadez las escaleras, y empujo la puerta de un tono azul despacio. Lo primero que hago cuando percibo la brisa fresca del otoño golpear mi rostro es ver al cielo apenas nublado. Hoy por la mañana escuché que hay un sesenta y ocho por ciento de lluvia, así como hay un noventa por ciento de que me ponga a llorar. En lugar de ser uno de estos últimos soleados y resplandecientes días, hoy se formaba un ambiente mucho más opaco, algo húmedo y pesado que de alguna forma me hace asimilarlo con mi estado de ánimo.

Me acerco con lentitud a la valla de probablemente un metro y medio y me siento frente a esta, cruzando mis piernas y percibiendo cómo el frío se filtra por debajo de mi falda. Me quedo allí, viendo cómo los alumnos caminaban como pequeñas hormigas por el patio.

—Oh, mierda, no me digas que te salvé el pellejo el otro día solo para que te suicides ahora, cerdito. —Me enjuago una lágrima torpemente y giro mi cabeza con rapidez ante la voz masculina que había interrumpido mi paz luego de unos cinco minutos.

Frunzo mi nariz y entrecierro los ojos, puedo divisar el gigantesco cuerpo del tal Carter sobre un viejo contenedor azul oxidado, en la punta del lugar. Descansa su espalda en la pared, una de sus rodillas toca su pecho y la otra está estirada, lleva el uniforme del instituto desalineado y mantiene la barbilla en alto cuando cruza miradas conmigo con altos aires de superioridad. No puedo eludir mi expresión de pánico cuando escaneo su pálido rostro con fijeza, tiene un magullón en su pómulo derecho y varios cortes pequeños en todo su rostro, como si alguien hubiera estampado variadas veces su nariz en el asfalto.

Luego de un momento, sonrío. Me da escalofríos.

—¿No es irónico, cerdito? El marginado y la suicida. —Arrugo aún más mis cejas y me asusto cuando en un salto limpio cae con los pies firmes del contenedor. ¿Todo el tiempo estuvo allí y nunca lo vi?

—¿Cerdito? —La palabra se me escapa de la garganta y frunzo mis cejas cuando su cuerpo en movimiento guía mi cabeza hasta que se queda de pie, a unos cinco metros de mí.

—Cuando arrugas tu nariz te ves como un cerdito —manifiesta, buscando algo en el bolsillo de su chaqueta cobriza abierta de par en par. ¿En serio? ¿Otro más que me pone un apodo sin sentido? ¿Qué les pasa a los hombres? Me quedo observándolo y veo cuando saca una cajilla de cigarrillos y la golpea con un dedo para que así salte a la vista uno. Alzo las cejas, algo sorprendida por ello. —¿Qué es tan grave como para que te suicides en una azotea, pequeño cerdito? —Junta sus manos como si tuviera frío en su boca y escucho el sonido característico de un encendedor al segundo.

—Yo no iba a suicidarme —espeto, desconcertada por sus extrañas apreciaciones. Casi siempre aparece cuando estoy sola o algo por el estilo.

—No me mientas.

Él es tan extraño, ¡y todavía ni siquiera he podido descubrir algo sobre él! El castaño guarda el encendedor en el bolsillo delantero de su pantalón con el cigarrillo entre sus labios.

—No me llames... así. —Él baja su mirada a donde estoy y se me hace demasiado intimidante. Además, como él está de pie y yo sentada en el piso, parece más alto de lo que ya lo es. Me analiza por completo, sus oscuros ojos se detienen en mi rostro y su sonrisa se tuerce de costado con aún el cigarrillo en su boca.

—Estás arrugando la nariz de nuevo, cerdito. —Alzo las cejas y miro al frente rápidamente. Ni siquiera lo había notado—. Vaya, creo que la relación entre tus homosexuales amigos te cayó mal, niña. —Tras esas palabras levanto la cabeza hacia él, formando una gran mueca de desconcierto en mi rostro.

—¿Cómo mierdas...? —Él sostiene el cigarrillo entre sus dos dedos y lo aleja de su boca. Cuando suelta la calada de humo, coloca su labio inferior por debajo del superior, provocando que todo el humo gris se fuera directo a mi rostro.

No hace falta ser un erudito para darse cuenta de que lo hizo a propósito. Le echo una maldición entre una grave tos y veo cómo sonrío. Maldito cínico. Esconde una mano en sus vaqueros y me mira con una sonrisa de costado para luego simplemente dar otra calada al cigarrillo y mirar hacia el frente.

Sus palabras me dejan en un estado inerte. ¿Cómo sabe lo de Aron y Loid? Mis labios se separan mientras lo escaneo. ¿Cómo sabía todo aquello?

No sé absolutamente nada sobre él. Y que él esté enterado de eso es perturbador.

—¿Y... qué te pasó en el rostro? —Rompo el agónico silencio que hace unos minutos se había formado. Noto cómo baja su mirada hasta donde estoy, pero no soy lo suficientemente valiente como para mantener su vista, por lo cual me quedo viendo mi regazo y comienzo a jugar con el bordillo de mi falda.

—¿Te importa? —Dios, su voz, él es demasiado hostil.

—Ugh, bueno. Qué sensible, hombre —digo en voz apenas perceptible y trago saliva. Él se ríe, desconcertándome.

—Demonios, Elizabeth, no voy a morderte. —Me tenso de pies a cabeza cuando se coloca de cuclillas junto a mí; aunque tengo la cabeza completamente baja viendo mi regazo, puedo divisar cómo su rodilla está a un lado—. ¿Quieres? —Trago saliva con el nerviosismo picando en mis manos y veo cómo planta el cigarrillo frente a mi rostro. Lo ha hecho tan rápido que ese fastidioso hedor se filtra por mi nariz de golpe, induciendo a que esta misma arda y pique de golpe. Comienzo a toser fuertemente y nuevamente se ríe—. Me lo suponía. —Quise golpearlo. Se da media vuelta y se sienta junto a mí, apoyando la espalda en el enrejado que está frente a mí—. ¿Y bien, por qué tan preocupada, cerdito?

—Te dije que no... —Lo miro con frustración y él me sonrío, suelta el aire del cigarrillo hacia otro lugar y por un segundo me arruga la nariz en forma burlona. ¡Joder! Me tapo la nariz rápidamente y miro al frente. Esto es estúpido, ¿por qué estoy hablando con él? Ni siquiera lo conozco, y que tenga ese parecido a Christopher es perturbador.

Se ríe de forma burlona.

—No me cayó mal que estén juntos... —susurro luego de unos segundos, viendo al frente. No sé por qué exactamente digo eso, pero percibo cómo mi pecho se ablanda de golpe, como si hubiera soltado una carga pesada.

—Claro, por eso la cara de velorio, es tu forma de mostrar felicidad al mundo, ¿verdad? —Bajo mis hombros, percibiendo cómo mi estómago bulle histérico. Su sarcasmo era fastidioso.

—Es solo que... —suspiro y restriego las manos sobre mi rostro, completamente frustrada. Me duele el pecho de pronto. Lo miro de reojo, está concentrado viéndome. Mueve sus cejas hacia arriba cuando nota que lo miro, incitándome a seguir. Suelto otro suspiro—. Olvídalo, da igual. No es nada, estoy bien. —Coloco las manos a mis lados e impulso mi cuerpo hacia arriba, pero cuando intento ponerme de pie, él sostiene mi hombro derecho de golpe.

—¿Qué tan cansador es decir siempre que estás bien, cerdito? —Me empuja a mi lugar de nuevo y lo miro sorprendida. Tengo ganas de llorar, pero me trago el nudo en mi garganta.

—Ellos... —Suelto un suspiro, la pregunta de por qué diablos estoy hablándole hace un eco en mi mente. Lo miro de reojo nuevamente y él enarca una ceja—. Me ignoran, ¿sí? Es como si no estuviera con ellos. Además de sentirme dolida porque nunca se les ocurrió decirme nada, cuando estoy con ellos es como si fuera un trapo sucio. Es frustrante que, ahora que tengo amigos, la vida se las arregle para joderme. —Me muerdo el labio inferior con fuerza, y mi mente se arrolla en miles de recuerdos y quiero golpearme por pensar en ellos.

—¿Cómo sabes que nunca se les ocurrió si decirte o no? —espeta de pronto.

—¿Qué?

—Es decir, probablemente ellos pensaron en decirte, cerdito, pero, vamos, son mejores amigos, no es fácil. Y, además, ambos son chicos. Probablemente te lo dirán más adelante, ¿no crees? No deberías lloriquear en las esquinas por eso. Dios, qué sensible eres —suspira, dando otra calada al cigarrillo. Lo miro desconcertada—. Es decir, piensas que nadie nota cómo te sientes solo por mantener la boca cerrada, pero es estúpido cuando eres como un maldito vidrio transparente. ¿Me explico? Ámate a ti misma como para saber que si alguien no te quiere, debes alejarte, pero, dime, ¿en qué momento ellos se han alejado de ti, cerdito? —Suelta el humo lentamente y me ve con escepticismo, cruzando sus talones, y me hace una mueca para que continúe hablando, esperando una respuesta.

Yo simplemente no doy una. Es decir, ¿qué demonios? Él era... demasiado extraño, de golpe era hostil, luego sarcástico y ahora es serio, y su maldito comentario me cala a fondo. ¡Es jodidamente extraño! Separo mis labios y me le quedo viendo. Cuando ningún argumento llega a mi mente, los cierro. Me siento mejor ahora, extrañamente mejor. El nudo en mi estómago ya no era tan potente y mi pecho ya no se sentía ardiendo.

—¿Has pasado por cosas... así? —indago y él sonrío, soltando el humo del cigarrillo.

—No. Aprendí que cuando la gente apesta, siempre tengo mis auriculares. —Asiento lentamente, y sé perfectamente que ha pasado por situaciones similares. Digo, todo él lo grita.

—Te ves como una mierda —digo de golpe, aquello parece tomarlo por sorpresa, agita un par de veces sus pestañas y se me queda viendo—, pero, al parecer, no lo eres. No sé, es la tercera vez que me ayudas sin que te lo pida. Es como si estuvieras ahí cuando estoy mal o en problemas. —Me río, y él queda serio de golpe con el cigarrillo a punto de tocar sus labios, pero me parece que gracias a mis palabras se queda completamente tenso—. Eres realmente extraño, pero gracias. —Le doy una sonrisa radiante—. En serio, gracias.

Él se me queda viendo, pero antes de poder continuar nuestra charla, miro el reloj en su mano. Se la agarro

torpemente, y él echa los hombros atrás.

—¡Tengo Química! —Le doy las gracias por última vez y desaparezco por las escaleras. Corro torpemente sin importar la posible rotura de pierna que podría conllevar trotar de esta forma y al fin llego a la primera planta de la Institución. Estoy a tan solo cuatro salas de mi salón, sin embargo, cuando mi cuerpo pasa apresurado por los baños, percibo cómo una mano sujeta mi muñeca con una fuerza arrolladora, jalándome de golpe dentro de uno y cerrando la puerta a mis espaldas. Todo en menos de un segundo.

Antes de poder hablar, mi cuerpo se estremece de forma involuntaria cuando una mano presiona mi nuca y me atrae a unos húmedos y conocidos labios. Abro los ojos desconcertada y hasta el más diminuto de mis sentidos se revuelve al observar cómo me mira con los ojos entrecerrados y divertidos. ¿¡Qué está haciendo!?

Con el corazón dándome violentos saltos en el pecho, él apoya mi mano en su hombro mientras sostiene mi muñeca con fuerza y ladea la cabeza sin despegar sus labios de los míos, provocando que encajaran aún más con los míos y los abre de golpe, mordiendo suavemente mi labio superior. Por un momento, creo que mi boca se prende fuego, el beso fue lo suficientemente fuerte como para abrir un camino de calor y fuego desde mi garganta hasta el estómago. El rugido huracanado de mis emociones empeora cuando suelta mi muñeca y lleva su otra mano a mi nuca. Ahora sus dos manos sostienen mi rostro con fuerza, haciendo que alzaré más la cabeza y gruñera, sintiendo cómo esta misma me da vueltas por el beso.

Suelto el aire que tenía atorado en mi garganta cuando aleja apenas sus labios, respirando de una forma realmente errática y abro los ojos. Christopher acuna mis mejillas en sus manos y deja caer su frente sobre la mía, jadeando por un poco de aire.

—Lo siento, no te veo desde ayer. Lo necesitaba. —Su aliento entra en mi boca. Mi estómago es como un tifón que lleva todo a su paso y cierro los ojos, intentando estabilizar mi respiración.

—¿Qué... qué haces? —Mi voz es casi como un hilo, apenas apreciable dado a nuestras agitadas respiraciones. Con el pecho magullado por el fuerte repiqueteo de mi corazón, percibo cómo en cualquier momento mis piernas fallarán.

—Tengamos la cita. —Abro los ojos de golpe, totalmente aturdida, y encuentro una gran sonrisa en sus labios. Su sonrisa, Dios, es como un atardecer, la misma calma, la misma belleza, pero en sus labios. Me hacía sentir ese sentimiento de añoranza y melancolía, simplemente hermoso.

—¿Ahora? —Abro los ojos con pánico. Sus pulgares acarician mis mejillas rojas y siento que en cualquier momento caeré sin fuerzas—. ¿Estás loco? Tengo... Química. —Él sonríe aún más, y su largo brazo se enrosca en mi cintura de golpe, dando un tirón y provocando que hiciera puntillas. Suelto una exclamación ahogada al sentir todo su cuerpo pegado al mío.

—¿No crees que ver nuestra química es mejor? Apuesto a que es mucho más emocionante. —Se me estremece el estómago y contengo la respiración cuando encorva su espalda hasta que su nariz toca la mía—. ¿Ves a tu izquierda? Es nuestra vía de escape.

Miro de reojo al costado, completamente aturdida, y puedo ver la ventanilla del baño abierta. Me quedo sin aliento.

—Oh, no —susurro histérica, tragando saliva de los nervios, y escucho cómo se carcajea.

—Oh, sí.

—Esto está mal —murmuro con el pánico formando un nudo en el medio de mi garganta, intento ver hacia atrás nuevamente, pero esta vez la inmensa musculatura pectoral de Christopher intercepta con mi vista hacia la Institución, la cual ahora se ve algo pequeña y muy, muy lejana.

—Deja de ser tan cobarde. —La entonación que utiliza cerca de mi oreja me deja en claro que se está divirtiendo muchísimo. Aferra de golpe mis diminutos hombros en sus manos y me obliga a girar sobre mis pies para seguir nuestro camino.

Oh, Dios, Zeus. ¿Qué demonios está pasando? Honestamente, no tengo ni idea. Si algún extraño hace dos años me hubiera dicho que el simio alfa me besaría y sacaría —casi a la fuerza— de la institución, me le habría reído en la cara.

Pero aquí estamos, caminando por el pequeño bosque que posee esta secundaria como jardín.

—No soy cobarde —manifiesto en un susurro leve, algo enojada, y mi estómago se encoje cuando la risa leve y aliento cálido de Christopher se adentra por las membranas de mi oído. Suelto un gruñido y sacudo los hombros para que me suelte—. No estoy asustada —miento descaradamente—. Me arrastraste lejos de mi zona de confort; estoy incómoda, no asustada. Incómoda. —Se ríe descaradamente por mi comentario.

—Te sacaré de la zona de comodidad, entonces. —Continuamos caminando por el césped verde del otoño, atravesando un camino por árboles y más árboles. Me crisca los pelos en punta que Christopher camine detrás de mí, por lo cual sacudo los hombros de nuevo, pero él los oprime y no me suelta.

—La zona de confort es segura, la zona de confort es lo mío —chillo, dando grandes zancadas por las ramas secas y viejas que se enrollan en mis torpes pies—. La zona de confort es preciosa.

Él aprieta mis hombros fuerte y percibo cómo su espalda se encorva, provocando que su pecho impactara en mi cabeza.

—Conozco zonas mucho más interesantes que esa. —La entonación ahora grave, casi como un ronroneo en el acento del más alto. Me altera de golpe; su respiración golpea mi oreja y su aliento se inyecta en mi oído como abejas asesinas picando todo a su alrededor.

Mi corazón brinca con desesperación, advirtiéndome por su escasa cercanía, y percibo cómo la piel de mi cuello se eriza, por lo que, completamente aturdida, doy un rápido paso de golpe. Desafortunadamente, no veo la rama de árbol que hay justo en medio de mis pies y uno de ellos se atasca de golpe con esta.

Bravo, Elizabeth, bravo. Me iba a matar en mi primera salida emocionante.

Suelto un gruñido de dolor cuando mi tobillo se tuerce de golpe y me arde como el infierno, es como si me enterraran miles de agujas hasta el fondo de la carne. Mi cuerpo de desestabiliza en su eje de pronto y el vértigo me mareo cuando me voy hacia adelante. Estoy preparada para que mi

rostro se aplaste sobre el piso, maldiciendo a mi torpeza, pero anteriormente a que eso sucediera, Christopher sujeta mi estómago con una mano y me vuelve a mi lugar en un segundo, es tan rápido que mis pies no tocan el piso por un momento.

—Joder —me quejo. ¡Sabía que salir de mi zona de confort no era buena idea!

—¿Te golpeaste muy fuerte? —Intento ignorar el ardor de mi tobillo y alzo la cabeza ochenta grados para ver el rostro de Christopher sobre mí, la levanto tanto que mi nuca duele. Está detrás de mí, pero estoy prácticamente en su pecho y me lleva una cabeza y media, por lo que no es muy difícil verle el rostro cuando se inclina a mi altura. Lo veo con las cejas fruncidas y los labios torcidos en una mueca.

—Estoy bien, ¿lo ves? Es porque no estoy en mi zona de confort —farfullo repentinamente nerviosa por el acercamiento. Bajo la cabeza y, cuando estoy a punto de dar otro paso, la pálida y cálida mano de él separa sus dedos y me pega con más fuerza a su pecho.

—Pero si te caes siempre, incluso en tu zona de confort. —Diablos.

—Cállate, no te escucharé. Asqueroso plebeyo. —Libera una risilla, aún sin soltarme.

—¿Te duele?

—Está bien.

—¿Segura? —La tendencia demandante y querellante vuelve en un segundo a su profunda voz, y tenerla sobre mi oído provoca que todo mi sistema colapse en un segundo.

—Aja. —Bajo la cabeza hasta mis pies, avergonzada luego de murmurar esa especie de respuesta. Me suelta no muy convencido y, cuando miro al frente, veo cómo el enrejado que envuelve a la institución está a unos pocos metros. Justo en un punto medio, diviso una enorme abertura entre las rejas y cómo algunos barrotes están chuecos y salidos. Camino lentamente sin ver el pasto debajo de mis pies y con un sentimiento de pánico invadiéndome.

—Ten cuidado con esa rama, Eliz... —Las palabras del simio alfa se cortan cuando trastabillo de nuevo, y si no fuera porque me sostiene del brazo con rapidez, mi cuerpo se habría golpeado en las rejas frente a mí. Mi corazón rebota sobre mis costillas con velocidad y miro al simio alfa con una mueca apenada, es la primera vez que hago esto y estoy demasiado nerviosa. Además de estar con él, lo cual lo hace doblemente malo para mi corazón. Debo tranquilizarme.

—¿Alguna vez dije lo mucho que amo tus reflejos? —Sonríó humillada por mis habilidades y él me estrecha su mirada, viéndome. Me suelta el brazo y suspira.

—¿Alguna vez dije lo mucho que amo tus no-reflejos? —Cuando me pongo en cuclillas, mi tobillo arde apenas, pero lo ignoro, seguro se me pasará en cualquier momento. Estoy pasando por debajo del alambrado cuando oigo sus palabras. Un sentimiento de precipitación y adrenalina altera mis nerviosos sentidos cuando salgo y me pongo de pie en la calle.

Oh, por Dios. ¡Me estoy saltando clases!

Miro a Christopher y advierto cómo traspasa una de sus fibras piernas primero y luego su cuerpo por el pequeño lugar, lo hace de una forma tan perfecta que parece un contorsionista. Me pregunto cuántas veces lo ha hecho...

—¿Y por qué lo amas? Soy muy torpe. No tiene sentido. Confiar en mis proezas atléticas es como aceptar tu muerte —me quejo de mí misma, observando cómo al fin sale y parece un ovillo en mis pies, ya que está en cuclillas. Me hace sentir alta, qué felicidad.

Él se tensa.

—Sé que es una mierda muy egoísta —susurra—, pero me gusta. Me hace creer que siempre me necesitarás, como cuando éramos niños.

*Cuando éramos niños*, oh, justo en la fibra sensible.

La adrenalina se combina con las emociones que sus palabras provocan en mi cuerpo y, de un

momento a otro, creo que caeré en el piso por tantos sentimientos juntos. Christopher se pone de pie de golpe, y como estaba a mis pies, su gigantesca figura me hace alzar la vista. Ahora me siento intimidada y más pequeña de lo normal. Él sigue de pie frente a mí, bajando la mirada para verme a los ojos con una gran sonrisa.

Separo los labios, pero visto que ningún argumento llega a mi cerebro, los cierro con el corazón en la garganta. Está diciendo prácticamente que le gusta protegerme. ¿Qué se supone que responda? Dios, iba a acabar matándome.

—Vamos. —Me da palmaditas y caricias leves a mi cabeza antes de salir caminando por la izquierda mientras me quedo viendo su espalda, completamente en shock.

—Estamos fuera de clases —digo, viendo cómo el instituto se hacía cada vez más pequeño.

—Lo sé.

—Y las clases se están dictando.

—También lo sé.

—Maldita sea, soy un maleante asqueroso. —Él suelta una sonora carcajada cuando nos acercamos a su auto por el aparcamiento, algo encorvados, y me dice que calle de una vez—. ¿A dónde se supone que vamos? —Christopher sonrío mirando al frente sin decir nada, me hago una idea de a dónde me lleva—. ¿Es al Festival de Otoño, verdad? —No dice nada y ese solo hecho me pone los pelos de punta. Esconde sus manos en los bolsillos de sus vaqueros y sigue su camino, la desesperación y curiosidad me llevan a jalarlo del codo—. Oye, ¡simio! ¿A dónde vamos? —Lo jalo con algo de fuerza, por lo que su torso se inclina hacia mí y mis ojos quedan a la altura de su oído. Él gira el eje de su cabeza en mi dirección y la baja, haciendo que me encoja de hombros por la cercanía.

Una sombra fantasma se desliza por sus labios, me cuesta creer que es una sonrisa amplia, casi maliciosa. Hace que mi estómago gorgotee como el agua hirviendo. Christopher acerca sus labios a mi oído, y cuando su respiración empaña las paredes de mi oído, dejo de caminar.

—¿Has oído hablar del *Festival Oscuro*? —Lo dice de una forma tan áspera y ronca contra mi oído que me obligo a dar un paso atrás con precaución. Me causa tantos escalofríos que lo encuentro sobrenatural. Trago saliva y aprieto mis labios, de golpe no encuentro mi voz, por lo que me veo obligada a negar con la cabeza. ¿Festival Oscuro? Se oía bastante extraño... y peligroso, por alguna razón.

—Se oye como una mierda turbia a la cual, definitivamente, nunca me metería. —Él me ve con intensidad por debajo de sus espesas pestañas. De golpe se ríe y, por todos los cielos, qué miedo me da.

—Bueno, esa respuesta era obvia. —Él me sonrío por última vez antes de sujetar mi mano y hacerme caminar, pero estos últimos segundos fueron tan extraños que no consigo mover mis extremidades, por lo cual él sonrío más y me jala con fuerza.

—Mis pies sufren —termino diciendo luego de varios minutos, y camino con el cuerpo apoyado en el más grande. Christopher pone los ojos en blanco y me jala de nuevo por el codo, hemos estado caminando por casi una hora y ni siquiera sé a dónde vamos, es decir, sí sé, pero... se oye demasiado raro. Habíamos llegado hasta cierto punto en el auto donde Christopher dijo que siguiéramos caminado porque la entrada era secreta, era una mierda muy jodida si él le prestaba tanta atención. Nos habíamos escapado de la Institución, además...

¡Me escapé de la Institución! Dios, yo... diablos. Soy realmente mala.

—Necesitas ejercicio. —Me da una mirada desaprobatoria cuando me ve de reojo. Al contrario de mí, él se ve como nuevo, camina con esa confianza apabullante y con la frente en alto. Me toma de la mano sorpresivamente y me jala para que camine con mayor velocidad, ¡pero es



imposible, agh! Me arde la planta de los pies.

—No calculo bien el ejercicio —respondo, viendo nuestras manos entrelazadas, y me alegra que no se gire, sino vería mis mejillas azotadas por la vergüenza. Se ríe y me es inevitable sonreír al oír su melodiosa risa.

—No calculas el ejercicio, Fresita, lo haces y te mueves —responde con obviedad en su voz.

—Ah, con razón... —Se ríe de nuevo. Estoy a punto de replicar a su comentario, sin embargo, me toma de sorpresa, parando su paso de golpe y provocando a la vez que mi rostro impacte en su gigantesco omóplato derecho—. ¿Qué...? —Alzo la cabeza y me toqueteo con la mano el lugar afectado. ¿Qué hace? Cuando estoy a punto de quejarme por su repentina acción es cuando miro al frente de nosotros al fin.

Oh, mi...

El lugar está completamente amurallado por un mármol gris y avejentado. Creo, no, estoy completamente segura de que toma toda la calle. El sitio es jodidamente grande. Frente a mí, se yerguen dos eminentes rejas negras abiertas de par a par y, sobre estas dos, un gran cartel que llega de un lado a otro, blanco, con las palabras *Festival Oscuro* escritas en letras rojas y negras.

El corazón me brinca con ferocidad contra mi caja torácica cuando puedo apreciar dentro de ese lugar motocicletas negras situadas en una hilera muy larga. Veo carteles y puestos de comida exótica, carpas de color negro con detalles raros. También personas muy, muy extrañas. La mayoría está vestida de negro; se ven muy peligrosos, causando estragos en mi estómago. Veo una mujer, una muy alta a la distancia. Tiene el cabello negro como una cortina hasta más debajo de las caderas, lleva una especie de vestido de luto con detalles dorados y una rosa rojo sangre sobre su oreja. Camina con lentitud, adentrándose a una carpa negra.

¿De dónde demonios salió este lugar? Parecía una maldita secta.

—¿Estás bien? —Alzo la vista, observando al más alto completamente desconcertada, y él mira nuestras manos, me doy cuenta de que estoy apretando la suya con mucha fuerza, aunque estoy segura de que no le duele en lo más mínimo. Percibo cómo mis mejillas arden con fuerza y lo suelto de golpe.

—Lo siento... ¿cómo en...? —Las palabras se me atascan en la garganta cuando un tipo aparece de la nada, ¡pero del cielo! Pego un respigo hacia atrás y no me importa que mi espalda choque con el pecho de Christopher, él me sostiene los hombros de golpe con temor a que caiga. Lo miro desconcertada, muy, muy desconcertada. Es un chico de nuestra edad, aparentemente, el cual se encuentra colgado de una tela muy larga y está de cabeza, literalmente. Con las manos toca sus pies, los cuales se tocan con sus propias suelas; tiene las rodillas separadas y me recuerda a la posición de un mono de cabeza. Posee una máscara blanca en su rostro, es inexpresiva, solo tiene hoyos en sus ojos y nariz, lo demás de esta es blanco. Su cabello es de color azul pálido y me da escalofríos.

—Gama, no la asustes. —Las palabras de Christopher golpean mi cabello, provocando que estos mismos bailoteen en la cresta de mi cabeza por su aliento. El chico mono, o lo que sea, probablemente acróbata, ladea la cabeza con lentitud y con esa máscara... Dios, se me hace demasiado raro y enfermizo.

Y me encanta. ¡Es tan raro!

—¿Gama...? —Mi voz es apenas perceptible, pero al parecer el más alto la oye de todas formas.

—Sí, luego está Alfa y Beta. —Estoy a punto de girarme a la voz completamente tranquila de él, sin embargo, este chico acróbata... ¿Gama? Gama, señala con la punta de su pie derecho hacia arriba. Alzo la cabeza mientras la confusión se transforma en una mueca de horror en mi rostro al

ver a dos chicos como él en el árbol. ¡El árbol que está sobre nosotros! Un eminente árbol de muchos pies de altura. Sobre este mismo hay luces de Navidad enredadas en todas las ramas, probablemente en las noches se vea hermoso. También una lianas de color rojo y negro, donde dos chicos, uno pelirrojo y el otro de pelo naranja, se están colgando de un lado a otro.

¿¡Pero qué demonios!?! Me doy cuenta de que toda la cuadra está repleta de árboles alrededor, como si no quisieran que el lugar fuera visitado, como si estuviera escondido... en fin, ¿esos chicos siempre estuvieron ahí arriba? Dios, nunca los vi...

Vuelvo mi vista hacia el frente, encontrándome cómo Gama planta una rosa roja prácticamente en mi rostro. Sigue de cabeza, me pregunto cuántas veces lo ha hecho...

—Tómala, él nunca es tan amable —advierte Christopher con diversión, y no sé si tomarla o salir corriendo. Miro con inseguridad los ojos escondidos a través de la máscara y termino acercando mi mano, la cual tiembla descontroladamente. Cuando estoy a punto de llegar, él la echa hacia atrás.

—¡Ey! —me quejo, y me sorprendo de que la voz salga de mi garganta. Gama ladea la cabeza y esconde la copa de la rosa en sus manos; pienso que la va a romper, sin embargo, de un momento a otro mueve los dedos de una forma muy extraña y puedo ver claramente cómo una llama de fuego sale de estas, todo en dos segundos. Doy un respingo con el corazón de la garganta y empujo mi espalda al pecho de Christopher por la sorpresa.

Gama me extiende la rosa en su mano nuevamente, la cual está en perfectas condiciones, pero ahora puedo apreciar cómo la rosa es negra.

¿Pero qué...? Christopher me sujeta del codo, elevando mi brazo con rapidez, y tomo la ex rosa roja en mi temblorosa mano derecha. Miro con asombro y admiración al chico, quien ajusta sus pies en la tela, y de un momento a otro brinca hasta llegar al árbol. Pude ver cómo sus ojos me sonríen cuando desaparece de mi vista.

Es fue... diablos. ¡Fue increíble!

—¿Piensas caminar o algo? —Me estremezco de pies a cabeza al percibir el aliento de Christopher en mi oreja, se ha inclinado a mi altura desde atrás, aprovechando mi desconcierto. Intento escapar, sin embargo, me toma de los hombros y me pega a su pecho, adivinando mis movimientos anteriormente.

—Eso fue malditamente genial —chillo, viéndolo como una niña emocionada. Él me sonríe y apoya una mano en mi cabeza, despeinando mis mechones a propósito.

—Me alegra oír eso, porque... ¿Ves ese lugar? —Miro las eminentes y altas rejas negras abiertas de par a par frente a mí y un estremecimiento me golpea las piernas y espalda. No sé por qué ponerme más nerviosa, si por la cálida respiración de Christopher en mi oreja o por ese extraño lugar—. Bien. —Desliza con una lentitud tortuosa sus manos hasta llegar mis codos, y percibo cómo mis hormonas comienzan a aullar—. Olvídate de tu zona de confort.

—Bien, ¿qué lugar visitamos primero?

—¿Te parece mi casa? —El simio alfa vuelca su rostro en mi dirección y me da una expresión de obviedad. Pero, ¿qué más quiere? ¡Este lugar es demasiado chocante para mí! Nunca había visto algo así en mi vida, o quizá tenga que ver con el hecho de que no me gusta salir mucho...

—*Madame Meg*, ¿quieres saber tu futuro? —Cuando alzo la vista, el simio alfa se encuentra sorpresivamente a unos cuatro metros de mí, frente a una carpa negra a rayas blancas con un gran cartel sobre la abertura de la tela negra. Corro en rápidas zancadas hasta llegar a su lado con el corazón latíendome con frenesí.

No es como que estar con él signifique que mi integridad esté absolutamente asegurada, pero en un lugar tan extraño como este... es lo más seguro que tengo junto a mí.

—Ya, ¿una adivina? —manifiesto, alzando una mano y en cierto tono déspota—. Sabes que esas cosas no existen, ¿verdad? —Enarco una ceja notablemente y, cuando alzo la mirada en su dirección, él no deja de verme con una gran sonrisa vapuleando en sus hermosos cachetes. Agita su cabello negro para quitarlo de sus ojos y me sonrío tanto que puedo notar esos adorables y marcados hoyuelos en sus mejillas.

Dios, no sonrías así, idiota. Necesito pensar con coherencia.

—¿No crees en la magia? —indaga, dando un paso, e inserta una de sus manos en la abertura de las telas negras, lo que es la entrada a la pequeña carpa.

—Prefiero cosas que tengan una explicación —espeto, poniendo los ojos en blanco.

—Dicen que el que no cree en la magia nunca la encontrará —hace una pausa—, pero yo te encontré a ti, ¿no? —Sonríe—. Ya es lo suficientemente mágico. —Cuando su argumento acaba, casi puedo oír cómo mis neuronas hacen cortocircuito. Mis labios quedan una línea recta y percibo cómo todo mi cuerpo se tensa. ¿Cómo puede decir aquello con tanta normalidad? El chico era implacable. No es muy prudente que dijera esa clase de argumentos cuando con solo su sonrisa puede sacarme absolutamente de mis sentidos.

—¿Entras o qué? —Levanta con el dorso de su antebrazo y corre de lugar la tela. Se aparta un paso, dejando que el hueco de entrada quedara justo frente a mí. Se relame los labios, emocionado, y ladea la cabeza, incitándome a entrar.

Quiero quejarme y decir que es tonto entrar a visitar una adivina cuando podríamos ver cosas mucho más interesantes, sin embargo, sus palabras me dejan tan sensible y palpitante que solo puedo atinar a obedecerle sin protesta alguna. Los pelos de la nuca se me ponen en punta cuando paso por debajo de su brazo y entro a la completa oscuridad del lugar. No veo nada, literalmente. Amo el color negro como vestimenta, el color negro en sí, pero la clase de lugares sombríos que no te dejan absolutamente nada a la vista... bueno...

Una luz se enciende frente a mí de golpe y mi panorama se encandila cuando noto a una mujer rubia de vestimenta negra extravagante del otro lado de una extraña mesa con mantel rojo. Doy un paso atrás y me comprimo al pecho de Christopher del susto, quien no hace más que soltar una risotada sobre mi cabeza.

—Maldita sea, Elizabeth, solo es un juego de luces.

—Cállate.

—Sean bienvenidos, y siéntense. —Noto un extraño acento en sus palabras y, tras observar el cabello rubio y seco como la paja de la extraña mujer, me giro a Christopher con una ceja enarcada.

—Parece que quemaron a un hippie aquí dentro —murmuro cuando nos dirigimos a las dos sillas que están frente a la mesa. Parece que él soltará una carcajada, pero en cuanto nos sentamos la reprime, supongo que por respeto.

—Antes de que comience, quiero decir que no creo en esto. Pienso que es un timo, no tiene ninguna coherencia científica y solo sirve para estafar a personas estúpidas... es decir, no quiero ofenderle. —La mujer me ve con seriedad sin demostrar aún alguna queja o signo de sensibilidad en su rostro. Christopher aguanta de sobremanera una carcajada y me patea la rodilla sutilmente. Ella solo me mira. Tiene los labios de un profundo negro, contrarrestando con su piel pálida, y lleva un extraño vestido medieval con un corsé —demasiado— ajustado y una tiara, la cual parece un velo.

—¿Tienen preguntas? —dice, ignorando olímpicamente mi argumento anterior.

—Ella tiene una. —El más alto me señala con un dedo acusador y yo ruedo los ojos. Me acomodo en la silla y me inclino hacia la mujer, viéndola directamente a los ojos para que entendiera mi mensaje. Pasados unos cuantos minutos, sigo en mi posición y ella no dice nada.

Uh, ¿no puede leer la mente?

—Dios. —Esta vez Christopher es quien rueda los ojos—. Apuesto a que solo quiere saber cuándo saldrá la saga de su libro favorito. —Lo veo ofendida.

—Le estaba preguntando cuándo saldrá la nueva temporada de *Sabrina*. —Siempre me daba demasiada flojera decir el nombre completo de la serie. Una mueca de dolor se forma en mi rostro al recordar el final de la primera temporada. El simio alfa sonríe y separa sus labios, su voz no llega a completar la primera palabra porque la "adivina" lo interrumpe.

—Bueno, ya, comencemos. —La voz de la mujer se tiñe en una leve exasperación por la poca atención que le prestamos y me acomodo en la silla, guardando silencio. La rubia cierra los ojos y respira hondo, alza sus brazos y tuerce un poco sus antebrazos. Creo que hablará, pero suelta un leve *mmh*, como si de meditar se tratase, y sacude con suavidad sus manos. Pongo los ojos en blanco.

—¿Quiere un abrazo? —Me acerco a Christopher para murmurarle y él coloca el dorso de su mano sobre los labios. Intenta no reírse, pero sacude sus hombros, delatándose a sí mismo.

—Hay alguien en tu vida... —menciona la rubia, aún con los ojos cerrados, y tanto ella como yo fruncimos las cejas—. Alguien del sexo opuesto con el que tienes problemas... —La mirada del mayor casi me quema la nuca de golpe.

Aclaro mi garganta, nerviosa.

—Eso es fácil de adivinar —me quejo—. Posiblemente todas las personas de la tierra tienen problemas con el sexo opuesto ahora mismo. Además, soy alguien molesta e inquieta, tengo problemas con ambos sexos. —La mujer abre los ojos de golpe y me mira.

—Sí, esto está muy claro. —Christopher se ríe sin poder evitarlo. ¡Oh, vamos! Lo dice la que huele a incienso.

Ella de nuevo cierra los ojos y guardamos silencio. Me comienza a impacientar.

—Su cabello es de color oscuro... —Christopher me patea la rodilla con la suya frenéticamente como un niño hiperactivo y las ganas de golpearlo me torturan. Noto por la vista periférica cómo me ve con diversión y agradezco a la tenue luz que nos rodea, porque de otro modo hubiera verificado cómo mis mejillas y orejas están teñidas de un leve carmín.

—*Madame* —hago una pausa—, la mayoría de las personas tienen el cabello oscuro, además,

ni siquiera especificó, sino que simplemente dijo *oscuro*, por lo que puede entrar el pelirrojo oscuro, el castaño oscuro, el negro oscuro, básicamente como más de la mitad de la raza humana... digo, hasta usted también tiene el cabello “oscuro”, aunque se lo tiña, claro. —La mujer abre los ojos y todo signo de pasividad parece haberse esfumado de su rostro.

—Está en tu secundaria, se ven todas las horas del día.

—Interesante... —Esta vez yo le doy un rodillazo a Christopher por su comentario, solo que con un poco más de potencia, provocando que suelte un quejido.

—Soy una adolescente en su plenitud, hay un noventa por ciento en que todos los problemas que tengas con el “sexo opuesto”, obviamente, sean con alguien de mi edad, es decir, alguien de donde estud...

—Tienes muchas dificultades para intimar con él. —Cuando ella me interrumpe, yo hago una pausa para analizar lo que dice.

—Uy, no tiene idea. —Respiro hondo y nuevamente golpeo a Christopher para que cierre de una maldita vez la boca.

—Esto es inaudito. Como dije, soy una adolescente de diecisiete años y obviamente acaba de notar que tengo problemas de comunicación, decir eso es como decir que puedo respirar.

—Lamentablemente... —La miro a los ojos de golpe.

—¿Disculpe?

—Te disculpo.

—Bueno, bueno. —Christopher choca su rodilla contra la mía cuando inmediatamente quiero replicar—. No nos desviemos del tema.

—Tienes bastantes problemas con este chico —continúa ella, y no sé si es mi imaginación, pero puedo ver un rastro de diversión en su mirada— y si no te abres por completo a él, me temo que seguirás estancada.

—¿Qué tiene que abrir, y en qué sentido, exactamente? —Respiro hondo ante la pregunta de Christopher. Yo. Iba. A. Patearlo.

—Suficiente, esto no tiene nada que ver con lo que yo...

—Tienes que aclarar las cosas contigo misma antes de hacer algún movimiento —me interrumpe—. Puedo percibir cómo ambos se quieren, pero eres demasiado reacia a recibir todo lo que él quiere darte. Cuando te abras en cuerpo y alma a él, cuando seas capaz de destruir tu ego, será cuando puedas encontrar una respuesta a tus problemas.

La mujer sonrío de oreja a oreja.

Nota cómo el simio alfa me observa con total diversión en sus mejillas y puedo apostar mi colección de cómics a que está conteniendo la risa. Mis neuronas chocan entre sí en tanto me quedo mirando a la mujer con mi mejor expresión de póker por unos minutos y, cuando percibo un aullido sináptico, me digno a hablar.

—Mire, voy a decir esto, y lo voy a decir porque guardo esta palabra para situaciones extremas. —Me pongo de pie lentamente en un extraño intento de verme amenazante y me inclino a la mujer, señalándola con un dedo acosador—. Esto es una... una... —Tenso la mandíbula de golpe, alzando la voz—. ¡Una idiotez!

—Uh, usó la palabra con *i*. —Miro al simio en un ataque de histeria y me pongo de pie, provocando que la silla en la cual me encontraba se golpee en el piso. Me giro sobre mis pies para largarme de una vez de este estúpido lugar—. ¡Oye, no me abandones! ¡No sabemos si esta mujer es una violadora en proceso!

Pongo los ojos en blanco, siguiendo un camino apresurado a quién-sabe-donde. ¿Abrirme por completo? ¿Qué clase de idiotez es aquella? Ah, claro, porque todos los problemas que tenía con

él se arreglarían si yo simplemente dejaba de actuar como una idiota por todo el recelo que le tenía desde niños y admitía honestamente que me gustaba.

¡Pero qué estupidez! Yo no.... yo... yo... Alto.

—Cuidado, niña. —Una voz áspera y con tonalidad anciana me sorprende de golpe. Miro a mi costado y lo único que encuentro son dos gigantescos zancos de aproximadamente cuatro metros de altura. ¿Eh? Cuando alzo la vista con un sentimiento de intimidación brotando en mi pecho, puedo observar la expresión amarga y aburrida de un hombre mayor sobre dos zancos. Posee una vestimenta medieval estilo Inglaterra y tiene la cara maquillada de un completo color blanco. Entrecierro los ojos y puedo notar cómo el maquillaje azul de sus ojos se está desvaneciendo de a poco, por lo que ahora pareciera que está llorando de un color rojo azulado, dándole un aspecto terrorífico.

Ay, él es... es un...

—Un... un...

—¡Payaso! —El súbito grito que Christopher desata sobre mi oreja me hace gritar de horror. Pego un salto del susto y, cuando mi espalda se ve acogida por enésima vez en el día gracias al ancho tórax de él, noto cómo algunos curiosos mirones a nuestro alrededor se me quedan mirando algo desconcertados. Ah, perfecto. He perdido lo que me quedaba de dignidad.

No, esperen, ¿cuál dignidad?

—Eres un...

—Es como la quinta vez que te salvo de besar el piso, no seas malagradecida. —Resoplo con irritación, alzando la vista y viéndolo a los ojos. ¿Quién diría que esa carita tan hermosa estaría así de perturbada? Porque, sí, ¡está demente si cree que me quedaré aquí!

Apoyo la palma de mi mano derecha en uno de sus pectorales, dispuesta a empujarlo y quitarlo de mi espacio vital. Últimamente, el simio alfa se había encargado de violar mi espacio personal de todas las formas que se le ocurrieran, está totalmente errado si cree que gracias a mi repentino enamoramiento, dejaré que lo haga.

Bueno, de hecho... sí... ¡por supuesto que sí!

—Vámonos, quítate del me... —Mis cejas salen disparadas hacia arriba cuando él sujeta mi mano en su pecho y la oprime con fuerza, jalando mi brazo y provocando que acoplara torpemente mi diminuto cuerpo junto al suyo de la sorpresa. Hundo mis hombros, ampliando los ojos, y el contacto directo con su cuerpo me estremece. Experimento cómo mi corazón se altera de golpe—. Oye.

—Tengo un lugar al que quiero llevarte. —Su voz se convierte a una de demanda y trago saliva, comprendiendo que no era exactamente una pregunta.

—Este lugar da miedo... —murmuro, y en un ataque de nerviosismo oprimo su camisa blanca entre mis dedos, y al notar cómo las líneas de su firme musculatura se endurecen ante mi tacto, me veo obligada a revolverme con desesperación en sus brazos, pero no me suelta, sino que se inclina aún más su rostro y me verifica con seriedad, con demasiada intensidad. Sonríe, pero de la misma forma de antes: una sonrisa amplia, una amigable.

Se inclina apenas un poco y me veo obligada a echar mi cabeza hacia atrás, descansando el peso de mi cuerpo en la mano que ahora coloca en mi espalda baja.

—No dejaré que nada te ocurra. —Ladea la cabeza apenas y entrecierra los ojos. Se acerca tan pronto que su respiración entra en mis labios y comienzo a respirar con dificultad. Me gustaba, demonios. ¡Me encanta!, pero me intimida de alguna forma.

Besar a Christopher sonaba tan hermoso como peligroso. Experimento casi un dolor corporal debido al deseo de tenerlo aún más cerca.

—Pero, bueno, pues... —Su mano en mi cintura roza progresivamente hacia arriba con su dedo índice en la línea de mi columna vertebral. Mis resbalosas y torpes palabras se cortan de golpe y prácticamente me obliga a arquear la espalda un poco. No quiero hacerlo, pero es algo extrañamente involuntario, como si mi cuerpo respondiera a su tacto. Lo miro con los ojos bien abiertos y él sonrío de una forma amable, acercándose a mis labios. Alza las cejas y me ve a los ojos, sabía lo que intentaba decir—. Dijiste que... —Su mano me sorprende cuando llega a mi nuca y sella mis labios debajo de los suyos de una forma tan rápida que me mareo. Me estaba hartando que nunca me dejara terminar mis palabras.

Bah, a quién engaño.

Empujo y comprimo su camisa en mis manos, cerrando los ojos con fuerza e inseguridad. Pienso en intentar empujarlo nuevamente, sin embargo, mi pecho se derrite al contacto de su lengua acariciando lenta y dulcemente mi labio inferior. Mi estómago se contrae de una extraña forma agradable y absurda ante la forma extraña en la cual me besa. Cómo acaricia mi nuca es diferente. No es la forma fuerte de antes, no me fuerza a estar junto a él; sus labios son suaves y casi inocentes, es de una forma... como si temiese ser rechazado.

No ser correspondido.

Su beso es tan inesperado como sorprendente... tan opuesto a él. Dentro de todas sus facetas, nunca había tenido el placer de conocer esta, donde se muestra de una forma tan vulnerable. Muchas veces se había mostrado amable, pero nunca vulnerable. Padezco de palpitations demasiado rápidas como para ser las de un humano. Christopher se toma su tiempo, luego cierra sus suaves y esponjosos labios una vez más sobre los míos antes de apartarse con una lentitud que me resulta tortuosa. Me impresiona lo excesivamente costoso que me es respirar. Intento apartarme, pero sus grandes manos se posicionan en mis mejillas de golpe, dejando caer su frente sobre la mía, y todo su exquisito aliento entra directo a mi boca.

—Nada va a pasarte, ¿recuerdas? Siempre estaré aquí. —Siento cómo mi estómago se hunde. Sus palabras hacen que el pecho me oprima tan fuertemente que apenas puedo respirar. Es inevitable pensar en eso como una promesa, *siempre*.

*Siempre...*

Me recuerda, por más que no lo quisiera, a la promesa de mi madre. Cuando dijo que nunca iba a abandonarme. Esta vez, mi estómago se comprime, pero de una forma completamente distinta, hace que me asfixie y me duela el pecho. Mis ojos se tiñen en un prematuro dolor de golpe y la adorable sonrisa que sostenía en sus preciosos labios se borra con lentitud.

Diablos, no, él no estaba involucrado con eso.

—¿Ocurre algo?

—¿A dónde quieres ir? —Sonrío con una puñalada blanca en el pecho, y él no se cree mi sonrisa, para nada, pero, por suerte, no insiste. Me conoce muy bien, forzarme a hablar era básicamente terminar como la mierda siempre. Los pálidos dedos de su cálida mano se entrelazan con los míos y la sensación es espléndida. Dulce. Hace que quiera derretirme y abrazarlo como el gigantesco oso amable que es.

Me encuentro con una especie de rueda de la fortuna de color negro con detalles de telarañas y calaveras. Pienso que estar aquí es como si fuera Halloween en todo el año. No es tan eminente como la de un parque de diversiones, pero en lugar de tener los clásicos asientos oxidados, esta tiene cabinas individuales donde entran aproximadamente cuatro personas, de color gris con detalles negros.

—Me encantaría pagar la entrada, pero alguien me sacó a la fuerza...

—Cállate. —Por suerte, él es mayor y utiliza una billetera, la cual se encontraba en uno de sus

bolsillos traseros. Sabía que no tenía nada que ver con la edad, yo siempre tiraba las monedas del cambio en los bolsillos de mi mochila y sabía que, aunque tuviera cuarenta, seguiría siendo así de desordenada.

Caminamos por el hierro de la tarima de un color rojo metálico y el encargado nos abre la pequeña puerta de la cabina. Christopher me hace entrar primero, tomándome dulcemente de una mano, y yo me acomodo en uno de los asientos, era acolchonado y de un color rojo sangre. Miro con seguridad el lugar, parecía ser realmente seguro, pero yo no era necesariamente una de las grandes alturas. Me muerdo con fuerza el labio inferior, aferrando mis dedos al borde del asiento, y miro atrás.

—Oh, aquí vamos con el vértigo. —Pego un respingo cuando Christopher está atrás de mí, teniendo que doblarse para pasar por la puertecilla de la cabina. Lo miro con los ojos entrecerrados, pero de todas formas no puedo decir nada. Luego de un momento, toda la valentía con la que me había llenado los pulmones se esfumó como arena al viento al reconocer que estaríamos juntos en este espacio tan cerrado.

Tomé un suspiro e intenté tranquilizarme. Deja de ser tan malditamente dramática. Me senté junto a él, pero lo suficientemente pegada la otra ventana como para estar realmente separados. No sirvió de mucho. Su mirada hacía que me electrificara, podía sentirla con la poca luz de la cabina, y parecía estar sufriendo un ataque de claustrofobia, me sentía encerrada y con poco aliento. Sobre todo, estando cerca de él, en un espacio relativamente pequeño y cerrado, era realmente consciente de sus dimensiones. Cuando estaba sentado y se inclinaba, podía ver lo anchos que eran sus hombros. Cuando doblaba el brazo, podía ver cómo la tela que abrazaba su músculo se apretaba por la magnitud y parecía explotar. Todo en él era grande y duro, y me intimidada y ponía demasiado nerviosa.

Él se movió sorprendentemente, arrastrando su cuerpo, y su muslo se pegó al mío. Era demasiado consciente de su mirada, parecía quemarme la mejilla.

Bueno, di algo para que esto no se vuelva tan extraño.

—Oye, ¿cómo...?

—Déjeme entrar. —Hago una pausa cuando escucho una voz que atrae nuestra atención de golpe. Una chica que está llorando desconsoladamente. Era rubia con las puntas de un color rosa pálido y, por la forma en la que respiraba, parecía tener una crisis nerviosa. Con una cajita de pañuelos en sus manos de uñas esmaltadas. Se me hace conocida por alguna razón.

—Lo siento, señorita, está ocupado. —La chica se suena la nariz, provocando un sonido que resuena en el lugar y generándome náuseas. Tiene el maquillaje oscuro de sus ojos corrido, el cual se desliza por sus mejillas y se esparce por su mandíbula, dejando manchones negros por todo su rostro. Pienso, de golpe, que podría trabajar en una casa de terror por como luce. Viste unas botas militares negras, con un vestido azul-casi-negro ceñido a su curvilínea figura y un tapado negro sobre este.

—Mi novia me dejó. ¡Déjeme entrar! —Su voz suena acuosa y chillona, estoy segura de que si gritaba más, era capaz de hacer sangrar los oídos de todos.

—Lo siento, está ocupado. —El encargado se pone de pie, firme, ignorando a la entristecida chica.

—Pago el doble.

—Pase, señorita. —Yo hago una mueca, pero es demasiado tarde cuando la veo encaminarse hacia nuestro lugar. Veo a Christopher abrir la boca para quejarse con el entrecejo arrugado. La chica es más rápida. Pasa la pequeña escalinata y entra a la cabina, sonándose la nariz. Se sienta justo en medio de nosotros. Oh, sí, no en el asiento para dos del frente, ella se mueve torpemente y



nos vemos obligados a movernos antes de que acabara sentada sobre nuestras piernas.

—Estoy segura de que esto es medio ilegal —me quejo con desesperación. La chica me planta la cajita negra de pañuelos en el regazo y sobre la del simio alfa deja su pequeño bolso negro. Estoy a punto de quejarme, pero en cuánto oigo cómo la maquinaria del juego se pone en marcha, la chica lanza un excesivo llanto de golpe, tapándose la cara con las manos.

Maldición.

Como ella está apoyando prácticamente el rostro en sus rodillas, le lanzo una mirada a Christopher. Su rostro era un divino poema, completamente molesto. Suelta un bufido que se parece más a algún sonido incivilizado de un animal salvaje y se cruza de brazos, hinchando su pecho.

—¿Qué fue lo que hice? —La chica grita literalmente en llanto de golpe y ambos nos sobresaltamos—. ¿¿Qué fue lo que hice mal!?! —Nuevamente se dobla hasta que su rostro le roza las rodillas. De golpe, coloca una mano en mi rodilla y hago una pausa hasta que capto la idea y le entrego un pañuelo en la mano.

Oh, este día se va a hacer largo...

—No sé qué fue lo que hice mal, yo realmente la quería. —La extraña se cubre el rostro con las manos y sus hombros se ven presos por un leve temblor cuando comienza a llorar de nuevo. Siento algo incómodo en mi pecho, se ve realmente en un mal estado y, aunque nunca estuve en su situación, no me gusta verla así. No me gusta ver llorar a la gente. A menos que sea Loid cuando vemos una película romántica triste, me hace mucha gracia eso. ¡Era tan sensible!

El llanto desgarrado de la chica me desconecta de mis pensamientos.

—No, no es así. —Libero de golpe, arrugando un poco las cejas sin saber qué responder exactamente. Coloco una mano en su espalda y le doy una ligera caricia, algo insegura—. No tienes que culparte solo a ti, eran una pareja. Si las cosas terminaron así, entonces quizá sea lo mejor. —Mi discurso era mitad mierda que se me acababa de ocurrir y mitad *no sé qué diablos estoy diciendo*. La chica acepta el pañuelo que le coloco en la rodilla e intenta tranquilizar su llanto mientras giro un poco y puedo ver cómo cada vez estábamos a más metros del suelo. Comienzo a agitar mis pies como si fueran una tijera, ya que no tocaban el piso.

—No lo sé, incluso me puse su vestido favorito, ¡las botas de cuero! No sé cómo es que no le gusté.

—Está bien, no es tu culpa.

—O puede que hayas hecho algo estúpido. —Me inclino hacia adelante y echo una mirada exterminadora por encima del cabello rosa-rubio de la chica a Christopher—. Como, no sé, aburrirla con tus pensamientos superficiales como que te elegiría por tener un vestido y una lógica barata. —La chica se queda en silencio de golpe y mi rostro se ve teñido en desconcierto por las palabras. ¿De qué lado está?

—No le hagas caso, él es un idio... —Estoy lista para continuar y reprocharle, sin embargo, el móvil comienza a sonar en el bolsillo de mis vaqueros, por lo que dejo la rosa negra en mi regazo, sobre la caja de pañuelos de la chica, y me dispongo a tomarlo en mis dedos.

**themachodeJohn:**

«Oye, enana, lo tengoooo».

El mensaje de Vicente hace que mi estómago se retuerza repentinamente- Hago una pausa, sí, lo había agendado así desde el inconveniente con las habitaciones y, a pesar de la risa que me causaba cada vez que hablaba con él, esta vez ninguna risa atacó mi garganta. Hace unas semanas le había pedido ayuda con respecto a la nota que apareció como por arte de magia en mi casillero; no se la había mostrado a nadie ni tampoco dejé evidencia alguna de ella. Apreté el celular entre mis manos, provocando que el extremo de mis dedos palidciera hasta tornarse de un color blanco y solté un suspiro, ignorando la mirada molesta de Christopher sobre la chica y la situación en sí.

«¿Quieres hablar de una vez y dejar el misterio? ¿Cómo lo sabes, y cómo en tan poco tiempo?»

**themachodeJohn:**

«¡Dios mío! ¡Para con tanta amabilidad que me enamoras! La verdad, fue muy fácil entrar al sistema del instituto y ver las cámaras. ¿Sabías que solo lo protegen con una contraseña? ¡Qué son imbéciles!».

«Wtf bro, ¿o sea que hackeaste las cámaras de un instituto? Oh Dios, realmente eres un pandillero como lo dice John».

**themachodeJohn:**

«Ohhh, me duele, pero tranquila, cuando estoy en la cama con él lo último que me grita es eso».

«Eres un maldito asco, ¿sabías? Como sea, mándame la foto o lo que sea que tengas para mí».

Me quedo esperando un segundo mensaje con el nerviosismo provocando que mis pulmones se contraigan y mE muerda el labio, sin embargo, no llega nada.

«¿Y?».

**themachodeJohn:**

«JAJAJAJAJAJA. Tu desesperación, ah \*se limpia una lagrima de risa\*».

Suelto una maldición, intentando no llamar tanto la atención, y quiero estrangularlo por sus indiscriminadas ganas de molestar y hacer sufrir a las personas a su alrededor las veinticuatro horas.

**themachodeJohn:**

«Tsé, es que, bueno. No sé cómo decir esto, pero fue él».

Arrugo las cejas y trago saliva, ¿qué diablos significaba eso? Miro a mis costados, observando la expresión malhumorada de Christopher y cómo la desconocida mira el panorama con atención. Quedan pocos minutos de viaje, pues noto cómo la distancia al piso se va acortando para llegar al fin del curso.

«¿ÉL QUIÉN? JODER, ¿QUIÉN? ¿TU MADRE, TU NOVIO, TU DOCTOR? ¿QUIÉN?».

**themachodeJohn:**

«Ugh. Christopher. Fue él, no entiendo a qué mierda juega, pero fue él, vi su maldita cara en la cámara».

Experimento todas las angustias reconocidas por el ser humano luego de leer aquello, y de golpe parece que mis extremidades no responden a los avisos de mi cerebro. ¿Qué? No soy capaz de responder al mensaje de Vicente, pues oigo cómo los sonidos mecánicos del juego paran, y de golpe parece como si todas las personas a mi alrededor aguantaran la respiración.

—Fresita, ven. —Oigo su grave voz cuando el encargado llega y abre la puerta. Lo miro, de pie sobre la tarima y doblado en mi dirección, tendiéndome una mano sonriente.

*“No es quien dice ser realmente”.*

Entro inmediatamente en un estado de trance y esas palabras no dejan de torturar mi pobre y desconcertado cerebro.

Mi corazón se ve apresado por un agobiante sentimiento que me dificulta el respirar, no comprendo absolutamente nada, ¿por qué el dejaría eso en mi casillero? Sabía que era verdad, no hace falta conocer a Vicente para saber lo serio que es sobre todos los asuntos de la vida en sí, él definitivamente no jugaría con algo así, y más si me conoce tan bien como él lo hace.

—¿Te piensas quedar ahí todo el día? —Su rostro medio frustrado, pero amable en mi dirección, se transforma en una expresión de sorpresa cuando al acercar su mano a mi cuerpo yo salgo por el costado de su brazo, escabulléndome y bajando rápidamente la escalinata sin dejar ni por un segundo de pensar. El desfrunce las cejas en una expresión de desconcierto y noto cómo la chica también se me queda viendo algo desconcertada.

Lo miro a los ojos. *“No entiendo a qué mierda juega, pero fue él”.*

—Mmm, oye, ¿te sientes bien? —La rubia me mira, confundida, y me toca el brazo apenas, pero lo único que puedo hacer es quedarme donde estoy sin saber qué hacer y a punto de dejarme llevar por el pánico que magullaba fuertemente mi pecho.

—Voy al baño —suelto de golpe, pero antes de dar un paso, la mano de él se aferra con agudos reflejos en mi codo y me devuelve a donde estoy.

—¿De qué hablas? Ni siquiera sabes dónde está la salida —exclama. Pestañea variadas veces

con el ceño arrugado y, cuando alzo la vista, puedo distinguir cómo la preocupación se adueña de todo su semblante.

—Yo... —Las palabras son grandes torbellinos que desarman el entendimiento de mi cerebro y solo puedo verlo a los ojos. Aquellos preciosos ojos, ¿cómo es posible que luego de todo esto él sea el autor de esa horrible nota? La confusión y desánimo llega a mí en menos de lo pensado. Recuerdo todas las noches sin sueño y preocupación que me había generado, y cuando lo veo a los ojos, sin más, dejo que el pánico se adueñe de mi cerebro, provocando que me zafe de su agarre y salga caminando a paso aligerado, alejándome de su presencia.

Necesito un poco soledad para pensar.

—¡Elizabeth! —Su grito hace que mi corazón acelere las pulsaciones y obligo a mis piernas a correr más rápido. No sé cuántas veces pido disculpas a los cuerpos que se interponen en mi huida y acabo por empujarlos. Como hay bastante gente, cuando me giro en busca de él, ya no está. Probablemente lo había perdido cuando crucé esa pequeña multitud de personas.

Sin embargo, decido seguir corriendo, hundiéndome en la desesperación por sentimientos que agobian mi agitado pecho. Sigo corriendo, viendo el piso e intentado esquivar a las personas, pero, obviamente, no puedo con todas ellas.

—Jodida imbécil —espeto el cuerpo con el cual acabo de impactar, y mi anatomía entera tiembla de miedo por lo molesto que suena—. ¿Por qué demonios no te fijas en el estúpido camino? ¿Tienes algún maldito retra...? ¿Cerdito?

La voz totalmente desconcertada del tal Carter me hace sobresaltar, yo estoy igual o peor que él. Me aparto, dando un paso hacia atrás, y alzo la vista para verle los ojos, respirando con dificultad. Él me escanea de pies a cabeza. Sostiene en su mano una lata de *Coca-Cola* y puedo notar cómo se tiñó el cabello. Bueno, no todo, sino que ahora un mechón de su flequillo es de color celeste oscuro. Viste una sudadera color negro, así como sus pantalones y sus botas son del mismo modo. También fijo mi vista en la mascarilla que cubre la zona de su nariz hacia abajo, es negra y tiene dibujado en blanco los huesos que se suponen que son los de su mandíbula.

¿Qué hace él aquí? ¿Justo aquí?

Carter engancha uno de sus huesudos dedos en la mascarilla, corriéndola de lugar, posándola debajo de su mandíbula, y me enarca una ceja.

—¿Qué demonios haces en este lugar? —me espeto, luce alarmado por verme allí. Me lo quedo viendo completamente abrumada por la escena de hace tres segundos atrás, respirando con agitación, y noto cómo él desvía la vista a mis manos. Escanea con fijeza cómo estas tiemblan y son puños de puros nervios. Enarca aún más su ceja—. Bueno, no me gustan mucho las conversaciones, pero me gustaría que hablaras, ¿sabes hablar? ¿Recuerdas cómo se hace, al menos? —Decido ignorar el sarcasmo con el cual dijo lo último.

*“Fue él...”*.

*“Fue él”*.

Se me llenan de lágrimas los ojos de golpe y no puedo evitarlo. ¿Todo esto era un juego para Christopher? No, no podía ser así, es decir, todo había pasado de una forma tan rápida que era abrumadora, pero él no era así, no conmigo... ¿o quizá sí? No comprendo absolutamente nada, ¿por qué hizo aquello, entonces? No hago una mueca, no hago absolutamente nada, solo respiro hondo y siento cómo mi pecho se hunde más y más por mis pensamientos.

Veo a los ojos del más alto, quien baja sus hombros de golpe al ser quien contempla cómo un par de lágrimas se escurren por mis mejillas.

—Okey. Respira. —Me sorprende lo preocupado que se oye por mí. La cabeza me duele como el infierno y las piernas me arden por correr. Intento respirar hondo, sin embargo, más lágrimas

comienzan a salir y bajo la mirada rápidamente, escondiéndome el rostro empapado en las palmas de mis manos—. Te digo que respire, cerdito, no te mueras aquí, no quieres eso, y lo digo porque, si mueres, no pienso cavar una fosa, no sé dónde dejé la pala y... —Sus palabras son exterminadas cuando ve mi agobiada expresión—. Oh, mierda.

Solo murmura eso, y cuando intento mirar a mis lados y saber dónde demonios es que me metí en este extraño lugar, él sostiene mi brazo de golpe. Estoy tan cansada que me dejo guiar por él cuando comienza a caminar, dándome ligeros jalones. ¿Qué más da? Me daba igual, no importaba ahora mismo, era mejor estar con alguien que sola en este espantoso y raro lugar. Carter me conduce a unos árboles que estaban junto al amurallado y lanza su lata de *Coca-Cola* a un pequeño contenedor negro que pasamos. Luego de unos minutos donde recargo mi espalda en un árbol con su inquisitiva mirada escaneándome, él es quién rompe el silencio.

—¿Quieres contarme lo que sucedió? —La forma dulce y suave con la que dice esas palabras hace que me confunda más. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo es que siempre aparece cuando estoy mal?

Suelto un largo suspiro y miro hacia arriba, a las hojas del árbol. ¿Por qué Christopher haría algo como eso? ¿Por qué? ¿Luego de todo lo que pasó? Su actitud realmente me confundía.

—Realmente tengo mala suerte —digo sin pensar, y noto cómo él se cruza de brazos, recargando su espalda en la pared, y me sonrío.

—No. Si fuera así, no me hubieras encontrado. —Se relame los labios y adopta una mueca pensativa—. No, espera, sí. Tienes una muy jodida mala suerte. —Sonrío con amargura ante sus palabras, pero, al mirar al piso, los recuerdos inundan mi cerebro y la sonrisa desaparece tan rápido como un electrochoque. Me quedo viendo el piso, dando fuertes bocanadas de aire.

—Christopher está extraño... —digo al fin, y él me entrecierra los ojos—. Yo... hace mucho encontré una carta en mi casillero que me decía que me alejara de él, que no era buena persona y no sé qué demonios más. —Las palabras hacen que mi pecho se hunda y noto cómo su semblante cambia, abriendo los ojos y arrugando las cejas, completamente desconcertado—. Y... —Trago saliva, percibiendo cómo los labios me tiemblan, e intento respirar hondo inútilmente—. Supe que fue él. ¿Entiendes? Fue él, él me quiere... lejos de él —digo, aún aturdida.

—Vaya —resopló—. Todo se tornó más enfermizo de lo que ya lo era.

—¿Qué? —Lo miro y se queda en silencio. Me estremece la forma en la cual me observa, entrecerrando los ojos y con seriedad absoluta, como si estuviera debatiéndose algo consigo mismo.

—¿Y qué con eso? ¿Por qué no vas y se lo preguntas? —Enarca una ceja y yo adopto una mueca de horror.

—¿Estás idiota? —espeto—. Él no es... tan fácil.

—Entonces, ¿por qué te es tan fácil contarme a mí las cosas sin problema alguno? Ni siquiera nos conocemos. —Arrugo las cejas y lo miro a los ojos con velocidad, provocando que pequeñas arrugas se formaran en mi entrecejo y, cuando intento hallar una respuesta coherente, no soy capaz de formular nada.

Y entonces él sonrío.

—Porque... yo... —hago una pausa— ya te había contado otras cosas. Es más fácil contigo... creo.

—¿En serio? —espeto en una sonrisa cínica y en una tonalidad déspota—. ¿Y qué te hace creer que a mí me importan tus problemas? Ni siquiera te conozco. —Sus palabras se materializan como un golpe fuerte en mi estómago y me siento el ser más insignificante del mundo, pequeña y sin importancia. Él tiene razón, ¿por qué iba a importarle yo? ¿Por qué iba yo a importarle a alguien? Los pensamientos inseguros y estúpidos repiquetean en mi cerebro y mis ojos se llenan de

lágrimas nuevamente.

—Ah, mierda. —Parece frustrado—. Bien, lo siento. —Doy otra gran bocanada de aire, dispuesta a retirarme con mi estúpido orgullo completamente desarmado. Cuando doy dos pasos lejos del árbol, me sorprende su mano en mi muñeca jalándome y devolviéndome a donde estaba.

—Dios, cerdito, yo no, no quise —suelta un extenso suspiro y mira el cielo, expresando el estrés que tiene de golpe—. Joder, lo siento, ¿sí? Lo siento —habla rápido y mi cabeza comienza a doler más.

Jodido bipolar.

—Está bien, da igual, de todas formas tienes...

—No, no lo está, y tú tampoco. —Me doy cuenta de que me aprieta mi mano y arrugo el ceño notoriamente. No me mira a los ojos. Se me hace un gesto demasiado íntimo y cariñoso como para que él lo haga. Bueno, quién soy yo para juzgarlo... me jala hacia él, y me sorprende lo cómoda que me siento cuando posa una mano en mi cabeza y golpea literalmente mi rostro en su pecho. Quiero salirme de golpe, pero estoy cansada de llorar y solo cierro los ojos por un momento—. Perdón, cerdito, no me acostumbro a las personas tan sensibles, pero si te importa Christopher, debes hablar con él, ¿bien? De seguro tiene una buena explicación...

Cuando me doy cuenta, hago una pausa, alejándome de él un paso y levanto la vista—. ¿Cómo sabes quién es Christopher? —Por primera vez, veo una especie de real sorpresa en su mirada, como un niño que ha sido pillado haciendo algo malo. Él traga saliva, se aleja un poco y desvía la mirada. Aquello me altera aún más, como lo de Aron y Loid. ¿Cómo es que él sabía tantas cosas sobre mí?—. ¿Cómo lo sabes, Carter?

—Porque él me dijo que debía cuidarte. —Quedo en blanco y doy otro paso atrás. No sé cómo fue mi rostro, pero debió expresar realmente lo que sentía, porque él parece muy preocupado de golpe—. No me mires así, cerdito, yo ni siquiera...

—¿«Cerdito»?

Una alarma se activa en mi mente cuando abro los ojos y noto a Christopher de pie frente a un costado de nosotros. La rubia está detrás de él con una mirada de pánico que hace que me asuste. Levanto la vista hacia Carter; él ni se inmuta, tampoco me aleja de su cuerpo ni habla. Trago saliva al ver la mirada aniquiladora con la que se miran. Me asusto el doble. No parecen realmente amigables.

Recuerdo, entonces, la llamada de Christopher nuevamente, donde hablaba con un aparente Carter, y mis premisas sobre la relación de ambos se hacen certeras. Se conocían. Lo sabía.

Carter sonrío de costado.

—Sí —afirma, en medio de todo el cinismo y burla que representan sus facciones de golpe—. Es el alias que amorosamente le regalé a la pequeña Elizabeth. —Finge sorpresa y lleva las manos a su pecho—. ¿No te parece lindo? —Cuando me digo que es mejor alejarme, él se gira a donde Christopher y apoya rápidamente una mano en mi nuca, pegándose a su cuerpo. Mi cabeza queda incrustada en medio de su pecho y me paraliza por su inesperada acción. Abro los ojos, sorprendida, y busco la mirada de Christopher. Todo en mí tiembla de pavor cuando lo veo. Pareciera que un músculo en la mandíbula comenzó a latirle y sus ojos se oscurecen de una forma tan siniestra, así como rápida. Cualquiera que sea su relación, no parece ser precisamente agradable y amigable.

Miro a la rubia, quién mete los labios e intercala la mirada entre ambos chicos con pánico; puedo decir que tiene más miedo que yo. Yo hago lo mismo, y puedo advertir cómo ambos miden exactamente lo mismo en altura, con la diferencia que Christopher tiene el cabello más oscuro y largo y, definitivamente, poseía un porte atlético más macizo y remarcado.

Cuando los veo a ambos al fin juntos, noto que realmente son parecidos, pero con sus diferencias bastante marcadas.

—¿Qué diablos haces? —Me doy cuenta de que Christopher aprieta con fuerza sus puños, y alzo las cejas con un estremecimiento de terror recorriéndome la espalda. Todo él liberaba de golpe un gran aura de violencia y agresividad, y aquello no me gustó para nada.

—Tsé. —Carter no mueve ni un pelo y me veo obligada a apoyar mis manos en su estómago para no caer—. ¿Quién crees que la llevó a la enfermería en sus brazos cuando se hirió el codo? —Christopher me ve a los ojos y me digo que no es humanamente posible tensar y apretar tanto la mandíbula como él lo hace sin que se rompa—. ¿O quién la consoló hace poco? Justo como lo hacía ahora. Eres un tipo muy malo en esto, ¿sabías?

Él parece empalidecer de golpe y comienzo a molestarme por las provocaciones sin sentido del otro, no era necesario y solo estaba haciendo que todo empeorara.

—Y una mierda, nunca te dije que le hablaras. —Me asusta la forma en la cual se dirige a él. Todo su cuerpo parece hervir, parecía que lo golpearía en cualquier minuto y definitivamente la violencia era algo que no me iba. Trago saliva, y cuando intento apartarme de Carter, este al fin me deja escapar, aunque ahora no estoy muy segura de en qué lado quiero estar.

Probablemente junto a la chica y no en medio de ellos dos. Era lo más lógico.

Yo no dejo de observarlos, intercambiando mi mirada como si fuera un juego de ping-pong hasta que, de pie junto a ellos, me es imposible contener mis palabras.

—¿Ustedes se conocen? —Christopher se tensa de una forma tan poderosa que me hace pensar que acaba de ver a Medusa a los ojos y todo su cuerpo es ahora de piedra, mientras que Carter simplemente libera una risilla floja y puedo ver la mirada reprochadora de la rubia sobre él.

—¿Conocernos?

—Carter, para. —Me confundo ante las palabras de la chica rubia, que lo mira completamente nerviosa e inquieta. Hace rato había notado que, obviamente, ella también los conocía—. Para con esto.

Carter se seca una lágrima invisible, aún sonriendo de una forma casi sádica, y se inclina hacia mí tanto que me veo obligada a encoger un poco los hombros.

—Somos hermanos mellizos, cerdito. ¿O qué, no lo s...?

—¡Christopher! —Me sobresalto por el grito de la rubia, pero entonces todo ocurre demasiado rápido. El más grande caminó en dos zancadas, se hizo a un lado, saltó en el aire y pude ver el momento exacto donde la punta de su bota negra golpeó con una fuerza destructora el rostro del castaño. Ahogué un chillido al ver cómo una de las mejillas de Carter golpeó fieramente el cemento y su cabeza rebotó contra el piso por la fuerza del impacto, quedando literalmente tendido en el piso.

—¡Maldición, Christopher! —La rubia corre para auxiliar al castaño, sin embargo, cuando intenta sujetarlo por los hombros, él se hace a un lado, molesto, soltando un gruñido de dolor, y mi estómago se retuerce horriblemente al notar cómo escupe sangre, sonriendo. Miro a Christopher, nunca lo había visto en acción. ¿Qué mierda había sido esa patada? Fue demasiado justa, demasiado directa, demasiado... perfecta. ¿Los rumores sobre él y las peleas eran ciertos, entonces? Lucía mal. Esa era la palabra. A pesar de toda la agresividad que su cuerpo entero destilaba, respiraba con anormalidad. Su pecho se movía al son de su desquiciada respiración y mi pecho se encogió ante la mirada llena de angustia y dolor que tenía al ver al castaño.

Alzo la vista, viéndolo completamente en blanco.

—¿Tienes un... hermano mellizo? —Él se gira a mí, y el dolor y furia en sus ojos es tan fuerte que parezco padecerlo yo cuando me clava los ojos y se tensa el doble al verme.

—¡Sorpresa! —Miro confundida a Carter, que chilla de golpe en un tono aparentemente alegre y agitando las dos manos en el aire, como si estuviera saludando a un niño.

Bueno, podía perder un diente por el golpe de Christopher, pero al menos nunca perdería su maldito sarcasmo.



—Tu hermano mellizo murió al nacer, junto a tu madre —exclamo, aún completamente abrumada y escandalizada, respirando con dificultad, y noto cómo la cabeza me da vueltas, provocando que me duela la nuca. La rubia —aún no sé su maldito nombre— me había traído amablemente una lata de *Coca-Cola* y me hizo sentar en una de las bancas junto a los árboles; fue la única que comprendió que todo aquello fue muy fuerte para mi mente. Yo había obedecido sistemáticamente, aun siendo presa de la confusión y desorden mental que sufría.

Carter y Christopher no hacen nada más que mirarse a los ojos con odio, odio puro que honestamente asustaba a las personas que pasan frente a nosotros.

El castaño me dio una sonrisa retorcida ante mi comentario.

—Entonces, ¿qué? ¿Mi madre está muerta? ¿Cómo carajos es que nacimos, entonces? ¡Diablos! ¿O sea que quizá somos experimentos de la raza humana o algo por el estilo?

—Carter... —le regaña la chica en voz baja sentada a mi lado. No era un momento para su tan conocido humor.

—Pero ustedes... —suelto un suspiro de frustración y me refriego las manos contra el rostro. No entiendo absolutamente nada—. Nunca te había visto en mi maldita vida —espeto al castaño, quien estaba sentado en el banco de al lado, solo que con los pies en el asiento y el trasero sobre el borde del respaldo— y a ti te veo desde que tengo memoria. —Apunto con la rosa negra a Christopher—. ¿Cómo diablos es que nunca antes supe que tenías un jodido hermano mellizo?

Christopher simplemente me mira en silencio. Tiene la espalda apoyada en un árbol, cruzado de brazos al igual que sus talones, está molesto. Luce verdaderamente histérico para ser precisos, como si estuviera midiendo el momento exacto para atacar a alguno de nosotros en cualquier segundo. Apostaba mucho a que ese sería Carter. El cabello le cae sobre los ojos como un pequeño velo negro sobre las pestañas y los esconde; tampoco le importa mucho, está tan ensimismado en sus pensamientos, mirándome, que ni siquiera se molesta en quitárselos. Sin embargo, su mirada es tan intensa y penetrante que puedo sentirla. Casi quema. Sus ojos parecen dos grandes esferas de sangre hirviente.

—Carter, tengo que hacer una cosa, acompáñame... —La rubia se pone de pie con nerviosismo y camina hacia el castaño, quien deja de ver el cielo, ignorando la mirada de Christopher y la mira, molesto.

—¿Y eso qué, te vas a perder o algo...? —Ella lo jala del brazo y me los quedo viendo hasta que se adentran en la pequeña multitud que yo atravesé escapando del más grande y sus espaldas desaparecen de mi campo de visión.

Coloco las manos en mi regazo e intento meditarlo todo en sumo silencio. Bien, retomemos. Ellos dos son hermanos. Eso, al menos, definitivamente explica su similitud física, pero, definitivamente, al responder esa pregunta se abre la puerta a un millón más en mi cabeza. Los pelos se me crispan de los nervios cuando Christopher se sienta junto a mí de pronto, desuniéndome de mis pensamientos, y se desploma con tal dureza que el asiento tiembla y reboto apenas. Enderezo la espalda con inquietud y trago saliva. Definitivamente no estoy dispuesta para digerir lo que sea que esté pasando, pero quiero hacerlo.

—Así que... hermanos —murmuro, más para mí que para él. Puedo sentir la incomodidad y

tensión de Christopher como una vibración magnética junto a mí—. ¿Su madre...?

—Es japonesa. —Siento un vahído en el pecho por la forma tan triste que lo dice. No sé si sorprenderme o entristecerme, creo que hago las dos a la vez. Aquello me toma por completa sorpresa. Me giro de golpe, alzando la cabeza y abriendo mucho los ojos.

—Entonces, ¿tú...?

—Sí. —Da una larga bocanada de aire—. Soy mitad japonés. Carter también. —Intento desesperadamente por todos los medios humanamente posibles que la sorpresa no se vea reflejada en mi expresión cuando suelta aquello, por lo que nuevamente miro mis manos. Me fue imposible. Aquello era una locura. Era absurdo. Debía estar tomándome el pelo. Levanté la vista con velocidad nuevamente y todo en mí tiritó al notar que él me estaba observando con anticipación. Quiero decir alguna palabra, pero el dolor en su mirada hace que se me escuezan las entrañas y prefiero cerrar la boca.

No digo nada, solo nos miramos y él suelta un segundo suspiro. Pienso que es un segundo aliento para soltar algo bastante fuerte como lo anterior.

—Mi madre es japonesa —comienza, y yo me encojo. Abro los ojos y percibo cómo el estómago se me cierra y se desmorona ante evidente angustia en su mirada—. Cuando nacimos, bueno, ella era... bueno... —Su grave voz ya no es tan fuerte y apabullante como lo era normalmente, por lo que me incliné apenas hacia un lado, viéndolo con atención.

Fui presa entonces de un tirón en el pecho al ser consciente de lo cristalizados que estaban sus ojos por primera vez en toda mi vida. Jamás había visto a Christopher de tal forma. Él mira con fijeza sus rodillas, aunque estaba segura de que en realidad no estaba viendo nada. De hombros caídos y mirada profundamente triste, me recuerda a un cervatillo recién nacido y trago saliva, percibiendo cómo mi estómago se revuelve de pavor, sorpresa y, por supuesto, dolor. Me atacan unas infinitas ganas de abrazarlo y acunarlo en mis brazos, de decirle que todo está bien y que nada iba a pasarle estando yo junto a él, pero trago saliva y me quedo donde estoy, viéndolo expectante.

—Mi madre era una... una dama de compañía. —No dijo absolutamente nada, y él hace nuevamente una pausa, también es perfectamente entendible que no siga por unos momentos. No era una idiota como para no entender a lo que se refería con *dama de compañía*, pero pasan demasiados segundos antes de que siga y entonces me echa una mirada que no logro identificar bien.

—¿Qué...?

—Era una prostituta. —Frunzo las cejas al ver su rostro reiterar aquello, al pendiente, como si estuviera esperando alguna reacción mía. Entonces, luego de un momento, ahogo un gemido de sorpresa al darme cuenta de que era vergüenza lo que sentía. Sus ojos me miraban como si temiera lo peor, como si...

—¿Y eso qué? —Simplemente me mira, no dice nada—. Cada quien se encarga de su mierda para sobrevivir, Christopher. ¿Sabes la razón por cual lo era? —Negó lentamente sin despegar sus ojos de mí—. Entonces, cállate. No puedes juzgarla. —Tuve miedo de ser demasiado brusca, él ni siquiera había terminado o siquiera comenzado a contarme la historia, sin embargo, él sonrío apenas, con la amargura profundizando en sus ojos. No está sorprendido, casi como si esperara esa reacción en mí.

—Lo sé... lo sé. —Desvió la mirada nuevamente al frente—. Papá la había conocido cuando fue a una misión a Japón como Comandante. Se acostó con ella, y fue entonces cuando... ya sabes, Carter y yo... —Aquello me afecta de sobremanera. Mi cabeza de golpe es un torbellino despiadado, al igual que las sensaciones de vértigo que atracan mi estómago, y solo soy capaz de

verlo a los ojos. Mi corazón parece saltar dentro de mi cuerpo y la garganta se me seca al igual que los labios.

Él hace una pausa, parece costarle el respirar y es cuando al fin reacciono. Me acerco a él y pego mi brazo al suyo, estirando una mano y la apoyé sutilmente sobre la suya, que era grande y fuerte, pero en ese momento temblaba terriblemente. Él no dijo nada, mas noto el repentino cambio en todo su cuerpo, la manera en la que se pone rígido.

—Oye. —Aclaro mi garganta, relamiéndome los labios con inquietud y echando una rápida mirada al panorama—. No es necesario que lo digas si no quieres, yo... es decir...

—No —suspira—. Quiero hacerlo. Te mereces una explicación. Debo acabar de una vez... con esto. —Su voz apagada y triste me quema las entrañas. Me callo, volviendo a tragar saliva, y miro al frente.

—Bueno... —Aclara su garganta nuevamente, y hasta parece oírse seca y sin vida—, mi madre vendió todo lo que tenía en su país para llegar aquí, para conocer a papá y formar una familia, y entonces se lo confesó todo... pero él ya no era el Comandante, era el gran accionista del casino, por lo que no la aceptó. —Se ríe, la ironía en su voz parece casi quemar el ambiente—. El dinero con el que él compró las acciones del casino —se ríe nuevamente— se lo ganó por su repugnante vicio en los juegos, sin embargo, él creyó que tenía algo de honor, así que no aceptó a mi madre. ¿Qué iba a decir la sociedad nueva en la que estaba de él? Por lo que escogió solo uno de sus dos hijos, el que tenía probabilidades de tener menos rasgos asiáticos, y se lo quedó. Echó a mi madre con Carter en brazos y nunca más supo de ella. —Esos sucesos, narrados de esa forma tan triste y con rabia contenida, más que palabras, son como una espada clavándose directamente en mi pecho.

No podía creer nada de lo que él decía. Maldita sea, todo era una mierda.

—Hace meses que lo sé, cuando Carter me buscó, y entonces comprendí por qué papá siempre me rechazó. ¿Sabes? Siempre quise ser el mejor en todo para que me aceptara. En pelea, jiu-jitsu, matemática, arte..., pero de todas formas, nunca conseguí que me quisiera. Solo tuve su odio. —Su voz me sonó a cosas rotas, con la respiración agitada, y pude percibir cómo apretó ligeramente mi mano—. Solo tuve golpizas, insultos, odio y más odio. Todo tuvo sentido para mí cuando Carter apareció y me lo confesó todo. —Respira con profundidad, y luego de todo aquello, él simplemente desploma su espalda en el respaldar del banco, derrotado—. El nunca quiso un hijo, solo quería un legado, un regalo al mundo de alguien que supiera tanto de lucha y la realidad del mundo como él, alguien a quien joder tanto como lo habían jodido a él. Nunca quiso una familia, él nunca... me quiso.

Yo ni siquiera había asimilado todo aquello. Simplemente me quedé totalmente horrorizada, viéndolo a los ojos. ¿Cómo era posible que simplemente estuviera ahí, soportándolo todo? Ni siquiera es simplemente de ahora, yo sabía que él sufría desde pequeño, cuando llegaba a las lecciones de piano con moretones en el rostro. Mi corazón estaba hecho un lío y mis emociones estaban a flor de piel mientras mi cabeza bullía con actividad frenética.

También yo siempre había tenido un montón de recelo guardado para su padre; sabía que no era sano, sabía que no era mi problema, pero era tan injusto. Y simplemente nunca pude hacer nada. Tan injusto. Ver cómo todos los días Christopher se esforzaba en absolutamente todo sin decir nada y sin recibir nada a cambio, sin decir nunca que estaba cansado, sin decir nunca que algo le dolía, sin quejarse. Solo hacía las cosas de la mejor manera en la que podía. Me ponía muy mal notar cómo su padre nunca giraba la cabeza para estar orgulloso del hijo que tenía. Solo había insultos, solo golpes, o simplemente nada. Nunca iba a sus presentaciones en la escuela, nunca le festejaba su cumpleaños, nunca lo abrazaba. Nunca absolutamente nada, de hecho, casi nunca

estaba en su casa.

De alguna forma, cuando crecimos, entonces me di cuenta de por qué él se la pasaba en nuestra casa, por esto era que papá y mamá le habían enseñado a tocar el piano y a cantar, siempre lo alentaban, siempre decían lo orgullosos que se sentían, e incluso papá continuó así siempre luego de la muerte de mamá. Siempre supe que, de alguna forma, Christopher miraba con mayor admiración a mi padre que al suyo. Por el simple hecho de que papá sí había mostrado interés emocional en él.

—Oye... —susurro sin verlo a los ojos. Él suelta un sonido con los labios cerrados que ni siquiera es una respuesta, pero de todas formas me enderezo y giro mi cabeza hacia atrás para verlo a los ojos.

—Todavía no te he dado tu regalo de cumpleaños. —Mis palabras, dichas de golpe, le desconciertan de sobremanera. Sube la mirada con lentitud desde sus pies a mis ojos sin mover su cabeza, y luego de un momento veo la sombra de una hermosa sonrisa curvando sus perfectos labios, provocando que el alivio me atravesara por completo.

—¿Qué?

—Tu regalo, imbécil. No te he dado nada. —Él curva aún más sus labios y yo no puedo estar más feliz de observar cómo ese brillo lívido de sus ojos ahora cobra más vida. Lo había desviado un poco de sus pensamientos y aquello me pone muy feliz.

—Nunca me regalaste nada —espeta, encogiendo un hombro. Yo le entrecierro los ojos con desconfianza, pero, alto, creo que tiene razón.

—Lo sé, porque este es especial. —Él enarca una ceja y se cruza de brazos.

—¿En serio? —Asiento con velocidad, y él sonríe aún más—. Pareces una niña cuando haces eso. En fin, dámelo.

Me lo quedo viendo y la inseguridad ataca mi estómago. Doy una larga bocanada de aire y él parece dudar, arrugando sus cejas con desconfianza.

—Ah, es un perrito y está en la casa de Loid, le dije que lo cuidara.

—¿En serio, un perrito? ¿Por qué está en la casa de ese? —Sonrío por su manera infantil de comportarse de golpe y él me frunce las cejas de una forma que casi se ve adorable. Respiro hondo y pellizco un poco su mano, que ahora estaba apretando sutilmente mis dedos.

—¿Quieres saber por qué me caías mal? —Su expresión cambia de golpe. Yergue su columna un poco, provocando que deba alzar la vista para verle los ojos, y me observa con una mirada oscura y siniestra. Parece más inquieto de golpe.

—No creo que sea momento para...

—¿Sabes? Recuerdo que cuando éramos pequeños —comienzo, y pateo el pasto que hay debajo de mis pies— todos los vecinos venían a casa solo para escuchar al niño prodigio tocar el piano. —Las palabras realmente me cuestan. Respiro hondo y luego me giro para contemplar sus ojos—. Creo que era envidia —susurro con honestidad, sintiendo el corazón en un puño, y mi pecho era una bola de nervios punzantes, pero era la realidad, y si él me había dicho la suya, mucho más jodida y dura, no iba a morirme por decirle lo siguiente.

Sus rasgos adquieren otro tono, uno más peculiar que hace que todo su rostro se contraiga, parece que no esperaba en absoluto que yo dijera aquello. Lo veo confundido por un momento, pero él respeta mis palabras y no me interrumpe.

—Porque, no sé, yo era un bicho raro que, o los demás odiaban, o ignoraban. Era una pequeña mierda muy egoísta, ahora que me pongo a pensar. —Él me sonríe de costado, yo me encojo de hombros—. Era simplemente la hermana de Ian, ni siquiera sabían mi nombre, pero, ah, eso no era necesario saberlo para molestarme —digo las últimas palabras como un gruñido y los recuerdos

llegan a mi mente para agobiarme. Intento apartarlos, llenando mi cabeza de cosas más o menos positivas, y respiro nuevamente hondo—. A ti todo el mundo te adoraba, todos querían ser tus amigos y todos los padres querían que tú fueras su hijo. ¿Y yo que era? La hija del pianista, el fenómeno, la anti, la molestia. Supongo que me afectaba en gran medida, y era un pedazo de mierda porque terminé tomándomelas contigo, que eras literalmente él único fuera de la familia que me cuidaba las espaldas, pero supongo que dolía que nada nunca me saliera bien, llegar a casa frustrada y que todos estuvieran ahí para adorarte cual Dios. Sentía como si no era nada, nada para nadie, salvo Ian y papá.

—¿En serio?

—Lo sé, qué pedazo de mierda más dramático era.

—No —dice de golpe y lo miro alzando las cejas—. Digo, ¿en serio? ¿Es que nunca me viste? ¿Nunca viste a ese pequeño mocoso que siempre te quiso desde niños? —Me quedo en blanco, viéndolo. Está furioso, confundido, y eso me agobia más. ¿Qué le pasa ahora? ¡Estaba interrumpiendo mi turno!

—¿Qué?

—¿Cómo te atreves a decir que no eres nada? —Él se inclina un poco a mí y yo me encojo sin poder apartar la mirada de sus ojos—. Incluso la nada tiene sentido si estoy contigo, mocosa, ¿cómo te atreves a decir eso? —Su declaración me hace pestañear variadas veces, sintiendo como mi estómago pareciera más una intensa bola de fuego, completamente abrumado, y trago saliva.

—Bueno... —Suelta un chillido de frustración y me alejo un poco. Me ve con molestia, aprieta la mandíbula y luego parece tranquilarse, soltando suspiro tras suspiro.

—¿Qué diablos se hace cuando la chica que te trae loco ni siquiera está enterada? —Parece una pregunta más para sí mismo que para mí, por lo cual decido continuar con mis palabras antes de olvidarlas.

—En fin... —Suelta otro pequeño gruñido que reprime y se desliza por la banca velozmente, acercándose a mi cuerpo como yo hice cuando él estaba hablando. Me pone los pelos de punta cuando su pierna choca con la mía e intento ignorarlo—, es decir, solo tenía... no espera, en ese momento no tenía amigos. Cuando mamá murió, recuerdo que todos comenzaron a golpearme.

Él hace un silencio.

—No es gracioso, ¿sabes?

—Hay que reírse de nosotros. Veamos el lado positivo: como no tenía amigos, no tenía que compartir mi merienda con nadie. —Él me mira más con tristeza que con su mirada habitual, arqueando las cejas hacia abajo, y yo me río de mi mierda una vez más—. Bueno... en fin. Ahora estoy segura de que mi odio hacia ti era infundado por pura envidia. —Encojo un hombro—. Todos te amaban y eso me hacía sentir inferior. Eras bueno y el mejor en todo lo que te proponías. Y, ¿sabes? A pesar de todo ese odio, siempre estuve orgullosa de ti. Nunca dejaste que tu padre te limitara en lo que eras bueno; lo retabas y lo enfrentabas, eras un niño pijo muy valiente.

—Oye. —Lo veo a los ojos, pero me sorprende que, en lugar de estar molesto y gruñirme, me esté sonriendo; parece feliz, y tiene los ojos cristalizados. Mi mirada cambia, y me lo quedo viendo con seriedad. Era tan precioso, era la definición de resiliencia y me sentía tan malditamente bien por él. Él parece notar el cambio en mi mirada, porque se acomoda nerviosamente y se me queda viendo.

—Estoy muy orgullosa de ti. Ian y papá también. Sabes que, a pesar de todo, pondríamos las manos en fuego por ti. Lo sabes, ¿verdad? —Parece recibir aquello de una forma distinta. La fuerte y clara seriedad en mis palabras parece desarmar el velo con el que siempre cubría los ojos y noto cómo la inseguridad y otros sentimientos florecen en su mirada, exponiéndose de la forma

en la cual nunca lo hacía con los demás, y siento cómo el corazón parece estallarme.

—Me gustas —digo de golpe con las palabras cargadas de valentía, y él traga saliva—. Creo que estoy bastante enamorada. —Su mirada se oscureció y el valor que había adquirido pareció desvanecerse de pronto, por lo que desvió la mirada nuevamente al frente y apreté la mano un poco—. Creo que, luego de todo el rollo, terminé cayendo a tus pies como lo hace todo mundo. Digo, también soy humana. —Me incliné un poco a él—. ¿Sabes a que conclusión llegué? —Lo miro con una sonrisa radiante, una que hasta me sorprende a mí que haga. Estaba segura de que mi rostro era un poema rojo de la vergüenza, pero decirlo es algo que, sorprendentemente, me pone feliz. Ya no lo escondo; aunque él lo sepa, es totalmente diferente a decirlo en voz alta. Ladeo un poco la cabeza al contemplar a un Christopher nuevo, moviéndose nerviosamente, y hasta vi cómo su nuez de Adán tragó costosamente.

—¿Cu... ál? —Respiré hondo. Dios mío, él acaba de titubear, ¿por qué era tan malditamente adorable de golpe? ¡Así no iba a poder decir lo que tenía en mente!

Yo me inclino un poco más a él, de alguna forma decidida.

—A que son tus atributos de simio alfa, ¡pero qué atractivos son! —Su expresión cambió de golpe. Se revolvió inquieto y molesto, por lo que decidí ser más inteligente y moverme antes, pegando un respingo y alejándome del banco.

—¡Ven aquí! —gimió, histérico, pero es demasiado tarde. Lo dejo con su mueca histérica y comencé a corretear para salvarme de su ira—. ¡Elizabeth!

—¡Qué! —le grito, sonriendo mientras me alejo por unos árboles y me río, estamos aproximadamente a cinco metros de distancia ahora.

—¡Estoy enamorado de ti, maldita niña estúpida! ¡Y una mierda, será mejor que lo entiendes de una jodida vez! —Su declaración me hace parar de golpe y la sonrisa se borra de mi rostro.

—¿Qué...? —Me ha tomado de sorpresa con todas mis defensas bajas. Ah, pero no es suficiente, al parecer, porque choco con un árbol. Literalmente me como el árbol de lleno, puesto que estaba corriendo y viendo hacia atrás, me golpea el hombro un pie, y me quedo a un lado doblada de dolor y gimoteando como un niño pequeño. Christopher deja de sonreír y su mueca es sustituida por una de sorpresa, agrandó los ojos llenos de preocupación y se movió velozmente para llegar a mí, pero yo ni siquiera solté algún quejido del golpe cuando se paró frente a mí y me ayudó a enderezarme, sino que le obedezco completamente en blanco.

—¿¡Cuántas veces tengo que decirte que no corras!? —Christopher deja de hablar cuando nota que, al acercarse a mí, yo me alejo un pequeño paso, pegando la espalda al muro que hay alrededor de este lugar. Y es algo que agradezco, de otro modo hubiera caído sin fuerzas.

—Espera, que tú... que tú... tú... ¿qué? —Él me sonrió, soltando otro largo suspiro, y se inclinó apenas, abriendo sus ojos y clavándolos en mí. Noto cómo un sentimiento que se siente más como el vapor hierve inconfundiblemente en mi estómago. Es simplemente adorable. Precioso. La recta hilera de dientes blancos parece casi atraer luz y pude ver cómo a los costados se forman los reconocidos y encantadores hoyuelos.

Él tomó otro suspiro, viendo a un costado y pareció pensárselo.

—Dije algo así como que solo estoy dispuesto a compartir mi pizza contigo. —Percibí terribles alfilerazos en el pecho ante la declaración, y su comentario logró hacerme sonreír apenada. Cada ola sucesiva de mi pensamiento me abrumaba, pues yo sabía bien, demasiado bien, que en estas situaciones estoy perdida. Estoy completamente perdida. Me recompuse de golpe, pegando mi espalda al muro como respaldo y lo observé con los labios separados y las cejas fruncidas, como si lo que había dicho fuera una completa locura. Bueno, lo era.

—Eso es absurdo —murmuro, y él sonrió aún más, dando un paso hacia mí.

—No me digas lo que debo o no debo sentir, mocosa —bufó—. Y... —su voz titubeó levemente— sobre la nota en tu casillero... —Las alarmas en mi cabeza se dispararon en mi interior fuertemente.

—¿En serio fuiste...?

—Sí. —Suelta un suspiro. Cambió el peso al otro lado de su cadera, y por algún motivo, pareció no poder verme a los ojos, por lo que se quedó viendo lo alto de la Rueda de la Fortuna a la que nos habíamos subido anteriormente—. En ese momento, Carter me estaba metiendo en muchos líos y me preocupó que esos líos llegaran a ti. Como presenciaste, es un poco imbécil y no supo con quién se metía, así que el trato fue que mientras yo arreglaba sus líos haciéndome pasar por él, le dije que te echara un ojo si algo pasaba. —Mi rostro adapta una expresión de horror y lo miré echándome hacia atrás. Él parece recibir el mensaje, porque se altera y me alza las manos—. ¡No es eso! Dios, cuando le dije que te vigilara, no fue porque se me antojó. No estoy tan enfermo. Tenía miedo de que las personas de mierda que presionaban a Carter para hacer estupideces llegaran a ti de alguna forma, siguiéndolo o siguiéndome, así que ese fue el trato.

Solo entendí entonces por qué el castaño siempre estaba cuando tenía algún problema, tenía sentido, de hecho.

—¿No crees que exagerabas? —Él levanta la vista, clavándola en mí, y bajó un poco los hombros, volviendo la mirada a donde estaba antes.

—Por suerte, sí, pero debía ser precavido. Nunca me perdonaría si algo te llegaba a pasar por toda esa mierda. Sentí una sensación espantosa cuando pensé que algo podría llegar a lastimarte, así que puse la estúpida nota para confundirte y que te alejaras un poco, pero fue muy estúpido, no puedo mantenerte lejos, no soy capaz, porque incluso cuando tú te alejaste fui yo quién nuevamente te buscó. Luego de pensármelo, me di cuenta de que la mejor forma de cuidarte de esos líos era estando contigo, vigilando que nada pasara. Dios, lo siento mucho. Debió ser una mierda ver eso.

Todo era definitivamente mucho para mi cerebro abrumado.

—Yo... —No supe exactamente qué decir a todo aquello, había sido demasiada información soltada junta de golpe y yo aún estaba terminando de intentar digerir la historia anterior. Por un lado estaba molesta porque lo había mantenido todo en secreto, sin embargo, ¿quién era yo para obligarlo a decir todo? Actuó como era obvio en él, haciéndolo solo y a su manera. Además, ¿qué se supone que me diría? ¿“Mira, descubrí que tengo un hermano y lo estoy ayudando porque es medio irresponsable y se metió con gente mala, así que cuida por dónde caminas porque quizá te encuentren y te hagan daño”? Joder, no. Él simplemente actuó de la forma en la que pensó que era mejor. Lo más maduro era poder enojarme, pero no juzgarlo y apuntarlo con un dedo.

Después de todo, solo intentó hacer las cosas bien. A veces salía, muchas otras veces no, pero lo importante era que estábamos juntos y vivos. Las cosas no siempre salían de buena manera, pero si estábamos juntos, no era lo que realmente importaba.

—¿Sabes? Creo que siempre me gustaste. Desde niños, desde que te besé —creí que había terminado de hablar, pero, sin embargo, lo miro de golpe cuando suelta todo aquello. Su confianza me deja perpleja. Lo dice con suavidad y serenidad, como quién saluda o se despide—, pero siempre te vi como la hermana menor de Ian, como una niña, mi niña. Como una princesa a quién cuidar. —Pareció reírse de sí mismo cuando soltó lo último—. Una princesa muy floja y malhumorada.

La turbulencia en mis pensamientos y emociones fue de tal magnitud que mi radar no logró captar el momento en el cual él se acerca. No lo veo, no logro ni siquiera reaccionar, ni siquiera pensar. Nada. Está frente a mis pies y mete una de sus botas entre estos. Cuando alcé la cabeza

para verlo, me sentí envuelta en la absoluta calidez que irradiaba su cuerpo. Las ganas de pegarme a él por el viento que de golpe se eleva son casi agobiantes, pero no lo hago. Simplemente me quedo allí, observando sus encantadores mechones largos y negros, cediendo a merced de sus ojos oscuros.

—Pero... —Deja caer una de sus grandes manos sobre mis hombros y los aprieta suavemente, haciéndome reaccionar por inercia. Miles de corrientes ardientes bajan por mis brazos, desplazándose con velocidad por todo mi cuerpo cuando se inclina, acercando demasiado su rostro al mío, y levanta una mano, atrapando suavemente una hebra de mi cabello entre sus largos dedos—. Está bien si no te veo como una niña ahora, ¿verdad? —La oscuridad de sus ojos pareció envolverme como el cuerpo de una serpiente a su próxima presa y me quedo simplemente allí. Sus ojos se habían vuelto demasiado intensos, donde miraban parecían quemar directamente. Hubo un momento en donde mis oídos solo fueron capaces de escuchar un leve pitido y los latidos de mi corazón; las pulsaciones fueron tan frenéticas que estaba segura que hasta él era capaz de sentir las.

Trago saliva, y como siempre, ante todo el nerviosismo que me estaba arraigando, decido utilizar un poco de humor.

—¿Se supone que te me estás declarando? —Logré susurrar apenas, enarcando casi imperceptiblemente una ceja, pero él lo ve, porque su carnosa y preciosa boca se estira de una forma casi lobuna, alargando más de lo que debería un costado de ella.

—No me estoy declarando —dice con seguridad. Su mirada se vuelve más intensa—. Estoy diciendo que eres mía, Fresita. —El corazón me dejó de bombear sangre de golpe y percibí cómo mis rodillas amedrentaron con ceder ante los sentimientos, dejándome sin fuerza.

—No... no puedes decir eso. La trata de esclavos está prohibida desde... desde el mil ochocientos siete. —Su sonrisa se vuelve aún más retorcida y siento cómo mi estómago se hunde, acalorado y bullicioso. Luego de un momento, se inclina aún más, agarrando sutilmente de un lado mi cintura y luego la aprieta suavemente. Sentí como si el aire comenzara a espesarse y como si las extremidades me temblaran sin poder evitarlo.

—No hay que pedir permiso para nada, siempre fuiste mía, desde ese día. —Estoy lista para quejarme, pero entonces tironea mi cintura a su cuerpo con ansia y sus labios golpean los míos con fuerza. Me sentí como una mantequilla puesta al sol cuando me abrazó por completo y profundizó el beso con ansia y necesidad, moviendo la cabeza de modo que sus labios se encajaran mejor. El cuerpo me tembló como la más fina hoja de papel siendo llevada en un torbellino cuando intensificó el abrazo. La respiración se me agitó de una forma casi perturbadora, sin embargo, me apoyé en sus hombros anchos e hice puntillas, moviendo la cabeza un poco más arriba y haciéndolo sonreír con los labios sobre los míos.

—¿Y ahora qué? —Sentí que casi me caía si Christopher no hubiera aferrado sus manos en mi cuerpo. Apoyé la planta de mis pies por completo y pude visualizar cómo sonreía por aquello, siguiendo mi rostro hacia abajo y sin separarlo del suyo ni un centímetro. Me dejé caer rendida en su pecho luego de un momento, dejando caer la frente en el medio de sus pectorales. Escondí el rostro en ese lugar y aspiré con profundidad su perfume, tranquila. Era muy masculino y de alguna forma me abrumó incluso más. Experimento una paz que nunca había sentido antes, entonces. Tan cercano, tan real. Tan consciente de todo su cuerpo cuando él simplemente me abraza y aprieta a su cuerpo.

Sentí como si sus grandes brazos fueran alguna especie de barrera protectora. Como si realmente estuviera a salvo. Mi lugar, a salvo.

—Ahora esperaremos.



—¿A qué?

—A envejecer juntos.

Sus estúpidas y empalagosas palabras hicieron que una capa cálida cubra de golpe todo mi pecho y me hundo más en el abrazo. Sin duda, mi nuevo lugar favorito. Levanto las manos con inseguridad y las entrelazo en su cintura, abrazándolo con fuerza, intentando transmitirle lo mismo que él a mí. Y solo cuando pude sentir los fuertes y armoniosos latidos de su corazón en mis oídos y cómo me besaba con suavidad la cabeza, sentí que era un nuevo comienzo.

—¿Sabes por qué siempre te dije Fresita?

—Porque eres un imbécil y sabes cuánto no soporto a las niñas fresa del instituto. —Arrastré mi rostro sobre la dureza de su pecho, pero en la suavidad de su suéter negro. Me fue inevitable no sonreír cuando él suelta una pequeña risa.

—No, mocosa. —Me abrazó con más fuerza y se inclinó un poco más para así poder apoyar su mentón en mi cabeza—. Es porque la primera vez que te besé, cuando estabas llorando y éramos niños, habías comido fruta en tu merienda y tus labios sabían a fresa. Entonces, desde allí comencé a llamarte así, Fresita.

## EPÍLOGO

—¡No puedo creerlo! —estalló Eleonor, pateando una silla azul de plástico perteneciente a la sala de espera y yo di un pequeño salto en mi lugar del susto—. No puedo creer que sea el primer día de clases y el idiota de Aron se haya caído. —Solté un suspiro, direccionando mi vista hacia las ya tantas veces reconocida puerta de la enfermería y me encojo en mi lugar.

Por todos los cielos, todo esto como un *deja vu*, pero sin ser yo la persona herida.

Hoy era el primer día de clases y todos estaban emocionados por comenzar. Bueno, recapitulemos, tenemos en claro que yo no estaba emocionada por aquello. Dios, qué maldita flojera levantarte nuevamente a las seis todos los días, pero, bueno, el país tenía que progresar, y con gente como yo nunca iba a hacerlo.

Cuando Aron corrió con velocidad hacia mí para darme uno de sus reconocidos abrazos, el muy imbécil nunca había visto el letrero neón amarillo de «*advertencia, piso encerado*» y, como era de esperarse de mi torpe amigo, terminó estampándose contra el piso de una forma bastante fuerte.

Pero volviendo al tema, lo único divertido de que comenzaran las clases fue ir a comprar los útiles. Habíamos acabado tirando una góndola completa y el guardia casi se agarra a puñetazos con Carter. Fuera de eso, estar nuevamente en la maldita prisión jerárquica era un completo fastidio.

Oh, esperen... Oh, diablos. Este año es la segunda temporada de *Sabrina*, ¡oh, mi Dios! Luego de todos estos malditos meses esperando.

Ah, y soy la novia de Christopher, claro, eso también es importante.

Eleonor suelta un suspiro y deja caer la cabeza sobre mi hombro, preocupada. Oh, sí, Eleonor, la rubia-rosa. Era parte del grupo ahora, junto a Carter. Resultó que yo tenía toda la razón, Christopher ya la conocía. Era amiga de Carter desde que él había llegado al país, y cuando Christopher se vio envuelto en todos los problemas de la vida del castaño fue cuando la conoció. Resultó que su novia realmente la había dejado aquél día en la rueda de la fortuna, así como también Carter y ella trabajaban en esa especie de festival-súper-turbio. Realmente había sido una casualidad que la encontráramos, pero ella me había confesado que se sentía devastada por su pareja, así que necesitaba compañía para no sentirse tan sola y mal y, en cuanto nos vio, se subió con nosotros. Era una especie de fan de Harry Potter, tenía todos los libros y las películas en su casa, y también una muy extraña afición al café. Fue muy fácil adentrarla en nuestro pequeño círculo social, ya que aceptábamos a los raritos como el pan de cada día, y ella era realmente amable y buena. Un poco sádica, pero la queríamos.

—Oh, es un lindo detalle —menciona la de mechones rosados, sentándose con las manos en los bolsillos de su sudadera y viendo directamente el oso panda de felpa que Loid abrazaba en sus brazos con fuerza mientras estábamos sentados en los bancos frente a la puerta de la enfermería.

—No es un regalo para Aron, me lo acaba de comprar El —menciona con parsimonia el exrubio, mientras se acomodaba el perfilado cabello negro, mencionando el apodo que me había puesto. Eleonor frunce el ceño y me mira a los ojos con la confusión formando una chistosa mueca en sus cejas.

—Se lastimó el dedo en la puerta giratoria y se quejó hasta que le compré eso.

—Te dije que esas puertas me marean —me reprocha el pelinegro, haciendo un puchero y abrazando con fuerza el peluche.

—Nadie te obligó a seguir girando como un niño.

—¡Es que había una planta en la recepción! Creí que estaba de nuevo afuera. —Pongo los ojos en blanco y, dada mi acción, él me mira completamente indignado—. ¡Pude haberme infectado el dedo!

—¡Solo fue un rasguño!

—¿¡Cómo te atreves!? ¡Me lastimé la uña! ¿¡Qué tal si se esparce por mi dedo, luego por mi mano y luego hay que amputármela!?

—¡Solo te rasguñaste, Loid, no te contagiaste de un virus mortal!

—Niños, por favor. —Mi voz, la cual ahora había alzado notoriamente su tonalidad normal, se ve interrumpida por el susurro pacífico de Eleonor, quien con una sonrisa en los labios me hace ver a mi alrededor, haciendo un ademán con la cabeza.

En mi panorama hay dos mujeres —no tengo idea de quién rayos son— y dos chicas, las cuales se nos quedan observando como si de un alienígena se tratase. Solo faltaba mi hermano mayor para completarlo todo. Suelto un suspiro y comienzo a mover rítmicamente mi rodilla, repiqueteando una y otra vez mi talón protegido por los converse en el piso. Observo meticulosamente el reloj que se aferra a mi pálida muñeca, es de color gris y el fondo tiene el rostro de *Totoro*, mientras que las manecillas son de un color negro. Sí, me lo había regalado Loid y sí, me encanta.

Eleonor, quien está prácticamente desparramada en la silla junto a mí, me patea con sutilidad el pie.

—Deberías ir —me alienta, a lo cual por inercia me muerdo el labio inferior, hecha completamente un amasijo de nervios.

—Pero ¿y Aron? Estaba llorando cuando entró allí.

—Oh, vamos. —Blanquea los ojos—. Es Aron, Elizabeth, lloró en la película *Home*. —Me sonrío, colocándose la capucha de su sudadera negra y se escurre más debajo de la silla, separando las piernas estiradas y ocupando casi todo el lugar para pasar.

Diablos, no sé qué hacer.

**8 llamadas perdidas de simiosaurio ??**

«¿Dónde diablos estás?».

«Elizabeth»,

«¿Vienes en camino, verdad?».

«Sólo faltan veinte minutos:))))».

«fresa ?? donde ?? diablos ?? estás ?????? ».

Oh, genial, me está diciendo *fresa*, esto es malo. Miro a mis amigos, quienes me regalan una sonrisa, y suelto un suspiro.

—Díganle a Aron que es un idiota de mi parte. —Loid me entrecierra los ojos por insultar a su novio y la rubia me sonrío para luego agitar una mano mientras me ve correr. Ella no pertenecía a esta preparatoria, iba a un colegio extraño de las afueras todos estos años, sin embargo, al pasar este verano con nosotros, decidió hacer cambios. Para mi pena, ella es una año mayor que yo, por lo que no podemos compartir clase, pero viene a este instituto, y con verla en los tiempos libres me conformo.

Respiro hondo y comienzo a correr por los pasillos con la mayor velocidad de la cual disponen mis piernas. Es decir, tampoco era mucha. Me causa pavor que los profesores me vean correr el primer día y me pongan una maldita penalización, pero esto es por Christopher, así que se deben

correr riesgos. Tengo que estar en menos de veinte minutos en el auditorio y estoy en el segundo piso.

Jo. Der.

**simiosaurio ??**

«Elizabeth, ya, contesta».

«ME ESTÁS DESESPERANDO, SALGO EN DIECINUEVE MINUTOS Y NO TE ESTOY BESANDO POR QUÉ ERES ASÍ».

«westtoy emn esdo iddiowta».

**simiosaurio ??**

«No entiendo una mierda».

«ke stroy moliendo».

**simiosaurio ??**

«WHAT».

«EN ESTO ESTOY IDIOTA\* ESTOY CORRIENDO\*».

« S kE ESK SCRIBO ENTRAS BORRO».

**simiosaurio ??**

«...».

«mieNTRAS CORRO\* mE CAGO EN EL PUTO CORRECTOR, YA LLEGO, ADIÓS».

Solté un chillido de frustración, percibiendo cómo las piernas me comenzaban a arder y las rodillas a quejarse, por lo que decidí tomar un pequeño descanso de cuatro segundos al finalizar las escaleras, sorprendida de no haberme roto una pierna mientras intentaba escribirle a Christopher y bajarlas a la vez. Tomé un segundo aire, bajando el último peldaño, y la respiración se me dificultó cuando comencé a correr nuevamente, cansada. Es como si estuviera pisando carbón, pues percibo un abrasador calor debajo de los pies. Dios mío, yo en serio era una porquería para el ejercicio. Me iba a morir a los cincuenta años como siguiera así.

Bueno, a quién le importa.

—Perdón, disculpa, lo siento —murmuré, viendo al piso, en voz agitada, dedicándole palabras a los cientos de alumnos que en aquellos momentos estaban acomodándose en sus respectivos lugares. El auditorio era perturbadoramente grande, consta de tres candelabros de araña tendidos del techo y todos los asientos son afelpados y de color rojo oscuro, así como las paredes. Como el sol brillaba en su punto más alto, las magníficas cortinas de seda estaban abiertas y las ventanas permitían que los apelmazados rayos penetraran a través del cristal, iluminando todo el lugar.

Me sofoqué de golpe, hay demasiadas personas a mi alrededor y me vi obligada a estirar el cuello para buscar a Christopher, lo cual obviamente no sirvió de mucho. Alumnos me golpeaban los hombros y mi desalentadora altura no me auxiliaba para nada, además de mi celular sonando una y otra vez en mis bolsillos por mensajes probablemente escritos por mi posiblemente novio molesto. Oh, Dios, ¿dónde coño estás? Miré mi reloj de muñeca con el corazón hecho un puño y advertí que faltaban solo diez minutos para que las cortinas se cerrasen y la oscuridad bañara todo el lugar para así admirar la apertura del año. Sí, entre todas las presentaciones, algunos que bailan, este año le tocaba cantar a Christopher.

¡Y él es quién hace la apertura! ¡Y me lo perderé si no...! Solté un chillido desgarrador cuando una fuerte mano se aferra a mi pequeño codo. Dejé de alzar la vista y me crispé de nervios cuando me jala con aún más fuerza y me da vuelta sobre mis pies. Choqué automáticamente con un fornido y macizo pecho, resguardado por una afelpada tela, sin embargo, en el mismo momento en el cual

ocurrió, percibo cómo otra persona, probablemente buscando un asiento con rapidez, me empujó el hombro derecho y hago una mueca de dolor mientras trastabillé con mis propios pies y me entierro aún más en ese pecho.

—Fíjate por dónde mierda pisas, ¿quieres? —La voz de Christopher sonó áspera y cromada por un cierto recelo y molestia. Alcé la vista a un costado, donde un tipo como de mi altura abre los ojos de sobremanera y lo mira directo a los ojos, luego se inclinó con rapidez y se escabulló por los otros cuerpos que nos rodeaban. Oh, juntarse con Carter había amplificado el lenguaje vulgar de Christopher, por supuesto que sí.

Yo sonrío, viéndolo automáticamente, alzando la cabeza y preguntándome si había crecido un poco más en verano. Parecía más alto, parecía que tenía que alzar más la cabeza.

—Suerte que eres bueno para encontrarme —bromeé. Él bajó la cabeza y la mueca molesta se disipó rápidamente para ablandarse, viéndome a los ojos y sonriéndome de golpe.

—Siempre lo fui, pequeña. —Cuando mis ojos comenzaron a analizarlo, percibí cómo mi corazón golpeó fuerte contra mi garganta.

Jesús. Y no sé cuántos santos hay, pero todos ellos juntos.

Hice un escaneo rápido a sus pantalones negros estrechados a sus fornidas piernas y pude ver cómo se forman largos canales en sus muslos debido a los músculos que se marcaban. Llevaba una camisa blanca de seda que se le resbala con pesadez de los hombros y pecho, denotando lo fuerte de este mismo, y me quedé atontada estudiando el precioso saco que lo cubre. De color negro y recto, tenía detalles con bordados dorados en las esquinas y en los botones. La camisa tenía los tres primeros botones despendidos, dejando a la vista una piel pálida y el comienzo de sus preciosas clavículas marcadas. En el verano, Christopher había decidido dejarse crecer el pelo que ahora parecía, más bien, una salvaje melena negra. Los brillosos mechones se deslizaban por el saco hasta acariciar sus hombros con gracia. ¡Hasta su maldito pelo era así de grácil! Yo en serio estaba sufriendo. Tenía la raya al medio, donde de un lado se había colocado los largos mechones detrás de su oreja y el pendiente de diamante hizo un extraño reflejo donde pareció brillar, y del otro, las hebras se entrecruzaban en su mejilla de forma devastadora. Dios, él lo era. Él era devastador. Su belleza incluso parecía ser casi ilusoria. Parecía salido de una revista dedicada a las ilusiones femeninas o, más bien, de un libro medieval de fantasía.

Solté el aire pesadamente.

—Pareces un príncipe —murmuro sin pensar, agitando mis pestañas tres veces consecutivas y separando los labios para dejar salir un jadeo de sorpresa.

¿Cómo era posible que esta cosa tan hermosa fuera mi pareja? ¿En qué momento la vida dijo “Bueno, vamos a darle algo de suerte a esta pobre miserable y que se quede con el chico”?

Christopher iba a decir algo, no obstante, ante mis palabras, clava la mirada en mí y enmudece. Reprimió una sonrisita que me es imposible no adivinar y, sujetándome de los brazos, cerró los ojos con fuerza, soltando un suspiro.

—Se supone que estoy enojado, esto no es justo —me recriminó. Vio a mis espaldas y fui capaz de oír cómo lo llamaban a los gritos de la tarima. Él me vio a los ojos nuevamente y luego subió la mirada, intercambiándola entre estos y luego a mí.

—Ah, carajo. Siento llegar tan... —Las extremidades me tiemblan cuando él se inclinó velozmente, cubriendo de golpe su carnosa y firme boca sobre mis temblantes labios, sin apenas dejarme terminar la oración. Me pilló de sorpresa, acunó mi rostro con sus grandes manos y había puesto la cabeza de costado para que sus labios encajaran tan perfectamente como siempre lo hacían con los míos. Sus mechones negros me hicieron cosquillas en la mejilla. Cuando vi cómo un grupo de chicas se giraron completamente desconcertadas a nosotros, cerré los ojos con fuerza

y sonreí en medio del beso. Doblo los antebrazos arriba y me apoyo sutilmente en sus brazos, percibiendo cómo sus formados bíceps se tensan ante el contacto. La cara de golpe pareció comenzar a quemarme de vergüenza, pero intenté ignorarlo, ya que, después de todo, había llegado tarde.

Creí que iba a alejarse cuando los gritos de sus compañeros se hicieron más notables, sin embargo, me obliga a levantar más la cabeza cuando da un paso más a mí y se adueña de mis labios con esa ansia que me hacía temblar como una hoja de papel. Inspiré con profundidad cuando se alejó por un segundo para tomar aire. Su reconocida colonia, su fragancia, un aroma tan primitivamente masculino como dulce, que más que extraño, se me hacía embriagador. Las sensaciones me inundaron de golpe y solo quiero aferrarme a él para que siga con el beso. ¡Por todos los santos! Cómo me gusta este chico. Me encogí un poco de hombros y le aprieto los brazos cuando deslizó como una dulce caricia la punta de su lengua en mis labios.

Aún no me acostumbro a eso.

—¡Christopher, maldita sea, si no traes tu trasero aquí, juro por todos los santos que te cortaré los suministros de bananas, maldito simio idiota! —La voz furiosa de Vicente hace que al fin nos separemos. En el momento en el cual él irguió su espalda dejé escapar un suave suspiro y, luego de un momento, abrí con lentitud los ojos para encontrarme con su encantadora sonrisa en sus labios.

—De-debes... deberías... —Alcé un dedo y señalé la tarima, luego miré sus labios y lo miré a los ojos con confusión—. ¿En qué año estamos? ¿Cómo era que me llamo? —bromeé con la voz ida e inundada en su belleza. Él soltó una risotada, aún con las manos en mi rostro, y apoyó la frente sobre la mía, sonriendo, y acarició mi mejilla con la punta fría de su nariz.

—Esa es la mejor parte —pronuncia en su susurro, como si fuera un secreto.

—¿Eh?

—No preferiría otro paraíso, verte abrir los ojos es simplemente encantador. —Contuve la respiración ante su declaración con los labios rozando mi mejilla, y un dulce escalofrío me recorrió velozmente la espalda cuando me besó la oreja sutilmente. Se inclinó nuevamente, dejando un pequeño beso en mi nariz y, antes de irse, me despeinó el cabello, haciendo que lo maldijera—. ¡Fresita, te guardé un lugar! —gritó cuando está a unos metros de mí, y una gran sonrisa se filtró inconscientemente en mis labios al notar cómo su gigantesca mochila negra estaba sobre la primera silla de las primeras butacas. Me coloqué las manos en los bolsillos, caminando hacia ese lugar, intentando ignorar la mirada estupefacta de algunos curiosos mirones, y me dirigí al asiento especial que él me había guardado. En el camino me había cruzado a Eleonor y la pareja, resultó que habían curado las rodillas severamente lastimadas de Aron y el idiota caminaba como si estuviera exageradamente cojo. Cuando nos acercamos bromeando, paré en seco al notar cómo otra persona se posiciona allí, lanzando la mochila de Christopher.

—Oye —le digo—. Ese era mi lugar, ¿no viste la mochila?

—¡Waoh! ¡Una mochila! ¡Maldito yo! ¿Cómo es que tengo tal atrevimiento de mover la mochila del simio novio de la cerdita? —Hago una pausa al reconocer la voz de Carter y su característico humor que, obviamente, aún seguía siendo una porquería. Él se giró molesto, sacándose la capucha de la cabeza, y me miró con fastidio—. ¿Me explicas cómo mierda voy a soportar todo el año este uniforme? Creo que pica. Voy a masacrar a todos en este lugar.

—Te acostumbras —dije, soltando una carcajada—. Dijiste que no ibas a venir —le espeté, acomodándome en el lugar que el simio alfa me reservó. Me giré apenas para chequear la venda en la frente de Aron y cómo mis mejores amigos —los cuales son oficialmente novios hace no sé cuántas semanas— se sentaban en las butacas detrás de nosotros.

—Sí, bueno —murmuró, la frustración vibrando en su garganta—, Eleonor me hubiera arrancado la cabeza si no venía a toda esta mierda de la bienvenida. —Se sentó dos lugares lejos, y la rubia se acomodó junto a mí. Loid estaba detrás de mí, mientras que Aron detrás de ella.

—Sin duda alguna —mencionó ella, haciéndome sonreír. Luego de eso, ambos literalmente se desparramaron en la butaca, en menos de diez minutos de presentaciones y profesores leyendo cosas de una forma que era costosa tener los ojos abiertos, Carter y Eleonor ya estaba dormidos; él tenía los brazos cruzados y una mejilla casi apoyada en un hombro, mientras que la rubia simplemente dejó caer su pesada cabeza en mí.

Hubiera sido lo mismo si no venían.

Cuando me comenzaba a aburrir, me hundi en la butaca y no logré escuchar lo que el presentador —la profesora de Música— decía, pues solo estaba nerviosa y concentrada en ver a mi simio cantar. Me alenté a mí misma y abracé su mochila sobre mi regazo.

Cuando las luces se apagan y solamente un reflector de luz blanca lo hace resaltar en toda la oscuridad del auditorio, sonrío como idiota viéndolo sentado en aquel taburete. Me quedo hipnotizada viendo su mirada firme y confiada con los aplausos ensordecedores de todo el público. Admiraba de sobremanera ese lado suyo. Él solo enfrentándose a todo el público adolescente debajo de esas incandescentes luces. Está tan expuesto. Y era tan valiente.

El piano logra que todo mi cuerpo se erice en menos de un segundo de golpe, como si un rayo me hubiera atravesado el cuerpo. Oh, no de nuevo. ¡No de nuevo! ¿Por qué justo tenía que elegir...? Me quedo en blanco, y luego hago una pausa.

—*Love of my life...* —Sentí cómo todas mis terminaciones nerviosas cobran vida en un segundo. De pronto, su voz ronca y áspera entró en mi interior, casi pareció poder rasparme con crueldad la piel y tuve un terrible escalofrío. Él había elegido esa canción. Mirándolo con toda aquella desgarradora belleza sobre la tarima, sentí cómo la sangre comenzaba a agolparse en mis venas, pero más que solo belleza, entendí el profundo significado de aquello. Comprendí perfectamente por qué esa canción en específico y todo lo que conllevaba para nosotros dos. Solo para nosotros. Era precioso, no podía creer que había escogido esa canción, y tuve ganas de llorar.

—*Love of my life, don't leave me...* —Su voz era preciosa, inigualable, parecía incluso ser magnética, llena de energía y vigor. Parecía estar aparentemente creada por los mismos arcángeles para derretir cada pedazo de mi corazón, me llenaba de una forma inigualable, y tenía un poder tan asombroso que estaba segura podía ablandar hasta al ser más duro. Calaba profundamente en mi interior y me hacía querer más. Me hipnotizó en menos de un segundo y mis emociones, hirviendo y envueltas, se dispersaron por todo mi cuerpo, haciéndolo vibrar junto a su voz. Junto a la canción. Junto a él.

Sus ojos negros se abrieron de golpe, y no supe si fue el reflejo del destellante diamante colgando desde su oreja o su precioso pelo cayendo grácilmente sobre sus hombros, pero sus ojos parecieron tomar un color mucho más profundo y no supe que lo imaginé, pero me taladraron.

—*I will be there at your side.* —No era una broma. Escuché un chillido de emoción de Loid, quien también lo había notado. Él me estaba mirando a los ojos—. *To remind you, how I still love you...* —Se me llenan de lágrimas los ojos en menos de un segundo, y su mensaje fue capaz de calarme hasta la médula. Él era capaz de transmitir todo eso y mucho más con su mirada. Me quedo estática, sin poder moverme de golpe. Quiero a ese chico. Lo quiero, Dios, lo quiero tanto. Su dulzura y amabilidad era tan obvia. Lo sabía al ver esos ojos cada vez que me cantaba. Me lo hacía saber por el dulce tono de su voz.

Con su simple canto... él era capaz de hacérmelo saber.

Siento cómo las mejillas me arden con fuerza y no dejé que las lágrimas pasaran la barrera de mis ojos. No iba a llorar. No iba a hacerlo. Iba a mirarlo y alzar la cabeza con orgullo sobre él. Orgullosa de todo lo que era. De lo que podía ser. De lo que podía lograr y definitivamente haría. Loid me agita levemente de un hombro, diciendo algo a lo que no presté atención. Solo quería ver sus ojos, y todo iba a estar bien. Su voz me distraía, no quería escuchar otra cosa.

Solo quería oírlo a él.

## UNA BREVE BIOGRAFÍA ESCRITA POR ELLA.

Valentina. O. Sierra

Nací y crecí en Paysandú, Uruguay, 1998. La más pequeña de cinco hermanos. Comencé a escribir a la edad de catorce años, fue ahí cuando decidí hacer algo con mi imaginación y todas las historias que transcurrían en mi cabeza. Futura profesora de historia, se espera.